

MISCELANEA

121

COLECCION

DE IMPRESOS

ABOGADO

EL CRISTIANISMO

VICIOSO

BX880

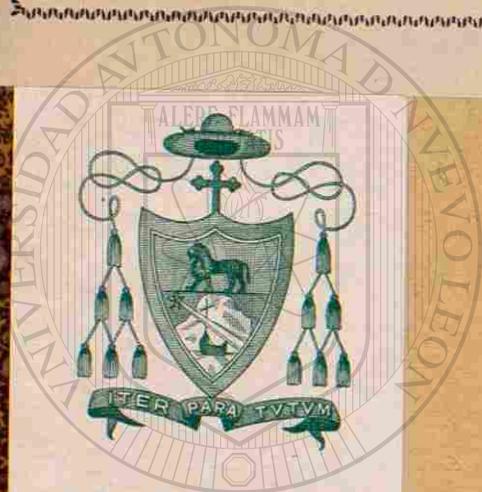
M5

v. 121

004526



1080015541



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jornada Kozán
EL CRISTIANISMO

VICTORIOSO,

Y

TRIUNFO DE LA AMISTAD.

Escrito para los niños y personas que carecen
de los conocimientos de los principios funda-
mentales de la religion cristiana,

POR EL P. D. RAFAEL ABOGADO
*Presbítero del Oratorio de S. Felipe Neri
de México.*

CON LAS LICENCIAS
DEL ORDINARIO Y DE LA CONGREGACION.

Capilla Alfonso

Biblioteca Univer.

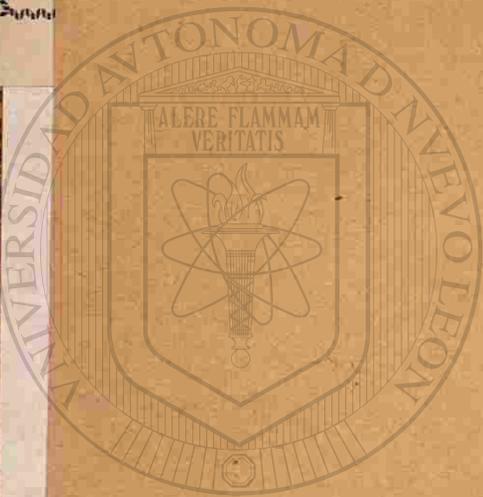
Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés.

Año de 1823.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Telles

41698



BX880
M5
v. 121

Dómine, si error est, quem credimus, á te decepti sumus: quoniam iis signis praedicta est religio, quae non nisi á te esse potuerunt.

Señor, si pudiera ser falsa nuestra fe, tú serias la causa de nuestro engaño: pues nos has obligado á creer lo que creemos con las pruebas invencibles que tú nos has presentado.

Ricardo de San Victor.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DEDICATORIA

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

MARQUÉS DE CASTAÑIZA,

OBISPO DE DURANGO.



ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Esta pequeña obra, que tiene por objeto evitar los descarríos de las ovejas de la grey de Jesucristo, y reducir á ella las que se hayan extraviado, ¿á quién mas propiamente debe dedicarse que á uno de los pas-

004525

tores de este rebaño? Por tanto, V. S.
Illmá. acepte con benignidad el ob-
sequio reverente del que por títulos
justos y antiguos le es tan afecto,
y se reconoce con la mas alta consi-
deracion por el menor de sus servi-
dores, y capellan obediente

Rafael Abogado.

PRÓLOGO.

Solo el Profeta Jeremías con su pluma empapada en lágrimas amargas, y prorrumpiendo en sollozos y gemidos, podrá hacer una pintura espresiva de las desgracias de que nosotros somos tristes testigos. Ya no solo vemos aumentados con un exceso imponderable los vicios y los escándalos que han nacido en todos los siglos; sino que estamos palpando la apostasia que nos anunció S. Pablo. Parece que toda carne ha corrompido sus caminos, y que todo espíritu pretende enarbolar el estandarte de la iniquidad, y aun de la irreligion. En los dias desventurados en que vivimos, ¿qué no se escribe? ¿qué no se dice con el fin de extinguir la luz divina de nuestra fe? No se habla de la religion sino para combatirla, de Dios para ultrajarlo, y de sus ministros para burlarse de ellos, y hacerlos despreciables y aborrecibles, con el intento de derribar el templo y el altar. Acerquémonos si no á las tertulias y concurrencias, y hallaremos, libertinos que se jactan

de menospreciar la Iglesia y sus leyes, y que continuamente usan de sátiras contra la doctrina de Jesucristo, y contra su persona divina; pero el corazón pervertido es preciso que es hale su corrupción. Infinitos son los horrores que ha producido este manantial venenoso luego que se ha sacudido el yugo de la religión.

Se ve con sumo dolor, que la elocuencia y la poesía sirven de adorno á las obscenidades mas abominables, y los errores mas escandalosos. Se ven correr de mano en mano libros extraordinariamente impíos, en que sus autores, que en otro tiempo hicieron profesión del cristianismo, vierten contra nuestro Redentor santísimo tales calumnias, y tales blasfemias, que ni los hereges mas sacrílegos, ni los gentiles mas obstinados, ni los judíos, acérrimos enemigos de Jesucristo, se atrevieron á proferir. Tratan los misterios divinos como fábulas y delirios, y desprecian como superstición el culto que se da á la Magestad inmensa y adorable de Dios. Unos dudan, y aun niegan la existencia de la divinidad; y otros que la admiten, se fingan un Dios ocioso, insensible, é indiferente so-

bre las operaciones de los hombres, que ni premia la virtud, ni castiga el vicio, y asientan que virtud y vicio no se distinguen sino en el nombre.

De aquí resulta, que como el corazón del hombre vicioso apetece todo aquello que fisongea su concupiscencia, y favorece su inclinación de quererse librar de la ley evangélica, que se opone á los apetitos desreglados, muchos solicitan con ansia esos libros, que conceden libertad para los vicios contribuyendo á esto una curiosidad immoderada, el espíritu de la novedad, el empeño de conformarse con la moda de nuestros tiempos, y el anhelo de adquirir el renombre de erúditos y de ilustrados. Así es, que hombres sumergidos en el abismo de la ignorancia, y mugercillas que no saben ni aun manejar la aguja, sin entender lo que son cánones, ni disciplina de la Iglesia, y sin mas estudio que cuatro declaraciones de la doctrina cristiana, muy mal aprendidas en sus primeros años, levantando la voz sentencian en tono magistral, que la razón y las luces de nuestro siglo exigen imperiosamente la re-

forma en todo esto, y que deben limitarse las facultades de los Obispos y del Pontífice romano: y con hipocresía de querer instruirse en las obligaciones cristianas, proponer maliciosamente dudas contra la fe, y muchas veces á presencia de personas igualmente ignorantes, con el estilo de un oráculo deciden sobre cuestiones muy difíciles de la teología, y terminan sus malos discursos calificando los dogmas de la religion de fanatismo, de preocupaciones, y de supersticion.

Los que vivan en los tiempos venideros escucharán y leerán con rubor y con indignacion nuestros delirios, y dirán justamente: la ignorancia, que en todos los siglos fué el freno mas eficaz para callar, en el siglo que se llamó de las luces fué el estímulo mas poderoso para hablar y decidir sobre todas materias, especialmente las que piden mas sabiduría: con lo que se dilató el imperio de la irreligion, de las blasfemias, de los desórdenes y de los vicios. Este fué el resultado forzoso de la soberbia y del charlatanismo.

Se observa, que muchas personas, particularmente jóvenes, leen sin escrúpulo al-

guno los libros y papeles de la falsa filosofía, y enamoradas de su elocuencia, de sus chistes, de sus bufonadas, y de sus pajes pintorescos, se aficionan á ellos; ven discursos formados con artificio, con astucia y con malicia, y como carecen de los conocimientos de los principios fundamentales de la religion cristiana, su entendimiento, sintiéndose inclinado con el peso de razones aparentemente verdaderas, comienzan por admiracion, pasan á las dudas, y vienen por último á sumergirse en el abismo del error, hasta desertar de las banderas del cristianismo.

Es una desgracia digna de lamentarse amargamente, que en un negocio de tanta importancia, y cuyas consecuencias son eternas, se proceda con tanta imprudencia. Debían primero imponerse en las razones que tiene á su favor la religion, y despues sentenciar con conocimiento de causa.

Finalmente, conociendo yo, que para algunas personas podia servir de pretexto, y para otras de impedimento para no leer las muchas y escelentes apologías, que se han escrito de la religion cristiana, que unos

de estos libros están en los idiomas latino, y extranjeros, otros son voluminosos, y otros son de mucho costo para la gente pobre, por lo que deseaba ansiosamente que se escribiese alguna obrita en nuestro idioma vulgar, y de poco precio. Pero como de todas las defensas de la religion, que han llegado á mis manos, y de que he tenido noticia, ninguna es conforme á mis deseos, resolví (á pesar de mi suma ignorancia) trabajar este pequeño escrito, arrojándome en los brazos de la Providencia, para que me comunicáse las luces necesarias. He procurado por lo mismo compendiar en cuanto me ha sido posible, los fundamentos que los teólogos llaman motivos de credibilidad, y proponer, y desvanecer algunas de las principales objeciones y argumentos, que oponen los enemigos del cristianismo.

Por tanto, hermanos míos muy amados, recibid benignamente el obsequio que os presenta no el entendimiento, sino la buena voluntad de un hombre que dará su trabajo por sobradamente compensado, con la reduccion de algun infeliz que se haya extraviado del camino de la verdad, ó con que se evite el extravío de alguno que hubiese de descaminarse.

CONVERSACION PRIMERA.

Felix. Amado Victor, he venido volando en alas de la amistad y del amor, para estrecharte entre mis brazos despues de una ausencia tan larga.

Victor. Felix queridísimo, no esperaba yo menos del afecto que siempre me has profesado. ¿Vienes sin novedad? Dame pronto razon de los acontecimientos de tu viaje, que estoy impaciente por saberlos.

Fel. Si tú hubieras cedido á mis instancias, habrias sido testigo y partícipe de ellos, y ahora me excusarias el trabajo de referírtelos; pero te encaprichaste en no querer acompañarme.

Vic. Confieso que ni tus persuasiones, ni tus ruegos fueron bastantes á separarme de aquí: porque cautivo en el imperio de

de estos libros están en los idiomas latino, y extranjeros, otros son voluminosos, y otros son de mucho costo para la gente pobre, por lo que deseaba ansiosamente que se escribiese alguna obrita en nuestro idioma vulgar, y de poco precio. Pero como de todas las defensas de la religion, que han llegado á mis manos, y de que he tenido noticia, ninguna es conforme á mis deseos, resolví (á pesar de mi suma ignorancia) trabajar este pequeño escrito, arrojándome en los brazos de la Providencia, para que me comunicáse las luces necesarias. He procurado por lo mismo compendiar en cuanto me ha sido posible, los fundamentos que los teólogos llaman motivos de credibilidad, y proponer, y desvanecer algunas de las principales objeciones y argumentos, que oponen los enemigos del cristianismo.

Por tanto, hermanos míos muy amados, recibid benignamente el obsequio que os presenta no el entendimiento, sino la buena voluntad de un hombre que dará su trabajo por sobradamente compensado, con la reduccion de algun infeliz que se haya extraviado del camino de la verdad, ó con que se evite el extravío de alguno que hubiese de descaminarse.

CONVERSACION PRIMERA.

Felix. Amado Victor, he venido volando en alas de la amistad y del amor, para estrecharte entre mis brazos despues de una ausencia tan larga.

Victor. Felix queridísimo, no esperaba yo menos del afecto que siempre me has profesado. ¿Vienes sin novedad? Dame pronto razon de los acontecimientos de tu viaje, que estoy impaciente por saberlos.

Fel. Si tú hubieras cedido á mis instancias, habrias sido testigo y partícipe de ellos, y ahora me excusarias el trabajo de referírtelos; pero te encaprichaste en no querer acompañarme.

Vic. Confieso que ni tus persuasiones, ni tus ruegos fueron bastantes á separarme de aquí: porque cautivo en el imperio de

los deleites, estaba yo fuertemente atado con las cadenas de una pasion, que me tenia sin movimiento y sin juicio. Yo creia hallar la felicidad en el centro mismo de la desgracia; pero una providencia admirable me convirtió el veneno en antídoto: del fondo de mis tinieblas salió una luz, con que me iluminó, y obligó á la pasion que me esclavizaba á que me condujese como por la mano hasta las puertas de una libertad dichosa. ¡Ah dias de pascua de Resurreccion, en que la Iglesia celebra con las demostraciones mas justas de alegría la victoria que el hombre Dios alcanzó sobre la muerte, sobre el pecado, y sobre el infierno, quedareis grabados en mi memoria con caracteres indelebles y eternos. Sí, Felix, en estos dias memorables terminó la noche tenebrosa de mis desgracias, y comenzó á rayar la aurora de la mañana de mi felicidad. Porque....

Fel. Suspéndete: es preciso interrumpirte. ¿Qué estraña novedad es esta? Te compadezco al verte acometido de un frenesí furioso, que te ha trastornado el juicio.

Vic. Cuando tú me conociste era yo el

mayor loco é insensato; pero ahora estoy perfectamente cuerdo.

Fel. Ser demente y creerse cuerdo, es locura doble é incurable. O seguramente no eres tú aquel Victor que yo conocí, que con su carácter festivo y desembarazado era el alma de las tertulias, de los banquetes y de los saraos: que desde el trono de la alegría dictaba las leyes de los placeres, y que por su despreocupacion en materias religiosas era estimado de todos. Pero en tí veo (permíteme que te lo diga) rasgos muy notables de melancolía y de fanatismo, que hacen á un hombre insociable.

Vic. Has dicho una verdad, que ya no soy yo el antiguo Victor; pero si tú me escucháras con serenidad, verias cuanta razon tengo para ser otro.

Fel. Pues yo sí soy tu mismo amigo Felix, y así para complacerte te oiré la causa de tu mudanza.

Vic. Consultaré á la brevedad para no serte molesto. Ha tres años, que en el primer dia de la pascua de Resurreccion concurrí en una visita en que un hombre car-

4
gado de años manifestó sinceramente su complacencia por un sermón elocuente, enérgico y lleno de unción que había oído predicar acerca de la festividad del día. Yo entonces, con el genio propio de un incrédulo, empecé á criticar los sermones, á hablar con desprecio de los eclesiásticos, y luego pasé á proponer maliciosamente dudas contra el misterio de la Resurrección. El sujeto que había elogiado el sermón, procuró con moderación y urbanidad satisfacer á mis dudas. Yo en tono de desprecio manifesté compasión por su candor y su credulidad en materias de religión.

De esto se picó una niña que estaba presente, cuya edad sería de quince á diez y seis años, de carácter vivo y penetrante; y tomando la palabra con venia del anciano, hizo una defensa breve y vigorosa de este misterio. Empeñado yo en la lucha al verme acometido tan valerosamente por una que creía mugercilla ignorante, loquaz, y temeraria, quise imponerle silencio, dejándola llena de confusión, y para el efecto propuse un argumento, que me pareció el mas poderoso contra la resurrección

5
ción de Jesucristo. Pero he aquí, que cuando yo esperaba ver á todos sorprendidos, sintiendo solamente cantar el triunfo sobre un enemigo que me parecía tan despreciable, yo quedé enteramente sorprendido: porque la niña me contestó tan fácil y enérgicamente, que no hallé razones con que sostenerme. Notaron todos mi sorpresa, y al momento resonó en la concurrencia la voz del aplauso. Me es imposible significarte cuanto fué mi bochorno, y las furias que me devoraban. Pero aparentando serenidad, y cuan poco aprecio me merecía su contestación, le respondí: niña, ningún honor me puede producir el convencer y confundir á un enemigo tan flaco. Todos conocerán, que V. por su sexo y por su edad, debe entender solamente de almohadilla, y de cocina. Para que yo consiguiera alguna gloria, quisiera que estuviera presente y tomara defensa de la causa de V. el clérigo, ó fraile fanático con quien se confiesa, y que la tiene tan infatuada. Entonces uno de los concurrentes me dijo: el confesor de esta niña, como docto y prudente, le ha aconsejado la lectura de

libros piadosos, especialmente los que se han escrito en defensa de la religion, para que le sirvan de preservativo contra el veneno mortifero de la incredulidad y falsa filosofia de que abundan esa multitud de folletos, y de papeles pestilenciales que circulan por todas partes, y que solicitan y leen ansiosamente personas que desprecian las prohibiciones de la Iglesia, y se tragan serenamente las excomuniones mas terribles. Á la práctica de estos consejos del confesor, ha cooperado la solicitud y el esmero del padre de esta niña, en todo lo conducente á una educacion verdaderamente cristiana. No es de los padres de moda, que tanto descuidan de esta obligacion importantisima; y ántes bien con sus costumbres depravadas corrompen el corazon inocente de sus hijos, y que se empeñan solamente en que sepan bailar, vestirse al estilo del dia, y usar de artificios y de monerías para presentarse en las tertulias, en los paseos y espectáculos públicos, á fin de parecer bien, y llevarse la atencion de otros insensatos y locos como ellos: y no faltan algunos padres crueles que

ponen en las manos de sus hijos novelas obscenas y ponzoñosas, y esos libros impíos, con el pretexto de ilustracion y de civilizacion. Finalmente, Señor mio, la niña ha llevado la palma del triunfo, y la falta de razones en V. para rebatirla, la ha suplido con espresiones groseras y arrogantes. Yo no puedo permitir que á mi casa vengan los profesores de la filosofia del nuevo cuño, y así tenga V. la bondad de tomar la puerta.

Amigo, no hallo palabras con que esplicarte el sonrojo y la exasperacion con que salí de aquella casa, y con que pasé lo restante de aquel dia, cuyas horas se me hacian eternas; porque deseaba vivamente que llegara la noche para encontrar consuelo en la visita de una niña que estaba próxima á desposarse conmigo. Ella era virtuosa, y adornada de unas circunstancias que la hacian digna de mejor suerte. Pero si hasta entre los cristianos hay tantos que aspiran al matrimonio por fines muy opuestos á la santidad de este sacramento, que consultan solamente con su pasion, y no con Dios, sin cuya bendicion no pue-

den cumplir las obligaciones estrechas de este estado, ni ser felices en él. ¿Qué fines rectos se propondría un hombre como yo, que se burlaba de Dios, de sus sacramentos, y su religion, teniendo todo esto por una invencion humana, y una fábula?

Fui en efecto á la visita, y entrando en la casa saludé espresivamente: pero ¡cuanta fué mi sorpresa al ver á la niña sumergida en el silencio, y que en su semblante se estaba retratando la displicencia y la indignacion! Su padre me contestó con sequedad, y á continuacion me dijo: Señor mio, es incomprendible como los incrédulos tengan la insolencia de insultar á los cristianos con el nombre de hipócritas, siendo así que ellos cubren sus engaños con la máscara de la hipocresía; y si nó, pregunte V. á su misma conciencia, y verá lo que le responde.

Yo le dije: pues qué, Señor, ¿yo soy incrédulo y uso de engaño? Sí Señor, me contestó la niña: en la casa en que V. concurrió hoy, con escándalo de los circunstantes ha impugnado V. la religion, y ha blasfemado sacrilegamente. Con apariencias de

religion habia V. conseguido inclinar mi voluntad, y la de mi padre, á que nos enlazásemos con un matrimonio honesto; pero ahora estoy resuelta á entregarme primero en las garras de un tigre devorador, que dar á V. mi mano. Entonces añadió su padre: en efecto, es menor mal, porque es imponderablemente mas preciosa la vida del alma, que la del cuerpo. A V. le es mas conveniente desposarse con una dama de su opinion, pues no faltan algunas, que se hayan hecho filósofas incrédulas por entrar en moda. Y así desde este momento se acaba para siempre nuestra amistad.

¡Ay Felix! el bochorno, el furor y la desesperacion se apoderaron de mí, al ver en un mismo dia mi soberbia y mi orgullo humillados por una muger de pocos años, en una disputa en que creía yo salir triunfador glorioso, y al ver que mis esperanzas de conseguir la mano de la niña quedaron desvanecidas como el humo con un uracan: y tanto mas me contristaba esta pérdida, quanto la pasion y el interés eran los móviles de esta pretension. Para abreviar, yo volvía los ojos á todas

partes, y en todo el universo no hallaba un indicio de consuelo; y solo creí encontrarlo en el medio que persuade esa filosofía bárbara é inhumana, de darse el hombre la muerte á sí mismo, cuando la vida se le hace enfadosa y pesada.

En efecto, entrando en casa, y agitado de furias infernales, me resolví á ser víctima infeliz de mi adversidad y de mi desesperacion, y con un puñal me herí el pecho, deseando que por aquella puerta hubiera una vida que me era ya insoportable; pero un Dios de misericordia, ese mismo de quien tantas veces me he burlado, triunfando de mi obstinacion, quiso todavia conservarme, para que mi alma perversa no bajara dentro de pocos momentos á los calabozos eternos. Las angustias, mensageras de la muerte, me hicieron prorumpir en algunas voces lastimeras: ocurrió el único criado que me servía y acompañaba, y al verme en la situacion deplorable en que estaba, convocó á los vecinos: éstos, compadecidos de mi desgracia y de mi necesidad, me proporcionaron los auxilios del cuerpo para mi pronta curacion; y con prefe-

rencia cuidaron del bien de mi alma, trayéndome un sacerdote que pasaba no lejos de mi casa. Despues de instruido de mi atentado, se acercó á mí, y con palabras llenas de dulzura procuraba consolarme, franqueándome los tesoros de la sangre y méritos de Jesucristo. Yo entonces, con semblante en que se dejaba ver la rabia que me devoraba, le dije: Padre, el mayor consuelo que V. me puede dar, es separarse de aquí: porque aborrezco entrañablemente á todo sacerdote, y veo con el desprecio que es debido todas esas ilusiones con que la Iglesia se empeña en engañar á los hombres, especialmente en las últimas horas de la vida: yo hasta la muerte mantendré el caracter de fortaleza propio de un filósofo despreocupado, que se burla de las invenciones del cristianismo. El sacerdote conmovido, y animado del zelo que es efecto de la caridad, me dijo: Señor, aunque el hombre haya tenido la desgracia de apartarse del camino de la verdad y de la virtud, seria suma demencia llevar la rebeldía y la obstinacion hasta el sepulcro. De las mismas sombras de la muerte ha

nacido una luz brillante con que se han iluminado muchos entendimientos tenebrosos; y esta luz, como la del fuego junto á la cera, ha tenido eficacia para ablandar los corazones empedernidos. V. nada perderá con volver al seno de la religion, y acogerse en la borrasca peligrosa de la muerte al puerto de la misericordia del Redentor. No será el primero que habiendo desertado de las banderas de la fe, se haya vuelto á alistar bajo de ellas en este terrible trance. La muerte es la mejor escuela de la sabiduría y de la prudencia: en ella se aprenden lecciones muy interesantes, se forma de las cosas un juicio muy diverso del que se ha formado en el teatro de la vida, se corre el velo negro y denso que ocultaba al entendimiento las verdades de mas importancia, y se hacen en fin resoluciones para que habia faltado valor en el tiempo de la salud, en el que solas las pasiones y los caprichos imperaban despóticamente. Padre, le contesté: V. se ha empeñado en aligerarme los pocos momentos que me restan, con reflexiones fanáticas que me trastornan. Yo estoy resuelto á termi-

nar mi vida en los brazos de la desesperacion. Entonces, arrebatado el padre de un zelo santo me dijo: Señor, las circunstancias críticas en que V. se halla, no permiten que entremos en una disputa, en la que convenceria á V. de las verdades de que le hablo: vuelva V. sobre sí, téngase compasion, y advierta que se trata del negocio de su alma, que ya está próxima á sumergirse en el abismo insondable de la eternidad, donde lamentará con lágrimas irremediables los extravios á que lo ha conducido la falsa filosofia.

Estas palabras hirieron mi corazon con la vehemencia de un rayo: yo quedé como aletargado: y allá en mi interior me pareció que oía una voz que me decia: ahora que tu cuerpo está lánguido y abatido, sientes en tu alma un vigor y una viveza como nunca; esta es prueba de que es inmortal, y los esfuerzos que hace para no separarse del cuerpo, son efectos del temor del infierno que la espera, cuyas penas ya ha comenzado á sentir en esas amarguras y en esos remordimientos que tan cruelmente la atormentan. En esto prorumpí:

pi involuntariamente estas palabras: Padre, ya es tarde. ¿Cómo hacer en este trance una buena confesion de tantos crímenes y maldades que forman el tejido de mi licenciosa vida? ¿Cómo hallar sin el prévio y necesario examen el hilo de mi conciencia tan enmarañada? Me he perdido para siempre. Hijo mio, me respondió el padre enternecido: aun es tiempo oportuno. En todo momento están abiertas las puertas de la misericordia divina para recibir al pecador: si ahora no puede hacer una completa enumeracion de sus culpas, Dios se contenta con que arrepentido ocurra á su clemencia, y como un hijo, que conoce la bondad de su padre, se arroje confiado á sus pies, hablándole con el idioma de las lágrimas y el dolor. Pero ¿cómo, le dije, hallaré clemencia en un Dios justiciero cuyo nombre he blasfemado, y de cuyo culto he procurado apartar á otros, especialmente al desventurado jóven Felix, que incautamente dió crédito á mis discursos seductores? Hijo mio amadisimo, añadió el padre, la misericordia del Señor es infinita, y la sangre de Jesucristo tiene virtud

y eficacia para borrar y lavar todos los pecados del mundo, y de mil mundos que hubiera llenos de crímenes los mas horrendos. Yo le aseguro con toda certeza, que una confesion, acompañada de un arrepentimiento verdadero, romperá las cadenas de las culpas, y su alma volará de las tinieblas de la muerte, á los resplandores de la vida eterna: y en fin, me dijo palabras tan enérgicas, que me inspiraban consuelo y confianza. A todo esto añadía yo esta reflexion: si mi alma es mortal, entrará en el abismo de la nada, pero si es inmortal entrará en el abismo de los tormentos sempiternos por mi incredulidad y mi obstinacion. Pues la prudencia dicta que yo abraze el partido mas seguro, que es volver al cristianismo, detestar mis errores, y confesar mis iniquidades á este sacerdote caritativo, que es el ángel de reconciliacion que me ha enviado el Dios misericordioso. Entonces, no pudiendo resistir mas mi corazon, me entregué enteramente á la direccion del padre, hice la protesta de la fe, y confesé por mayor, y como en globo, como lo exigía mi peligroso estado, mis iniquidades, con lágrimas

amargas de penitencia, que me fueron mas dulces que todos los placeres y las delicias de mi vida criminal; y luego que fui absuelto, sentí que se derramaba sobre mi espíritu el bálsamo de la consolacion, que me produjo una paz y una quietud que jamas podré explicar. Besé humildemente, y humedecí con mi llanto la mano de aquel padre y bienhechor mio, y le di las gracias mas espresivas por la caridad que habia usado conmigo. Él me dijo: dadlas, hijo mio, á Jesucristo: yo no he sido mas que el instrumento de sus misericordias, y su Magestad ha sido el autor de esta obra grandiosa, que tendria en espectacion á los ángeles del cielo, que ya estarán celebrando esta conversion, conforme á lo que nos ha enseñado nuestro Salvador. Finalmente, el padre se despidió amorosamente de mí.

En los demas dias de mi difícil curacion me estuvo visitando, y socorriendo espiritual y corporalmente, porque mis vicios me habian reducido á la última miseria: y cuando me vió restablecido, procuró con discursos sólidos y eficaces calmar mis inquietudes, y convencerme plenamente de

la verdad de la religion cristiana, dándome tambien algunos libros de los muchos que se han escrito en su defensa. Esta es, Felix, en compendio la historia de la desgracia eterna á que me iba á arrastrar esa filosofia falsa, licenciosa, y enemiga capital de sus secuaces, y esta ha sido la causa de mi mudanza venturosa. Ojalá que así como mis malos consejos y mis peores ejemplos te apartaron de las sendas de la religion y de la virtud, el ejemplar que ahora ves en mí te conduzca á una conversion feliz. Postrado á tus pies, te ruego encarecidamente me concedas este único bien que espero en la tierra, para terminar la carrera de mis dias en los brazos de la paz y del consuelo. ¿Qué me respondes, Felix amado?

Fel. Párate, y toma asiento, Victor, que este es negocio que pide mas tiempo para tratarse. Si tú te has mudado por los discursos de un clérigo fanático, y por la lectura de unos libros despreciables, escritos por hombres ignorantes y preocupados: yo no me he de mudar, porque estoy bien convencido de la falsedad del cristianismo, por principios luminosos, que han asentado

en sus escritos hombres despreocupados, de grandes talentos, y de una sabiduría y erudición verdaderamente admirables.

Vic. Es preciso hablarte con la franqueza que me caracteriza. El Dios vengador, por ocultos juicios de su incomprensible sabiduría, y en castigo de los enormísimos delitos á que sin rubor ni vergüenza se habian entregado, permitió se pusiese un velo denso sobre los ojos de ciertos hombres pervertidos, negándoles por otra parte, y muy justamente, la luz brillante y hermosa con que hubieran podido creer sin vacilacion ni duda los misterios de la fe. Ellos, palpando solo tinieblas, cayeron en el abismo de mil delirios y errores. Tales son Hobbes, Espinosa, Toland, y Bayle: á estos han seguido Collins, Voolston, Voltaire, D^o Alambert, Diderot, y otros muchos, que enarbolaron el estandarte de la apostasia y de la impiedad. Algunos de estos, levantando su frente osada, han dicho con voz sacrilega: *no hay Dios*. Los otros, creyendo obrar con mas prudencia, admiten la existencia del Ser Supremo; pero se fingen un Dios ocioso, indiferente, é insensible, que no

cuida del gobierno del universo, que no premia la virtud, ni castiga el vicio. Unos y otros se han empeñado en negar la religion manifestada por Dios á los hombres, declarando al cristianismo la guerra mas sangrienta con la bateria de sofismas, falsedades, calumnias, sátiras, sarcasmos, é improperios, adornados con las flores de la elocuencia, y sazonados con la sal de chistes, bufonadas y chocarrerias, en lugar de fundamentos y razones sólidas.

Llaman á los tiempos que han precedido á su existencia, siglos de las tinieblas y de la barbarie: y á nuestros mayores y antepasados los desprecian como á ignorantes é idiotas: y solo les merecen consideracion los que dieron los primeros pasos en el camino de la irreligion y del libertinage. Ellos descaradamente se apropian el recomendable nombre de filósofos, y se jactan de ser los maestros y los ilustradores de todos los hombres. No todos ellos tuvieron esos talentos tan sublimes, ni esa ciencia tan ponderada. Algunos no escribieron cosas útiles; sino positivamente perniciosas, y otros, aunque di-

jeron cosas muy buenas sobre política, legislación, y otras materias, tuvieron un estudio superficial en asuntos de religion. De aquí es, que con la arrogancia y la desvergüenza que le es característica, reputan por una turba de necios y de mentecatos á los profetas, á los apóstoles, á los santos padres, á los doctores, á los teólogos, y á todos los escritores de la Iglesia, que ya inspirados por Dios, y ya versados toda su vida en toda clase de ciencias, especialmente la sagrada y divina, con sus homilias y con sus escritos confundieron y convencieron á los que con crédito de sábios impugnan la religion verdadera, y fueron y serán por todos los siglos (aunque pese á los impíos) el objeto de la admiracion, del aplauso, y de la veneracion de todos los pueblos, y de todas las gentes amantes del mérito y de la verdad.

Fel. Victor: es enteramente increíble que unos hombres sabios, que han tomado empeño en impugnar la religion, hicieran de ella un estudio superficial; pues tanto el deseo del acierto en su empresa, como tambien su propio honor, los obligaban á ad-

quirir una instruccion competente para chocar con tantos enemigos, cuantos habian de ser los defensores de la religion.

Vic. Bien sabes que en todos los tiempos y en todas materias se han producido grandes disparates y errores, sin que á sus autores los hayan contenido los motivos del acierto y del honor, y regularmente los errores han sido partos de talentos nada vulgares. El desprecio con que muchos ven el asunto que reprueban, les impide instruirse de el con esmero: y la soberbia, que tanto domina el corazon humano, el deseo del aplauso y de la gloria en producir cosas nuevas y esquisitas, el interes, el odio, y otras pasiones bajas y viles, han inspirado á los hombres innumerables estravagancias, arrastrándolos de uno en otro precipicio: con lo que hemos visto producciones de sábios que se avergonzarian de reconocerlas por suyas aun los mas ignorantes. Abramos los libros de los iacrédulos, y veremos por lo que hablan de la religion, que no se han dedicado sériamente á imponerse en sus fundamentos. No pudiendo destruirla en su esencia, ni en su fondo, trun-

can los textos de los libros divinos, interpretan el sentido de estos á su antojo, desfiguran los hechos que refieren, y faltando á las reglas de una critica juiciosa, les niegan la autoridad. Porque los misterios de la fe estan mas allá de la esfera de nuestros alcances, dicen que son contrarios á la razon: como si fuera lo mismo ser una cosa incomprendible, que falsa. Manejan la espada de la mentira y de la calumnia: usan frecuentemente de declamaciones, de admiracion, de desprecios, y de insultos contra los cristianos, contra los sacerdotes, contra la religion, y contra el mismo Dios. Muchas de las objeciones y argumentos que hacen contra la religion, son unos sofismas agenos de hombres que se jactan de filósofos, y sus escritos están llenos de contradicciones. Todo esto prueba, que no tienen la instruccion suficiente para impugnar el plan magnífico del cristianismo, ni su sistema divino y admirable, y que sus discursos son dictados por una mala fe, y una malicia refinada.

Fel. Mucho puede una preocupacion. El odio que manifiestas tener á estos filósofos,

te hace incurrir en el crimen de la calumnia, que tú quieres imputarles, hasta llegar á negarles los conocimientos de la lógica, que son los primeros rudimentos de filosofía, diciendo, que en sus discursos usan de sofismas y de contradicciones: lo que ciertamente es un defecto muy intolerable contra las reglas de un buen raciocinio.

Vic. Voy á manifestarte muchas contradicciones en que incurrén estos filósofos. Todos ellos conspiran á aniquilar la religion, por consiguiente deben convenir en unos mismos principios; pero sucede todo lo contrario: unos á otros se oponen diametralmente, de modo, que lo que unos afirman, otros niegan, y lo que unos edifican, los otros destruyen. Los ateistas niegan la existencia de Dios: los deistas la afirman; pero niegan la providencia: los naturalistas defienden uno y otro; pero no admiten en Dios, sino solo aquello que su capacidad limitada puede comprender. Unos niegan la libertad al alma humana, diciendo que es lo mismo que la de los brutos: otros le conceden la libertad y la espiritualidad: unos dicen que

es inmortal: otros que parece juntamente con el cuerpo: unos dicen, que el mundo es eterno: otros que tuvo principio: entre estos, los unos defienden que fué criado por Dios, y otros que fué formado por el concurso casual de los átomos: unos finalmente aseguran, que la religion es útil y necesaria para los reinos, y otros, que es nociva y ruinosas.

Pero son contrarios, no solamente los unos á los otros, sino á sí mismos. El libro del espíritu, escrito por Helbecio, está lleno de contradicciones, aun en los capítulos mas principales. Pedro Bayle, habiendo tomado la defensa de los enemigos de la religion, defiende é impugna una misma cosa, y su sistema es un laberinto tan intrincado de ideas que se destruyen mutuamente, que mas bien es un pirronismo universal. Para abreviar, el mas acreditado de los filósofos impíos es Juan Jacobo Rousseau, que dotado de un buen talento, de viveza de ingenio, y de una elocuencia admirable, si como tomó la pluma á reves, la hubiera tomado al derecho, habría sido mas útil á sus semejantes; per

su orgullo é inconstancia, y su odio rabioso contra la religion, lo hizo pasar de herege calvinista á sociniano, y despues se constituyó defensor acérrimo del deísmo: pues este hombre tan celebrado por los incrédulos, en sus escritos contra el cristianismo, incurre en contradicciones notables.

Fel. Ahora mas que nunca me he convencido del estremo horrendo á que conduce una pasion. No puedo menos que decirte ingenuamente, que el ódio injusto que tú has concebido á estos filósofos célebres te hace producir imposturas contra ellos, especialmente contra Rousseau. Yo he leído sus obras, y no he hallado tales contradicciones; solamente he hallado motivos de admiracion por su sabiduria y elocuencia. Su mérito, á pesar de la mordacidad, lo hará recomendable á las edades venideras.

Vic. Te acabo de confesar sinceramente las buenas prendas naturales de este filósofo. Su talento y su elocuencia ha sido el escollo fatal en que muchos incautos se han estrellado y se han perdido. Ante el tribunal de la razon no tiene derecho para ser celebrado por lo que escribió de

religion. Para convencerte de que no hablo el idioma del odio, ni de la preocupación, á tí mismo te quiero llamar por testigo, para que depongas imparcialmente en esta causa: tú que te jactas de haber leído sus escritos, haz memoria de que en el Emilio (*) confiesa Rousseau, que el evangelio es obra de Dios por su moral pura y sublime, y que no es obra de Dios porque contiene dogmas increíbles: que en Jesucristo habia la mas alta sabiduría, y que no conocia las cosas como son: que no era un loco, ni un fanático, y que tenia trastornado el cerebro: que su muerte habia sido de un Dios, y que no es Dios: y.... pero esto basta para probar que este filósofo incurre en contradicciones manifiestas.

Fel. Pero bien: aunque estos filósofos tengan sus contradicciones, de aquí nada se infiere contra la sustancia de su sistema.

Vic. La contradicción es caracter y distintivo de la falsedad y de la mentira; porque una cosa no puede ser y no ser á un mismo tiempo: por consiguiente, cuando las contradic-

(*) Tom. 3. pág. 165.

ciones sean en cosas accidentales, se faltará á la verdad en lo accidental, y cuando fueren en cosas sustanciales, habrá falsedad en lo sustancial. Estos filósofos se contradicen unos á otros, y á sí mismos, en cosas muy sustanciales, cuales son las que te he referido; pues todo sistema en que se falsifican cosas sustanciales, viene á caer en tierra: porque los capítulos sustanciales de cualquier sistema están entre sí tan íntimamente unidos y enlazados, que no pueden faltar unos, sin que falten los demas, y con esto todo el edificio del sistema se precipita á su ruina.

No por esto digo, que todas y cada una de las proposiciones de estos filósofos sean falsas, pues en muchísimas de ellas todos convenimos; pero sí sostengo que su sistema es falso: y como es contrario diametralmente al de la religion, el de esta es el verdadero.

Fel. Tu objeto es manifestar, que estos filósofos procedieron con injusticia en combatir el cristianismo, porque carecian de razones convincentes. Y ¿cuales son las que tienes para defenderlo? porque á la verdad, es

una lástima que una religion cuyo plan se cree tan hermoso y tan bien ordenado, y cuyas máximas se dirigen á constituir feliz al hombre, carezca de fundamentos: con lo que se prueba solamente la sabiduría y la intencion benéfica de su autor.

Vic. Algunos incrédulos pretenden atacar á la religion con la religion misma: para esto se valen del estratagemá hipócrita de elogiarla con el mayor encarecimiento, y despues lamentan en tono lastimero la falta de fundamentos en que debía estribar su verdad: con esto se fingen justos apreciores de la utilidad del evangelio, y prudentes en no admitirlo, para engañar de este modo á los incautos. Estos lobos, con piel de oveja, levantan la voz para llamar hipócritas á los cristianos; siendo así que ellos proceden con la hipocresía mas refinada. Dime, Félix, ¿has leído los libros de la religion cristiana, y en que se hace su defensa contra los impíos y libertinos?

Fel. No los he leído, porque unos están en el idioma latino, y otros son demasiado abultados, con un estilo seco y cansado, con que se hacen fastidiosos.

Vic. Primeramente, hay muchos escritos á favor del cristianismo, que no son de mucho volúmen, y que tienen un estilo elocuente, ameno, y enérgico. En segundo lugar debo advertirte, que es una desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre, que haya tantos hombres que teniéndose por sabios y prudentes, no quieran emplear un poco de tiempo y de trabajo en un negocio de la mayor importancia, y cuyas consecuencias son eternas; al paso que emplean toda su vida, se afanan, y hacen sacrificios muy costosos por un interes despreciable, por un honor vano, y por un placer momentáneo y criminal: pero muchos, impelidos por el espíritu de la novedad, por entrar en la moda, y por parecer erúditos, é ilustrados, leen algunos libros contra la religion, y no leen ninguno de los escritos en su defensa: y como carecen de principios é instruccion, se dejan alucinar con argumentos falsos y capciosos, puestos con pompa, elocuencia y artificio: con lo que dando por falsa la religion cristiana, se vienen á precipitar en el abismo de la incredulidad. ¿No es suma injusticia sentenciar sin conocimiento de causa?

Fel. Segun esto, yo quisiera que tú, pues te hallas tan persuadido, me manifestases los fundamentos de la verdad del cristianismo, para proceder yo con la rectitud y buen juicio de un hombre de bien, y amante de la razon.

Vic. Yo, aunque he leído escelentes apologías de la religion, para confirmarme y radicarme mas en la fe, y tener un escudo que me ponga á cubierto de las saetas de la impiedad; con todo, me juzgo sin la suficiencia necesaria para hablar dignamente sobre una materia tan interesante, tan sublime, y tan delicada: pero entreándome á la reflexion, recogiendo mis pensamientos, y ordenando mis ideas, te manifestaré las especies de que me acordáre, para cuyo efecto espero el auxilio de Jesucristo, que es el sol divino de santidad que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y se dignó iluminarme á mí. Pero pidiendo este asunto mas detencion, mañana, si te parece, comenzaremos, dándonos ahora mutuamente los parabienes de habernos vuelto á ver con salud, despues de tus pasadas desgracias.

CONVERSACION SEGUNDA.

Vic. Amado Felix, despues de saludarte, hoy vengo á cumplirte la palabra que te dí ayer, de hablarte de los fundamentos de la religion de Jesucristo. Demos principio en el nombre de este Salvador misericordioso. Ante todas cosas debemos asentar, qué cosa es religion, su origen, sus progresos, su utilidad, y su necesidad. Religion es una virtud por la que el hombre da á Dios el honor y culto que le es debido: ó mas bien, es una comunicacion entre Dios y los hombres, por la que Dios se manifiesta á los hombres, y estos le dan el honor y el culto debido.

Toda la naturaleza nos enseña que hay un Dios, criador y conservador de todo lo que tiene ser en el universo. Nosotros conocemos evidentemente que hubo tiempo en que no existiamos, y que lo que somos, lo que tenemos, y lo que podemos,

Fel. Segun esto, yo quisiera que tú, pues te hallas tan persuadido, me manifestases los fundamentos de la verdad del cristianismo, para proceder yo con la rectitud y buen juicio de un hombre de bien, y amante de la razon.

Vic. Yo, aunque he leído excelentes apologías de la religion, para confirmarme y radicarme mas en la fe, y tener un escudo que me ponga á cubierto de las saetas de la impiedad; con todo, me juzgo sin la suficiencia necesaria para hablar dignamente sobre una materia tan interesante, tan sublime, y tan delicada: pero entreándome á la reflexion, recogiendo mis pensamientos, y ordenando mis ideas, te manifestaré las especies de que me acordáre, para cuyo efecto espero el auxilio de Jesucristo, que es el sol divino de santidad que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y se dignó iluminarme á mí. Pero pidiendo este asunto mas detencion, mañana, si te parece, comenzaremos, dándonos ahora mutuamente los parabienes de habernos vuelto á ver con salud, despues de tus pasadas desgracias.

CONVERSACION SEGUNDA.

Vic. Amado Felix, despues de saludarte, hoy vengo á cumplirte la palabra que te dí ayer, de hablarte de los fundamentos de la religion de Jesucristo. Demos principio en el nombre de este Salvador misericordioso. Ante todas cosas debemos asentar, qué cosa es religion, su origen, sus progresos, su utilidad, y su necesidad. Religion es una virtud por la que el hombre da á Dios el honor y culto que le es debido: ó mas bien, es una comunicacion entre Dios y los hombres, por la que Dios se manifiesta á los hombres, y estos le dan el honor y el culto debido.

Toda la naturaleza nos enseña que hay un Dios, criador y conservador de todo lo que tiene ser en el universo. Nosotros conocemos evidentemente que hubo tiempo en que no existiamos, y que lo que somos, lo que tenemos, y lo que podemos,

lo hemos recibido de otro: pues este es Dios. Por consiguiente, reconocemos la obligacion en que nos hallamos, de darle las gracias por todos sus beneficios, de amarlo, de servirle, y de ocurrir á él en todas nuestras necesidades y aficciones.

Esta obligacion la conoció el primer hombre luego que salió de las manos de su Criador omnipotente, ya por las luces de su razon natural, y ya porque Dios se le manifestó. Él perseveró muy poco tiempo en la sujecion debida á Dios, quebrantó el único precepto que le impuso su Magistad, y cometió aquel grande pecado que llamamos original, y heredamos todos sus descendientes. Dios, viendo á este primer padre sumergido en un abismo de males y de miserias, que le habia causado la culpa, usó con él de misericordia, y lo consoló con la promesa de que le enviaria un redentor de su pecado, y reparador de su caída.

El conocimiento del verdadero Dios, y de esta promesa magnífica, fué pasando á sus descendientes; pero como el pecado original causa en el entendimiento del hom-

bre la ignorancia y las tinieblas, y en su voluntad la repugnancia á la virtud, y la inclinacion al vicio; conforme fueron alejándose los hombres del tiempo de la creacion, fueron corrompiéndose y pervirtiéndose mas, en términos que Dios se vió precisado por los derechos de su justicia á castigarlos con un diluvio en que perecieron todos los habitantes de la tierra, excepto el patriarca Noe y su familia. Pero como el corazon del hombre desde la niñez es inclinado á lo malo, despues del diluvio volvieron á multiplicarse las iniquidades, y á llenarse la tierra de vicios. Nino, fundador y rey de Ninive, erigió una estatua en honor de su padre Belo, fundador y rey de Babilonia, y despues le levantó un templo en el que comenzaron sus vasallos á darle adoracion como si fuera Dios, y de aquí tuvo principio la idolatría. Con el transcurso de los tiempos se fué aumentando la corrupcion del corazon humano: los hombres se fueron estraviando mas, y precipitándose de abismo en abismo, con lo que la mayor parte de ellos, embrutecidos con los vicios, lie-

garon á perder el conocimiento del verdadero Dios. Pero como el testimonio de su misma conciencia, y la razon natural, aunque obscurecida, les enseñaba que hay Dios en el universo, y por otra parte se veían oprimidos del peso de las necesidades y aflicciones, trastornando las ideas, en lugar de adorar al verdadero Dios, reconocieron por dioses á todas aquellas cosas que les producian utilidad, alivio y consuelo. Adoraron á la tierra que los alimentaba, al sol que los alumbraba y calentaba, y á la luna que en la noche desterraba las tinieblas. Estos fueron su Cibéles, su Apolo y su Diana. Los reyes poderosos, los príncipes bienhechores, y los capitanes valientes que los libraban de sus enemigos, fueron adorados como dioses. Estos fueron Júpiter, Hércules, y otros. Adoraron á Ceres porque creían que le debían la fertilidad de las estaciones: á Marte el suceso feliz de las batallas: á Jano, la paz y la prosperidad de los pueblos: y á Esculapio la salud corporal.

Los hombres, deseando con ansia la felicidad, creyeron ciegamente gozarla en

desahogo de sus pasiones, y para librarse de los remordimientos de la conciencia, los poetas, que eran los teólogos de aquellos tiempos, presentaron una ocasion lisonjera con divinizar los vicios. Levantaron templos, y ofrecieron sacrificios á la embriaguez, con el nombre de Baco: á la crueldad con el de Marte: á la deshonestidad con el de Venus: y así á otros. De aquí es, que se empeñaban en publicar los vicios de sus dioses para autorizar los suyos propios. No es extraño que adoptando por dioses á personas delincuentes, los honrasen con delitos. En Roma, Atenas, y Corinto, que eran las ciudades mas célebres, y que se gloriaban de sábias, erigieron altares á los vicios mas torpes y mas groseros; de suerte que el culto de la religion pagana era una dissolution y prostitucion pública. Séneca, aunque gentil, dijo: que aquella multitud de dioses infames se habia introducido para despojar á los hombres del pudor y de la vergüenza. ¡Cuanto convienen con los paganos muchos de los filósofos iacrédulos de nuestros días, que aseguran con insolencia y con descaro, que la virtud y el vicio

se distinguen solamente en el nombre, con el fin de establecer en todo el universo el imperio de las pasiones mas vergonzosas y de los apetitos mas brutales.

Es cierto que muchos sábios del gentilismo que conocian la falsedad de estos dioses y de esta religion, admitian como los cristianos la inmortalidad de nuestras almas, y estaban convencidos de que todos fuimos criados para gozar de una felicidad verdadera; pero como carecian del conocimiento de la religion verdadera, que es la única que enseña cual es esta felicidad, guiados solo de las luces ofuscadas de su razon, discordaron entre sí mismos en establecer la bienaventuranza, y de aqui dimanaron tantas opiniones, y tantos delirios.

En medio de una corrupcion tan lastimosa y tan general, el único y verdadero Dios conservó su religion entre los hombres. En el tiempo posterior al diluvio, es que comenzó la idolatria, escogió á Abraham hombre santo, y agradable á sus ojos divinos, para que fuese padre de un pueblo elegido, que fuera depositario de la ley ver-

dadera. Con este fin separó á este pueblo de todas las naciones del universo, con sus leyes y con sus costumbres: lo redujo á cierto territorio que le tenia preparado: de este pueblo finalmente se constituyó el mismo Dios cabeza y legislador, gobernándolo para cumplir en él sus promesas.

Estas promesas se dirigian á mandar á su mismo hijo consubstancial, para que se hiciese hombre, padeciese y muriese en una cruz, con lo que quedase satisfecha la justicia divina por los pecados de todo el mundo, los hombres quedasen redimidos de la cautividad de sus culpas bajo la potestad del demonio, y se les abriesen las puertas del cielo, que habian cerrado sus pecados. Pues Felix, estas promesas están cumplidas. El hijo de Dios bajó á la tierra, y ha sido el autor de la religion cristiana. Pero antes que yo pase á probar la verdad de ella con los fundamentos que te prometí, debemos convenir en una verdad de hecho, que por ser ciertísima y evidentísima, han convenido en ella aun los mayores enemigos del cristianismo: y es, que ha existido un hombre llamado Jesucris-

to que nació en la ciudad de Belen en Judá: que vivió mucho tiempo en Jerusalem, capital de la Palestina: que tuvo por discípulos á doce hombres llamados Apóstoles: que enseñó una doctrina que no habia enseñado ninguno de los sábios del paganismo: que fué perseguido por sus mismos compatriotas hasta quitarle la vida en una cruz que despues de su muerte sus discípulos repartiéndose por toda la tierra, predicaron la doctrina de su maestro: que por esta causa derramaron su sangre: y que la Iglesia que ellos fundaron permanece despues de diez y ocho siglos, y que ésta ha enseñado y defendido constantemente la religion cristiana.

Debemos asentar este otro principio tambien ciertísimo y evidentísimo: que todas las naciones, y todos los pueblos del universo, aunque hayan sido diversos, y aun contrarios en sus usos, costumbres, inclinaciones, leyes é intereses, en todos los tiempos y en todos los lugares han admitido la existencia de Dios, y han tenido una religion con que le han dado culto: por consiguiente, la religion no es una invención

humana puramente como dicen los falsos filósofos, sino que trae su origen de Dios: porque aquello en que convienen todos los hombres de todos los tiempos, es la voz y el sentimiento de la naturaleza: pues todo sentimiento de la naturaleza, segun la sana filosofia, y la recta razon, viene del autor de ella, que lo ha grabado en el corazon de todos los hombres.

Fel. Segun esa razon, todos los dioses que han adorado los hombres serán verdaderos, y todas las religiones con que les han dado culto tambien serán verdaderas: pues esta adoracion ha sido inspirada por la naturaleza.

Vic. Felix, de ninguna manera: la naturaleza ha impreso en el corazon de los hombres la idea de un Dios, y les ha dado á conocer que deben adorarlo con una religion; pero la ignorancia, los intereses particulares, las pasiones, y la repugnancia á una ley que las refrene, y que contenga á los hombres entre los límites de lo justo y de lo recto, los ha precipitado á fingirse tanta multitud de dioses falsos, y ha inventado aquella religion que era mas

conforme á sus inclinaciones. Por ejemplo la naturaleza me enseña, que es necesario el alimento para la conservación de la vida; pero si yo mas consulto á mi gusto que á la razon, en lugar de elegir un alimento provechoso, tomare uno que me sea nocivo y perjudicial á la misma vida. Decia Ciceron gentil: »no hay nacion, por bárbara y fiera que sea, que ignore que hay Dios; aunque no sepa cual es el que debe adorar.» Es opuestísima la razon la multitud de los dioses, y la misma razon persuade, que al único verdadero se le debe dar culto con una sola religion digna de la divinidad: esta es la religion cristiana: empezemos ya á tratar de sus fundamentos, y sea el primero de las profecías.

Dios prometió al primer hombre mandarle al Mesías, y Redentor suyo, y de todos los hombres. (1) Despues repitió esta promesa á Abraham. (2) Se la reitera Jacob, asegurándole: que todas las naciones

(1) Gen. cap. 3. V. 15.

(2) Gen. 12. V. 3.

de la tierra serian benditas en su posteridad, de la que habia de nacer este Salvador y Legislador, (1) y se fija en la tribu de Judá. (2)

Vinieron despues los profetas, que sucesivamente por el espacio de mil y seiscientos años anunciaron de parte de Dios que se iban á cumplir estas promesas. Dijeron, que este enviado del Señor habia de ser el auxilio y el consuelo del mundo, el legislador de los pueblos, la luz de todas las naciones, el maestro que enseñaria á los hombres el culto quedebian dar á Dios: que destruiria la iniquidad: que traeria á la tierra una santidad sempiterna: que llenaria al universo del espíritu de Dios: que daria una paz inmortal: y que para esto seria fundador y cabeza de una Iglesia que se formaria de los judios y de los gentiles.

Luego si yo te demuestro que ese Mesías prometido por Dios, ya ha venido con todos los caracteres y señales con que lo anunciaron los profetas, y que este es Je-

(1) Gen. cap. 28. V. 14.

(2) Gen. 49. V. 10.

sus Nazareno, autor de la religion cristiana, quedarás convencido de que esta religion trae su origen de Dios, y que por lo mismo es la verdadera. Porque unos sucesos predichos muchos siglos antes de que se verificáran, y cumplidos con todas las circunstancias con que se anunciaron, solo Dios pudo haberlos anunciado, porque solo él tiene conocimiento de los sucesos futuros.

Fel. Manifiéstame las pruebas, que como sean convincentes, ya quedará demostrado el primer fundamento de la verdad del cristianismo.

Vic. Cuatro son las profecías mas principales y mas espresas de la venida del Mesías, Salvador de los hombres. La primera es la de Jacob. Estando este patriarca próximo á morir, congregó á sus hijos, y á cada uno de ellos le dió su bendición particular, prediciéndoles lo que habia de suceder en el transcurso de los tiempos; pero hablando con su cuarto hijo que era Judas, le dijo estas palabras muy notables: (1) »Judas, tus hermanos

(1) *Gen. cap. 49. V. 10.*

llenarán de alabanzas, y te adorarán. El cetro no se le quitará á Judas, y habrá siempre de su posteridad conductores del pueblo, hasta que venga aquel, que ha de ser enviado, y que será el objeto de la esperanza de las naciones." Dos cosas asegura Jacob en esta profecía: la primera, que mientras permaneciere la tribu de Judá, gozará de la preeminencia y de la autoridad sobre las demas tribus. La segunda, que el gobierno soberano permanecerá en la tribu de Judá, ó en toda la nacion judia, hasta que venga el Mesias.

Fel. ¿Cómo pruebas con esta profecía que ya ha venido el Mesias?

Vic. De este modo: los judios se gobernaron por príncipes de su nacion, hasta que Cesar augusto y el Senado romano los despojaron del principado, constituyendo por su rey, sujeto al imperio romano, á Herodes, estrangero, natural de Ascalon en Idumea. Poco despues fueron arrojados de su patria los judios, y se dispersaron por todas las naciones: con lo que perdieron enteramente su gobierno soberano. Ellos mismos dieron de esto el testimonio mas auténtico

cuando acusando á Jesucristo ante Pilatos, levantaron la voz diciendo: nosotros no tenemos otro rey que el César. Pues segun el vaticinio de Jacob, el Mesías habia de venir cuando á los judios se les quitára la autoridad suprema: luego ya ha venido.

Fel. Los judios fueron conducidos á Babilonia por Nabucodonosor, y reducidos á cautiverio, en el que pereció Sedecias, que fué el último de sus reyes: con lo que perdieron la autoridad soberana muchos siglos ántes de la existencia de Herodes. De esto se infiere una de dos cosas, ó que desde entonces vino el Mesías, lo que tú no has de conceder, ó que el Mesías no debia venir cuando los judios perdieran esta autoridad: y así la profecía nada prueba para tu intento.

Vic. Te engañas, Felix: muerto Sedecias, pasó la potestad real á Joaquin, por otro nombre Jeconias, que era de la tribu de Judá, á quien sacó de la prision Evilmerodac sucesor de Nabucodonosor, y lo hizo sentar á su mesa. Despues los judios, durante la cautividad, tenían la potestad de vida ó de muerte sobre su nacion: como

consta por la historia de Susana. Concluida la cautividad, volvieron á su país bajo la direccion de Zorobabél, mandado por Ciro rey de los Persas, con facultad de reedificar el templo de Jerusalem: y finalmente se estuvieron gobernando por un senado supremo llamado Sanhedrin, hasta que empezó á reinar Herodes, en cuyo tiempo vino Jesucristo.

Fel. ¿Cual es la segunda profecía de la venida del Mesías?

Vic. La del profeta Daniel, que denota de un modo muy circunstanciado el tiempo en que habia de venir el Mesías. Por ser tan célebre esta profecía la referiré toda entera. Cuando Daniel estaba pidiendo á Dios que pusiese fin á la cautividad de Babilonia, se le apareció el arcángel S. Gabriel, y tocándole le dijo: (a) »Daniel, yo he venido para enseñarte, y que entiendas esto. Desde que diste principio á tu oracion se ha dado un decreto, y yo he venido á hacértelo saber, porque estás lleno de deseos: atiende pues á mis palabras,

(a) *Daniel. Cap. 9. VV. 22, 23, 24, 25, 26, et 27.*

y oye lo que voy á manifestarte. Setenta semanas se han reducido respecto á tu pueblo, y á tu santa ciudad, para que cese la prevaricacion, finalice el pecado, se expie la iniquidad, y la justicia eterna le suceda: para que la vision y la profecía se cumplan, y sea ungido el santo de los santos. Sabe y advierte, que desde el dia que se diere la orden de reedificar á Jerusalem, hasta que se manifestare el rey que es el Cristo, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas, (esto es, sesenta y nueve semanas). Se construirán de nuevo las plazas y murallas de Jerusalem en tiempos muy difíciles: y despues de sesenta y dos semanas se le dará muerte al Cristo: y el pueblo que no le reconocerá, no será ya su pueblo. Otro pueblo que vendrá con su príncipe, destruirá la ciudad y el santuario: la ruina será total, y concluida la guerra, seguirá la desolacion que se ha determinado. El Cristo establecerá una alianza firme con muchos, durante una semana, y en medio de esta semana cesarán el sacrificio y la oblacion. Se verá la abominacion de la desolacion en el templo, y la desolacion du-

rá hasta la consumacion, y hasta el fin."

Fel. ¿Cómo aplicas esta profecía al Mesías?

Vic. La sagrada escritura cuenta solo dos clases de semanas, una de dias, y otra de años: es claro que la profecía de Daniel no habla de semanas de dias, pues cumplidas estas nada se verificó de lo pronosticado: y así habla de semanas de años, pues cumplidas éstas se verificó la profecía en todas partes. Cuatro sucesos anuncia esta profecía. El primero es, que desde que se diere la facultad para reedificar á Jerusalem, hasta el tiempo en que se manifestara el Mesías, habian de pasar sesenta y nueve semanas de año:; pues desde el año en que Artagerges Longimano dió esta facultad, que fué el vigésimo de su reinado, hasta el año del mundo 4.033 en que Jesucristo comenzó á manifestarse por su predicacion y milagros pasaron 483 años: los cuales constituyen las sesenta y nueve semanas asignadas por Daniel. El segundo suceso es, que á las sesenta y nueve semanas y media quitarian la vida al Mesías; pues Jesucristo fué crucificado á los tres años y medio de haber comenzado su predicacion: cuyo tiem-

(*) sus

po hace media semana de años, que agregados á los 4.033 componen 4.036., en cuyo año, segun el cómputo de muchos cronólogos, murió Jesucristo.

El tercer suceso era, que vendria un pueblo con su príncipe, y destruiria á Jerusalem y su templo. Esto puntualmente se verificó á los treinta y ocho años de la muerte de Jesucristo: pues vino el ejército romano dirigido por su emperador Tito, hijo de Vespaciano: sitió á Jerusalem, y reduciéndola á la mayor angustia, la destruyó, reservando solamente de toda la ciudad, las torres de Epico, Phazael, y Mariamne, y haciendo pasar el arado por el terreno del templo en señal de su destruccion. Esta ruina la profetizó tambien Jesucristo en el tiempo de su predicacion.

El cuarto y último suceso era, que la desolacion de Jerusalem y su templo seria perpetua: pues esto lo ha enseñado la misma esperiencia por el dilatado espacio de mas de diez y siete siglos.

Fel. La esperiencia demuestra lo contrario: pues Jerusalem fué reedificada, y persevera hasta el tiempo presente.

Vic. Es cierto que Jerusalem fué reedificada; pero no para ser ciudad de los judios, y mucho menos para ser capital de su reino; porque el emperador Adriano la constituyó colonia de los romanos: de suerte que ha sido ocupada por los gentiles, despues por los cristianos, y actualmente por los turcos: y así para los judios ha sido Jerusalem desolada perpetuamente, y ellos llevan mas de diez y siete siglos de estar sin templo ni gobierno soberano, dispersos por toda la tierra.

Pasémos á la tercera profecía, que es la de Ageo. Dió causa para ella lo siguiente. Despues de haber vuelto los judios de la cautividad de Babilonia, habiendo sacado los cimientos del segundo templo con permiso de Ciro rey de Persia, se interrumpió la obra por el espacio de casi diez y seis años; pero despues se continuó en el reinado de Dario hijo de Hitaspes, tercer sucesor de Ciro, y se concluyó al fin de cuatro años. Como los judios para seguir esta obra hallaban tanta oposicion en enemigos poderosos, Dios, para consolarlos, y alentarlos á la consumacion de la obra,

les dijo por el profeta Ageo: (a) »Dentro de poco tiempo estremeceré yo el cielo, la tierra, el mar, y todo el universo: conmovaré todos los pueblos: vendrá el deseado de todas las naciones: y yo llenaré de gloria esta casa, y su gloria escenderá á la primera.

Fel. ¿Cómo esplicas esta profecía de modo que pruebe que ya ha venido el Mesías?

Vic. De este modo claro y sencillo: dijo Dios, que vendria el deseado de las naciones, esto es el Mesías. Así lo han entendido hasta los mismos judios, y que el segundo templo seria mas glorioso que el primero: es constante que no lo fué ni en la magnificencia ni en las riquezas, pues en esto fué muy inferior; y sí fué mas glorioso por la presencia del Mesías que habia de venir á él á honrarlo y santificarlo. Como este templo ya acabó, es señal que ya vino el Mesías. Así fué en efecto porque Jesucristo recién nacido fué presentado en este templo, y en él predicó y obró milagros.

(a) *Ageus. Cap. 2. V. 7 et 8.*

Fel. Jesucristo no estuvo en este templo, sino en el posterior que edificó Herodes Ascalonita, y así no se ha verificado la profecía en Jesucristo.

Vic. Herodes no edificó un tercer templo, sino solamente amplificó el segundo sobre las ruinas del primero fabricado por Salomon.

La cuarta profecía es la de Malaquias que dice en estos términos: (a) »Ved ahí, que yo envio mi ángel, dice el Señor, y él preparó el camino delante de mí, y luego el Señor á quien vosotros buscáis, vendrá á su templo, y el ángel de la alianza que deseais, ved ahí que viene, dice el Señor de los ejércitos.

Fel. ¿Como habla esta profecía del Mesías?

Vic. Este ángel del testamento ó de la alianza es el Mesías, á quien el profeta le da tambien el nombre de Señor. Dice que vendrá á su templo, esto es, al segundo, pues Malaquias profetizó despues de la cautividad de Babilonia, cuando ya no existia

(a) *Malachias cap. 3. V. 3.*

el primero; luego habiendo sido arruinado este segundo templo por el ejército de los romanos estuvo en él, el Mesías: y así no queda duda de que ya vino.

Fel. De todo lo que has dicho, lo mas que se infiere es, que ya ha venido el Mesías; pero no que este sea Jesucristo.

Vic. Pues aquel en quien se hallen todos los caracteres y todas las señales con que los profetas anunciaron al Mesías, este es el Mesías.

Fel. Es cierto.

Vic. Conque demostrándote, que en Jesus Nazareno se hallan estos caracteres y estas señales, ¿quedarás convencido de que él es el Mesías?

Fel. Quedaré.

Vic. Pues yo te iré citando las profecías, tú tomarás el evangelio en tus manos, y haciendo la comparacion, te convencerás de que en Jesucristo se ha cumplido lo que los profetas anunciaron del Mesías: comencémos. Prometió Dios á Abraham que de él descendería el Mesías: (a) esto

(a) Génes. cap. 12 v. 3 et 22.

mismo prometió á David, (a) y lo anunció por Isaias: (b) había de nacer de una vírgen segun el mismo Isaias: (c) había de nacer en Belen de Judá segun Micheas: (d) dijo Isaias, que seria adorado por los Magos: (e) y David dijo: que los reyes de Tarsis, y de las islas remotas le traerian presentes: (f) Zacarias predijo: que seria pobre, y entraria en Jerusalem con mansedumbre sentado sobre un jumentillo: (g) Isaias dijo, que predicaria y anunciaria á los hombres su redencion. (h)

Si observamos la pasion de Jesucristo, veremos que hasta las menores circunstancias están predichas por los profetas. Te hablaré de algunas de las mas notables. Da-

(a) Ps. 88 v. 29.

(b) *Isai.* cap. 11 v. 1.

(c) Cap. 7 v. 14.

(d) Cap. 5 v. 2.

(e) Cap. 60 v. 7.

(f) Ps. 71 v. 10.

(g) Cap. 9 v. 9.

(h) Cap. 61. v. 1.

vid anunció la traición de Judas: (i) Zacarías dijo: que el Mesías sería vendido en treinta monedas: (j) Isaias dijo: que sería cubierto de heridas y de llagas, y que no le quedaria figura de hombre; efecto de los azotes crueles y sangrientos: (k) segun el mismo Profeta sería abofeteado, y su rostro lleno de salivas: David profetizó que sería crucificado: que le darian á beber hiel y vinagre: que lo insultarian llenándolo de oprobios: y que dividirian y sortearian sus vestidos. (l) Zacarías pronosticó, que serian penetradas sus manos y su costado. (m) Ultimamente, si cotejas las circunstancias del Mesías anunciadas por los Profetas, con las de la vida, pasión y muerte de Jesucristo referidas por los Evangelistas, hallarás una igualdad tan perfecta, que aunque seas el mayor enemigo de la razón, te verás irremisiblemente obligado á confesar, que Je-

(i) Ps. 40. V. 10.

(j) Cap. 11. V. 12.

(k) Cap. 53. V. 2.

(l) Salm. 21.

(m) Cap. 12.

sucristo es el Mesías prometido por Dios, y anunciado por los profetas.

Paso á demostrarte el cumplimiento de las profecías acerca de la reprobacion de los judios, y de la conversion de los gentiles. Moyses predijo, que los judios serian dispersos y derramados por toda la tierra: (n) lo mismo profetizaron David (o) y Amos; y Oseas anunció que estarian mucho tiempo sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, y sin sacerdocio. (p) Todo esto está enteramente cumplido, pues los infelices judios se hallan dispersos por toda la tierra, no tienen soberano ni príncipe de su nacion, porque están bajo las leyes, superiores y tribunales de las naciones á quienes están sujetos, pagando crecidos tributos para ser protegidos. Se hallan sin templo: pues sus sinagogas nada mas son que casas de congregaciones que no pueden compararse con el templo, segun ellos mismos confiesan: sin altar ni sacrificios: pues des-

(n) Deuter. cap. 28 V.V. 64 y 65.

(o) Salm. 51 V. 11 et 12.

(p) Cap. 3. V. 4.

de la destruccion del templo no pueden sacrificar, porque Dios les prohibió hacerlo fuera del templo; y en fin, en todas partes donde se hallan, no tienen sosiego ni tranquilidad; son el desprecio y la abominacion de las naciones, y llevan consigo en todos los lugares la señal de su reprobacion. Este peso enorme de desgracia está gravitando sobre esta nacion miserable desde la destruccion de Jerusalem, que fué mas ha de diez y siete siglos.

La conversion de los gentiles la predijeron David (q) é Isaías, (r) y es una cosa evidente, que todas las naciones, aun las mas obstinadas en la idolatría, han reconocido y adorado al Dios verdadero. Luego por el cumplimiento de las profecías de la reprobacion de los judios y de la conversion de los gentiles, se prueba claramente que ha venido el Mesías: y que habiendo comenzado á suceder esto cuando apareció

(q) *Salm. 21 V. 24.*

(r) *Cap. 41 V. 1. Cap. 49 V. 6. Cap. 51. V. 4 y 5. Cap. 52 V. 10. Cap. 62 V. 2.*

Jesucristo: y sus discípulos convirtieron á los gentiles, es cierto que es él el Mesías.

Fel. ¿Pero estas profecías no pudieron haber sido inventadas por los mismos cristianos despues de haber acontecido los sucesos de que ellas hablan, para darle este grado de tanta certidumbre á su religion?

Vic. Han sido muy anteriores á los sucesos que pronostican. El primer libro que contiene algunas de las profecías es el Génesis escrito por Moyses, que despues de haber sacado á los Israelitas de la cautividad de Egipto bajo el poder de Faraon, los condujo por el desierto, en donde escribió este libro. Él vivió quinientos años antes de Homero: mas de mil y ciento antes de Sócrates, de Platon, y de Aristóteles, que fueron los gefes y los maestros de la sabiduría de los griegos: y cerca de mil y quinientos antes del nacimiento de Jesucristo: de suerte que Moyses fué mas antiguo que Mercurio Trimegisto rey de Egipto, que fué el primer escritor gentil que existió (segun los mejores historiadores) en los tiempos de David y de Salomon.

*

Isaías, que es el primero de los Profetas segun el orden de la Biblia, empezó á profetizar en el año diez y siete de Osías rey de Judá, que es decir, cerca de ochocientos años antes de la venida de Jesucristo; y Malaquías, que fué el último de los Profetas, comenzó sus profecías en el año quinto ó sexto de Artajerjes Longimano, que empezó á reinar en Persia cuatrocientos y sesenta y tres años antes del nacimiento de Jesucristo.

Fel. Pero bien: aunque esos sugetos á quienes se atribuyen las profecías hayan existido en los tiempos que tú dices, ¿cómo pruebas que realmente son tuyas, y no de otros que han vivido despues de la venida de Jesucristo?

Vic. Tú mismo has de dar la prueba: dime, Homero, Platon, Aristóteles, Virgilio, y Ciceron, ¿existieron antes de la venida de Jesucristo?

Fel. Es ciertísimo que existieron antes.

Vic. Pues dime: ¿porqué tú y todos creéis, que las obras que se le atribuyen á estos sugetos son realmente tuyas, y no de otros que vivieron despues?

Fel. Porque así consta por una tradicion que ha ido pasando de boca en boca hasta nosotros, y así consta por las historias, y por los anales de los tiempos posteriores: por consiguiente, esta verdad tiene una certeza moral, que solo un loco la puede negar.

Vic. Pues esa misma respuesta te doy yo, y voy á manifestarte que mi respuesta tiene aun mayor certeza que la tuya. Por una tradicion no interrumpida desde los tiempos en que existieron los sugetos á quienes se atribuyen estas profecías, han creido constantemente los judios, y despues todos los cristianos hasta el tiempo presente, que ellos han sido los verdaderos autores de ellas; pero aunque no hubieran sido, para darte una prueba muy convincente de la verdad de la religion cristiana, me basta demostrarte, que las profecías se hicieron muchos siglos antes de la venida de Jesucristo, y que en él se cumplieron. Estas profecías se escribian: los libros originales se guardaban en el templo de Jerusalem: cuidaban de ellos los levitas: sacaban copias los judios, que conservaban con mucha ve-

neracion y aprecio. Estas profecias se tradujeron en griego mucho tiempo antes del nacimiento de Jesucristo; y de este modo se esparcieron por el mundo donde se usaba la lengua griega, particularmente en los estados mas dilatados y mas cultos. Los libros de las profecias andaban en las manos de los judios antes de la division de las diez tribus, que es decir, antes de la cautividad de Babilonia: estos libros hasta el dia los tienen los judios. Y así, si su origen ha sido despues de la venida de Jesucristo, han sido inventados ó por los cristianos, ó por los judios: si han sido inventados por los cristianos, ¿porqué los judios no manifiestan al mundo entero este engaño, esta ficcion de los cristianos, y para qué ellos mismos cooperan á esta falsedad con conservar estos libros como compuestos antes del nacimiento de Jesucristo? Y si han sido inventados por los judios, ¿es posible que ellos con estos libros les den armas á los cristianos para que los combatan y confundan, haciéndoles ver que las profecias que ellos defienden como tan antiguas, están ya cumplidas en la persona

de Jesucristo, y así, que son unos pérfidos, y enemigos de la verdad en no admitirlo como verdadero Mesías? Es imposible. Últimamente, si los libros de las profecias han sido inventados despues de la venida de Jesucristo, señálese el tiempo en que esto sucedió. Ciertamente no se ha de señalar.

Para confirmacion de todo lo dicho, añado: que cuando los primeros cristianos trataban de convencer á los gentiles de la verdad de la religion de Jesucristo, les alegaban el cumplimiento de las profecias: y cuando los gentiles dudaban de las tales profecias, los remitian con los judios para que en sus libros las leyesen: y entonces se certificaban de la realidad de ellas, y cotejándolas con los hechos de Jesucristo, quedaban convencidos de que en él se habian cumplido; y que por consiguiente él era el Mesías prometido por Dios por medio de los profetas. Luego por todas estas razones se infiere claramente, que estos libros estaban escritos muchos siglos antes del nacimiento de Jesucristo: que sus autores son verdaderamente profetas inspirados por Dios: pues solo Dios conoce con

toda certeza los sucesos venideros con todas sus circunstancias, y que Jesucristo es el Mesías prometido, pues en él se cumplió todo lo que anunciaron los profetas respecto del Mesías.

CONVERSACION TERCERA.

Fel. Trateemos ahora de los otros fundamentos de la verdad de la religion cristiana.

Vic. El otro fundamento es el de los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles. Pero como estos hechos prodigiosos constan especialmente por los libros del nuevo testamento, para evitar el argumento que me puedes hacer sobre la autenticidad y verdad de estos libros, quiero establecerla antes que tratemos de los milagros. Cuando digo que los libros del nuevo testamento son auténticos, quiero decir, que son realmente de los autores á quienes se atribu-

yen, y que no están fraguados en los tiempos posteriores á la existencia de los autores que se nombran en ellos. Para esto bastaban las razones que te alegué á favor de la autenticidad de los escritos de los Profetas; pero aun quiero estenderme un poco mas: subamos desde nuestro tiempo por la sucesion de diez y ocho siglos hasta el principio del cristianismo, y veremos, que la Iglesia católica ha admitido en todas las épocas y en todos los lugares estos libros como obras de los autores que en ellos se espresan.

Fel. Yo convengo de buena fe, que desde el siglo cuarto hasta nuestros dias se han reconocido estos libros como obras de los apóstoles y de los evangelistas; pero ¿como probarás que desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio de la Iglesia, sucedió lo mismo?

Vic. Tú convienes en lo mismo que han convenido y convienen hasta los mismos incrédulos modernos enemigos de la religion: pues oye ahora como desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio del cristianismo, estos libros han sido admiti-

toda certeza los sucesos venideros con todas sus circunstancias, y que Jesucristo es el Mesías prometido, pues en él se cumplió todo lo que anunciaron los profetas respecto del Mesías.

CONVERSACION TERCERA.

Fel. Trateemos ahora de los otros fundamentos de la verdad de la religion cristiana.

Vic. El otro fundamento es el de los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles. Pero como estos hechos prodigiosos constan especialmente por los libros del nuevo testamento, para evitar el argumento que me puedes hacer sobre la autenticidad y verdad de estos libros, quiero establecerla antes que tratemos de los milagros. Cuando digo que los libros del nuevo testamento son auténticos, quiero decir, que son realmente de los autores á quienes se atribu-

yen, y que no están fraguados en los tiempos posteriores á la existencia de los autores que se nombran en ellos. Para esto bastaban las razones que te alegué á favor de la autenticidad de los escritos de los Profetas; pero aun quiero estenderme un poco mas: subamos desde nuestro tiempo por la sucesion de diez y ocho siglos hasta el principio del cristianismo, y veremos, que la Iglesia católica ha admitido en todas las épocas y en todos los lugares estos libros como obras de los autores que en ellos se espresan.

Fel. Yo convengo de buena fe, que desde el siglo cuarto hasta nuestros dias se han reconocido estos libros como obras de los apóstoles y de los evangelistas; pero ¿como probarás que desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio de la Iglesia, sucedió lo mismo?

Vic. Tú convienes en lo mismo que han convenido y convienen hasta los mismos incrédulos modernos enemigos de la religion: pues oye ahora como desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio del cristianismo, estos libros han sido admiti-

dos como escritos de los apóstoles y de los evangelistas. Orígenes al principio del siglo tercero, nombra los cuatro evangelios: los cuales, dice, son venerados por toda la Iglesia que está bajo del cielo. Tertuliano cita algunos años antes las cartas auténticas que el apóstol S. Pablo había escrito á las Iglesias de Roma, de Corinto, de Filipos, de Efeso, y de Tesalónica. Acusa al hereziarca Marcion de haber falsificado el evangelio de S. Lucas: y para convencerle presenta los ejemplares recibidos en todas las Iglesias apostólicas, y reconocidos por auténticos por el mismo Marcion, antes que empezase á enseñar sus errores. Casi á mediados del siglo segundo, San Justino en un escrito presentado al emperador Antonino, habla de la costumbre observada desde el principio entre los cristianos, de leer en sus juntas religiosas los escritos de los profetas y de los apóstoles.

En las cartas que nos han quedado de S. Policarpo obispo de Smirna martirizado en el año 106, en las de S. Ignacio obispo de Antioquia, que padeció mar-

tirio en 114, y en las del papa S. Clemente, que gobernaba la Iglesia romana en el año de 70, y había vivido mucho tiempo con S. Pedro apóstol, se hallan muchos lugares de los evangelios, y de las epístolas del nuevo testamento, citados como pertenecientes á la sagrada escritura; y finalmente, Papias, discípulo del apóstol S. Juan, hacia mención de los evangelios de S. Mateo y de S. Marcos. Heracleon, Ptolomeo, y Valerino, los Ebionitas, los Marcionistas, y los Gnósticos hereges, todos de los tiempos inmediatos á los de los apóstoles, admitían como auténticos los libros del nuevo testamento. De modo que puedo decir con S. Irineo obispo de Leon en el siglo segundo: que es tal la certidumbre de nuestra creencia tocante al evangelio, que la confirman hasta los hereges: pues cada uno de ellos, separándose de la Iglesia, busca en ella la prueba de su doctrina.

Los gentiles de los primeros siglos de la Iglesia reconocían como obras de los apóstoles los libros que hoy corren con sus nombres: como se puede ver en los diversos pedazos que nos han quedado de los escritos de Celso, de

Porfirio, de Hierocles, y del emperador Juliano el Apóstata, todos paganos: y en fin, hasta los mismos judios enemigos acérrimos del cristianismo, no han negado la autenticidad de estos libros.

Te he hablado de la autenticidad de los libros del nuevo testamento. Paso ahora á manifestarte su autoridad, esto es, que sus autores son dignos de crédito en todo cuanto dijeron en sus escritos. Estos son de dos clases: unos dogmáticos que tratan de la doctrina de Jesucristo, y los otros históricos que refieren los hechos de Jesucristo, y de los mismos apóstoles. De la verdad de unos y otros, te convencerás por estas razones. La primera es, la sencillez y naturalidad del estilo que nada tiene de estudiado, ni de afectado, ni lleno de ostentacion, como lo es el de los filósofos que en sus escritos procuraron que brillase la mas pomposa elocuencia, con que parecia que mas bien querian agrandar y adquirirse el aplauso, que convencer é instruir á sus discípulos. La segunda es la uniformidad de la doctrina. Cada uno de estos autores, ya respecto de sí mismo, y ya res-

pecto de los demás, está conforme en su doctrina á unos mismos principios. Es una misma la doctrina de todos los apóstoles y de los evangelistas, aun habiendo escrito y enseñado separados unos de otros por enormes distancias, y repartidos por todo el universo: cuya conducta no se observa en los filósofos: pues no solamente entre sí se halla una notable oposicion; pero aun algunos de ellos se contradicen á sí mismos en diversas obras, como te manifestaré con mas estension en otro lugar. La tercera es la santidad de la doctrina. Toda su moral, todas sus máximas se dirijen á inspirar á los hombres el amor á Dios, y el amor á sus semejantes, para ser felices en el tiempo y en la eternidad. De modo, que cualquiera hombre por poco advertido que sea, conocerá, que esta doctrina no respira mas que virtud y santidad, y que hace imponderables ventajas á la moral de los filósofos de todos los tiempos. La cuarta es la conformidad de las costumbres de los apóstoles con la doctrina que enseñaban. Su conducta era enteramente irrepreensible: su desinterés era sumo. No se les observó

ni ambicion para ocupar puestos elevados, ni codicia por atesorar riquezas. Les hubiera sido fácil uno y otro, por el grande ascendiente que tuvieron en la voluntad de millares de personas de todas clases y condiciones, que se constituyeron sus discípulos amantes y obedientes. Todo su empeño y sus conatos fueron dirigidos á que los hombres todos conocieran y amáran al verdadero Dios, y se amáran unos á otros. La quinta es su sabiduría admirable: ¡qué sublimidad de pensamientos! ¡qué conexión en las ideas! ¡qué energía y qué fuego en las espresiones! y ¡qué dignidad para hablar de las grandezas de un Dios! De suerte, que el hombre menos reflexivo conoce, que por la boca y por la pluma de los discípulos de Jesus habla el espíritu de Dios. La sesta es su fortaleza y su constancia. Ellos caminan á provincias muy remotas, y atraviesan dilatadas regiones para predicar el evangelio á toda criatura: y ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni las inclemencias de los tiempos, ni las molestias de los caminos, ni los peligros de los mares, ni las persecuciones, ni las cárceles,

ni los suplicios, son bastantes á obligarlos á que prescindan de su empresa; y ántes bien, ellos cuando son condenados á muerte salen de los tribunales de los jueces llenos de gozo y alegría, porque van á padecer por el nombre de su maestro: y subiéndolo con semblante sereno á los patibulos, hacen de ellos cátedras para predicar de nuevo el evangelio, con las palabras y con el ejemplo, pues mueren pidiendo á Dios el perdon y la conversion de sus mismos verdugos. Te he hecho una pintura breve é imperfecta del caracter de los discípulos de Jesucristo, para que te convenzas del derecho que tienen á ser creídos en la doctrina que enseñan, y en los hechos que refieren. La crítica mas refinada y escrupulosa, no exige en un historiador un conjunto de circunstancias mas recomendables. De manera, que será un insensato enemigo de la razon, el que dando crédito á otros historiadores, niegue ó dude de la verdad de los hechos referidos por los historiadores sagrados. Decia un hombre célebre: yo creo sin dificultad las historias cuyos testigos se dejan degollar por comprobarlas

Fel. Los apóstoles no son testigos fidedignos, porque ellos estaban interesados en la gloria y honor de su maestro: y que alentados con la falsa esperanza de grandes premios, era muy fácil que llevasen adelante las ideas de él, persuadiendo á los hombres que era el Mesías prometido por Dios.

Vic. Para esto hubiera sido necesario que los apóstoles hubieran sido los mayores insensatos del universo: porque si Jesucristo no era el verdadero Mesías, en el tiempo de su vida podía con sagacidad y con artidices engañar á sus discípulos, persuadiéndoles que él era el Mesías: y podía con falsos premios temporales y eternos alentarlos á que hiciesen creer esta fábula á los demás hombres; pero cuando ellos vieron que su Maestro había sido perseguido por las autoridades públicas, y aun por los doctores de la ley y por los sacerdotes, y que había exhalado el último suspiro en un suplicio, ¿no tenían en esto un motivo muy poderoso para desengañarse de su credulidad, y de la malicia de su maestro? En este caso ¿qué empeño podían tener en buscar la gloria y el honor de un impostor

y de un embustero que los había engañado, y había dejado espuestos á ser el blanco del odio y de las persecuciones de toda su nación? Y ¿qué premios podían esperar de un hombre que ya no existía, y con cuyo cadáver se había intentado sepultar su crédito y su memoria? Solo podían esperar una clase de muerte semejante á la de este hombre que no habría sido su maestro, sino un engañador astuto, y su mayor enemigo que les había ocasionado un fin tan trágico.

Pero cuando vemos á estos hombres tan irreprehensibles en su conducta, tan desinteresados, y que en los mismos suplicios aseguran que Jesucristo es el verdadero Mesías, tienen derecho para que se les crea: pues se conoce evidentemente que ellos hablan el idioma de la verdad. En fin, entre tantos historiadores á quienes se ha dado crédito en todas materias y aun en sucesos increíbles, dame uno que sea comparable con los apóstoles y evangelistas.

Entremos ya en la prueba de los milagros. Explicaré lo que es milagro, manifestaré su posibilidad, su verdad, y las

consecuencias que se deben sacar de él. Lo primero: milagro es un hecho admirable, y que escede todas las fuerzas de la naturaleza. Dios desde el principio del mundo estableció ciertas reglas para que constantemente se gobernara la naturaleza: como por ejemplo que todo cuerpo que está en alguna altura faltándole el impedimento que lo detiene venga á su centro: que los astros en tiempo determinado corran un espacio, sin que puedan retroceder en su carrera: y estas son las que los filósofos llaman leyes de la naturaleza: y así para que un hecho sea milagroso, no basta que sea raro y extraordinario; sino que sea contra alguna de las leyes constantes y uniformes de la naturaleza, como es el retroceso del sol en su curso, y la resurreccion de un muerto.

Lo segundo: es una verdad ciertísima, que Dios es el criador, conservador, y gobernador del universo: que es libre en sus operaciones, y que así como estableció estas leyes, pudo, y puede muy bien, establecer otras, como que tiene un poder infinito para hacer quanto quisiere, y que todas sus obras son dirigidas por su suma

sabiduría. Pues asentados estos principios innegables, es claro, que los milagros son posibles: porque Dios los puede hacer en uso de su soberanía absoluta é independiente, ya para el ejercicio de su justicia en el castigo del perverso y en la proteccion del inocente: ya para demostrar su bondad en beneficio del necesitado: ya para usar de misericordia en la conversion del pecador: y ya en fin, para intimar á los hombres sus determinaciones en los casos que fueren de su divino agrado. Aun el mismo Rousseau, uno de los mayores incrédulos, confiesa esta verdad por estas palabras. «Dios puede hacer milagros, esto es, puede derogar las leyes que ha establecido: tratar esta cuestion sériamente, sería una blasfemia, si no fuese un absurdo, y al que la resolviese negativamente se le honraria demasiado castigándole, debiendo encerrarsele como un loco. (1)

Fel. Las leyes de la naturaleza son eternas é inmutables, y así Dios no puede derogarlas.

(1) *Lect. de la Montagne* pág. 94.

rogarlas: y por consiguiente, no puede hacer milagros.

Vic. Este es un error muy grosero de Voltaire y de la mayor parte de los incrédulos, que viene á parar en negar la existencia de la divinidad; pero todo hombre que no la niega, debe confesar, que Dios es autor y árbitro de la naturaleza, y que por lo mismo puede derogar sus leyes cuando convenga á los fines altos de su providencia.

Fel. Pero siendo Dios inmutable no puede mudar nada de lo que ha establecido.

Vic. El mudar Dios aquellas cosas que determinó no mudar jamas, se opondría á su inmutabilidad; pero el mudar aquellas cosas que desde la eternidad determinó mudar en tal tiempo y en tales circunstancias, es muy conforme á su inmutabilidad: porque así está en el orden de los decretos de su sabiduría infinita.

Lo tercero: los milagros no son solamente posibles, sino efectivos y verdaderos: porque Dios los ha hecho. Demos principio por los milagros de Jesucristo. Para hacer juicio de la fe que merece la historia de los

milagros de Jesucristo, es necesario observar atentamente la naturaleza de ellos, las circunstancias en que sucedieron, el número y caracter de los testigos que los refirieron, la impresion que causaron en los espectadores, y finalmente, la opinion que han formado los mismos enemigos del cristianismo.

Lo primero: si atendemos á la naturaleza de los milagros del Salvador, hallaremos, que eran unos hechos extraordinarios, y enteramente sobrenaturales. Su nacimiento fué celebrado por los ángeles con cánticos celestiales: una estrella resplandeciente condujo á unos sábios desde el oriente hasta la cuna de Jesus: se le ve caminar sobre las aguas, y que al imperio de su voz obedecen las tempestades: con algunos panes y muy pocos peces, sacia millares de personas: ahuyenta á los demonios de las personas de que se habian apoderado: da vista á los ciegos: cura repentinamente á los leprosos: hace andar á los paralíticos: y con una sola palabra resucita á los muertos. Cuando en la cruz exhala el último suspiro, el sol se obscurece: la tier-

ra tiembla: se rasga el velo del templo: salen los muertos de los sepulcros ya resucitados: y hasta en su muerte se manifiesta Señor del universo.

Estos milagros eran de suma importancia. No los hizo Jesucristo para divertir al pueblo, ni para recibir alguna paga de interes temporal, sino para establecer un culto que habia de suceder al de la ley de Moyses, y para fundar una religion en todo el mundo sobre las ruinas de la idolatría. Por consiguiente, estos milagros llamarían forzosamente la atencion de todos, como que se dirigian á echar por tierra las sinagogas de los judios, y los templos de los gentiles.

Jesucristo obró sus prodigios, no como los engañadores en lugares ocultos y llenos de tinieblas, sino en el templo, en las calles, en las plazas y otros lugares públicos de la Palestina, especialmente de Jerusalem, y al mismo tiempo que se juntaba toda la nacion, é innumerables estrangeros á celebrar las fiestas solemnes. No curaba á los enfermos despacio y con medios naturales, sino repentinamente, y con sola su

palabra: y estos mismos enfermos antes y despues de su sanidad, eran conocidos de todos por su nombre, por su oficio, y por el lugar de su residencia. Todos corrian á ver á Lázaro resucitado; tanto, que los gefes de la Sinagoga intentaron quitarle la vida, porque su resurreccion era causa de que muchos judios creyesen en Jesus.

Lo segundo: las circunstancias en que Jesucristo hizo los milagros, alejan toda sospecha de que hayan sido falsos y engañosos. Ademas de haber sido públicos, los hizo á presencia de los sacerdotes, de los escribas, de los fariseos, y de los saduceos. Estos eran los hombres mas ilustrados de la nacion, y eran los mayores enemigos de Jesucristo: porque les reprendia valerosamente sus vicios y sus errores: porque habian decaido mucho de la estimacion del pueblo, que seguia gustosamente á Jesus: y porque temian que si era reconocido por el Mesias, cesaria el culto establecido, y se variaria el orden de las cosas á que ellos debian su fortuna y su consideracion. Pues si los milagros de Jesucristo hubieran sido falsos, estos hombres que tenian en su ma-

no la autoridad y la fuerza, ¿por qué no hicieron informaciones judiciales para descubrir la falsedad, y convencer á Jesus de un impostor y falsario? Á esto los obligaba su oficio, su conciencia, su interes, su envidia, y el odio inveterado que tenían á Jesus. Estas diligencias jurídicas hubieran servido para que todos lo hubiesen abandonado, y para que ellos hubiesen justificado la muerte ignominiosa que le hicieron sufrir en un suplicio. Pues ¿qué pudo haber contenido á los jueces para no haber hecho estas informaciones judiciales tan obvias y tan necesarias? Solo el convencimiento de la verdad de los milagros de Jesucristo, y el temor de no darles un nuevo motivo de crédito y de estimacion.

Fel. Consta por el mismo evangelio, segun S. Juan cap. 9., que los gefes de la Sinagoga hicieron una informacion judicial sobre el hecho de haber dado Jesucristo la vista á un ciego de nacimiento.

Vic. Así fué en efecto; pero esta diligencia los llenó de rubor y de confusion; porque del mismo proceso quedó manifiesta la verdad del prodigio, y así se con-

tentaron con decir que Jesus era infractor de la ley: porque hizo esta curacion en sábado que era dia festivo.

Fel. Los principales judios no confesaron los milagros de Jesucristo. Esto prueba que no los reconocian por verdaderos.

Vic. El no confesar la verdad de un hecho no prueba su falsedad: porque no todos se declaran siempre por la verdad; y mas cuando tienen fines particulares para disimular sus sentimientos. Pero aun cuando los principales de los judios hubieran negado positivamente los milagros de Jesucristo, nada probaria su negacion; porque creyendo ellos que de la exaltacion de Jesus seguiria su propio abatimiento, el apego á los intereses temporales los obligaria á que hiciesen traicion á su conciencia, y faltasen á sus deberes. Esto ha sido siempre muy corriente en el mundo; pero respondiendo directamente, digo: que ellos no se atrevieron á negar la realidad de los prodigios: pues unas veces se contentaban con calumniar á Jesus diciendo, que con estos hechos profanaba la santificacion de los sábados: y otras veces atribuyéndolos al poder del

demonio: con lo que sin querer venian á confesar la verdad de los milagros: diré mas, que cuando los gefes de la Sinagoga se congregaron para juzgar de la sanidad del ciego de nacimiento, muchos de ellos confesaron el milagro diciendo: si este hombre fuera malo, no haria estos prodigios.

Lo tercero: veamos ahora el número y la calidad de los testigos de los milagros del evangelio. Estos son ocho autores contemporáneos, que ó ya espresamente refieren estos hechos, ó ya claramente los dan por supuestos. De estos ocho, Mateo, Juan, Pedro, Santiago y Judas Tadeo eran del número de los apóstoles, y testigos oculares que acompañaron á Jesucristo en toda su predicacion. Los evangelistas Lucas y Marcos, es probable que fueron del número de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, y el segundo, segun creyeron los Padres antiguos, escribió su evangelio por orden de S. Pedro, y en cierto modo dictándole el santo apóstol. Finalmente, Pablo aunque no acompañó á Jesucristo, éste se le apareció despues de su resurreccion, y él vivió con los apóstoles. Por otra parte

se sabe, que en aquel mismo tiempo todos los apóstoles y demas discípulos en número de mas de ochenta, se daban por testigos de los hechos que refieren los historiadores del nuevo testamento: de manera, que los sucesos mas célebres y mas constantes de la antigüedad, no eran tan bien probados como los milagros del evangelio.

Por ejemplo: la historia de Sócrates no tiene por garantes sino á sus dos discípulos Platon y Jenofonte. El hecho de la muerte de Julio Cesar, que segun todos es de la mayor certidumbre histórica, no tiene tan gran número de historiadores contemporáneos.

Fel. Pero ¿como probarás que estos escritores no se pusieron de acuerdo para engañar con su historia á los sencillos é ignorantes?

Vic. Solamente con recordarte lo que te he dicho acerca del caracter y conducta de estos historiadores. Su sinceridad, y la sencillez en las relaciones, la sabiduría en las palabras, la santidad en las costumbres, el desinterés en las empresas, la ingenuidad en referir sus propios defectos, la constan-

cia en los trabajos, el valor en las persecuciones, la fortaleza en derramar su sangre por sostener los hechos de que se dan por testigos, y lo que es mas, la facilidad con que hubieran sido desmentidos por tantos coetáneos, si no hubiese sido muy cierto lo que referian, son calidades que ponen á cubierto de toda sospecha de engaño á los escritores del nuevo testamento. Desafio á la crítica mas refinada á que me convenza, si pueden exigirse requisitos mas recomendables en un historiador, para constituirlo digno de todo crédito. Con esta respuesta creo que queda desvanecida esta suposicion, y quedan probadas suficientemente las calidades de estos escritores.

Fel. Pero ¿qué no podian haber sido engañados por su maestro, ó haberse engañado á sí mismos?

Vic. Habrá habido quien con artificios propios de un ingenio vivo, y de mucha destreza de manos, haya causado unas ilusiones que se hayan creido prodigios. Pero podrán colocarse en esta clase la sanidad repentina de los ciegos de nacimiento, la resurreccion de los muertos, y otros in-

numerables hechos extraordinarios, que escuden las fuerzas de la naturaleza, patentes y repetidos por el largo espacio de tres años consecutivos á presencia de los mismos apóstoles? ¿Podían estos ser unos prodigios aparentes con que Jesucristo hubiese engañado á sus discípulos, ó con que ellos se hubiesen engañado á sí mismos? Es necesario tener el juicio enteramente trastornado para admitir una suposicion tan absurda. Luego los testigos de estos milagros son irrecusables: porque ni han engañado, ni han sido engañados.

Lo cuarto: la impresion que los milagros de Jesus causó en el ánimo de los espectadores, fué poderosa. Por ellos se convirtieron millares de judios y de gentiles, fuertemente adheridos á su religion y á sus supersticiones; tanto, que los mismos fariseos decian: he aquí, que todo el mundo le sigue. Todos estos son otros tantos testigos de estos hechos asombrosos. Los primeros fieles abrazaron el cristianismo, y las primeras iglesias se fundaron por la autoridad de los milagros de Jesucristo, atestiguados por los apóstoles, ó de viva voz, ó por escrito.

Lo quinto: véamos por último la opinion que han formado de los milagros de Jesucristo sus mismos enemigos. Ya te manifesté, que los sacerdotes, escribas y fariseos no se atrevieron á declararlos por falsos. Además de esto, ningun escritor de los judios de los primeros siglos de la Iglesia ha osado desmentir á los evangelistas. Si los contemporáneos de Jesus hubieran tachado de falsos sus milagros alegando algun comprobante: los rabinos, herederos de su doctrina, y de su odio al cristianismo, no se hubieran visto reducidos para desacreditar á Jesucristo, á admitir la fábula ridícula de los dos Talmudes de Jerusalem y de Babilonia. En estos libros tan respetables para los judios, se dice grave y seriamente: que Jesus habia hecho milagros porque habia robado el nombre inefable de Dios, que bastaba pronunciarlo para obrar los mayores prodigios. Maimonides, uno de los doctores mas sábios, y de mas autoridad entre los judios, estrechado con el argumento de los milagros de Jesucristo, viene á confesarlos en su respuesta, diciendo: que el Mesías no debia hacer milagros.

La opinion de los gentiles sobre los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, se halla en las antiguas apologias del cristianismo, hechas por San Justino, Athenagoras, Tertuliano, Minucio Felix y Orígenes, que hablan con tal confianza de los prodigios del evangelio, como de hechos auténticamente certificados; y aunque se hayan perdido las obras de los antiguos contrarios de la religion cristiana, los fragmentos citados por el dicho Orígenes, Eusebio, San Cirilo Alejandrino, y por S. Jerónimo, bastan para manifestar, que los gentiles nunca disputaron sobre la realidad de los milagros de Jesucristo, y que se contentaban con oponer los prodigios fabulosos de sus falsas deidades.

Celso los confiesa espresamente, atribuyéndolos á la mágia: Juliano se esplica con un desprecio afectado sobre los enfermos curados en las aldeas de la Betsaida y de la Betania: y Porfirio y otros filósofos ponian á Jesus en el número de los magos, segun refiere Arnobio.

Era tanta la fama de Jesucristo entre los gentiles, que el emperador Tiberio, por

las noticias que le dió Poncio Pilato, propuso al Senado, que se le contase en el número de los dioses. Así lo aseguran Tertuliano, Eusebio, y otros.

Un escritor gentil atribuye á los emperadores Adriano y Alejandro Severo, el mismo intento que á Tiberio, y segun Lampridio, Alejandro Severo quiso colocar la imágen de Jesucristo entre los dioses, y levantarle un templo; pero los agoreros le hicieron desistir de su proyecto, representándole que todo el mundo se haria cristiano, y que los templos de los dioses quedarían desiertos. Adriano, continúa Lampridio, tuvo el mismo pensamiento, y en muchas ciudades se habían edificado por su mandato templos sin ídolos, destinados, segun se cree, á la ejecucion de aquel designio, y que aun se llamaban Adrianeos del nombre de este príncipe, por no estar dedicados á ninguna deidad.

De Calcidio se dice, que en su comentario sobre el Timeo de Platon, habla de una estrella que guió á unos sábios caldeos á los pies de un Dios que acababa de nacer.

Phelegon, liberto del emperador Adriano, hizo mencion del eclipse, ó por mejor decir del obscurecimiento del sol, y de los terremotos que enseñaron el momento en que Jesus espiró: y habla del eclipse como de un fenómeno sin ejemplo: porque en efecto sucedió en tiempo del plenilunio, y lo refiere al año cuarto de la Olimpiada 202, que es el mismo de la muerte de Jesucristo. Thrallo, otro escritor pagano á quien cita Eusebio, había dicho lo mismo. Tertuliano en su apologético asegura, que este portento se vió tambien en Roma, y estaba anotado en los fastos ó registros públicos.

Finalmente, podia yo con facilidad aplicar á los milagros de los apóstoles todo lo que llevo dicho de los prodigios de Jesucristo; pero me contentaré con sola esta razon poderosa tomada de la fundacion de las primeras iglesias del cristianismo. Los primeros fieles creían firmemente que los apóstoles habían hecho milagros, y la veneracion con que miraban el libro de las actas, que contiene la relacion de ellos, y el testimonio espreso de los historiadores

eclesiásticos, no nos permiten dudarlo. San Pablo en sus diferentes epístolas, recuerda á las iglesias que fundó, los portentos que señalaron su predicacion.

He aquí un hecho comprobado, es á saber: la creencia en los milagros de los apóstoles, profesada públicamente en todas las iglesias que habian fundado. No puede tacharse de erronea esta creencia: por cuanto no puede suponerse que en la Palestina, en la Siria, en la Grecia, en la Asia menor, en la Italia, en la España, y en otras partes, una multitud innumerable de hombres se viesen repentinamente, y á un mismo tiempo acometidos de una enfermedad que les privase del uso de la razon y de los sentidos, hasta hacerles creer que veían y oían lo que realmente ni veían ni oían. Luego la fe de las iglesias apostólicas, y su sola existencia, son unas pruebas irrefragables de los milagros de sus fundadores.

De lo dicho resulta, que los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles, reúnen todos los géneros de pruebas que constituyen el grado mas perfecto de certidumbre histórica de que cualquiera suceso es

susceptible. Las hazañas de Alejandro, de César y de Pompeyo, tan recibidas generalmente, no tienen tanta autenticidad como ellos.

Fel. ¿Qué consecuencia deduces de los milagros hechos por Jesucristo y por sus apóstoles?

Vic. La consecuencia que infero es, que la religion cristiana viene de Dios, y por lo mismo es divina y verdadera: porque ó Jesus hizo por sí mismo estos milagros, ó no los hizo por sí mismo: en el primer caso, es claro que es Dios; pues solo Dios puede quebrantar las leyes de la naturaleza, y producir unos efectos contrarios á ellas. En el segundo caso, Dios los hizo; pero como los hizo en confirmacion de una doctrina y de una religion que enseña que Jesucristo es Dios, indefectiblemente resulta comprobada su divinidad, é igualmente la santidad, verdad, é infalibilidad de cuanto Jesucristo dijo, y de cuanto mandó que en su nombre predicáran y enseñáran sus discípulos.

Fel. Todas las religiones y sectas se glorían de sus milagros. El paganismo ha te-

nido los suyos; y sin hablar de los muchísimos prodigios que refieren Herodoto, Dionicio Alicarnaseo, Pausanias, Tito Libio, Valerio Máximo, y otros, cuentan con la mayor gravedad Suetonio y Tácito, que Vespasiano curó un ciego en el templo de Serapis, á presencia de todos los habitantes de Alejandría.

Vic. El que todas las religiones se glorien de sus milagros, no prueba que todos sean verdaderos, ó todos sean falsos; sino que todas las naciones están convencidas de que la religion viene de Dios, y de que Dios nada nos revela ó manifiesta, si no es por obras sobrenaturales en las que se conozca la intervencion inmediata de su omnipotencia: y de este principio se han valido los impostores para apoyar sus errores con milagros falsos; lo cual prueba que hay milagros verdaderos.

Con una mediana reflexion se conoce la falsedad de los prodigios que refieren los autores profanos, pues no tienen otro fundamento que el testimonio de un historiador muy posterior á la época del suceso, y que comunmente lo cuenta sin creer-

lo: que no cita testigos, ni comprobante, ni monumentos que testifiquen la verdad de los hechos. Tácito y Suetonio escribian en Roma lo que pasaba en las provincias remotas del Egipto, y por su misma relacion se advierte, que la curacion del ciego fué un fraude inventado para favorecer la pretencion de Vespasiano al imperio.

Fel. Filóstrato dejó una historia circunstanciada de los milagros de Apolonio de Thianea, que tanto asombraron á los gentiles: luego con los milagros nada se convence á favor de la religion cristiana.

Vic. Esta novela se escribió un siglo despues, segun las memorias escritas por un discípulo de Apolonio llamado Damis, de cuya existencia aun se duda. La misma historia manifiesta el empeño de Filóstrato en adular á la emperatriz Julia que tanto apreciaba estas memorias, y de cuya mano él las recibió. Ademas de esto, el mayor prodigio que refiere de Apolonio, es la resurreccion de una doncella romana; pero ya despues la llama especie de resurreccion, y al fin viene á decir, que ni él ni los que

presenciaron el suceso, supieron si la mujer estaba realmente muerta ó aletargada.

Entre los filósofos mas instruidos del paganismo, Apolonio tenia la reputacion de un mágico infame: y finalmente, todos esos supuestos milagros se sumergieron muchos siglos ha, en el sepulcro de un eterno olvido y desprecio. Pero á los prodigios de Jesucristo aun se les da fe despues de diez y ocho siglos, y se les dará hasta el fin del mundo.

Fel. En todos tiempos, especialmente en la edad media, ha habido entre los cristianos una multitud de milagros falsos de que abundan las historias, ¿y no podrán ser lo mismo los de Jesucristo?

Vic. Confieso con sumo dolor, que un falso celo, y aun intereses particulares, han inventado una multitud de milagros; pero si los cotejas con los de Jesucristo, hallarás una diferencia imponderable. Los primeros los refieren uno ú otro autor que no tiene los requisitos necesarios para que se le dé crédito: hallan disposicion para creerlos en personas piadosas; pero al mismo tiempo ignorantes y sencillas: no

han hecho el sacrificio de su vida para confirmarlos: no han sido para introducir una nueva religion: rara vez han sido contradichos por algun sábio: y últimamente, los mismos cristianos de una mediana instruccion, confesando que ha habido milagros verdaderos en todos los tiempos que lleva de existencia el cristianismo, no dan fe á esos otros muchos que tienen los caracteres de falsos. Pero los milagros del evangelio los refieren muchos autores dignos de todo crédito, segun te he demostrado, que derramaron su sangre para defenderlos: que con ellos introdujeron una nueva religion en todo el universo, enteramente contraria á las pasiones y á los vicios que reinaban en aquellos tiempos: que los publicaban á presencia de multitud innumerable de enemigos poderosos y sábios, en quienes hallaban la mayor oposicion: que estos mismos enemigos no negaban la realidad de los hechos: y que muchísimos de ellos se vieron precisados á abrazar la religion en cuya confirmacion se hacian, y por la que sacrificaron sus vidas.

CONVERSACION CUARTA.

Fel. Tienes otras razones á favor de la religion cristiana?

Vic. Sí las tengo: el establecimiento y propagacion de ella es uno de los fundamentos mas sólidos de su verdad. Abrámos el libro de las actas, y las epístolas del nuevo testamento, y veremos, que apenas habian pasado dos meses de haber muerto Jesucristo, quando repentinamente se presentan los apóstoles, y empiezan á predicar públicamente en Jerusalem. Solamente con los dos primeros sermones de S. Pedro se convirtieron cerca de ocho mil personas. Desde allí se estiende su doctrina por la Judea y por las provincias comarcanas: poco despues penetra en la Grecia, en la Italia, y hasta la remota España. Fundan iglesias en Corinto, en Philipes, en Tesalónica, Éfeso, Antioquía, Isla de Creta,

Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, y en la misma Roma capital del universo.

El Apocalipsis de S. Juan á fines del siglo primero, ya habla de iglesias gobernadas por obispos en la Asia menor. Á mediados del siglo segundo S. Justino afirma: que en todas las naciones se dan gracias á Dios en nombre de Jesucristo crucificado. Pocos años despues S. Irineo nombra las iglesias de las Galias, de la Alemania, de la Ilberia, del Oriente, del Egipto, y de la Libia. Tertuliano, que vivió á principios del siglo tercero, prueba contra los judios, que el reyno espiritual de Jesucristo era de mas estension que el de Nabucodonosor, de Alejandro, y de los romanos. S. Atanacio en el siglo cuarto, en una epístola sinodal hace mencion de las iglesias de la Inglaterra, de Dalmacia, de Mysia, de Macedonia, de Cerdeña, de la África, y de otras muchas: y en fin, los treinta Concilios que en los tres primeros siglos de la Iglesia se formaron en provincias muy distantes unas de otras, y se compusieron de multitud de obispos, y el de Nicea en el siglo cuarto de 318, dan

una idea bien clara de los rápidos progresos y estension del cristianismo.

Fel. Estas noticias para mí son sospechosas, porque son comunicadas por autores cristianos, que al fin son apasionados.

Vic. Parte de estas noticias constan por las epístolas que los apóstoles escribían á las iglesias establecidas; y es claro que no habian de dirigir cartas á iglesias que no existían: y parte consta por las apologías que los doctores cristianos hacían de su religion contra los enemigos de ella, para quienes los hechos eran tan notorios que no se atrevieron á negarlos; pero no quiero acumular razones, pues solo me basta manifestar que es una verdad esta tan cierta, que en ella convienen los autores gentiles con los cristianos.

Tácito á los treinta años de la muerte de Jesucristo, dice, que habia en Roma una gran multitud de cristianos. En el mismo tiempo Séneca se irritaba de los progresos que hacían en el mundo las costumbres de los cristianos: "Los vencidos, dice, han dado la ley á los vencedores." Plinio el menor, pro-cónsul de Bitinia, escri-

biendo al emperador Trajano á fines del siglo primero, dice: "que las ciudades y los campos de aquella provincia estaban llenos de cristianos de todos rangos y edades, y de ambos sexos." Luciano en el siglo segundo asegura: que en el Ponto, su patria, era muy grande el número de los cristianos. Dion Casio al principio del siglo tercero, confiesa: que el cristianismo era mas fuerte que las leyes que lo prohibían, y que cada dia hacia nuevos progresos. Plutarco, Estrabon, Lucano y Juvenal, se lamentan del silencio de los oráculos cuando el cristianismo se iba estendiendo. Porfirio se queja de la falta de proteccion de sus dioses, desde que se empezó á adorar á Jesucristo. Y en fin, los mismos incrédulos se ven obligados á confesar, que ántes de la conversion del emperador Constantino, el evangelio estaba propagado mucho mas allá de los límites del imperio romano, hasta las demas regiones del mundo conocido. Finalmente, la idolatría que era la religion dominante en todo el universo, fué decayendo velozmente, á proporcion que se estendía el cristianismo.

Fel. La religion cristiana en su principio halló acogida solamente entre la gente de la ínfima plebe, que por lo comun es ignorante y muy crédula, y así no prueba la verdad del cristianismo su propagacion.

Vic. Esta objecion, que es una de las principales de los incrédulos, prueba bastante su ignorancia en los hechos históricos. Entre los discípulos de Jesucristo nombra el evangelio á Nicodemus, príncipe de los judios: á José de Arimatea, noble decurion, y como dice el testo griego, noble senador: á Jairo, príncipe de la Sinagoga: á Zaqueo, hombre rico, y gefe de los publicanos ó exactores de tributos: y á otros muchos de un rango distinguido. El libro de los hechos apostólicos, dice: que abrazaron la ley de Jesucristo un gran número de sacerdotes de los judios, y aun muchos fariseos. Lo mismo hicieron muchos personajes respetables, como Cornelio el centurion, el eunuco de la reina de Candaces, el pro-cónsul Paulo, y Dionisio que era de los principales del Arcópagó de Aténas.

El cónsul Fabio Clemente, y Domitila su esposa, que murieron mártires por Cristo, eran parientes del emperador Domiciano. Plinio gentil, dice, que en Bitinia habia cristianos de todas clases y condiciones: y el emperador Valeriano en uno de sus rescriptos espresa: que habian abrazado el cristianismo senadores y mugeres de la primera nobleza. Finalmente, son una prueba evidentísima de que la Iglesia en sus principios no estaba compuesta de solos hombres plebeyos é ignorantes, los monumentos de sabiduría que nos han quedado de los dos primeros siglos; tales son las cartas de S. Clemente romano, de S. Ignacio, y de S. Policarpo: los escritos de Hermas, de S. Justino, de S. Irineo, de Atenágoras, y aun pueden contarse los del sapientísimo Tertuliano, que floreció al fin del siglo segundo y principios del tercero; sin hablar de Cuadrato, de Arístides, de Meliton, y de otros muchísimos cuyas obras se han perdido.

Fel. La religion de Mahoma se propagó en poco tiempo en casi toda el Asia, en la mayor parte de la África, y en mucha parte de la Europa; y con todo esta

religion es falsa: luego la propagacion y rápidos progresos del cristianismo, no prueban su verdad.

Vic. Los que forman este argumento, ó carecen de las noticias de la historia, ó de los principios de discurrir, ó se resuelven á cometer una enorme injusticia. Ninguna comparacion puede haber entre la propagacion del mahometismo, y la de la religion cristiana: Mahoma era un impostor que no autorizó su doctrina ni con milagros, ni con señal alguna con que manifestase que venia de parte de Dios. Él era astuto, valiente y atrevido, que condujo por todas partes un ejército victorioso: su secta es un conjunto de fábulas ridículas, de absurdos y de contradicciones, y que abre la puerta á la ambicion y á los deleites mas groseros, con la poligamia, y con su paraiso fabuloso y carnal. Él mismo dijo en su libro monstruoso llamado Alcoran: "yo he venido, no para hacerme seguir con la autoridad de los milagros, sino con la de las armas." Sus mismos partidarios se ven obligados á confesar sus violencias, sus estragos, sus injusticias, y la libertad escandalo-

sa que concedia á sus primeros discípulos para todos los vicios y desórdenes. Avicena y Aberroes, los dos mas doctos de la morisma, aseguraron francamente en sus libros, que Mahoma habia enseñado la bienaventuranza de los cuerpos, no la de las almas: que habia amado la de los brutos, y que su ley no era para hombres, sino para puercos. Diré en compendio: Mahoma introdujo y propagó su religion con la punta de la espada, y con la licencia para los placeres carnales.

Voy á hablarte ahora de los medios con que se introdujo y se estendió el cristianismo, para que veas la infinita diferencia que hay entre su propagacion y la del mahometismo, y para que palpando tú con evidencia la imposibilidad de lograr una empresa tan alta con medios tan improporcionados, te convenzas de que en el establecimiento y propagacion de la religion cristiana, intervino la operacion de una mano omnipotente.

Comencémos por los predicadores de esta religion. Estos son doce pescadores del lago de Tiberiada, que no habian fre-

cuentado las aulas de la sabiduría, ni estudiado alguna ciencia. Eran hombres plebeyos, pobres, desarmados, sin protección ni favor de los sabios, de los ricos, ni de los potentados del mundo. El único que les servía de apoyo era su maestro; pero este acababa de terminar su vida en un suplicio. ¿Juzgarías que estos sujetos fueran idóneos para un proyecto de alguna consideración? Pues ellos concluyeron felizmente la empresa mas asombrosa que han visto y verán jamás los mortales: tal fué la de desarraigar y extinguir supersticiones ciegas, arruinar templos, altares é ídolos de que estaba llena toda la tierra; esterminar la idolatría, que estaba dominante por la serie de muchos siglos; arreglar costumbres muy corrompidas, y mudar enteramente el semblante del universo, substituyendo al imperio de la carne y de las pasiones, una monarquía del todo espiritual, y desconocida hasta aquella época.

¿Pero podrá atribuirse el establecimiento del cristianismo á la buena disposición de los pueblos á quienes se le anunciaba? De ninguna manera. Los judíos jamas es-

tuvieron mas adheridos á la ley de Moyses, que en el tiempo de la predicación de los apóstoles; segun consta por el nuevo testamento y la historia de Josefo de Jerusalem. Es tambien muy cierto, que los judíos miraban el culto cristiano como incompatible con el de Moyses; tanto, que este fué el pretexto de que se valieron para perseguir y crucificar á Jesus. Á los apóstoles tampoco se les culpaba de otro delito que de querer abolir la antigua religion.

Respecto de los gentiles tampoco halló el cristianismo buena disposición. Esta era una religion que habia nacido en un pais despreciado por las naciones ilustradas: proscripta en el mismo lugar de su origen: difamada por el suplicio de su fundador: austera en sus preceptos, é incomprendible en sus dogmas: predicada por hombres al parecer despreciables, y que ofrecia á sus sectarios por objeto de su adoración y modelo de su conducta á un Dios que habia espirado en un patíbulo cubierto de oprobio y de ignominia.

Con estas calidades ¿encontraría esta religion disposición favorable entre los ju-

dios sus enemigos acérrimos? ¿Entre los griegos tan orgullosos y envanecidos con su filosofía, ó entre los romanos, que creían deber á sus dioses la posesion del imperio del universo?

Fel. En el tiempo que comenzó á predicarse la religion cristiana, ya estaba desacreditada la idolatría, tanto, que los filósofos, los oradores, y los poetas se burlaban de ella públicamente: y así no es extraño que los espíritus débiles que no pueden vivir sin alguna religion, abrazasen el cristianismo.

Vic. La idolatría en aquel tiempo era la religion del imperio romano: las fiestas, los pontífices, y las ceremonias del culto, eran parte del gobierno público. Estaban en todo su vigor, las leyes que bajo de las penas mas severas prohibian la introduccion de nuevos cultos, y la prueba decisiva es, que los emperadores espedían edictos contra los cristianos, mandándolos perseguir y esterminar con los tormentos mas crueles é inauditos: y las autoridades públicas se empeñaban furiosamente en el cumplimiento de estos mandatos. La gente po-

pular, que era imponderablemente mas numerosa, no estaba desengañada de la falsedad de la idolatría, y antes bien estaba tenazmente adherida á ella; y si algunos sábios se habian convencido de esta falsedad, otros muchísimos estaban imbuidos en las supersticiones del gentilismo, de que se declararon defensores, y enemigos capitales del evangelio, como Celso, Porfirio, Jámblico, Lebanio, y el emperador Juliano.

Pero en el caso de que los gentiles hubieran abandonado la idolatría por propio convencimiento de su falsedad, se habrian precipitado en el ateismo, negando la existencia de la divinidad. Y si por debilidad de espíritu hubieran querido vivir en alguna religion, se habrian fraguado otra que lisongeara sus pasiones, por la inclinacion que tiene el hombre á solicitar ansiosamente la amplitud de su libertad; pero de ninguna manera hubieran abrazado por puro capricho el cristianismo: porque este declara una guerra rigurosa é incesante á todo lo que pueda halagar las pasiones: manda la mortificacion de los sentidos del cuerpo, y de las potencias del alma: or-

dena imperiosamente al hombre que se renuncie á sí mismo: que ame las humillaciones: y que viva crucificado con todos sus actos y sus deseos. ¿Es creible que esta religion tan rígida, y tan austera en sus preceptos, cuyos misterios son tan incomprendibles por su alteza y su oscuridad, la admitieran los hombres por mero antojo, en lugar del paganismo que daba la licencia mas desenfrenada para todos los vicios, y para el desahogo de todas las pasiones, y que permitia á sus sectarios el orgullo y la vanidad por su sabiduria terrenal? Esto es enteramente increíble.

Fel. Los sábios y los filósofos gentiles dieron reglas muy útiles y muy proporcionadas para la buena conducta y direccion de la vida de los hombres, y las historias hacen relacion de muchos paganos tan virtuosos, que han sido el objeto de la admiracion y de los elogios aun de los mismos cristianos. Luego no reinaba tan generalmente la corrupcion de las costumbres en el gentilismo.

Vic. Esos sábios y esos filósofos, aunque respetables por la estension de sus co-

nocimientos y de sus luces en muchas materias, no llegaron á conocer el origen de la corrupcion del corazon humano: y de ahí es, que no supieron aplicar los medicamentos eficaces para curar las enfermedades del espíritu. Se dividieron entre sí en establecer la bienaventuranza del hombre. Unos la hacian consistir en los placeres, otros en las riquezas, otros en los honores, y otros en otras cosas que servian para engañar mas á los hombres y estraviarlos mas del camino de la verdadera felicidad. Es cierto que ellos hablaron de máximas saludables de moral: parte que trajeron su origen de la verdadera religion, que fué la primitiva del mundo, y fueron trasmitiéndose de padres á hijos por el órgano de la tradicion: parte que es de presumir fundadamente aprendieron de los libros y de la comunicacion de los judios, á quienes el mismo Dios les enseñó: y parte que les dictaba la razon natural, cuyas luces no se habrían estinguido enteramente en ellos. Pero nunca formaron un cuerpo completo de reglas de moral; y ántes bien, los mas sábios dieron en el precipicio de los errores mas groseros.

Sócrates, reputado por el maestro de las virtudes, asentó: que las mugeres propias fuesen comunes á todos: regla que siguieron Caton honra de Roma, y Platon cráculo de la Grecia. Licurgo aprobó á los espartanos qualquiera hurto, aun el mas dañoso, con tal que se ejecutase con artificio y con secreto. Solon permitió á los atenienses libres, y no á los esclavos, la lascivia mas nefanda. El gran filósofo Aristóteles enseñó: que las madres en caso de pobreza deben procurar el aborto, y abandonar á los hijos que nacieron defectuosos. Séneca, que escribió máximas admirables de moral, celebró con mucha facundia el furor con que el hombre despechado se da la muerte á sí mismo por no sufrir las adversidades de la vida. Finalmente, Salustio, Tácito, Julio, Plinio, y otros que han sido tenidos por prodigios de sabiduría, alabaron la persecucion de los enemigos, la venganza de las injurias, y la ambicion de la gloria mundana.

De esta primera respuesta á tu argumento, se deduce claramente la segunda. Porque si los mas sábios de los gentiles no dictaron

un conjunto de reglas capaces de formar un corazon perfectamente virtuoso; y antes bien, establecieron muchas máximas falsas, erróneas, perniciosas y detestables: es un absurdo creer que en el paganismo hayan existido hombres enteramente virtuosos. Es verdad, y yo lo confieso de buena fe, que entre los gentiles se practicaron muchas virtudes morales, y aquellos que se distinguieron de un modo particular en el ejercicio de algunas, se hicieron acreedores á los elogios que se les han tributado. Porque esto era cuanto se podia esperar de unos hombres nacidos y criados en una religion llena de supersticiones, que abria la puerta á los vicios mas abominables, y aun pretendia santificarlos consagrando honores de divinidad á un Marte vengativo, á un Baco ébrio, á un Júpiter adúltero, á una Venus lasciva, y á otras personas criminales que existieron realmente, ó fueron fingidas.

Pero ¿qué errores, qué falsedades, qué aprobaciones del vicio se encontraron en la doctrina del evangelio? Toda ella por todas partes respira santidad: contiene leyes admirables de humil.

dad en la exaltacion: de paciencia en las adversidades: de castidad en las tentaciones de la carne: de misericordia con los infelices: de beneficencia con los necesitados: de generosidad en perdonar las injurias: de gratitud por los beneficios: de obediencia á los padres y superiores: de amor á todos los prójimos, aunque sean los enemigos mas fieros y mas rabiosos: y en fin, de un culto puro y santo, y de un amor reverente y filial para con Dios, que es infinitamente amable en sí mismo, por ser infinitamente bondadoso: y que es infinitamente amable para con nosotros; pues de él hemos recibido la existencia, quanto somos, y quanto tenemos. Pero ¿para qué me canso en discurrir, si los mismos filósofos incrédulos, enemigos encarnizados del cristianismo, se ven obligados á confesar la santidad de esta doctrina? He aquí las palabras de Rousseau, el mas autorizado entre ellos: "Os confieso que la magestad de las escrituras me pasma: la santidad del evangelio habla á mi corazon. Leed los libros de los filósofos con toda su pompa, y los hallareis pequeño; comparados con

este." La misma santidad de la doctrina evangélica, es otra prueba incontestable de la santidad, de la divinidad de su autor, y de la virtud de su religion. Para emitir discursos, te referiré las otras palabras del citado filósofo de Ginebra, que prueban bastantemente mi asunto por su mucha solidez, y por haber salido de la boca de un contrario tan declarado del cristianismo. Dice pues á continuacion.

„¿Es posible que un libro tan sublime en todo, y tan claro, sea obra de los hombres? (habla del evangelio) ¿Es posible que el héroe de quien hace la historia, sea un puro hombre? ¿Su estilo es el de un fanático, ó el de un sectario ambicioso? ¿Qué suavidad! ¡qué pureza en sus costumbres! ¡qué gracia tan escitante en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué magestad de espíritu! ¡qué delicadeza, y qué justicia en sus respuestas! ¡qué dominio sobre sus pasiones! ¿Donde está el hombre? ¿Donde el prudente, que sabe obrar, sufrir y morir sin cobardía y sin ostentacion? Cuando Platon pinta á su justo imaginario cubierto de

todo el oprobio del crimen, y digno de todos los premios de la virtud, dibuja rasgo por rasgo á Jesucristo. La semejanza es tan propia, que todos los padres la han advertido, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué ceguedad no es menester para comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Qué distancia de uno á otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo con facilidad hasta el fin el carácter de su persona: y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con todo su entendimiento había sido un sofista. Se dice, que inventó la moral: otros la habían practicado mucho ántes; no hizo otra cosa que decir lo que ellos habían hecho, ni mas que poner en lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo, antes que Sócrates dijese qué era justicia. Leonides había muerto por su país, antes que Sócrates hubiese hecho el amor de la patria una obligacion. Esparta era sóbria antes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad, y antes que hubiese definido la virtud, abundaba en hombres virtuosos la Grecia: pero Jesus ¿donde ha-

bia tomado entre los suyos esta moral pura y sublime, de la que él solo fué el maestro y el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo se escuchó la mas alta sabiduría, y la nobleza de las mas heroicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, fué la mas dulce que pudo desearse: la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, burlado, maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando el vaso de veneno, bendice al que con lágrimas se lo presenta. Jesus, en medio de un suplicio espantoso, ruega por sus verdugos crueles. Á la verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios. ¿Dirémos que la historia del evangelio es inventada por el gusto? Á fe que no es esta obra de la invencion: y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, están menos testificados que los de Jesucristo: y decir lo contrario, es huir la dificultad sin destruirla. Es mucho mas difícil entender que muchos hombres de acuer-

do hubiesen formado este libro, que el que uno solo hubiera dado la materia para su composicion. Nunca los autores judios hubieran encontrado este estilo ni este moral, y el evangelio tiene unos caractéres tan grandes de la verdad, tan en el todo inimitables, y tan admirables, que el inventor de él sería mas digno de admiracion que su héroe."

Ve aquí como hasta este incrédulo obstinado cuando reflexiona desapasionada y seriamente sobre la magestad, sublimidad, y santidad del evangelio, no quiere que se tenga por obra de los hombres. Y cuando fija los ojos sobre la suavidad y pureza de las costumbres de Jesucristo, la elevacion en sus máximas, la profunda sabiduría en sus discursos, la magestad de su espíritu, y la justicia en sus respuestas, da bien claro á entender, que este conjunto de prendas tan recomendables constituyen á Jesus mas que puro hombre; y atendiendo á las circunstancias de su vida y de su muerte, confiesa terminantemente que son de un Dios.

Quisiera yo que los filósofos incrédulos discípulos de Juan Jacobo Rousseau, que lo veneran como á un oráculo, y que tanto

se jactan de ser defensores de la razon, advirtieran atentamente lo que dice su maestro en este pasage, y las razones que alega para decirlo: razones que por su peso cayeron de su pluma en el papel, y que arrancó de su boca la fuerza de la verdad; pero no quisiera yo que lo imitaran en sus inconsecuencias; pues cuando advierte la incomprendibilidad de los misterios del evangelio, ya no admite este libro como divino, y ya no reconoce por Dios á Jesucristo.

Finalmente, es mas difícil conquistar los corazones para formar una monarquía espiritual sobre las ruinas de los vicios y de las pasiones, que tanto dominan el espíritu de los hombres, que conquistar un reino temporal. Y si para la conquista de éste se levantan tantos ejércitos, y se hacen tantos preparativos de armas y de municiones, véamos cuales fueron los ejércitos, y cuales las armas con que se fundó el imperio espiritual de Jesucristo en todo el universo.

Ya te he dicho lo que es constante, que fueron doce pobres pescadores del lago de

Tiberiada. Conque solamente me resta hablar de las armas. Estas fueron los milagros y la práctica de todas las virtudes de que ya hemos tratado, y la humildad, la paciencia, la fortaleza, y la constancia con que sufrieron toda clase de desprecios, de injurias, de persecuciones y de tormentos, con que terminaron su vida, subiendo á los suplicios con alegría y serenidad: porque se juzgaban dignos de padecer por el nombre y la causa de Jesus. Sacrificios que no hubieran hecho, si no hubiesen estado plenamente convencidos de las verdades que creían y predicaban, y si no hubiesen estado animados y fortalecidos del espíritu de Dios. El martirio de los apóstoles, de sus discípulos, y de tantos millares de cristianos, es otro de los fundamentos mas sólidos y mas poderosos de la verdad del cristianismo.

CONVERSACION QUINTA.

Vic. **E**sta religion desde su cuna ha sido el blanco de las persecuciones mas violentas. Diez de estas fueron generales, y las mas crueles, escitadas con edictos sanguinarios por los emperadores romanos Neron, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Severo, Maximiano, Decio, Galo, Valeriano, Aureliano y Dioclesiano. Los gobernadores de las provincias añadian crueldades esquisitas al rigor de las leyes imperiales. En toda la vasta estension del imperio, un populacho supersticioso y feroz pedía á gritos; la sangre de los cristianos, y sus tormentos entraban en parte de los espectáculos y juegos públicos. Aun conviniendo en que se haya exagerado el número de los mártires en algunas historias particulares; limitémonos á los documentos originales, á los escritos de los contempo-

Tiberiada. Conque solamente me resta hablar de las armas. Estas fueron los milagros y la práctica de todas las virtudes de que ya hemos tratado, y la humildad, la paciencia, la fortaleza, y la constancia con que sufrieron toda clase de desprecios, de injurias, de persecuciones y de tormentos, con que terminaron su vida, subiendo á los suplicios con alegría y serenidad: porque se juzgaban dignos de padecer por el nombre y la causa de Jesus. Sacrificios que no hubieran hecho, si no hubiesen estado plenamente convencidos de las verdades que creían y predicaban, y si no hubiesen estado animados y fortalecidos del espíritu de Dios. El martirio de los apóstoles, de sus discípulos, y de tantos millares de cristianos, es otro de los fundamentos mas sólidos y mas poderosos de la verdad del cristianismo.

CONVERSACION QUINTA.

Vic. **E**sta religion desde su cuna ha sido el blanco de las persecuciones mas violentas. Diez de estas fueron generales, y las mas crueles, escitadas con edictos sanguinarios por los emperadores romanos Neron, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Severo, Maximiano, Decio, Galo, Valeriano, Aureliano y Dioclesiano. Los gobernadores de las provincias añadian crueldades esquisitas al rigor de las leyes imperiales. En toda la vasta estension del imperio, un populacho supersticioso y feroz pedía á gritos; la sangre de los cristianos, y sus tormentos entraban en parte de los espectáculos y juegos públicos. Aun conviniendo en que se haya exagerado el número de los mártires en algunas historias particulares; limitémonos á los documentos originales, á los escritos de los contempo-

rúneos como son Tertuliano, S. Cipriano, Lactancio, y Eusebio de Cesarea, y á las actas auténticas que han llegado hasta nosotros, y hallaremos, que en los tres primeros siglos de la Iglesia dieron su sangre por Jesucristo en todo el orbe once millones de mártires, y los que sufrieron la muerte en sola Roma se computan en tres millones: de suerte que si se distribuye este número asombroso, corresponden á cada dia de los trescientos años mas de treinta mil mártires. Entre estos se cuentan treinta y tres romanos pontífices, la mayor parte de los obispos, y de los sacerdotes y personas de todas clases y de todas condiciones, aun niños de pocos años, y doncellitas delicadas.

Pero ¡oh disposiciones admirables de la Providencia divina, cuan contrarias son á los juicios falibles de los hombres! Dijo el profeta Sofonías: (a) »Esto les sucederá por su soberbia, porque blasfemaron y se exaltaron sobre el pueblo del Dios de los ejércitos. El Señor se manifestará terrible sobre ellos: esterminará todos los dioses de

(a) *Soph. cap. 2 v. 10 et 11.*

la tierra, y á él le adorarán los hombres en su respectiva pátria, y todas las naciones de los gentiles." Así lo vemos verificado al pie de la letra. Los emperadores que estaban sentados sobre el trono del universo, todos los príncipes y todos los pueblos preparaban en todas partes los potros, los ecúleos, las catastas, las hogueras, y las fieras mas devoradoras, y levantaban todo género de suplicios para aterrar á los cristianos, y para hacerlos espirar en medio de los tormentos mas crueles y horrosos. Se apuraban todos los arbitrios de la tiranía y de la astucia para apartar á los fieles de su creencia, y se pusieron en movimiento todos los resortes para extinguir el culto cristiano, y para sumergir en el sepulcro de un olvido eterno el nombre de Jesucristo.

Pero ¿qué sucedió? todo lo contrario. La sangre de los mártires era una semilla fecunda que producía nuevos cristianos, segun la espresion de Tertuliano, testigo ocular. Decia S. Agustin: "La tierra se llenó de mártires, que como simiente de sangre, dió á la Iglesia frutos abundantes. Los

tiranos y los verdugos queriam acabar con pocos cristianos: derramaban su sangre; pero de esta misma se levantaron otros muchísimos, por quienes fueron vendidos; mas ahora ya buscan en donde esconder los ídolos, por cuya defensa destruían á los cristianos."

Así ha sido en efecto: los adoradores del Dios crucificado, despues de haber sufrido con paciencia invencible todos los golpes de una persecucion sanguinaria de mas de trescientos años, sin armas, sin ejércitos, sin levantar conspiraciones, ni valerse de los medios de la violencia, vencieron á todo el universo. Decia S. Agustin: "Cristo domó el orbe no con la espada, sino con la cruz." El emperador Constantino sucesor de tantos perseguidores furiosos del cristianismo, rindió la cerviz al yugo suave del evangelio, y se constituyó su defensor. Desde aquella época se vieron erigir en todas partes templos á Jesucristo, y arruinar la multitud innumerable de los que estaban consagrados á las falsas divinidades. La idolatría, dominante hasta entonces, hoye precipitada á buscar algun asilo en los lugares mas ocul-

tos, y en las estremidades de la tierra: y el cristianismo, tan perseguido constantemente, es admitido con toda solemnidad por sus mismos enemigos, que lo proclamian y lo sostienen como única religion del inmenso imperio romano. He aquí, que la cruz de Jesucristo que habia sido despreciada como una señal de ignominia, los monarcas la colocan sobre sus coronas como un trofeo el mas honorífico y glorioso. Se cumplió el vaticinio de David: (a) "Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se conjuraron unánimemente contra el Señor, y contra su Cristo" Pero tambien se cumplió su otra profecía. Dijo Dios hablando con su hijo divino, hecho hombre por los hombres: (b) "Pideme, y te daré en herencia todas las naciones, y por posesion te daré los términos de la tierra."

Fel. Las demias religiones por absurdas que hayan sido cuentan tambien sus mártires, y así, ó estas tambien han sido verdaderas, lo que tú no has de conceder, ó

(a) *Psalm.* 2. *V.* 2.

(b) *Psalm.* 2. *V.* 8.

el martirio de los cristianos no prueba la verdad de su religion.

Vic. Muchas razones me ocurren con que desvanecer tu argumento. En primer lugar, verdaderos mártires solamente los ha habido entre los judios que antes de la venida de Jesucristo profesaban la religion verdadera, y entre los cristianos. Solo uno se halla entre los paganos á quien se le puede llamar mártir, que fué Sócrates, que perdió la vida por haber defendido la unidad de Dios. Pero éste aunque gentil, no debe considerarse como mártir de una religion falsa, sino mártir de una verdad fundamental de la religion verdadera. Pero aun concediendo que las otras religiones hayan tenido sus mártires, en nada pueden compararse con los del cristianismo.

Ellos han sido pocos en número, y han sido hombres fuertes y robustos. Ya sentenciados á muerte no estaba en su arbitrio librarse de ella: han padecido suplicios comunes y breves: han manifestado en ellos tristeza y aun furor: y su constancia era mas bien hija de la soberbia con que querian ostentar fortaleza y magnanimidad,

que efecto de la paciencia. Pero ¡cuan diversos han sido en todo los mártires del cristianismo! Ya te he hablado acerca de su asombrosa multitud. Entre ellos se cuentan ancianos débiles de una decrepitud muy avanzada: niños por su edad muy tímidos, que apenas habian dado los primeros pasos en la carrera de la vida: doncellas que por su naturaleza de todo se asustan y se aterran. Se les ofrecia la vida y aun premios con tal que renunciassen su fe, y se les amenazaba con los tormentos y la muerte si permanecian constantes en su creencia; pero ellos perseverando firmes, caminaban animosos á los patibulos: sufrían los tormentos mas crueles y aun dilatados por mucho tiempo, hasta morir con una paciencia y con una alegría verdaderamente asombrosas: é imitando á Jesucristo, rogaban á Dios por sus mismos verdugos: y en fin, muchísimas veces se les vió desafiarse á la muerte, presentándose ante los tiranos para reprenderles las persecuciones contra la Iglesia, y la crueldad contra los cristianos.

Mira otra diferencia bien notable. Di-

me, ¿qué es mas fácil, engañarse en el conocimiento de la verdad, cuando ésta se pretende inquirir por puro discurso de uno ú otro, ó engañarse en el conocimiento de la verdad, cuando ésta se está manifestando por un hecho evidente y notorio á mucho?

Fel. Es claro que es mas fácil lo primero: porque muchas veces se presenta al entendimiento humano una cosa falsa con razones aparentemente verdaderas, y como es tan limitado y tan susceptible de errores, forma un juicio enteramente errado; especialmente cuando la cosa es conforme á las inclinaciones; de suerte, que parece que los hombres á veces mas discurren con la voluntad, que con el entendimiento. De aquí es, que unos tienen por verdadero lo que otros juzgan por falso: y así hemos visto que en todos los siglos hombres de grandes talentos y de sabiduría admirable, han caído en los errores mas groseros sobre todas materias. Pero cuando un hecho se presenta con evidencia, ésta da un golpe de luz en los ojos del hombre, que le hace ver y palpar la verdad; y aunque respecto de

uno ú otro pueda haber error acerca de la evidencia, no puede haberlo respecto de muchos acerca de un mismo hecho.

Vic. Con tu mismo discurso pretendo convencerte de la diferencia notable que hay entre los mártires de las otras religiones y los del cristianismo. Aquellos perdieron la vida por opiniones y sistemas especulativos, en que el hombre puede errar y encapricharse tenazmente; pero los cristianos se sacrificaron por sostener su religion, que está apoyada en las razones poderosas que te he espuesto, y otras muchas, y en unos hechos evidentes y notorios. Estos son los milagros que Jesucristo hizo en presencia de sus apóstoles: los que estos hicieron delante de innumerables gentes: y los que hicieron sus discípulos y otros muchos fieles que eligió Dios como instrumentos de su omnipotencia, para confirmar y establecer su religion. Estos hechos eran tan claros y evidentes, que ni aun los enemigos del cristianismo se atrevían á negarlos; y antes bien con ellos se alentaban muchísimos á abrazar la religion de Cristo, y á sostenerla con la efusion de

su sangre. ¿Pues esta voluntad, esta fortaleza, esta constancia, y esta alegría con que innumerables millares de hombres y de mujeres de todas condiciones y de todas edades sacrificaron su reposo, su libertad, sus bienes y su vida, puede ser efecto de la ilusion, del fanatismo, y del capricho, como dicen los incrédulos? ¿Qué ceguedad, y qué injusticia! Cualquiera hombre que se deje conducir de la recta razon, se convence plenamente de que los mártires han sido fortalecidos por la mano todopoderosa de Dios, y que por consiguiente, la religion que ellos sostuvieron tiene todos los caracteres de verdadera y divina: tanto, que muchas veces los verdugos enfurecidos contra los mártires, reconocieron en su fortaleza y en su paciencia la divinidad del cristianismo, y abandonando la idolatría se hicieron compañeros de su fe y de su martirio.

Fel. Si el martirio de los cristianos es una prueba tan convincente de la verdad de su religion, ¿como es, que al mismo tiempo que ellos estaban derramando su sangre, del mismo seno del cristianismo

salieron tantos que se declararon contra él como Cerinto, Ebion, Basíldes y otros?

Vic. Que el cristianismo haya tenido enemigos nada prueba contra su verdad, porque ¿qué sistema por verdadero y fundado que sea no tiene sus contrarios? Y muchas veces lo son aquellos que eran sus secuaces.

Esos hereges que me citas no eran propiamente cristianos, sino unos filósofos encaprichados en sus visiones metafísicas. Observaban el grande crédito que iba adquiriendo la religion cristiana, y pretendian acomodarla á sus sistemas para darles mas estimacion: pero como veían que la doctrina evangélica era incompatible con sus proyectos, la interpretaban contra su verdadero sentido: de lo que salian sistemas absurdos y monstruosos.

Pero voy á tomar el empeño de darle mas fuerza á tu objecion, para sacar de ella misma otro fundamento de la verdad del cristianismo. Este es la permanencia de la Iglesia católica hasta la época presente. En los siglos posteriores han ido saliendo del seno de esta Iglesia enemigos terribles que

enarbolando el estandarte de la rebelion le hicieron la guerra mas cruel.

Haré mencion de algunos de los principales que se levantaron despues de las persecuciones movidas por los emperadores romanos. En el siglo cuarto Arrio negó la divinidad de Jesucristo: Macedonio negó la divinidad del Espíritu Santo. En el siglo quinto, Pelagio negó la necesidad de la gracia para las obras buenas: Nestorio defendió que hay dos personas en Cristo: Eutiques aseguró: que se habian confundido las naturalezas divina y humana en Jesucristo. En el siglo séptimo, Pirro y Sergio afirmaron: que en Jesucristo no hay mas que una voluntad. En el siglo octavo, el emperador Leon Isaúrico abrazó el error de Jenaías contra el culto de las santas imágenes, declarando á las iglesias del oriente una guerra sangrienta, que sostuvieron por el espacio de ciento y veinte años cinco de sus sucesores. En el siglo nono, Focio patriarca intruso de Constantinopla, levantó un cisma con que separó á la Iglesia griega de la latina. En el siglo décimosexto, Lutero y Calvino renovaron muchos, de los

errores antiguos que ya estaban estinguidos, y añadieron otros muchísimos: y finalmente, si abrimos las historias eclesiásticas, hallaremos que han sido mas de trescientos los heresiarcas que con sus escritos, con sus seducciones, y con el auxilio de personas poderosas, y aun de príncipes, de reyes, y de emperadores, han combatido furiosamente contra la Iglesia católica.

Ellos en efecto, han conseguido separar de este gremio á innumerables gentes, y á muchas provincias y reinos. Pero ¿han logrado con sus errores, con sus cismas, con sus persecuciones y con sus guerras; arruinar esta monarquía espiritual? Los ruidosos imperios de los asirios, de los persas, y de Alejandro Magno, con todo aquel poder con que se hicieron formidables á todo el mundo, y con que intentaron conservarse, tuvieron que ceder á la condicion de las cosas humanas. El primero duró trece siglos, el segundo poco mas de uno, y el tercero espiró con su mismo fundador.

El famoso imperio romano que pudo llamarse el imperio del universo, que con

todo su esfuerzo persiguió á la Iglesia por mas de trescientos años, á los cinco siglos de su fundacion acabó de representar su papel en el teatro de los imperios. El imperio poderoso de los griegos, que con su cisma escandaloso se separó de la comunión de la Iglesia romana, á los diez siglos y medio de su ser terminó su existencia con la invasion de los turcos. Y en fin, otros reinos y repúblicas aunque hayan permanecido por mas tiempo, pero á la vuelta de algunos años han variado totalmente su sistema de gobierno, como ha sucedido en la Europa en nuestros dias, y en particular en la Francia, que siendo uno de los estados mas antiguos, lo vimos en veinte y dos años mudarse de reino en república, de república en imperio, y de imperio otra vez en reino. De las mismas heregías antiguas no han quedado sino unos restos miserables, y aun del arrianismo que se estendió casi por todo el orbe. Pero la Iglesia perseguida siempre no solamente de enemigos externos, sino de contrarios domésticos que son mas temibles, ha permanecido por diez y ocho siglos; y aunque ha hecho varia-

ciones en los puntos de pura disciplina, segun la exigencia de los tiempos y de las circunstancias, conserva intacto el depósito de la fe, el uso de los sacramentos, y todo lo concerniente al culto de la religion: y ha mantenido hasta la época presente el órden gerárquico de papas, de obispos, de sacerdotes y demas ministros. Aun diré mas: la Iglesia ha resarcido sus pérdidas con notables ventajas. Su fe ha sido á manera de aquellas llamas que en lugar de extinguirse con los vientos, mas se encienden y se dilatan. En los tres siglos, ó poco mas, que duró la tempestad que escitaron contra la Iglesia los arrianos, los nestorianos, los eutiquianos y los monotelitas: abrazaron el cristianismo los celtas, pueblos de las Galias, los indios mas interiores, los armenios, los bessos, los borgoñeses, los sarracenos, los escoceses, los franceses, los ausimitas, los boyardos, los bábaros, los ingleses, los irlandeses, los alemanes y los persas.

En el otro siglo, ó poco despues, en que se enfurecieron mas los iconoclastas, se alistaron bajo las banderas de la fe los dacos, los metanastos, los yacigos, y gran

parte de los esclavones, de los danos, de los hunnos, de los suevos, de los godos, de los esvetos, de los bohemos, y de los búlgaros.

Luego que los griegos se revelaron contra la Iglesia romana, se le sujetaron humildemente los morabos, los dálmatas, los rascos, los servios, los croatos, los pomeranos, los normandos, los noruegos, los úngaros, los lituanos, los libones, los polacos, los prusianos, y mucha parte de la África con las Canarias, los reinos de Bentiño, de Angola y de la Guinea, y otras muchas gentes.

Cuando en el siglo diez y seis el furor rabioso de Lutero, de Calvino, de Suiglio, y otros, hacian todos sus esfuerzos para arruinar el edificio suntuoso de la Iglesia católica, causándole tantos daños y estragos, se agregaron á ella iluminados con las luces de la fe, parte del Asia y este nuevo mundo. De suerte, que solo S. Francisco Javier en sus diez años de apostolado en la India, redujo mas gentes á la Iglesia que las que han separado de ella mas de cien heresiarcas en doscientos años. Finalmente, al mismo tiempo que los increí-

dulos estaban emponzoñando los corazones de muchos insensatos con el veneno infernal de su falsa filosofia, fueron recibidos á la comunión de los fieles por el papa Clemente XIV, los ansiranos, los asirios, los transilvanos, y los persas.

Ve aquí cumplido el vaticinio de Isaías. Dios para consolar á su Iglesia por los daños que habia de recibir de sus enemigos, le dice por boca de este profeta: "Los hijos de los extraños reedificarán tus muros, y sus reyes te servirán.

Conque Felix, la razon y la hombría de bien obligan imperiosamente al hombre mas ciego y mas obstinado, á confesar con ingenuidad, que no es obra del poder humano el establecimiento, la propagacion y la permanencia de una religion que por el espacio de diez y ocho siglos ha sido el blanco de las persecuciones mas furiosas, escitadas por los judios, por los paganos, por los hereges, por los cismáticos y por los apóstatas. Es preciso reconocer en esto la obra del brazo omnipotente de Dios: y es necesario convencerse de que esta religion es verdadera y divina; porque Dios que es la

verdad por esencia, é infinitamente santo, no podía proteger la mentira, el error, ni la falsedad.

Enfuréscanse los impíos cuanto quieran contra el cristianismo: usen de cuantos ardidés les sugiera su malicia y su odio contra la Iglesia: que su divino fundador que la ha conservado hasta ahora contra todos los ataques de innumerables enemigos fieros y encarnizados, la ha de conservar hasta la consumacion de los siglos, en cumplimiento de la promesa que le hizo de que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno.

La Iglesia es aquel reino que profetizó Daniel, que sería establecido por el Señor del cielo, y que no se arruinaría eternamente. Sí, eternamente; porque aunque la Iglesia militante ha de acabar al fin de los tiempos, la Iglesia triunfante ha de permanecer eternamente en el cielo, cuyas puertas no se abrirán á los incrédulos que no aspiran á otra felicidad que á la de los brutos en la tierra.

CONVERSACION SESTA.

Fel. Es constante, según confiesan los mismos evangelistas, que la mayor parte de los judíos, especialmente las personas más ilustradas, que eran los sacerdotes, los doctores y los fariseos, no reconocieron á Jesucristo por el Mesías. Esto no hubiera sucedido si en él hubieran hallado las señales y los caracteres con que los profetas anunciaron al Mesías, porque lo esperaban ansiosamente. En efecto, es preciso convenir en que ellos tuvieron razón; porque el Mesías, según los vaticinios, debía presentarse con grandeza y con magestad; y Jesus Nazareno se crió en el taller de un artesano: vivió pobre, y mezclado con la gente más oscura y abatida de la nación; y así si en la creencia de las demás naciones juzgas hallar un fundamento á favor de la divinidad de Jesucristo, yo en-

verdad por esencia, é infinitamente santo, no podía proteger la mentira, el error, ni la falsedad.

Enfuréscanse los impíos cuanto quieran contra el cristianismo: usen de cuantos ardidés les sugiera su malicia y su odio contra la Iglesia: que su divino fundador que la ha conservado hasta ahora contra todos los ataques de innumerables enemigos fieros y encarnizados, la ha de conservar hasta la consumacion de los siglos, en cumplimiento de la promesa que le hizo de que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno.

La Iglesia es aquel reino que profetizó Daniel, que sería establecido por el Señor del cielo, y que no se arruinaría eternamente. Sí, eternamente; porque aunque la Iglesia militante ha de acabar al fin de los tiempos, la Iglesia triunfante ha de permanecer eternamente en el cielo, cuyas puertas no se abrirán á los incrédulos que no aspiran á otra felicidad que á la de los brutos en la tierra.

CONVERSACION SESTA.

Fel. **E**s constante, según confiesan los mismos evangelistas, que la mayor parte de los judíos, especialmente las personas más ilustradas, que eran los sacerdotes, los doctores y los fariseos, no reconocieron á Jesucristo por el Mesías. Esto no hubiera sucedido si en él hubieran hallado las señales y los caracteres con que los profetas anunciaron al Mesías, porque lo esperaban ansiosamente. En efecto, es preciso convenir en que ellos tuvieron razón; porque el Mesías, según los vaticinios, debía presentarse con grandeza y con magestad; y Jesus Nazareno se crió en el taller de un artesano: vivió pobre, y mezclado con la gente más oscura y abatida de la nación; y así si en la creencia de las demás naciones juzgas hallar un fundamento á favor de la divinidad de Jesucristo, yo en-

cuentro en la incredulidad de la nacion judia otro mas poderoso en contra de esta divinidad.

Vic. Es necesario que fijemos la consideracion en las circunstancias en que entonces estaban los judios. Habian perdido el cetro y la autoridad soberana: estaban sujetos al imperio romano que los veía con desden y con desprecio: en este estado de opresion y de abatimiento, suspiraban por la libertad y el consuelo: esperaban con ansia al Mesías: sabían que los profetas lo habian llamado rey, señor, poderoso, redentor de Israel, y que dominaría á todas las naciones. ¿Qué sucedió? Que ellos como carnales y terrenos interpretaron estos vaticinios conforme á sus inclinaciones y deseos; y de ahí es, que esperaban que el Mesías sería un guerrero invencible, que con las armas en la mano rompería las cadenas de la servidumbre en que vivian bajo el poder de los romanos, y que sería un conquistador que sujetaría todas las naciones, para que ellos las domináran á todas. Esta opinion, ó mas bien, este sueño lisonjero, estaba estendido no solo entre los ju-

dios, sino en todo el oriente; segun refieren Tácito y Suetonio, escritores gentiles.

Estos títulos que los profetas dieron al Mesías, no se han de entender en un sentido literal, sino en un sentido figurado y espiritual; esto es, que el Mesías sería grande en el orden de la santidad: que sería poderoso, porque con la eficacia de su palabra y de su doctrina, docilitaria y convertiría los corazones: que sería redentor de las almas, librándolas del pecado y del demonio: y que sería rey poderoso que arruinaría la idolatría: que destruiría el imperio de las pasiones y de los vicios: que sujetaría á todas las naciones al yugo suave de su evangelio: y que formaría de todas ellas la monarquía espiritual de su Iglesia.

Fel. Pero ¿como es compatible el estado de pobreza, de humildad, y de abatimiento de Jesucristo, con la gloria y con la magestad que debia tener el Mesías, segun los profetas?

Vic. Aquí se ve la indispensable necesidad de distinguir las dos venidas de Jesucristo, la segunda con toda la grandeza

y gloria que deseaban los judíos y prometen los profetas, y la primera, en un estado de humillacion y de abatimiento, como igualmente lo dijeron los mismos profetas. Si los judíos hubieran dado con imparcialidad lo que á cada venida tocaba, no habrian echado menos en la primera lo que solo es propio de la segunda.

Los profetas clarísimamente predijeron que el Mesías habia de aparecer en ese estado de pobreza, de humildad y de abatimiento; y de estas circunstancias se desentendieron los judíos, por lo que no es extraño que se fingieran en el Mesías un poder y una grandeza conformes en todo á sus deseos. Pero los cristianos conocemos claramente, que el estado humilde de Jesucristo es compatible con la verdadera grandeza del Mesías, cuyo oficio debia ser de salvador espiritual de los hombres, y no de conquistador ni rey temporal, segun él mismo dijo en presencia de Pilatos: "Mi reino no es de este mundo." Además de esto, Jesus hizo las demostraciones de un poder superior al de todos los conquistadores y reyes del universo; pues ejerció

un poder absoluto sobre la naturaleza, y sobre la muerte, en los milagros que hizo tan raros y tan admirables de que ya hemos hablado.

Fel. No nos cansemos, Victor, las predicciones de los profetas acerca de la magestad y de la gloria del Mesías son tan claras y tan espesas, que de ninguna manera pueden convenirse con un estado de oscuridad y de abatimiento. Esto es tan cierto, que así lo afirman los mismos doctores y padres de la Iglesia. Por consiguiente, Jesus Nazareno no es el verdadero Mesías.

Vic. Atendiendo á las mismas profecías, tu objecion queda deshecha y reducida á polvo. Los profetas anunciaron dos venidas del Mesías: la primera de redentor, que con sus humillaciones, con sus padecimientos, y con su muerte ignominiosa redimiria al mundo: y la segunda, en que ejercerá el oficio de juez supremo de todos los hombres, para justificar su causa á presencia de todo el universo, y dar á cada uno el premio ó el castigo segun sus méritos. Pues todos los caracteres y señales grandiosas que

no convienen al Mesías en el estado de pobreza, de humildad y de abatimiento de su primera venida, le convendrán cuando venga á juzgar á todos los hijos del primer hombre. Entonces se presentará con gran poder, magestad y gloria. Así se lo dijo Jesucristo á sus discípulos, y así lo aseguró delante de los príncipes de los judíos en el concilio que formaron para condenarlo á muerte. Por consiguiente, los judíos en lugar de haber tenido justicia, cometieron un crimen de que son inescusables, en no haber reconocido á Jesucristo por el Mesías, porque se dejó ver en una condición pobre y humilde, pues este estado era el que le convenia al Mesías como redentor, según los profetas.

Debo añadir, que la nación judía estaba dividida en dos facciones, la una era de los fariseos que con su hipocresía la mas refinada se habian conciliado la veneracion de la plebe; y la otra era la de los saduceos que con su doctrina licenciosa se habian grangeado la voluntad de los ricos y de los poderosos. Los primeros se habian declarado enemigos de Jesucristo por inte-

reses temporales que arrastran á los hombres á oponerse á la verdad y á la razon, y á cometer toda clase de perfidias y de delitos; y porque Jesucristo los reprendia públicamente. Los segundos negaban la resurreccion de los muertos, y la inmortalidad del alma; y Jesucristo los habia confundido con sus respuestas, hasta imponerles un total silencio: y en fin, los sacerdotes que temian la ruina de su estado con el establecimiento de la nueva ley. Estas tres clases de hombres gobernados por estos principios, tomaron ocasion para constituirse enemigos de Jesucristo, y para amotinar contra él á la nacion, sobre quien tenian tanto ascendiente. Por lo mismo, no es extraño que hombres de tales procedimientos no reconocieran á Jesucristo por el Mesías; y sí es de admirar, que lo reconocieran muchísimos de los judíos, entre los cuales se contaban muchos sacerdotes y personas principales; de modo que la primera Iglesia se formó de los judíos. Últimamente, la incredulidad y la reprobacion de los judíos (para la que Dios tuvo muy justas causas) estaban profetiza-

das, segun consta por sus mismas escrituras; y por una providencia admirable, ellas han servido para que crean en Jesucristo las demas naciones. Porque si todos los judios hubieran creído, hubieran sido unos testigos sospechosos por ser compatriotas de Jesucristo, y si todos hubieran perecido, no nos hubieran quedado testigos fidedignos de que ya ha venido el Mesias. Decia S. Agustin: "Permanecen, y á cualquiera parte que van llevan consigo los libros que contienen las profecías, para que cotejándose con estos los libros del cristianismo, se vea claramente, que los cristianos no han fingido los vaticinios de los profetas acerca del Mesias, y se vea igualmente, que estas profecías están cumplidas en la persona de Jesucristo. De manera que los judios son los portadores del antiguo testamento, para que crean los cristianos, y ellos sean confundidos.

Para concluir este punto, me parece muy conveniente referir las palabras que el sábio Heydeck, judio convertido al cristianismo, dirige á sus hermanos los demás judios. Dice así:

"Habiendo estado esta nacion casi quinientos años poseida de un sumo horror á

la idolatría, y llena de un celo grande por la honra de Dios en su propio pais y santa ciudad, vino Tito con un ejército romano, quemó el santo templo, derramó la sangre de millares de sus habitantes, y condujo esta nacion hebrea al cautiverio mas grande y mas duro, qual nunca pueblo alguno experimentó.

Estos son los judios que todavia permanecen derramados por toda la tierra ya hace mas de diez y siete siglos, sin rey, sin príncipe, sin gobierno, sin templo, sin altar, sin sacerdocio, sin profetas ni visiones.

En las tierras de su infeliz cautiverio no alcanzan jamás descanso, ni encuentran consuelo. Ellos son el escarnio, el desprecio, y el oprobio de todas las demás naciones.

¿Qué pecado, hermanos míos, qué pecado ha podido causar esta tan grande desgracia al pueblo, que fué ántes el pueblo elegido? ¿Qué culpa ha merecido esta total destruccion? La idolatría, la depravacion de las costumbres, el derramamiento de la sangre de los santos profetas, fueron castigados solamente con setenta años de cautiverio en Babilonia, y esto con señales y

privilegios que anunciaron su breve libertad; pero ésta última destrucción que ya cuenta veinte y cinco veces mas que la de Babilonia, con mucho rigor, sin indicio alguno de libertad, sin consuelo, y que segun podeis conocer, ni hay ni habrá señal de alivio alguno, ni tendrá fin. ¡Oh hermanos míos! os compadezco: mi corazón llora vuestra desgracia: el Dios de Abraham se apartó de vosotros: el Dios de Isaac os cerró las puertas de la misericordia: y el Dios de Jacob se ha declarado contra vosotros. Ahora, ¡oh pueblo infeliz! ahora llamaís al Dios de Israel, pero él no oye vuestras oraciones. Considerad, amigos míos, considerad vuestra desgracia. Buscad con atención sus causas: examinad los profetas: preguntad á los padres: consultad á los ancianos. Ellos pueden informaros de la causa por que Dios se ha alejado de vosotros, y no oye vuestras oraciones. El pecado de Israel, tan grande y tan enorme, es haber vendido al justo por plata: haber levantado sacrílegamente las manos contra el enviado de Dios: haber despreciado la raíz de Jesé: haber ultrajado al Jehová el san-

to de Israel: haber muerto al Mesías, al ungido de Dios. Este es el pecado, ¡oh pueblo infeliz! que os causó estos castigos extraordinarios.⁶⁶

He aquí los sentimientos de un hombre nacido y educado en el judaismo, é imbuido en sus máximas erróneas; pero que empeñado en investigar imparcialmente la verdad, se entregó al estudio y á la reflexión; y Dios, que no niega su gracia á aquel que hace lo que está de su parte, disipó sus tinieblas con la luz de la verdadera fe, y lo convirtió de un judío en un cristiano defensor del cristianismo. ¡Oh si todos los que se hallan apartados del camino de la religion imitarán á Heydeck, y á otros muchos que yo te podría citar, entre los cuales ocupa el lugar preferente el admirable Agustino! que entonces...

Fel. Basta, Victor: tú has hecho el sacrificio de confesarme cubierto de rubor que fuiste mi verdadero enemigo con máscara de amistad cuando corrompiste mi corazón inocente, y fuiste la causa de mis estravios con tus malos consejos y peores ejemplos. Yo, compelido imperiosamente por

la razon y por la gratitud, no puedo menos que confesarte, que ahora me has dado la prueba y el testimonio mas auténtico de una amistad verdadera. Aunque tus discursos fueran falsos y alucinantes, conozco que son hijos de la sinceridad de tu corazon, y del amor que me profesas. Tú me reputas por un hombre desgraciado, y compadecido de mi miseria te empeñas en introducirme por las sendas de la verdadera felicidad. ¡Ah! soy el mas desventurado de todos los hombres. En otro tiempo involuntariamente hacia yo un cotejo de los dias de mi niñez con los de mi juventud: comparaba el amor á la virtud con mis vicios posteriores: mi candor con mi malicia: mi modestia con mi desvergüenza: mi compasion para con los infelices, con mi insensibilidad y mi dureza: y en fin, la piedad de la religion que profesaba, con mi incredulidad. Todo esto causaba en mi conciencia los remordimientos mas crueles y mas devoradores, y escitaba en mi corazon las dudas mas tristes y melancólicas. Me decia yo á mí mismo: si es verdad lo que la religion enseña, hay en Dios una justicia que premia la virtud

y castiga el vicio: y entonces ¿qué será de mí? Vendrá sobre mi cabeza el golpe de una venganza eterna por mis crímenes.

Pero despues me alentaban mis pasiones, y pareciéndome esta reflexion debilidad de espíritu propia de un hombre preocupado y fanático, procuraba revestirme del carácter de fortaleza de un filósofo incrédulo. Solicitaba la paz y la tranquilidad, engolfándome en un oceano de placeres y de deleites sensuales: y en fin, aturdido ya con el tumulto de mis pasiones, iba entrando en sosiego, ó mas bien, en un letargo de insensibilidad.

Pero ahora, por una parte el peso de tus razones inclinan mi entendimiento á que rinda vasallage á la fe, y vuelva á militar bajo las banderas de la religion de que he desertado. Por otra parte, los discursos de los incrédulos que me han parecido tan convincentes, luchan contra esta inclinacion. El camino de la fe me parece mas seguro, pero mas estrecho y mas áspero. Las sendas de la incredulidad me parecen mas peligrosas, pero mas dilatadas y mas halagüeñas á mis sentidos; por lo que yo quiero creer

y no creer, y esta contradiccion de pensamientos y de afectos aumenta mis dudas y mis temores, y produce en mi corazon un furor que me impele á arrojarme en los brazos de la desesperacion; porque cerradas para mí las puertas del consuelo, me veré precisado á ser víctima de mi propio despecho, ó de una melancolía funesta que aniquile mi existencia en pocos dias.

Vic. Calla, amado Felix, y da lugar á la reflexion. El remedio de los males no ha de ser otro mal mayor é irremediable. El consuelo no lo debes buscar en la desesperacion. Arrójate en los brazos de un Dios infinitamente bondadoso y clemente, y allí encontrarás todo bien. De tus mismas espresiones me voy á valer para disipar tus dudas, para desvanecer tus temores, y para inspirarte confianza. Con esto volverás al seno de la religion, y conseguirás la felicidad que no te puede producir esa filosofia falsa y ruinosa para sus secuaces.

Tú dices, que tu entendimiento agitado por las dudas que le producen razones contrarias, vacila sobre el partido que

debe abrazar; yo digo, que el de la religion: porque aun en el caso de que hubiera iguales fundamentos á favor de la fe y de la incredulidad, la prudencia aconseja que se abraze el partido mas seguro. Este es el de la fe. Escucha este discurso breve y poderoso que te indiqué al principio de nuestra conversacion. En el caso de creer, ó la religion es verdadera ó es falsa: si es verdadera, te librarás de una desgracia eterna, y serás feliz por infinitos siglos. Si es falsa, ¿qué es lo que vas á perder con tu creencia? Nada; ántes bien vas á lograr muchísimo, si á tu fe se junta la observancia de los preceptos del evangelio: porque serás misericordioso, benéfico, útil á tu pátria, honrado, y amado de los hombres: porque es caracter de la virtud ser venerada, y hacerse amable. Esta es la razon por que hasta los mas viciosos, y aun los mismos incrédulos quieren muchas veces ser reputados por virtuosos. Pero en el caso de que no creas; entonces si la religion es verdadera, gravitará sobre tí el peso de una eternidad desgraciada: y si la religion es falsa, ¿qué aventajarás con no

creer? Gozar de los bienes mezquinos, falaces y transitorios con que brinda la filosofía de la incredulidad. Estos son los placeres y los deleites de los sentidos, que en lugar de satisfacer los deseos inmensos del corazón del hombre, le causan una hidropesía que cada día se hace mas insaciable: y como le falta el temor y el amor de Dios, que son los únicos frenos que contienen el bruto de las pasiones, éste se desboca por los caminos anchurosos del vicio. De ahí es, que el incrédulo es soberbio, orgulloso, impaciente, vengativo, gloton, y deshonesto; con lo que se hace aborrecible á sus semejantes, y él mismo se aligera los días de su morada sobre la tierra; porque la fiera rabiosa de los vicios, destroza y aniquila cuanto precioso encuentra en el hombre; segun ha enseñado la experiencia diaria y constante de todos los siglos.

Me dirás, que muchos incrédulos han manifestado en su conducta virtud y arreglo de costumbres; pero yo te responderé, que esa virtud no es verdadera. Ve aquí las dos razones en que me fundo. Los cristianos están convencidos de que han sido

criados por Dios, y destinados á un fin sobrenatural, que es amarlo y servirlo en la vida presente, y despues gozarlo y glorificarlo en las mansiones eternas. Confiesan que son innumerables los beneficios que han recibido de la mano bondadosa de Dios, especialmente el de la redencion, y conocen la necesidad de observar las leyes de Jesucristo, ó por temor de un castigo eterno, ó por la esperanza de un premio infinito; y con todo, ¿cuantos cristianos arrastrados por la corriente impetuosa de las pasiones, viven de tal modo como si nada de esto creyeran? Y muchos de ellos por motivos de honor y por miras particulares, cubren los vicios de su corazón con el velo de la hipocresía. Pues ¿qué será respecto de los incrédulos que no quieren conocer estas obligaciones: que nada temen ni esperan en la eternidad: y que se esfuerzan á persuadirse que no hay otra felicidad que la que consiste en el goce de los placeres carnales, y en los pasatiempos de esta vida terrena?

La otra razon es una prueba concluyente tomada de sus mismos escritos, En

ellos estampan estas máximas inhumanas y detestables: que las madres abandonen á sus hijos recién nacidos, para entregarse libremente á nuevos placeres: que los hijos nada deben á sus madres por haberlos concebido y dado á luz; y que los hijos no están obligados á amar á sus padres, cuando estos se oponen á sus intereses. En estos libros se hallan los elogios del adulterio, del incesto, y de toda clase de obscenidades, y se aplaude como grandeza de ánimo, que el hombre despechado se dé la muerte á sí mismo; y en fin, según los principios de muchos filósofos incrédulos, la felicidad del hombre estriba en andar en cuatro pies como las bestias, esparcidos por las selvas.

Estos son los grandes filósofos, los desprecupados, los maestros de todos los hombres, y los genios bienhechores de todo el género humano que siempre tienen en su boca las palabras felicidad, patriotismo, humanidad, y filantropía; pero cuyas obras son opuestas diametralmente al sentido verdadero de estas voces, y cuya soberbia monstruosa los hace despreciadores de todos los que no convienen con sus sistemas

creyendo hacer honra escesiva con dar los títulos de ignorantes, de preocupados, de fanáticos y de supersticiosos á todos los que han hecho y hacen profesion del cristianismo. ¡Ah que filósofos tan envidiables, pues para ellos solos estaba reservado el conocimiento de la verdad, y el privilegio esclusivo de discurrir y de saber!

Por no molestarte no quiero hacer mencion de sus folletos llenos de insultos y de blasfemias horrendas contra Dios y su religion, cuyo culto está establecido como ley fundamental de muchos reinos y estados en que residen: del empeño en hacer despreciables y odiosas las autoridades, especialmente eclesiásticas: de sus libros, pinturas y estampas lascivas, impúdicas é infames: y finalmente, de su falta de política y de cortesía en las concurrencias, affigiendo é irritando á los cristianos con disputas, desprecios, sarcasmos, ironías, bufonadas, y chistes contra la religion, contra la Iglesia, y contra sus ministros.

Todo esto prueba, que los incrédulos ni son buenos ciudadanos, ni son buenos amigos; y que así son una peste mortífe-

ra en todos los lugares que viven: por lo que todos los gobiernos deben aplicar los remedios eficaces contra este contagio ponzoñoso. Yo de mi parte les daría un consejo á estos señores filósofos, que creo no deben despreciar, y es: que supuesto que reputan por barbaros, insociables, y enemigos á todos los que no siguen su partido, y que no habiendo reino ni república en todo el universo, en que no se profese alguna religion, ó ya verdadera, ó ya falsa, se quiten de disgustos é incomodidades, reuniéndose todos ellos para ir á habitar á una isla desierta en donde gocen placenteramente de esa felicidad imponderable y tan decantada con que nos brindan; que nosotros quedaremos por acá sin quererla disfrutar, y desde lejos les daremos las gracias mas espresivas por la compasion con que nos miran como á indociles, que no queriendo ser iluminados con las luces brillantes de su filosofia, estamos tan bien hallados en nuestro fanatismo, nuestras ranciedades y nuestras preocupaciones. De este modo todos viviremos en paz.

Amigo amadisimo: bien sabes que es-

tas no son unas imputaciones. Una experiencia desgraciada nos ha enseñado estas verdades: nosotros somos testigos irrecusables en la materia: confesémoslo pues ingenuamente, que la confesion del que detesta su error es honorifica y gloriosa. Llegue finalmente el dia venturoso en que dando un eterno á dios á esa filosofia enemiga del hombre, se disipen tus tinieblas con la luz apacible del evangelio.

Qué me acompañará hasta el sepulcro el desconsuelo y la pena de que á mi mayor amigo lo dejo sumergido en un laberinto de engaños y de errores, que le producirán una desventura eterna? No será así: yo tengo depositada toda mi confianza en Jesucristo, que te ha de dispensar una mirada de misericordia.... Pero qué, ¿te enterneces? ¿suspiras, y te cubres de rubor? ¡Oh! ¡no puedo significarte cuanto es el gozo de que se inunda mi espíritu, al ver retratadas en tu semblante la confusion y la ternura! Estos son presagios felices de un arrepentimiento sincero. Aquí está obrando visiblemente la mano misericordiosa del Salvador. Ayudado de su gracia voy á dar

la última perfeccion á esta obra, de que su magestad es el autor, y yo el instrumento,

Hagamos unas breves reflexiones sobre la muerte del cristiano, y sobre el fin del incrédulo. El cristiano, si es virtuoso, mira los últimos momentos de su vida como el término de la peregrinacion y del destierro, en que vivia continuamente gemiendo: no siente dejar un mundo que lisonjea y encanta con sus placeres y sus diversiones; porque ya desde ántes lo habia abandonado con la voluntad, viviendo en él como si estuviera muerto. Los dolores de su enfermedad los suaviza y alivia la providencia divina con el bálsamo de la religion, que le comunica fortaleza, paciencia, y constancia. Conoce que la carrera de su padecer es breve, y espera fundadamente que se ha de concluir en las puertas de una patria bienaventurada, en donde gozará perfectamente de aquel Dios, de aquel sumo bien, que fué el objeto de todo su amor y de todas sus delicias: por quien suspiraba noche y dia; y en fin, se despide de la tierra como de una region de desgracias y de llanto, en que á cada paso veia un pe-

ligro de perder á Dios, y de perderse á sí mismo eternamente.

Si el cristiano es pecador, cuando se ve próximo á recibir el golpe inevitable de la muerte, y á dar el salto terrible del tiempo á la eternidad, es cierto que sus culpas lo aterran y lo confunden, y la memoria de su ingratitud á los beneficios innumerables de que lo colmó la mano de un Dios bondadoso, le hacen temer hallar en la persona de su salvador á su juez justo, irritado, y omnipotente. Conoce que es indigno de la clemencia divina, y solo es merecedor de un suplicio eterno; pero en este abatimiento y desconsuelo viene en su auxilio la fe que aun conserva; le persuade que la misericordia de Dios escede infinitamente á toda iniquidad. La esperanza lo alienta á que confie en el redentor, cuya sangre tiene virtud y eficacia para purificar de la mancha horrorosa del pecado á todo el mundo: y finalmente, la Iglesia, como madre caritativa, le administra los sacramentos para la justificacion de su alma, y le presta todos sus auxilios por medio de sus ministros, que bendiciéndole

los últimos suspiros, le acompañan hasta el sepulcro.

Pero ¿qué diremos del impío miserable que lleva su incredulidad hasta las puertas de su postrera habitacion? Desde el lecho en que en él esthala sus últimos alientos, comienzan las penas de aquel abismo horrible en que se va á sumergir para siempre. No faltan al rededor del incrédulo moribundo llamas voraces y furias vengadoras. ¡Ah! ¿qué espanto y qué horror se apoderan del corazón de este infeliz, al verse entregado en manos de los mas crueles verdugos el dolor y la culpa! Él se halla en medio de un desierto silencioso en que le acompañan la tristeza y la amargura: la luz opaca de su razon se va oscureciendo á proporcion que se aumentan la lobreguez y las tinieblas de la muerte; un terror fiero lo aflige y lo consterna al sentir que se va hundiendo entre sus pies el mundo á que estuvo tan asido y tan apegado, porque en él pretendia hallar su única y verdadera bienaventuranza: viene por último el desengaño á desvanecer todo el hechizo que le tenia tan encantado. Atormen-

tado de tantos males y afficciones, encontrará algun consuelo en el tiempo pasado? De ninguna manera: porque los dias de diversion, de placer y de contento, ya desaparecieron como una sombra. ¿Hallará acaso el alivio en la situacion presente? ¡Ah! que esta es sobradamente miserable. Él se ve postrado en el lecho del dolor, lánguido, desfallecido, y gimiendo bajo el azote del remordimiento mas cruel: él está como un naufrago tendido en la orilla estrecha, que separa el tiempo de la eternidad, y al mas ligero empuje de la mano de la muerte va á sumergirse en la profundidad de aquel oceano insondable. Pero ¿en la memoria de lo futuro se le presentará alguna imagen de consuelo? Mucho menos: porque el pensamiento de la suerte que le espera consume la obra de su desesperacion. Si él aun insiste en persuadirse que su alma perece juntamente con su cuerpo, cree que va á sepultarse en el abismo de la nada: pero si la razon natural y su misma conciencia le reclaman, manifestándole la inmortalidad de su alma, teme fundadamente entrar en la eternidad, en don-

de un juez omnipotente está preparado para tomar de él la venganza mas formidable: de modo, que este desventurado en situacion tan lamentable, no reconoce otros términos que la nada, ó el infierno.

¡Oh filosofia de la incredulidad inhumana y bárbara, que niegas á tus secuaces todo consuelo en el caso de mayor angustia y necesidad, y solo derramas sobre su corazon consternado el cáliz de la tribulacion y de la amargura! Pero ¡oh religion benéfica y amable! que á los que te profesan les franqueas los tesoros de la consolacion en la vida y en la muerte, y los animas con la esperanza de unos bienes infinitos y eternos: porque sola tú.....

Fel. Ya no te fatigues, Victor amadísimo: el entendimiento mas encaprichado es fuerza que se rinda al peso de tantas razones. El orgullo propio de un incrédulo, me inspiraba aquella necia fortaleza de ánimo que tanto se empeñan en ostentar los partidarios de la falsa filosofia; é imponia un sello á mis lábios, para que no hiciese yo una confesion ingenua de la verdad de la religion cristiana, á vista de los fun-

damentos solidísimos que me has alegado. La luz de la verdad, por mucho tiempo que se tenga aprisionada, es á manera de un fuego encerrado en la concabidad de una roca, que al fin viene á reventar para que sus llamas resplandezcan victoriosamente. Tú me has dicho que ya no eres el antiguo Victor, y yo te aseguro sinceramente que yo no soy ya el antiguo Felix. ¡Oh momento feliz el presente en que comienzo á detestar los delirios y los errores de la incredulidad, y á desear ansiosamente entrar de nuevo en el seno del cristianismo, de que habia apostatado tan criminalmente!

Vic. ¿Es sueño, ó es realidad lo que estoy oyendo? Qué, ¿seré yo tan dichoso que vea volverse á alistar bajo las banderas del rey inmortal de los siglos, del Dios crucificado, al mas amado de mis amigos, al desgraciado Felix, á quien yo estravié del camino de la verdadera felicidad, haciéndolo desertar de la milicia de la religion?

Fel. Sí, Victor, mientras mas te has ido empeñando con caridad y con eficacia en convencerme y en instruirme, ha ido creciendo en mi corazon el desafecto y aun

el odio á la incredulidad. Mi conciencia incessantemente me acusa y me reclama. En nada de cuanto antes me lisonjaba halló alegría ni reposo. Son poderosos los impulsos que me inclinan á que vuelva á entrar en el gremio de la Iglesia; y cuando quiero ceder á estas inclinaciones, la vista de mis maldades me desalienta, y me retrae, diciéndome yo á mí mismo: Felix, como podrás hallar clemencia en un Dios; cuyo santo nombre has blasfemado tantas veces? Pero luego se me presenta á la memoria la conversion de Pablo, que de perseguidor acérrimo de la Iglesia lo constituyó Jesucristo en apóstol de las gentes; y que de Agustino herege maniqueo hizo el mas célebre defensor de esta misma Iglesia. En esta ocurrencia consoladora me sentía yo animar de una confianza segura en la misericordia de Dios; esta confianza calmaba mis inquietudes, y me anunciaba la felicidad porque tanto suspiraba mi corazón, y que no había podido hallar en el goze de los placeres sensuales. Por tanto, Victor mi amigo, mi bienhechor y mi padre, inúndese tu corazón en gozo y alegría, pues has

logrado el fruto de tus trabajos en reducir al camino de la verdad á un infeliz extraviado, que corría velozmente por las sendas de la falsedad y del error, que conducen á una desventura eterna.

Figúrate, Victor, á un hombre que extraviado del camino que llevaba, es sorprendido por las tinieblas de la noche en un monte espeso, y que ya fatigado se arroja á descansar tranquilamente en el regazo de un sueño lisonjero; pero que asomando el sol su semblante risueño por los balcones del oriente, le da con sus resplandores en los ojos, y que él abriéndolos, ve que multitud de fieras y de animales ponzoñosos que lo rodeaban se retiran precipitadamente á sus cavernas. ¿Quién podrá significar el gozo y la satisfacción de este hombre, al verse libre del inminente peligro en que se hallaba sin conocerlo?

Pues á este modo, habiendo iluminado la luz del Redentor las tinieblas de la incredulidad con que me cubrí en los extravíos de mi vida licenciosa, conozco con alegría que me he librado de tantas fieras y animales ponzoñosos cuantos eran los ter-

rores con que reposaba en el letargo mas profundo. Ahora que me he desnudado del afecto ciego á los maestros de la impiedad, me convenzo de la verdad de tus aserciones acerca de sus inconsecuencias y de sus contradicciones, y quiero añadir á las que me has referido algunas muy sustanciales.

Voltaire, hablando de Rousseau, dice: "Que es un cierto personage que ha hecho muchas de las suyas: que es un tunante, un salvaje, un charlatan, un loco de aldea, un hipócrita, un enemigo del género humano, un sombrío energúmeno cubierto de orgullo y devorado de rabia: un impío, un ateista, un hombre sin fe y sin religion, que merecia estar colgado en la horca por haber compuesto libros abominables: que tres veces ha mudado de secta: que se ha hecho arrojar de todas partes en donde se ha presentado: que es un razonador absurdo, que habiendo impreso bajo su nombre algunas majaderías contra Jesucristo, ha impreso tambien en el mismo libelo, que *Jesucristo murió como un Dios*: que es un calumniador, y puesto como tal á las es-

quinas por una declaracion pública del plenipotenciario de Francia, de Zurich, y de Berná en 25 de Julio de 1766."

¿Qué dirán los incrédulos de esta calificación tan honorífica de un hombre á quien veneran como á un oráculo? Pues ella está hecha por su grande patriarca. ¿Será extraño que Voltaire sea tan rabioso con los cristianos, cuando es tan atroz con su mismo compañero y hermano en la impiedad y en la irreligion? Este hombre en el asunto sério y grave de la religion usa de bufonadas, de chocarrerías y de sátiras. Decia Rousseau: "el ridículo á nuestros ojos no es mas que la razon de los necios." y aun D' Alambert, amigo y discípulo de Voltaire, dijo: "La sátira hiere el buen gusto, descubre un espíritu falso, un corazon corrompido, y una alma maléfica."

El incrédulo Baile, hablando del sistema impío de Espinosa, dice: "Un buen espíritu querría mas cabar la tierra con las uñas, que admitir una hipótesis tan absurda."

Se observa que los incrédulos dicen con arrogancia, como yo por desgracia de-

cia: que solos los espíritus débiles, apocados é ignorantes, creen que la religion es obra de Dios; y al mismo tiempo oímos decir á D' Alembert estas palabras: "Se podría fácilmente hacer la lista de los hombres grandes que han mirado la religion como la obra de Dios: lista capaz de conover aun ántes del exámen á los mejores espíritus; pero á lo menos suficiente para imponer silencio á un monton de conjurados enemigos impotentes de algunas verdades necesarias á los hombres, que Pascal defendió, Newton creyó, y que Descartes respetó."

Siendo evidente que la religion cristiana reprueba el fanatismo y la supersticion, los impíos descaradamente insultan á los cristianos por su creencia con los epítetos de fanáticos y supersticiosos; pero un enciclopedista hizo esta confesion ingenua: "El fanatismo es el vicio de los particulares, y no del cristianismo, que por su naturaleza dista igualmente de los furores del fanatismo, y de los temores imbéciles de la supersticion." Voltaire dice: "Es preciso amar la religion: á pesar de las supersticio-

nes y del fanatismo que la deshonran; como lo es amar la sociedad cuyas dulzuras corrompen tantos hombres malos."

Los incrédulos pretenden esterminar el cristianismo, porque dicen, que es perjudicial y ruinoso á los estados; pero su grau maestro Rousseau dice: "Ningun bien se puede hacer por principios de filosofia, que no lo haga mejor la religion; y la religion hace muchos que la filosofia no sabe hacer." Dijo Voltaire: "En el seno del cristianismo se hallan las almas mas puras y mas grandes." En otro lugar: "La religion es el solo, ó el mas seguro garante que se puede tener de la providad de los hombres." Y en otra parte dice: "El buen pueblo cree en Dios, y adora á Jesucristo: el razonador soberbio desconoce á Dios en la naturaleza, y le blasfema en la religion de la cual es autor." Con estas palabras se condenó á sí mismo este hombre ciego que tanto blasfemó de la religion y de su autor divino.

Me ocurre hacer un paralelo entre el cristiano y el incrédulo, con las mismas expresiones de los doctores de la impiedad.

Rousseau dice: "¿Qué argumento contra el incrédulo la vida de un cristiano! ¿Habrá quien se le resista? ¿Qué cuadro para su corazón, cuando sus amigos, sus hijos y su esposa concurren á instruirle edificándole! Cuando sin predicarle á Dios con sus discursos, se le enseña en las acciones que inspira, en la virtud de que es autor, y en el encanto que hay en agradarle: cuando ve brillar en su casa la imagen del cielo: cuando una vez cada día se verá obligado á decirse: "No, el hombre no es así por sí mismo, aquí hay alguna cosa sobrehumana." Y D' Alembert hablando de los incrédulos, dice: "Son mas dignos de compasión que de ira. Estos impios, únicamente por aire, moda ó ligereza, están bien caracterizados por Boyleau, que los llama *enemigos de Dios*. Incapaces aun de una mala lógica, tratan de ser peores de lo que pueden, queriendo mas parecer incrédulos que serlo: el error en ellos es menos una desgracia, que una tontería ó necedad."

Finalmente, lo que á mi parecer manifiesta mas la ceguedad y la obstinación de los principales corifeos de la incredu-

lidad, es el juicio que hacen de sí mismos. Dice Voltaire: "Jóvenes ó viejos no tenemos mas que un momento, ¿hay! ¿en qué se emplea? Yo he perdido el tiempo de mi existencia en componer un enorme farrago de libros, la mitad de los cuales no debieron salir á la luz jamas."

Juan Jacobo Rousseau dijo de sí mismo con tanta razon como verdad: "Decir, y probar igualmente el pro y el contra, persuadirlo todo y no creer nada, fué en todo tiempo la diversion favorita de mi espíritu. No miro ninguno de mis libros sin estremecerme. En lugar de instruir corrompo: en lugar de alimentar enveneno; pero la pasion me descarría, y con todos mis bellos discursos yo no soy mas que un malvado."

En conclusion, Victor, yo espero que tu amor y tu conmiseracion no pararán aquí; sino que continuarán hasta la consumacion de la obra. Yo te prometo la mayor docilidad á tus instrucciones, á fin de que mi conversion á Jesucristo sea perfecta.

Vic. Este redentor amable ha sido el autor de esta obra digna de su misericordia

y de su omnipotencia. Yo le rendiré las gracias mas cordiales porque me eligió por instrumento de la reduccion de un amigo, en cuyos estravios yo tuve tanto influjo. Influjo que ha arrancado de mis ojos lagrimas amargas y abundantes. Jamás, Felix amadísimo, cesaré de bendecir al Dios cuya mano omnipotente y misericordiosa nos sacó del abismo de aquellas tinieblas horrosas en que yaciamos sepultados. Ahora que la claridad de su gracia ha dissipado las sombras que nos oscubaban, debemos detestar el hechizo que tanto amabamos, y debemos avergonzarnos de lo que en otro tiempo haciamos vanidad. Ahora que se ha abierto la nube espesa que nos tenia sumergidos en la noche de los vicios y de la incredulidad, aprovechémonos de la luz hermosa con que nos ilumina tan benignamente el sol de la clemencia divina. No digámos á nuestro redentor que nos busca con misericordia, que aguarde hasta mañana. Postrados en el polvo de que fuimos formados, digámosle en el dia de hoy con un corazon agradecido y penetrado de dolor: Dios inmortal, Dios eterno é inmuta-

ble, cuyo ser inmenso llena los espacios de los cielos y de la tierra, y cuyo brazo todopoderoso nos sacó del caos de la nada. Ante tu trono soberano doblan la rodilla estas dos criaturas tuyas rendidas y humilladas. Pero qué, Señor, ¿reconoceremos en nosotros la hechura de tus manos? ¿Acaso tú has formado este corazon perverso que se ha constituido el asilo del vicio y de la iniquidad? No, Señor, otro foé el que tú criaste. ¡Ah! que la mano atrevida y sacrilega del crimen ha borrado de nuestra alma la imágen divina que tu bondad esculpíó en ella. El fuego voraz de los delcites sensuales consumió en nuestro corazon la semilla de todas las virtudes, hasta secar su raiz que es la fe, que tú hiciste nacer en el sacramento de la regeneracion. No contentos con esto, marchábamos contra tí á la frente de tus enemigos, y te acometiamos temerarios con las armas de los delitos. Nosotros haciamos de nuestras tinieblas y de nuestra obstinacion un valuarte para resistir las saetas de tu misericordia. Tú veías esto, Señor, y en lugar

de descargar tu brazo omnipotente para destruirnos, lo has ejercitado en ablandar la dureza de nuestro corazón.

Despechado yo por el furor que me inspiraba la incredulidad, intenté privarme de la vida temporal, y al ir á entrar por las puertas de la muerte eterna, se me abrieron las de tu misericordia para recibirme: cuando ya iba á caer en la profundidad del abismo, estendiste tu mano paternal que me levantó hasta el seno de tu bondad. Tú, Señor, fijaste tus ojos compasivos sobre el miserable Felix, que corría velozmente por las sendas dilatadas de la perdición: lo detuviste en los extravíos de su carrera criminal: y te serviste de mí para reducirlo al camino recto de la verdad, haciendo ostentación del poder de tu clemencia en su conversión y en la debilidad del instrumento. Esto conocemos, esto confesámos, y aun permaneceremos insensibles? Si nuestros crímenes han endurecido nuestro corazón, y han cerrado los conductos de las lágrimas, resplandezca tu benignidad en estas hechuras de tu omnipotencia, y en estos cautivos que redi-

miste con el precio infinito de tu sangre. Convierte nuestro corazón en un torrente de lágrimas, que corran con abundancia por nuestros ojos delinquentes. Dáale movimiento eficaz á nuestra lengua para que convide á todas las criaturas del universo á cantar eternamente el triunfo glorioso que tu misericordia ha conseguido sobre dos corazones perversos y obstinados.

Fel. Yo confieso con júbilo de mi corazón, que estoy mas obligado á dar gracias muy afectuosas á Jesucristo, pastor amante de las almas, por haber reducido á esta oveja descarriada al rebaño de su Iglesia.

Padres de familia y jóvenes incautos, á vosotros dirige la palabra con la ternura y efusiones de un corazón amante, y deseoso de vuestros verdaderos intereses, un hombre que ha aprendido lecciones muy interesantes en la escuela de la experiencia. Yo nací en el seno del cristianismo, de unos padres que me pusieron bajo la dirección de maestros sábios y piadosos, para que me instruyesen en las obligaciones que me impone la religión. Siendo ya jó-

ven, adverti, que mis padres, por una fatalidad de nuestros tiempos desgraciados, empezaron á conformarse con la moda reinante de leer indistintamente toda clase de libros, aun los que impugnan sacrilegamente la religion de Jesucristo. Pronto mismo comenzaron á desterrarse de mi casa los actos de piedad, y el orden regular de cosas. De aqui es, que yo empecé á traspasar los limites de la modestia y de la compostura de acciones en que me habian educado, y me dediqué con el mal ejemplo á una multitud de necedades que son del estilo del mundo; y á proporcion del desorden de la familia, yo me iba desreglando. Muchos que advertian con dolor la variacion de la conducta de mis padres, y la profusion y prodigalidad de sus bienes, temian que algun dia volviera yo de sus exequias reducido á vagar por las puertas de la mendicidad y aun del delito por alimentarme. En fin, yo quedé heredero mas de sus vicios, que de sus riquezas, las que consumí en breves dias en el desahogo de las pasiones mas criminales y vergonzosas.

El apetito insaciable de deleites sensua-

les, el afecto á las novedades, la curiosidad imprudente, el empeño de entrar en la moda del dia, el deseo de representar en las tertulias el papel de erudite, la inclinacion á hacerme singular en mis opiniones, el amor á dos elogios, y la comanicacion con hombres libres en su modo de pensar y de hablar, me compeliéron á solicitar con ansia los libros de la falsa filosofia que habia visto leer á mis padres, y habia oido celebrar con encarecimiento á personas apasionadas, de costumbres corrompidas é irreligiosas. Los lei con placer y con satisfaccion, porque como están adornados con las flores de una elocuencia alhagüeña, y forjados con un artificio seductor, me parecian unos soles resplandores de sabiduria: y como tambien su immoralidad y espíritu licencioso tanto lisonjaban mis pasiones, muy breve me declaré por el partido de la incredulidad.

Estas causas que he referido, son las que influyen en la apostasia de la religion, y que vuelven impíos y blasfemos á multitud de infelices.

Los incrédulos aseguran, que no creen los misterios y dogmas del cristianismo, porque son incomprensibles y repugnantes á la razon. Este es un pretesto falso. Lo que á ellos les incomoda es la santidad de la religion; de manera que ellos se obligarian gustosamente á creer mil artículos mas de los que enseña la fe, con tal que se les dispensase de la observancia de los preceptos.

Porque de ser cristianos se ven en la obligacion de observar los preceptos del evangelio; ó de lo contrario vivir acosados de los remordimientos de una conciencia culpada, y de los temores de las penas eternas, que tanto turban el reposo que los pecadores pretenden hallar en los vicios. De aquí es, que para gozar tranquilamente de los placeres prohibidos, se esfuerzan á no creer la inmortalidad del alma, y la existencia del infierno: pero como estas verdades están estrechamente enlazadas con las demas de la religion, ellos se constituyen en la infeliz necesidad de negarlas todas, persuadiéndose falsamente que en el regazo de la incredulidad vivirán placenteros y

contentos con la posesion de la felicidad brutal, por que tanto suspira su corazon corrompido.

Por tanto, padres de familia, no omitais diligencia para instruir á vuestros hijos en los principios fundamentales de la religion; porque si en otro tiempo en que los fieles estaban en posesion pacífica de su fe, le bastaba á un niño un catecismo de la doctrina cristiana para saber lo que le obligaba creer; en los dias desventurados en que vivimos es necesario que esté impuesto en los motivos de su creencia, que le sirvan de armas con que defenderse contra los enemigos de la religion, que ponen en movimiento todos los resortes de su astucia y de su malicia, para despojar á los cristianos del tesoro inestimable de la fe.

Y vosotros, jóvenes amados, en quienes la iglesia y el estado tiene depositada toda su esperanza, escarmentad en mí. Grabad altamente en vuestros corazones las causas de mi apostasia del cristianismo. Sed agradecidos al Dios bondadoso y benéfico por el don preciosísimo de su fe divina;

la que ciertamente perdereis si vuestras costumbres fueren desregladas, si tratáreis con hombres irreligiosos é incrédulos, y si leyereis esos libros que destilan la ponzoña de la impiedad, que causa imponderables desgracias temporales y eternas. Pero vosotros seréis verdaderamente felices, si vuestras obras virtuosas fueren conformes á vuestra fe; porque recibireis aquel premio infinito y eterno que el Dios remunerador tiene preparado para los que crean en él, y le aman de corazón.

CONCLUSION.

Desde el principio del mundo todas las naciones y todos los pueblos han creído la existencia de Dios; y aunque las pasiones y los vicios los hayan estraviado del conocimiento del verdadero, la razon natural les ha persuadido que deben honrar á la divinidad, y tributarle culto. De aquí es, que todos los pueblos ilustrados ó ignorantes, civilizados ó bárbaros, han profesado una religion: y la verdadera ha ido atra-

vesando victoriosamente la serie dilatada de todos los siglos. Ella se conservó entre los judios hasta que vino el Mesías que es Jesucristo, que se presentó en la tierra en cumplimiento de las promesas divinas, y con todas las señales y los caracteres con que lo anunciaron los profetas.

Jesucristo enseñó esta religion con su palabra, con su vida santísima, y con los milagros que obró. Sus discípulos la predicaron despues á todas las gentes, la propagaron por todo el universo, y la confirmaron con sus virtudes esclarecidas, con los prodigios maravillosos que hicieron á nombre de su maestro omnipotente, y con su sangre con que voluntariamente matizaron los suplicios mas crueles. Despues con el sacrificio de su vida dieron un testimonio autentico de la verdad del cristianismo en ce millones de mártires en los tres primeros siglos de la Iglesia; y los innumerables que ha habido en los tiempos posteriores.

Esta religion que ha sido reconocida por verdadera en todos los siglos, y que ha sido amada y defendida por tantos hombres de sabiduría admirable y de virtud

ejemplar, es el blanco del odio mas rabioso de algunos hombres corrompidos, y devorados de una soberbia que no reconoce límites. Ellos están empeñados tenazmente en levantar sobre las ruinas del cristianismo el edificio de una filosofía falsa, depravada é inhumana. Ellos, es verdad, han conseguido el triunfo sobre corazones ya dispuestos de muchos ignorantes é insensatos; pero cómo lograrán lo que no han podido conseguir en diez y ocho siglos los filósofos ilustrados de Grecia y de Roma, los judios, los paganos, los príncipes, los reyes, y los emperadores que estaban sentados sobre el trono del universo?

Por último: los incrédulos atropellan é infringen la ley primera y fundamental de los estados católicos, que es el culto de la religion. Pues yo los cito ante el tribunal de la razon, y elijo por su fiscal á un hombre de toda su confianza. Este es su grande maestro y oráculo Juan Jacobo Rousseau: veamos cual es su pedimento. Dice en el *contrato social*: "Si alguno despues de haber reconocido los dogmas que la nacion cree, obra como si no los creyera, sea cas-

tigado de muerte, pues ha cometido el mayor de los delitos, ha mentido á presencia de las leyes."

Yo no pido tanto; pero sí pido, que se sujeten á esta ley fundamental del estado; pues ellos mismos convienen en que todo ciudadano debe sujetarse á las leyes: pido que no perturben el orden público: y que pues se jactan de ser justos, no intenten despojar á los cristianos del bien que mas aman y aprecian, que es la religion: y pido tambien al Dios misericordioso, los convierta, y los haga eternamente felices.

Si, todos los cristianos animados del espíritu del evangelio que es la caridad, debemos tocar con nuestros ruegos á las puertas de la divina propiciacion, para que se abran á estos infelices. S. Pablo exortaba á los cristianos á hacer oracion por los reyes y emperadores de aquellos tiempos, que eran perseguidores de la Iglesia, y nuestro Redentor murió hasta por sus mismos verdugos, y pidió el perdon para ellos.

Tomada razón
EL CRISTIANISMO

VICTORIOSO

2

Y

TRIUNFO DE LA AMISTAD,

Escrito para los niños y personas que carecen de los conocimientos de los principios fundamentales de la religion cristiana

POR EL P. D. RAFAEL ABOGADO,

Presbitero del Oratorio de S. Felipe Neri de México.

~~~~~

CON LAS LICENCIAS  
DEL ORDINARIO Y DE LA CONGREGACION.

Segunda impresion.

\*~~~~~\*

Oficina del ciudadano Alejandro Valdés.  
Año de 1826.

## DEDICATORIA

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

MARQUÉS DE CASTAÑIZA,

OBISPO DE DURANGO.



ILUSTRÍSIMO SEÑOR.

**E**sta pequeña obra, que tiene por objeto evitar los descarríos de las ovejas de la grey de Jesucristo, y reducir á ella las que se hayan extraviado, ¿á quien mas propiamente debe dedicarse que á uno de

*Domine, si error est, quem credimus,  
à te decepti sumus: quoniam iis sig-  
nis praedicta est religio, quae non nisi  
à te esse potuerunt.*

Señor, si pudiera ser falsa nuestra fe,  
tú serías la causa de nuestro engaño:  
pues nos has obligado á creer lo que  
creemos con las pruebas invencibles  
que tú nos has presentado.

*Ricardo de S. Victor.*

los pastores de este rebaño? Por tanto, V. S. Illmá. acepte con benignidad el obsequio reverente del que por títulos justos y antiguos le es tan afecto, y se reconoce con la mas alta consideracion por el menor de sus servidores, y capellan obediente

Rafael Abogado.

## PROLOGO.



Solo el Profeta Jeremías con su pluma empapada en lágrimas amargas, y prorrumpiendo en sollozos y gemidos, podrá hacer una pintura espresiva de las desgracias de que nosotros somos tristes testigos. Ya no solo vemos aumentados con un exceso imponderable los vicios y los escándalos que han nacido en todos los siglos; sino que estamos palpando la apostasia que nos anunció S. Pablo. Parece que toda carne ha corrompido sus caminos, y que todo espíritu pretende enarbolar el estandarte de la iniquidad, y aun de la irreligion. En los dias desventurados en que vivimos, ¿qué no se escribe? ¿Qué no se dice con el fin de extinguir la luz divina de nuestra fe? No se habla de la religion sino para combatirla, de Dios para ultrajarlo, y de sus ministros para burlarse de ellos y hacerlos despreciables y aborrecibles, con el intento de derribar el templo y el altar. Acerquémonos si no á las tertulias y concurrencias, y hallaremos libertinos que se

jactan de menospreciar la iglesia y sus leyes, y que continuamente usan de sátiras contra la doctrina de Jesucristo, y contra su persona divina; pero el corazón pervertido es preciso que eshale su corrupción. Infinitos son los horrores que ha producido este manantial venenoso luego que se ha sacudido el yugo de la religion.

Se ve con sumo dolor, que la elocuencia y la poesía sirven de adorno á las obscenidades mas abominables, y los errores mas escandalosos. Se ven correr de mano en mano libros extraordinariamente impíos, en que sus autores, que en otro tiempo hicieron profesion del cristianismo, vierten contra nuestro Redentor santísimo tales calumnias, y tales blasfemias, que ni los herejes mas sacrilegos, ni los jentiles mas obstinados, ni los judios, acérrimos enemigos de Jesucristo, se atrevieron á proferir. Traen los misterios divinos como fábulas y delirios, y desprecian como supersticion el culto que se da á la Magestad inmensa y adorable de Dios. Unos dudan, y aun niegan la existencia de la divinidad; y otros que la admiten, se fingan un Dios ocioso, insensible, é indiferente sobre las operaciones de los hombres, que ni premia la

virtud, ni castiga el vicio; y asientan que virtud y vicio no se distinguen sino en el nombre.

De aquí resulta, que como el corazón del hombre vicioso apetece todo aquello que lisonjea su concupiscencia, y favorece su inclinacion de quererse librar de la ley evangélica, que se opone á los apetitos desreglados, muchos solicitan con ansia esos libros, que conceden libertad para los vicios: contribuyendo á esto una curiosidad inmoderada, el espíritu de la novedad, el empeño de conformarse con la moda de nuestros tiempos, y el anhelo de adquirir el renombre de eruditos y de ilustrados. Así es, que hombres sumergidos en el abismo de la ignorancia, y mugercillas que no saben ni aun manejar la aguja, sin entender lo que son cánones, ni disciplina de la iglesia, y sin mas estudio que cuatro declaraciones de la doctrina cristiana, muy mal aprendidas en sus primeros años, levantando la voz sentencian en tono magistral, que la razon y las luces de nuestro siglo ecsigen imperiosamente la reforma en todo esto, y que deben limitarse las facultades de los Obispos y del Pontífice romano: y con hipocrecia de querer

instruirse en las obligaciones cristianas, proponen maliciosamente dudas contra la fe; y muchas veces á presencia de personas igualmente ignorantes, con el estilo de un oráculo deciden sobre cuestiones muy difíciles de la teología, y terminan sus malos discursos calificando los dogmas de la religion de fanatismo, de preocupaciones, y de supersticion.

Los que vivan en los tiempos venideros escucharán y leerán con rubor y con indignacion nuestros delirios, y dirán justamente: la ignorancia, que en todos los siglos fué el freno mas eficaz para callar, en el siglo que se llamó *de las luces* fué el estímulo mas poderoso para hablar y decidir sobre todas materias, especialmente las que piden mas sabiduría: con lo que se dilató el imperio de la irreligion, de las blasfemias, de los desórdenes y de los vicios. Este fué el resultado forzoso de la soberbia y del charlatanismo.

Se observa que muchas personas, particularmente jóvenes, leen sin escrúpulo alguno los libros y papeles de la falsa filosofia, y enamoradas de su elocuencia, de sus chistes, de sus bufonadas, y de sus pasajes pintorescos, se aficionan á ellos; ven

discursos formados con artificio, con astucia y con malicia, y como carecen de los conocimientos de los principios fundamentales de la religion cristiana, su entendimiento, sintiéndose inclinado con el peso de razones aparentemente verdaderas, comienzan por admiracion, pasan á las dudas, y vienen por último á sumergirse en el error, hasta desertar de las banderas del cristianismo.

Es una desgracia digna de lamentarse amargamente, que en un negocio de tanta importancia, y cuyas consecuencias son eternas, se proceda con tanta imprudencia. Debian primero imponerse en las razones que tiene á su favor la religion, y despues sentenciar con conocimiento de causa.

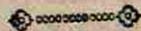
Finalmente, conociendo yo, que á algunas personas podia servir de pretesto, y á otras de impedimento para no leer las muchas y escelentes apologías, que se han escrito de la religion cristiana, que unos de estos libros están en los idiomas latino y estrangeros, otros son voluminosos, y otros son de mucho costo para la gente pobre, deseaba ansiosamente que se escribiese alguna obrita en nuestro idioma vulgar, y de poco precio. Pero

como de todas las defensas de la religion, que han llegado á mis manos, y de que he tenido noticia, ninguna es conforme á mis deseos, resolví (á pesar de mi suma ignorancia) trabajar este pequeño escrito, arrojándome en los brazos de la Providencia, para que me comunicáse las luces necesarias. He procurado por lo mismo compendiar en cuanto me ha sido posible, los fundamentos que los teólogos llaman *motivos de credibilidad*, y proponer, y desvanecer algunas de las objeciones y argumentos, que oponen los enemigos del cristianismo.

Por tanto, hermanos míos muy amados, recibid benignamente el obsequio que os presenta no el entendimiento, sino la buena voluntad de un hombre que dará su trabajo por sobradamente compensado, con la reduccion de algun infelíz que se haya extraviado del camino de la verdad, ó con que se evite al extravio de alguno que hubiese de descaminarse.



## CONVERSACION PRIMERA.



*Felix.* Amado Victor, he venido volando en alas de la amistad y del amor, para estrecharte entre mis brazos despues de una ausencia tan larga.

*Victor.* Felix queridísimo, no esperaba yo menos del afecto que siempre me has profesado. ¿Vienes sin novedad? Dame pronto razon de los acontecimientos de tu viaje, que estoy impaciente por saberlos.

*Fel.* Si tú hubieras cedido á mis instancias, habrías sido testigo y partícipe de ellos, y ahora me escusarías el trabajo de referírtelos; pero te encaprichaste en no querer acompañarme.

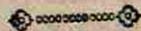
*Vic.* Confieso, que ni tus persuaciones, ni tus ruegos fueron bastantes á separarme de aquí, porque cautivo en el imperio de los deleites, estaba yo fuertemente atado

como de todas las defensas de la religion, que han llegado á mis manos, y de que he tenido noticia, ninguna es conforme á mis deseos, resolví (á pesar de mi suma ignorancia) trabajar este pequeño escrito, arrojándome en los brazos de la Providencia, para que me comunicáse las luces necesarias. He procurado por lo mismo compendiar en cuanto me ha sido posible, los fundamentos que los teólogos llaman *motivos de credibilidad*, y proponer, y desvanecer algunas de las objeciones y argumentos, que oponen los enemigos del cristianismo.

Por tanto, hermanos míos muy amados, recibid benignamente el obsequio que os presenta no el entendimiento, sino la buena voluntad de un hombre que dará su trabajo por sobradamente compensado, con la reduccion de algun infelíz que se haya extraviado del camino de la verdad, ó con que se evite al extravio de alguno que hubiese de descaminarse.



## CONVERSACION PRIMERA.



*Felix.* Amado Victor, he venido volando en alas de la amistad y del amor, para estrecharte entre mis brazos despues de una ausencia tan larga.

*Victor.* Felix queridísimo, no esperaba yo menos del afecto que siempre me has profesado. ¿Vienes sin novedad? Dame pronto razon de los acontecimientos de tu viaje, que estoy impaciente por saberlos.

*Fel.* Si tú hubieras cedido á mis instancias, habrías sido testigo y partícipe de ellos, y ahora me escusarías el trabajo de referírtelos; pero te encaprichaste en no querer acompañarme.

*Vic.* Confieso, que ni tus persuaciones, ni tus ruegos fueron bastantes á separarme de aquí, porque cautivo en el imperio de los deleites, estaba yo fuertemente atado

3  
con las cadenas de una pasion, que me tenia sin movimiento y sin juicio. Yo creia hallar la felicidad en el centro mismo de la desgracia; pero una Providencia admirable me covirtió el veneno en antídoto: del fondo de mis tinieblas salió una luz, con que me iluminó, y obligó á la pasion que me esclavizaba á que me condujese como por la mano hasta las puertas de una libertad dichosa. ¡Ah, dias de pascua de Resurreccion, en que la iglesia celebra con las demostraciones mas justas de alegría la victoria que el Hombre Dios alcanzó sobre la muerte, sobre el pecado, y sobre el infierno, quedaréis grabados en mi memoria con caracteres indelebles y eternos! Sí, Felix, en estos dias memorables terminó la noche tenebrosa de mis desgracias, y comenzó á rayar la aurora de la mañana de mi felicidad. Porque.....

*Fel.* Suspéndete: es preciso interrumpirte. ¿Qué estraña novedad es esta? Te compadezco al verte acometido de un frenesí furioso, que te ha trastornado el juicio.

*Vic.* Cuando tú me conociste era yo el mayor loco é insensato; pero ahora estoy perfectamente cuerdo.

3  
*Fel.* Ser demente y creerse cuerdo, es locura doble é incurable: ó seguramente eres tú aquel Victor que yo conocí, que con su carácter festivo y desembarazado era el alma de las tertulias, de los banquetes y de los saraos: que desde el trono de la alegría dictaba las leyes de los placeres, y por su despreocupacion en materias religiosas era estimado de todos. Pero en tí veo (permíteme que te lo diga) rasgos muy notables de melancolía y de fanatismo, que hacen á un hombre insociable.

*Vic.* Has dicho una verdad, que ya no soy yo el antiguo Victor; pero si tú me escucháras con serenidad, verias cuanta razon tengo para ser otro.

*Fel.* Pues yo sí soy tu mismo amigo Felix, y así para complacerte te oiré la causa de tu mudanza.

*Vic.* Consultaré á la brevedad para no ser molesto. Ha tres años, que el primer dia de la pascua de Resurreccion concurrí en una visita en que un hombre cargado de años manifestó sinceramente su complacencia por un sermon elocuente, enérgico y lleno de uncion que habia oido predicar acerca de la festividad del dia. Yo entonces, con

el génio propio de un incrédulo, empecé á criticar los sermones, á hablar con desprecio de los eclesiásticos, y luego pasé á proponer maliciosamente dudas contra el misterio de la Resurreccion. El sugeto que habia elogiado el sermón, procuró con moderacion y urbanidad satisfacer á mis dudas. Yo en tono de desprecio manifesté compasion por su candor y su credulidad en materias de religion.

De esto se picó una niña que estaba presente, cuya edad sería de quince á diez y seis años, de carter vivo y penetrante; y tomando la palabra con venia del anciano, hizo una defensa breve y vigorosa de este misterio. Empeñado yo en la lucha al verme acometido tan valerosamente por una que creia mugercilla ignorante, locuaz y temeraria, quise imponerle silencio, dejándola llena de confusion, y para el efecto propuse un argumento, que me pareció el mas poderoso contra la resurreccion de Jesucristo. Pero he aquí, que cuando yo esperaba ver á todos sorprendidos, sintiendo solamente cantar el triunfo sobre un enemigo que me parecia tan despreciable, yo quedé enteramente sorprendido: porque la

niña me contestó tan facil y enérgicamente, que no hallé razones con que sostenerme. Notaron todos mi sorpresa, y al momento resonó en la concurrencia la voz del aplauso. Me es imposible significarte quanto fué mi bochorno, y las furias que me devoraban. Pero aparentando serenidad, y cuan poco aprecio me merecía su contestacion, le respondí: niña, ninguna honor me puede producir el convencer y confundir á un enemigo tan flaco. Todos conocerán, que V. por su sexo y por su edad, debe entender solamente de almohadilla, y de cocina. Para que yo consiguiera alguna gloria, quisiera que estuviera presente y tomara la defensa de la causa de V. el clérigo, ó fraile fanático con quien se confiesa, y que la tiene tan infatuada.

Entónces uno de los concurrentes me dijo: el confesor de esta niña, como docto y prudente, le ha aconsejado la lectura de libros piadosos, especialmente los que se han escrito en defensa de la religion, para que le sirvan de preservativo contra el veneno mortífero de la incredulidad y falsa filosofia de que abundan esa multitud de folletos y de papeles pestilenciales, que cir-

culan por todas partes, y que solicitan y leen ansiosamente personas que desprecian las prohibiciones de la iglesia, y se tragan serenamente las excomuniones mas terribles. Á la práctica de estos consejos del confesor, ha cooperado la solicitud y el esmero del padre de esta niña, en todo lo conducente á una educacion verdaderamente cristiana. No es de los padres de moda, que tanto descuidan de esta obligacion importantísima; y antes bien con sus costumbres depravadas corrompen el corazon inocente de sus hijos, y que se empeñan solamente en que sepan bailar, vestirse al estilo del dia, y usar de artificios y de monerías para presentarse en las tertulias, en los paseos y espectáculos públicos, á fin de parecer bien, y llevarse la atencion de otros insensatos y locos como ellos: y no faltan algunos padres crueles que ponen en las manos de sus hijos novelas obscenas y ponzososas, y esos libros impíos, con el pretesto de ilustracion y civilizacion. Finalmente, señor mio, la niña ha llevado la palma del triunfo, y la falta de razones en V. para rebatirla, la ha suplido con expresiones groseras y arrogantes. Yo no puedo

permitir que á mi casa vengan los profesores de la filosofia del nuevo cuño, y así tenga V. la bondad de tomar la puerta.

Amigo, no hallo palabras con que explicarte el sonrojo y la exasperacion con que salí de aquella casa, y con que pasé lo restante de aquel dia, cuyas horas se me hacian eternas; porque deseaba vivamente que llegara la noche para encontrar consuelo en la visita de una niña que estaba próxima á desposarse conmigo. Ella era virtuosa, y adornada de unas circunstancias que la hacian digna de mejor suerte. Pero si hasta entre los cristianos hay tantos que aspiran al matrimonio por fines muy opuestos á la santidad de este sacramento: que consultan solamente con su pasion, y no con Dios, sin cuya bendicion no pueden cumplir las obligaciones estrechas de este estado, ni ser felices en él; ¿qué fines rectos se propondria un hombre como yo, que se burlaba de Dios, de sus sacramentos, y su religion, teniendo todo esto por una invencion humana, y una fábula?

Fuí en efecto á la visita, y entrando en la casa saludé espresivamente: pero ¡cuanta fué mi sorpresa al ver á la niña sumer-

gida en el silencio, y que en su semblante se estaba retratando la displicencia y la indignacion! Su padre me contestó con sequedad, y á continuacion me dijo: Señor mio, es incomprendible como los incrédulos tengan la insolencia de insultar á los cristianos con el nombre de hipócritas, siendo así que ellos cubren sus engaños con la máscara de la hipocresía; y si no, pregunte V. á su misma conciencia, y verá lo que le responde.

Yo le dije: pues qué, Señor, ¿yo soy incrédulo y uso de engaño? Sí, Señor, me contestó la niña: en la casa en que V. concurrió hoy, con escándalo de los circunstantes ha impugnado V. la religion, y ha blasfemado sacrilegamente. Con apariencias de religion habia V. conseguido inclinar mi voluntad, y la de mi padre, á que nos enlazásemos con un matrimonio honesto; pero ahora estoy resuelta á entregarme primero en las garras de un tigre devorador, que dar á V. mi mano. Entónces añadió su padre: en efecto, es menor mal, porque es impenderablemente mas preciosa la vida del alma, que la del cuerpo. Á V. le es mas conyeniente desposarse con una dama de

su opinion, pues no faltan algunas, que se hayan hecho filósofas incrédulas por entrar en moda; y así desde este momento se acaba para siempre nuestra amistad.

¡Ay Felix! el bochorno, el furor y la desesperacion se apoderaron de mí, al ver en un mismo dia mi soberbia y mi orgullo humillados por una muger de pocos años, en una disputa en que creia yo salir triunfador glorioso, y al ver que mis esperanzas de conseguir la mano de la niña quedaron desvanecidas como el humo con un uracán: y tanto mas me contristaba esta pérdida, cuanto la pasion y el interes eran los móviles de mi pretension. Para abreviar, yo volvia los ojos á todas partes, y en todo el universo no hallaba un indicio de consuelo; y solo creí encontrarlo en el medio que persuade esa filosofía bárbara é inhumana, de darse el hombre la muerte á si mismo, cuando la vida se le hace enfadosa y pesada.

En efecto, entrando en casa agitado de furias infernales, me resolví á ser víctima infeliz de mi adversidad y de mi desesperacion, y con un puñal me herí el pecho, deseando que por aquella puerta hu-

vera una vida que me era ya insoportable. Pero un Dios de misericordia, ese mismo de quien tantas veces me he burlado, triunfando de mi obstinacion, quiso todavia conservarme, para que mi alma perversa no bajara dentro de pocos momentos á los calabozos eternos. Las angustias, mensageras de la muerte, me hicieron prorumpir en algunas voces lastimeras: ocurrió el único criado que me servia y acompañaba, y al verme en la situacion deplorable en que estaba, convocó á los vecinos: éstos, compadecidos de mi desgracia y de mi necesidad, me proporcionaron los auxilios del cuerpo para mi pronta curacion, y con preferencia cuidaron del bien de mi alma, trayéndome un sacerdote que pasaba no lejos de mi casa. Despues de instruido de mi atentado, se acercó á mí, y con palabras llenas de dulzura procuraba consolarme, franqueándome los tesoros de la sangre y méritos de Jesucristo. Yo entónces, con semblante en que se dejaba ver la rabia que me devoraba, le dije: Padre, el mayor consuelo que V. me puede dar, es separarse de aquí, porque aborrezco entrañablemente á todo sacerdote, y veo con el despre-

cio que es debido todas esas ilusiones con que la iglesia se empeña en engañar á los hombres, especialmente en las últimas horas de la vida: yo hasta la muerte mantendré el carácter de fortaleza propio de un filósofo despreocupado, que se burla de las invenciones del cristianismo. El sacerdote conmovido y animado del zelo que es efecto de la caridad, me dijo: Señor, aunque el hombre haya tenido la desgracia de apartarse del camino de la verdad y de la virtud, seria suma demencia llevar la rebeldía y la obstinacion hasta el sepulcro. De las mismas sombras de la muerte ha nacido una luz brillante con que se han iluminado muchos entendimientos tenebrosos; y esta luz, como la del fuego junto á la cera, ha tenido eficacia para ablandar los corazones empedernidos. V. nada perderá con volver al seno de la religion, y acogerse en la borrasca peligrosa de la muerte al puerto de la misericordia del Redentor. No será el primero que habiendo desertado de las banderas de la fe, se haya vuelto á alistarse bajo de ellas en este terrible trance. La muerte es la mejor escuela de la sabiduría y de la prudencia: en

ella se aprenden lecciones muy interesantes: se forma de las cosas un juicio muy diverso del que se ha formado en el teatro de la vida; se corre el velo negro y denso que ocultaba al entendimiento las verdades de mas importancia: y se hacen en fin resoluciones para las que habia faltado valor en el tiempo de la salud, en el que solas las pasiones y los caprichos imperaban despóticamente. Padre, le contesté: V. se ha empeñado en aligerarme los pocos momentos que me restan, con reflexiones fanáticas que me trastornan. Yo estoy resuelto á terminar mi vida en los brazos de la desesperacion. Entónces, arrebatado el padre de un celo santo me dijo: Señor, las circunstancias críticas en que V. se halla, no permiten que entrémos en una disputa, en la que convenceria á V. de las verdades de que le hablo: vuelva V. sobre sí, téngase compasion y advierta, que se trata del negocio de su alma, que ya está próxima á sumergirse en el abismo insondable de la eternidad, donde lamentará con lágrimas irremediabiles los extravios á que lo ha conducido la falsa filosofia.

Estas palabras hirieron mi corazon

con la vehemencia de un rayo. Quedé como aletargado: y allá en mi interior me pareció que oía una voz que me decia: ahora que tu cuerpo está lánguido y abatido, sientes en tu alma un vigor y una viveza como nunca; esta es prueba de que es inmortal; y los esfuerzos que hace para no separarse del cuerpo, son efectos del temor del infierno que la espera, cuyas penas ya ha comenzado á sentir en esas amarguras y en esos remordimientos que tan cruelmente la atormentan. En seguida prorumpí involuntariamente en estas palabras: Padre, ya es tarde. ¿Cómo hacer en este trance una buena confesion de tantos crímenes y maldades que forman el tejido de mi licenciosa vida? ¿Cómo hallar sin el previo y necesario examen el hilo de mi conciencia tan enmarañada? Me he perdido para siempre. Hijo mio, me respondió el padre enternecido: aun es tiempo oportuno. En todo momento están abiertas las puertas de la misericordia divina para recibir al pecador: si ahora no puede hacer una completa enumeracion de sus culpas, Dios se contenta con que arrepentido ocurra á su clemencia, y como un hijo, que conoce la

bondad de su padre, se arroje confiado á sus pies, hablándole con el idioma de las lágrimas y el dolor. Pero, ¿cómo, le dije, hallaré clemencia en un Dios justiciero cuyo nombre he blasfemado, y de cuyo culto he procurado apartar á otros, especialmente al desventurado jóven Felix, que incautamente dió crédito á mis discursos seductores? Hijo mio amadísimo, añadió el padre, la misericordia del Señor es infinita, y la sangre de Jesucristo tiene virtud y eficacia para borrar y lavar todos los pecados del mundo, y de mil mundos que hubiera llenos de crímenes los mas horrendos. Yo le aseguro con toda certeza, que una confesion, acompañada de un arrepentimiento verdadero, romperá las cadenas de las culpas, y su alma volará de las tinieblas de la muerte, á los resplandores de la vida eterna: y en fin, me dijo palabras tan enérgicas, que me inspiraban consuelo y confianza. A todo esto añadía yo esta reflexion: si mi alma es mortal, entrará en el abismo de la nada; pero si es inmortal entrará en el abismo de los tormentos sempiternos por mi incredulidad y mi obstinacion. Pues la prudencia dicta, que yo abraze el partido mas

seguro, que es volver al cristianismo, detestar mis errores, y confesar mis iniquidades á este sacerdote caritativo, que es el angel de reconciliacion que me ha enviado el Dios misericordioso. Entónces, no pudiendo resistir mas mi corazon, me entregué enteramente á la direccion del padre: hice la protesta de la fe, y confesé por mayor y como en globo, como lo exigía mi peligroso estado, mis iniquidades, con lágrimas amargas de penitencia, que me fueron mas dulces que todos los placeres y las delicias de mi vida criminal; y luego que fué absuelto, sentí que se derramaba sobre mi espíritu el bálsamo de la consolacion, que me produjo una paz y una quietud que jamas podré explicar. Besé humildemente, y humedecí con mi llanto la mano de aquel padre y bienhechor mio, y le di las gracias mas espresivas por la caridad que habia usado conmigo. Él me dijo: dadlas, hijo mio, á Jesucristo: yo no he sido mas que el instrumento de sus misericordias, y su Magestad ha sido el autor de esta obra grandiosa, que tendria en espectacion á los ángeles del cielo, que ya estarán celebrando esta conversion, conforme á lo que nos ha

enseñado nuestro Salvador. Finalmente, el padre se despidió amorosamente de mí.

En los demas dias de mi difícil curacion me estuvo visitando, y socorriendo espiritual y corporalmente, porque mis vicios me habian reducido á la última miseria: y cuando me vió restablecido, procuró con discursos sólidos y eficaces calmar mis inquietudes, y convencerme plenamente de la verdad de la religion cristiana, dándome tambien algunos libros de los muchos que se han escrito en su defensa. Esta es, Felix, en compendio la historia de la desgracia eterna á que me iba á arrastrar esa filosofia falsa, licenciosa, y enemiga capital de sus secuaces: esta ha sido la causa de mi mudanza venturosa. Ojalá que así como mis malos consejos y mis peores ejemplos te apartaron de las sendas de la religion y de la virtud, el ejemplar que ahora ves en mí te conduzca á una conversion feliz. Postrado á tus pies, te ruego encarecidamente me concedas este único bien que espero en la tierra, para terminar la carrera de mis dias en los brazos de la paz y del consuelo. ¿Qué me respondes, Felix amado?

*Fel.* Párate, y toma asiento, Victor, que este es negocio que pide mas tiempo para tratarse. Si tú te has mudado por los discursos de un clérigo fanático, y por la lectura de unos libros despreciables, escritos por hombres ignorantes y preocupados: yo no me he de mudar, porque estoy bien convencido de la falsedad del cristianismo, por principios luminosos, que han asentado en sus escritos hombres despreocupados, de grandes talentos, y de una sabiduría y erudicion verdaderamente admirables.

*Vic.* Es preciso hablarte con la franqueza que me caracteriza. El Dios vengador, por ocultos juicios de su incomprendible sabiduría, y en castigo de los enormísimos delitos á que sin rubor ni vergüenza se habian entregado, permitió se pusiese un velo denso sobre los ojos de ciertos hombres pervertidos; negándeles por otra parte, y muy justamente, la luz brillante y hermosa con que hubieran podido creer sin vacilacion ni duda los misterios de la fe. Ellos, palpando solo tinieblas, cayeron en el abismo de mil delirios y errores. Tales son Hobbes, Espinosa, Toland, y Bayle: á estos han seguido Collins, Vvolston, Voltaire,

D' Alambert, Diderot, y otros muchos, que enarbolaron el estandarte de la apostasía y de la impiedad. Algunos de estos, elevando su frente osada, han dicho con voz sacrilega: *no hay Dios*. Los otros, creyendo obrar con mas prudencia, admiten la existencia del Ser Supremo; pero se fingen un Dios ocioso, indiferente, é insensible, que no cuida del gobierno del universo, que no premia la virtud, ni castiga el vicio. Unos y otros se han empeñado en negar la religion manifestada por Dios á los hombres, declarando al cristianismo la guerra mas sangrienta con la bateria de sofismas, falsedades, calumnias, sátiras, sarcasmos, é improperios, adornados con las flores de la elocuencia, y sazonados con la sal de chistes, bufonadas y chocarrerias, en lugar de fundamentos y razones sólidas.

Lllaman á los tiempos que han precedido á su existencia, siglos de las tinieblas y de la barbarie: y á nuestros mayores y antepasados los desprecian como á ignorantes é idiotas: y solo les merecen consideracion los que dieron los primeros pasos en el camino de la irreligion y del libertinage. Ellos descaradamente se apro-

pian el recomendable nombre de filósofos, y se jactan de ser los maestros y los ilustradores de todos los hombres. No todos ellos tuvieron esos talentos tan sublimes, ni esa ciencia tan ponderada. Algunos no escribieron cosas útiles; sino positivamente perniciosas: y otros, aunque dijeron cosas muy buenas sobre política, legislacion, y otras materias, tuvieron un estudio superficial en asuntos de religion. De aquí es, que con la arrogancia y la desvergüenza que les es característica, reputan por una turba de necios y de mentecatos á los profetas, á los apóstoles, á los santos padres, á los doctores, á los teólogos, y á todos los escritores de la iglesia, que ya inspirados por Dios, y ya versados toda su vida en toda clase de ciencias, especialmente la sagrada y divina, con sus homilias y con sus escritos confundieron y convencieron á los que con crédito de sábios impugnan la religion verdadera, y fueron y serán por todos los siglos (aunque pese á los impíos) el objeto de la admiracion, del aplauso y de la veneracion de todos los pueblos, y de todas las gentes amantes del mérito y de la verdad.

*Fel.* Victor: es enteramente increíble que unos hombres sábios, que han tomado empeño en impugnar la religion, hicieran de ella un estudio superficial; pues tanto el deseo del acierto en su empresa, como tambien su propio honor, los obligaban á adquirir una instruccion competente para chocar con tantos enemigos, cuantos habian de ser los defensores de la religion.

*Vic.* Bien sabes que en todos los tiempos y en todas materias se han producido grandes disparates y errores, sin que á sus autores los hayan contenido los motivos del acierto y del honor; y regularmente los errores han sido partos de talentos nada vulgares. El desprecio con que muchos ven el asunto que reprueban, les impide instruirse de él con esmero: y la soberbia, que tanto domina el corazon humano, el deseo del aplauso y de la gloria en producir cosas nuevas y esquisitas, el interes, el odio y otras pasiones bajas y viles, han inspirado á los hombres innumerables extravagancias, arrastrándolos de uno en otro precipicio; con lo que hemos visto producciones de sábios que se avergonzarian de reconocerlas por suyas aun los mas ignorantes.

Abrámos los libros de los incrédulos, y verémos por lo que hablan de la religion, que no se han dedicado sériamente á imponerse en sus fundamentos. No pudiendo destruirla en su esencia ni en su fondo, truncan los testos de los libros divinos; interpretan el sentido de estos á su antojo; desfiguran los hechos que refieren; y faltando á las reglas de una crítica juiciosa, les niegan la autoridad. Porque los misterios de la fe están mas allá de la esfera de nuestros alcances, dicen, que son contrarios á la razon; como si fuera lo mismo ser una cosa incomprendible, que falsa; manejan la espada de la mentira y de la calumnia; usan frecuentemente de declamaciones, de admiracion, de desprecios y de insultos contra los cristianos, contra los sacerdotes, contra la religion, y contra el mismo Dios. Muchas de las objeciones y argumentos que hacen contra la religion, son unos sofismas agenos de hombres que se jactan de filósofos, y sus escritos están llenos de contradicciones. Todo esto prueba, que no tienen la instruccion suficiente para impugnar el plan magnífico del cristianismo, ni su sistema divino y admirable, y que sus dis-

cursos son dictados por una mala fe, y una malicia refinada.

*Fel.* Mucho puede una preocupacion. El odio que manifiestas tener á estos filósofos, te hace incurrir en el crimen de la calumnia que tú quieres imputarles, hasta llegar á negarles los conocimientos de la lógica, que son los primeros rudimentos de filosofía, diciendo, que en sus discursos usan de sofismas y de contradicciones, lo que ciertamente es un defecto muy intolerable contra las reglas de un buen raciocinio.

*Vic.* Voy á manifestarte muchas contradicciones en que incurrén estos filósofos. Todos ellos conspiran á aniquilar la religion, por consiguiente deben convenir en unos mismos principios; pero sucede todo lo contrario: unos á otros se oponen diametralmente, de modo, que lo que unos afirman, otros niegan, y lo que unos edifican, los otros destruyen. Los ateístas niegan la existencia de Dios: los deístas la afirman; pero niegan la providencia. Los naturalistas defienden uno y otro; pero no admiten en Dios, sino solo aquello que su capacidad limitada puede comprender. Unos niegan la libertad del alma humana, diciendo, que es lo mismo

que la de los brutos: otros le conceden la libertad y la espiritualidad. Unos dicen que es inmortal: otros que perece juntamente con el cuerpo. Unos dicen que el mundo es eterno: otros que tuvo principio. Entre estos, los unos defienden que fué criado por Dios: y otros que fué formado por el concurso casual de los átomos. Unos finalmente aseguran que la religion es útil y necesaria para los reinos: y otros que es nociva y ruinososa.

Pero son contrarios, no solamente los unos á los otros, sino á sí mismos. El libro *del espíritu*, escrito por Helbecio, está lleno de contradicciones, aun en los capítulos mas principales. Pedro Bayle habiendo tomado la defensa de los enemigos de la religion, defiende é impugna una misma cosa; y su sistema es un laberinto tan intrincado de ideas que se destruyen mutuamente, que mas bien es un pirronismo universal. Para abreviar, el mas acreditado de los filósofos impíos es Juan Jacobo Rousseau, que dotado de un buen talento, de viveza, de ingenio, y de una elocuencia admirable, si como tomó la pluma al revés, la hubiera tomado al derecho, ha-

bria sido mas útil á sus semejantes; pero su orgullo é inconstancia, y su odio rabioso contra la religion, lo hizo pasar de herege calvinista á sociniano, y despues se constituyó defensor acérrimo del deísmo. Pues este hombre tan celebrado por los crédulos, en sus escritos contra el cristianismo incurre en contradicciones notables.

*Fel.* Ahora mas que nunca me he convencido del extremo horroroso á que conduce una pasión. No puedo menos que decirte ingenuamente, que el ódio injusto que tu has concebido á estos filósofos célebres te hace producir imposturas contra ellos, especialmente contra Rousseau. Yo he leído sus obras, y no he hallado tales contradicciones; solamente he hallado motivos de admiración por su sabiduría y elocuencia. Su mérito, á pesar de la mordacidad, lo hará recomendable á las edades venideras.

*Vic.* Te acabo de confesar sinceramente las buenas prendas naturales de este filósofo. Su talento y su elocuencia han sido el escollo fatal en que muchos incautos se han estrellado y se han perdido: sin embargo ante el tribunal de la razón no tiene derecho para ser celebrado por lo que escribió de

religion. Para convencerte de que no hablo el idioma del odio, ni de la preocupacion, á tí mismo te quiero llamar por testigo, para que depongas imparcialmente en esta causa. Tu que te jactas de haber leído sus escritos, haz memoria de que en el Emilio (\*) confiesa Rousseau, que el evangelio es obra de Dios por su moral pura y sublime: y que no es obra de Dios porque contiene dogmas increíbles: Que en Jesucristo habia la mas alta sabiduría: y que no conocia las cosas como son. Que no era un loco, ni un fanático: y que tenia trastornado el cerebro. Que su muerte habia sido de un Dios; y que no es Dios: y.... pero esto basta para probar que este filósofo incurre en contradicciones manifiestas.

*Fel.* Pero bien: aunque estos filósofos tengan sus contradicciones, de aquí nada se infiere contra la sustancia de su sistema.

*Vic.* La contradicción es caracter y distintivo de la falsedad y de la mentira; porque una cosa no puede ser y no ser á un mismo tiempo: por consiguiente, cuando

(\*) Tom. 3. pág. 165.

las contradicciones sean en cosas accidentales, se faltará á la verdad en lo accidental, y cuando fueren en cosas sustanciales, habrá falsedad en lo sustancial. Estos filósofos se contradicen unos á otros y á sí mismos en cosas muy sustanciales, cuales son las que te he referido: pues todo sistema en que se falsifican cosas sustanciales, viene á caer en tierra: porque los capítulos sustanciales de cualquier sistema están entre sí tan íntimamente unidos y enlazados, que no pueden faltar unos, sin que falten los demas, y con esto todo el edificio del sistema se precipita á su ruina.

No por esto digo, que todas y cada una de las proposiciones de estos filósofos sean falsas, pues en muchísimas de ellas todos convenimos; pero sí sostengo que su sistema es falso: y como es contrario diametralmente al de la religion, el de esta es el verdadero.

*Fel.* Tu objeto es manifestar, que estos filósofos procedieron con injusticia en combatir el cristianismo, porque carecian de razones convincentes: y ¿cuales son las que tienes para defenderlo? Porque á la verdad, es una lástima que una religion cuyo plan se

cree tan hermoso y tan bien ordenado, y cuyas máximas se dirigen á constituir feliz al hombre, carezca de fundamentos: pues sin estos lo que se prueba solamente es la sabiduría y la intencion benéfica de su autor.

*Vic.* Algunos incrédulos pretenden atacar á la religion con la religion misma. Para esto se valen del estratagema hipócrita de elogiarla con el mayor encarecimiento; y despues lamentan en tono lastimero la falta de fundamentos en que debia estribar su verdad: con esto se fingen justos apreciadores de la utilidad del evangelio, y prudentes en no admitirle, para engañar de este modo á los incautos. Estos lobos, con piel de oveja, levantan la voz para llamar hipócritas á los cristianos; siendo así que ellos proceden con la hipocresía mas refinada. Dime, Felix, ¿has leído los libros de la religion cristiana, y en que se hace su defensa contra los impíos y libertinos?

*Fel.* No los he leído, porque unos están en el idioma latiuo, y otros son demasiado abultados, con un estilo seco y cansado, con que se hacen fastidiosos.

*Vic.* Primeramente, hay muchos escritos á favor del cristianismo, que no son de mu-

cho volúmen, y que tienen un estilo elocuente, ameno y enérgico. En segundo lugar debo advertirte, que es una desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre, que haya tantos hombres que teniéndose por sabios y prudentes, no quieran emplear un poco de tiempo y de trabajo en un negocio de la mayor importancia, y cuyas consecuencias son eternas; al paso que emplean toda su vida, se afanan, y hacen sacrificios muy costosos por un interes despreciable, por un honor vano, y por un placer momentáneo y criminal: pero muchos, impelidos por el espíritu de la novedad, por entrar en moda, y por parecer eruditos é ilustrados, leen algunos libros contra la religion, y no leen ninguno de los escritos en su defensa; y como carecen de principios é instruccion, se dejan alucinar con argumentos falsos y capciosos, puestos con pompa, elocuencia y artificio, con lo que dando por falsa la religion cristiana, se vienen á precipitar en el abismo de la incredulidad. ¿No es suma injusticia sentenciar sin conocimiento de causa?

*Fel.* Segun esto, yo quisiera que tú, pues te hallas tan persuadido, me manifestases los

fundamentos de la verdad del cristianismo, para proceder yo con la rectitud y buen uicio de un hombre de bien, y amante de la razon.

*Vic.* Yo, aunque he leído escelentes apologías de la religion, para confirmarme y radicarme mas en la fe, y tener un escudo que me ponga á cubierto de las saetas de la impiedad; con todo, me juzgo sin la suficiencia necesaria para hablar dignamente sobre una materia tan interesante, tan sublime y tan delicada: pero entregándome á la reflexion, recogiendo mis pensamientos, y ordenando mis ideas, te manifestaré las especies de que me acordare, para cuyo efecto espero el auxilio de Jesucristo, que es el Sol divino de santidad que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y se dignó iluminarme á mí. Pero pidiendo este asunto mas detencion, mañana, si te parece, comenzarémos, dándonos ahora mutuamente los parabienes de habernos vuelto á ver con salud, despues de tus pasadas desgracias.

## CONVERSACION SEGUNDA.

*Vic.* Amado Felix, despues de saludarte, hoy vengo á cumplirte la palabra que te di ayer, de hablarte de los fundamentos de la religion de Jesucristo. Demos principio en el nombre de este Salvador misericordioso. Ante todas cosas debémos asentar, qué cosa es religion, su origen, sus progresos, su utilidad, y su necesidad. Religion es una virtud por la que el hombre da á Dios el honor y culto que le es debido: ó mas bien, es una comunicacion entre Dios y los hombres, por la que Dios se manifiesta á los hombres, y estos le dan el honor y el culto debido.

Toda la naturaleza nos enseña que hay un Dios, Criador y Conservador de todo lo que tiene ser en el universo. Nosotros conocémos evidentemente que hubo tiempo en que no existiamos, y que lo que somos, lo que tenemos, y lo que podemos, lo hemos recibido de otro: pues este es Dios.

Por consiguiente, reconocémos la obligacion en que nos hallámos, de darle gracias por todos sus beneficios, de amarle, de servirle, y de ocurrir á él en todas nuestras necesidades y aflicciones.

Esta obligacion la conoció el primer hombre luego que salió de las manos de su Criador omnipotente, ya por las luces de la razon natural, y ya porque Dios se le manifestó. Él perseveró muy poco tiempo en la sujecion debida á Dios, quebrantó el único precepto que le impuso su Magestad, y cometió aquel grande pecado que llamámos original, y que heredámos todos sus descendientes. Dios, viendo á este primer padre sumergido en un abismo de males y de miserias, que le habia causado la culpa, usó con él de misericordia, y lo consoló con la promesa de que le enviaria un redentor de su pecado, y reparador de su caida.

El conocimiento del verdadero Dios, y de esta promesa magnifica, fué pasando á sus descendientes; pero como el pecado original causa en el entendimiento del hombre la ignorancia y las tinieblas, y en su voluntad la repugnancia á la virtud, y la

inclinacion al vicio, conforme fueron alejándose los hombres del tiempo de la creacion, fueron corrompiéndose y pervirtiéndose mas, en términos que Dios se vió precisado, por los derechos de su justicia, á castigarlos con un diluvio en que perecieron todos los habitantes de la tierra, excepto el patriarca Noe y su familia. Pero como el corazon del hombre desde la niñez es inclinado á lo malo, despues del diluvio volvieron á multiplicarse las iniquidades, y á llenarse la tierra de vicios. Nino, fundador y rey de Ninive, erigió una estatua en honor de su padre Belo, fundador y rey de Babilonia, y despues le levantó un templo, en el que comenzaron sus vasallos á darle adoracion como si fuera Dios; y de aquí tuvo principio la idolatría. Con el transcurso de los tiempos se fué aumentando la corrupcion del corazon humano, los hombres se fueron estraviando mas, y precipitándose de abismo en abismo; con lo que la mayor parte de ellos embrutecidos con los vicios, llegaron á perder el conocimiento del verdadero Dios. Pero como el testimonio de su misma conciencia y la razon natural, aunque

obsurecida, les enseñaba que hay Dios en el universo, y por otra parte se veian oprimidos del peso de las necesidades y aflicciones, trastornando las ideas, en lugar de adorar al verdadero Dios, reconocieron por dioses á todas aquellas cosas que les producian utilidad, alivio y consuelo. Adoraron á la tierra que los alimentaba, al sol que los alumbraba y calentaba, y á la luna que en la noche desterraba las tinieblas. Estos fueron su Cibéles, su Apolo, y su Diana. Los reyes poderosos, los príncipes bienhechores, y los capitanes valientes que los libraban de sus enemigos, fueron adorados como dioses. Estos fueron Júpiter, Hércules, y otros. Adoraron á Ceres porque creian que le debian la fertilidad de las estaciones: á Marte el suceso feliz de las batallas: á Jano la paz y la prosperidad de los pueblos: y á Esculapio la salud corporal.

Los hombres deseando con ansia la felicidad, creyeron ciega mente gozarla en el desahogo de sus pasiones; y para librarse de los remordimientos de la conciencia, los poetas, que eran los teólogos de aquellos tiempos, presentaron una ocasion lisonjera

con divinizar los vicios. Levantaron templos, y ofrecieron sacrificios á la embriaguez, con el nombre de Baco: á la crueldad con el de Marte: á la deshonestidad con el de Venus: y así á otros. De aquí es, que se empeñaban en publicar los vicios de sus dioses para autorizar los suyos propios. No es extraño que adoptando por dioses á personas delincuentes, los honrasen con delitos. En Roma, Atenas, y Corinto, que eran las ciudades mas célebres, y que se gloriaban de sábias, erigieron altares á los vicios mas torpes y mas groseros; de suerte que el culto de la religion pagana era una dissolution y prostitucion pública. Seneca, aunque gentil, dijo: que aquella multitud de dioses infames se habia introducido para despojar á los hombres del pudor y de la vergüenza. ¡Cuanto convienen con los paganos muchos de los filósofos incrédulos de nuestros dias, que aseguran con insolencia y con descaro, que la virtud y el vicio se distinguen solamente en el nombre; con el fin de establecer en todo el universo el imperio de las pasiones mas vergonzosas, y de los apetitos mas brutales.

Es cierto que muchos sábios del gen-

tilismo que conocian la falsedad de estos dioses y de esta religion, admitian como los cristianos la inmortalidad de nuestras almas, y estaban convencidos de que todos fuimos criados para gozar de una felicidad verdadera; pero como carecian del conocimiento de la religion verdadera, que es la única que enseña cual es esta felicidad, guiados solo de las luces ofuscadas de su razon, discordaron entre sí mismos en establecer la bienaventuranza, y de aquí dimanaron tantas opiniones, y tantos delirios.

Enmedio de una corrupcion tan lastimosa y tan general, el único y verdadero Dios conservó su religion entre los hombres. En el tiempo posterior al diluvio, en que comenzó la idolatría, escogió á Abraham, hombre santo y agradable á sus ojos divinos, para que fuese padre de un pueblo elegido, que fuera depositario de la ley verdadera. Con este fin separó á este pueblo de todas las naciones del universo, con sus leyes y con sus costumbres: lo redujo á cierto territorio que le tenia preparado: de este pueblo finalmente se constituyó el mismo Dios cabeza y legislador, gobernándolo

para cumplir en él sus promesas.

Estas promesas se dirigen á mandar á su mismo Hijo consustancial, para que se hiciese hombre, padeciese y muriese en una cruz, con lo que quedase satisfecha la justicia divina por los pecados de todo el mundo, los hombres quedasen redimidos de la cautividad de sus culpas bajo la potencia del demonio, y se les abriesen las puertas del cielo, que habian cerrado sus pecados. Pues Felix, estas promesas están cumplidas. El Hijo de Dios bajó á la tierra, y ha sido el autor de la religion cristiana. Pero antes que yo pase á probar la verdad de ella con los fundamentos que te prometí, debémos convenir en una verdad de hecho, que por ser ciertísima y evidentísima, han convenido en ella aun los mayores enemigos del cristianismo: y es, que ha existido un hombre llamado Jesucristo que nació en la ciudad de Belén en Judá: que vivió mucho tiempo en Jerusalén, capital de la Palestina: que tuvo por discípulos á doce hombres llamadas Apóstoles: que enseñó una doctrina que no habia enseñado ninguno de los sábios del paganismo: que fué perseguido por sus mismos com-

patriotas hasta quitarle la vida en una cruz: que despues de su muerte sus discípulos repartiéndose por toda la tierra, predicaron la doctrina de su maestro: que por esta causa derramaron su sangre: y que la iglesia que ellos fundaron permanece despues de diez y ocho siglos, y que ésta ha enseñado y defendido constantemente la religion cristiana.

Debémos asentar este otro principio tambien ciertísimo y evidentísimo: que todas las naciones, y todos los pueblos del universo, aunque hayan sido diversos, y aun contrarios en sus usos, costumbres, inclinaciones, leyes é intereses, en todos los tiempos y en todos los lugares han admitido la existencia de Dios, y han tenido una religion con que le han dado culto: por consiguiente, la religion no es una invencion humana puramente como dicen los falsos filósofos, sino que trae su origen de Dios: porque aquello en que convienen todos los hombres de todos los tiempos, es la voz y el sentimiento de la naturaleza: pues todo sentimiento de la naturaleza, segun la sana filosofía y la recta razon, viene del autor de ella, que lo ha grabado en el co-

razon de todos los hombres.

*Fel.* Segun esa razon, todos los dioses que han adorado los hombres serán verdaderos, y todas las religiones con que les han dado culto tambien serán verdaderas: pues esta adoracion ha sido inspirada por la naturaleza.

*Vic.* Felix, de ninguna manera. La naturaleza ha impreso en el corazon de los hombres la idea de un Dios, y les ha dado á conocer que deben adorarlo con una religion: pero la ignorancia, los intereses particulares, las pasiones, y la repugnancia á una ley que las refrene y que contenga á los hombres entre los límites de lo justo y de lo recto, los ha precipitado á fingirse tanta multitud de dioses falsos, y ha inventado aquella religion que era mas conforme á sus inclinaciones. Por ejemplo, la naturaleza me enseña, que es necesario el alimento para la conservacion de la vida; pero si yo mas consulto á mi gusto que á la razon, en lugar de elegir un alimento provechoso, tomaré uno que me sea nocivo y perjudicial á la misma vida. Decia Ciceron gentil: „no hay nacion, por bárbara y fiera que sea, que

ignore que hay Dios; aunque no sepa cual es el que debe adorar.” Es opuestísima á la razon la multitud de dioses, y la misma razon persuade, que al único verdadero se le debe dar culto con una sola religion digna de la divinidad: esta es la religion cristiana. Empezémos ya á tratar de sus fundamentos, y sea el primero el de las profecías.

Dios prometió al primer hombre mandarle al Mesías, y Redentor suyo y de todos los hombres: (1) despues repitió esta promesa á Abraham: (2) se la reitera á Jacob, asegurándole: que todas las naciones de la tierra serían benditas en su posteridad, de la que habia de nacer este Salvador y Legislador; (3) y se fija en la tribu de Judá. (4)

Vinieron despues los profetas, que sucesivamente por el espacio de mil y seiscientos años anunciaron de parte de Dios que se iban á cumplir estas promesas. Dijeron, que este enviado del Señor habia de

(1) *Gen. cap. 3. v. 15.*

(2) *Gen. 12. v. 3.*

(3) *Gen. 28. v. 14.*

(4) *Gen. 49. v. 10.*

ser el auxilio y el consuelo del mundo, el legislador de los pueblos, la luz de todas las naciones, el maestro que enseñaría á los hombres el culto que debian dar á Dios: que destruiría la iniquidad: que traería á la tierra una santidad sempiterna: que llenaría al universo del espíritu de Dios: que daría una paz inmortal: y que para esto sería fundador y cabeza de una iglesia que se formaría de los judios y de los gentiles.

Luego si yo te demuestro que ese Mesías prometido por Dios, ya ha venido con todos los caracteres y señales con que lo anunciaron los profetas, y que este es Jesus Nazareno, autor de la religion cristiana, quedarás convencido de que esta religion trae su origen de Dios, y que por lo mismo es la verdadera. Porque unos sucesos predichos muchos siglos antes de que se verificáran, y cumplidos con todas las circunstancias con que se anunciaron, solo Dios pudo haberlos anunciado, porque solo él tiene conocimiento de los sucesos futuros.

*Fel.* Manifiéstame las pruebas, que como sean convincentes, ya quedará demostrado el primer fundamento de la verdad del cristianismo.

*Vic.* Cuatro son las profecías mas principales y mas espresas de la venida del Mesías, Salvador de los hombres. La primera es la de Jacob. Estándo este patriarca próximo á morir, congregó á sus hijos, y á cada uno de ellos le dió su bendicion particular, prediciéndoles lo que les habia de suceder en el transcurso de los tiempos; pero hablando con su cuarto hijo que era Judas, le dijo estas palabras muy notables: (1) "Judas, tus hermanos te llenarán de alabanzas, y te adorarán. El cetro no se le quitará á Judas, y habrá siempre de su posteridad conductores del pueblo, hasta que venga aquel, que ha de ser enviado, y que será el objeto de la esperanza de las naciones." Dos cosas asegura Jacob en esta profecía: la primera, que mientras permaneciere la tribu de Judá, gozará de la preeminencia y de la autoridad sobre las demás tribus. La segunda, que el gobierno soberano permanecerá en la tribu de Judá, ó en toda la nacion judia, hasta que venga el Mesías.

*Fel.* ¿Cómo pruebas con esta pro-

(1) *Gen. cap. 49. v. 10.*

fecia que ya ha venido el Mesías?

*Vic.* De este modo. Los judios se gobernaron por principes de su nacion, hasta que Cesar Augusto y el Senado romano los despojaron del principado, constituyendo por su rey, sujeto al imperio romano, á Herodes, extranjero, natural de Ascalon en Idumea. Poco despues fueron arrojados de su pátria los judios, y se dispersaron por todas las naciones, con lo que perdieron enteramente su gobierno soberano. Ellos mismos dieron de esto el testimonio mas auténtico, cuando acusando á Jesucristo ante Pilatos, levantaron la voz diciendo: nosotros no tenemos otros rey que el Cesar: segun el vaticinio de Jacob, el Mesías habia de venir cuando á los judios se les quitára la autoridad suprema: luego ya ha venido.

*Fel.* Los judios fueron conducidos á Babilonia por Nabucodonosor y reducidos á cautiverio, en el que pereció Sedecias que fué el último de sus reyes, con lo que perdieron la autoridad soberana muchos siglos ántes de la existencia de Herodes. De esto se infiere una de dos cosas, ó que desde entónces vino el Mesías, lo que tú no has

de conceder; ó que el Mesías no debia venir cuando los judios perdieran esta autoridad: y así la profecía nada prueba para su intento.

*Vic.* Te engañas, Felix. Muerto Sedecias, pasó la potestad real á Joaquin, por otro nombre Jeconías, que era de la tribu de Judá, á quien sacó de la prision Evilmerodac, sucesor de Nabucodonosor, y lo hizo sentar á su mesa. Despues los judios, durante la cautividad, tenian la potestad de vida ó de muerte sobre su nacion, como consta por la historia de Susana. Concluida la cautividad, volvieron á su país bajo la direccion de Zorobabél, mandados por Ciro rey de los persas, con facultad de reedificar el templo de Jerusalén: y finalmente se estuvieron gobernando por un senado supremo llamado Sanhedrin, hasta que empezó á reinar Herodes, en cuyo tiempo vino Jesucristo.

*Fel.* ¿Cual es la segunda profecía de la venida del Mesías?

*Vic.* La del profeta Daniel, que denota de un modo muy circunstanciado el tiempo en que habia de venir el Mesías. Por ser tan célebre esta profecía la referiré to-

da entera. Cuando Daniel estaba pidiendo á Dios que pudiese fin á la cautividad de Babilonia, se le apareció el arcángel S Gabriel, y tocándole le dijo: (1) "Daniel, yo he venido para enseñarte, y que entiendas esto. Desde que diste principio á tu oracion se ha dado un decreto, y yo he venido á hacértelo saber, porque estás lleno de deseos: atiende pues á mis palabras, y oye lo que voy á manifestarte. A setenta semanas se ha reducido el tiempo de la libertad de tu pueblo, y de tu santa ciudad, para que cese la prevaricacion, finalice el pecado, se espie la iniquidad, y la justicia eterna le suceda, para que la vision y la profecía se cumplan, y sea ungido el Santo de los santos. Sabe y advierte, que desde el dia que se diere la orden de reedificar á Jerusalén, hasta que se manifestare el rey que es el Cristo, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas, (esto es, sesenta y nueve semanas.) Se construirán de nuevo las plazas y murallas de Jerusalén en tiempos muy difíciles, y despues de sesenta y dos sema-

(1) Dan. Cap. 9 vv. 22, usque ad 27.

nas se le dará muerte al Cristo, y el pueblo que no le reconocerá, no será ya su pueblo. Otro pueblo que vendrá con su príncipe destruirá la ciudad y el santuario: la ruina será total, y concluida la guerra, se seguirá la desolacion que se ha determinado. El Cristo establecerá una alianza firme con muchos, durante una semana, y en medio de esta semana cesarán el sacrificio y la oblacion. Se verá la abominacion de la desolacion en el templo, y la desolacion durará hasta la consumacion y hasta el fin."

*Fel.* ¿Cómo aplicas esta profecía al Mesías?

*Vic.* La sagrada escritura cuenta solo dos clases de semanas, una de dias y otra de años. Es claro que la profecía de Daniel no habla de semanas de dias, pues cumplidas estas nada se verificó de lo pronosticado, y así habla de semanas de años, pues cumplidas estas se verificó la profecía en todas sus partes. Cuatro sucesos anuncia esta profecía. El primero es, que desde que se diera la facultad para reedificar á Jerusalén, hasta el tiempo en que se manifestára el Mesías, habian de pasar sesenta y nueve semanas de año; pues desde el

año en que Artagerges Longimano dió esta facultad, que fué el vigésimo de su reinado, hasta el año del mundo 4.033 en que Jesucristo comenzó á manifestarse por su predicacion y milagros, pasaron 483 años: los cuales constituyen las sesenta y nueve semanas asignadas por Daniel. El segundo suceso es, que á las sesenta y nueve semanas y media quitarian la vida al Mesías. Pues Jesucristo fué crucificado á los tres años y medio de haber comenzado su predicacion, cuyo tiempo hace media semana de años, que agregados á los 4033 componen 4036., en cuyo año segun el cómputo de muchos cronólogos, murió Jesucristo.

El tercer suceso era, que vendria un pueblo con su príncipe, y destruiría á Jerusalén y su templo. Esto puntualmente se verificó á los treinta y ocho años de la muerte de Jesucristo, quando vino el ejército romano dirigido por su emperador Tito, hijo de Vespaciano, sitió á Jerusalén, y reduciéndola á la mayor angustia, la destruyó, reservando solamente de toda la ciudad las torres de Epico, Phazael, y Mariamue, y haciendo pasar el arado por el terreno del templo en señal de su destruc-

cion. Esta ruina la profetizó tambien Jesucristo en el tiempo de su predicacion.

El cuarto y último suceso era, que la desolacion de Jerusalén y su templo seria perpetua; lo que ha enseñado la misma experiencia por el dilatado espacio de mas de diez y siete siglos.

*Fel.* La esperiencia demuestra lo contrario, pues Jerusalén fué reedificada, y persevera hasta el tiempo presente.

*Vic.* Es cierto que Jerusalén fué reedificada; pero no para ser ciudad de los judios, y mucho menos para ser capital de su reino. El emperador Adriano la constituyó colonia de los romanos, y como tal ha sido ocupada por los gentiles, despues por los cristianos, y actualmente por los turcos: solo para los judios ha sido Jerusalén desolada perpetuamente, pues llevan mas de diez y siete siglos de estar sin templo ni gobierno soberano, dispersos por toda la tierra.

Pasémos á la tercera profecía, que es la de Ageo. Dió causa para ella lo siguiente. Despues de haber vuelto los judios de la cautividad de Babilonia, habiendo sacado los cimientos del segundo templo con

permiso de Ciro rey de Persia, se interrumpió la obra por el espacio de casi diez y seis años; pero despues se continuó en el reinado de Dario hijo de Hitaspes, tercer sucesor de Ciro, y se concluyó al fin de quatro años. Como los judios para seguir esta obra hallaban tanta oposicion en enemigos poderosos, Dios, para consolarlos y alentarlos á la consumacion de ella, les dijo por el profeta Ageo: (1) »Dentro de poco tiempo estremeceré yo el cielo, la tierra, el mar y todo el universo: conmovaré todos los pueblos: vendrá el deseado de todas las naciones: y yo llenaré de gloria esta casa, y su gloria escedera á la primera.

*Fel.* ¿Cómo esplicas esta profecía de modo que pruebe que ya ha venido el Mesías?

*Vic.* De este modo claro y sencillo. Dijo Dios, que vendría el deseado de las naciones, esto es el Mesías, y que el segundo templo seria mas glorioso que el primero. Es constante que no lo fué ni en la magnificencia ni en las riquezas, pues

(1) *Aggaei. Cap. 2 v. 7 et 8.*

en esto quedó muy inferior: luego mas glorioso por la presencia del Mesías que habia de venir á él á honrarlo y santificarlo: y como este templo ya acabó, es señal que ya vino el Mesías. Así fué en efecto: porque Jesucristo recien nacido fué presentado en este templo, y en él predicó y obró milagros.

*Fel.* Jesucristo no estuvo en este templo, sino en el posterior que edificó Herodes Ascanolita, y así no se ha verificado la profecía en Jesucristo.

*Vic.* Herodes no edificó un tercer templo, sino solamente amplió el segundo sobre las ruinas del primero fabricado por Salomón.

La cuarta profecía es la de Malaquias que dice en estos términos: (1) »Ved ahí que yo embié mi ángel, dice el Señor, y él preparó el camino delante de mí, y luego el Señor á quien vosotros buscais, vendrá á su templo, y el ángel de la alianza que deseais, ved ahí que viene, dice el Señor de los ejércitos.

(1) *Malach. cap. 3. v. 3.*

50

*Fel.* ¿Como habla esta profecia del Mesías?

*Vic.* Este ángel del testamento ó de la alianza es el Mesías, á quien el profeta le da tambien el nombre de Señor. Dice que vendrá á su templo, esto es, al segundo, pues Malaquias profetizó despues de la cautividad de Babilonia, cuando ya no existia el primero; luego habiendo sido arruinado este segundo templo por el exercito de los romanos estuvo en él el Mesías; y así no queda duda de que ya vino.

*Fel.* De todo lo que has dicho, lo mas que se infiere es, que ya ha venido el Mesías; pero no que este sea Jesucristo.

*Vic.* Aquel en quien se hallen todos los caracteres y todas las señales con que los profetas anunciaron al Mesías, este es el Mesías.

*Fel.* Es cierto.

*Vic.* ¿Conque demostrándote, que en Jesus Nazareno se hallan estos caracteres y estas señales, quedarás convencido de que él es el Mesías?

*Fel.* Quedaré.

*Vic.* Pues yo te iré citando las profecias, tú tomarás el evangelio en tus ma-

51

nos, y haciendo la comparacion te convencerás de que en Jesucristo se ha cumplido lo que los profetas anunciaron del Mesías. Comenzémos. Prometió Dios á Abraham que de él descendería el Mesías: (1) esto mismo prometió á David, (2) y lo anunció por Isaias. (3) Habia de nacer de una vírgen segun el mismo Isaias: (4) habia de nacer en Belén de Judá segun Miqueas: (5) dijo Isaias, que sería adorado por los Magos: (6) y David dijo: que los reyes de Tarsis y de las islas remotas le traerian presentes. (7) Zacarias predijo: que sería pobre, y entraria en Jerusalén con mansedumbre sentado sobre un jumentillo: (8) Isaias dijo, que predicaría y anunciaría á los hombres su redencion. (9)

(1) *Gen. cap. 12 v. 3 et 22.*

(2) *Ps. 88 v. 29.*

(3) *Isai. cap. 11 v. 1.*

(4) *Cap. 7 v. 14.*

(5) *Cap. 5 v. 2.*

(6) *Cap. 60 v. 7.*

(7) *Ps. 71 v. 10.*

(8) *Cap. 9 v. 9.*

(9) *Cap. 61 v. 1.*

Si observámos la pasion de Jesucristo, verémos que hasta las menores circunstancias están predichas por los profetas. Te hablaré de algunas de las mas notables. David anunció la traicion de Judas: (1) Zacarias dijo: que el Mesías sería vendido en treinta monedas: (2) Isaias dijo: que sería cubierto de heridas y de llagas, y que no le quedaria figura de hombre; efecto de los azotes crueles y sangrientos: (3) segun el mismo Proteta sería ahofeteado, y su rostro lleno de salivas. David profetizó que sería crucificado: que le darian á beber hiel y vinagre: que lo insultarian llenándole de oprobrios: y que dividirian y sortearian sus vestidos. (4) Zacarias pronosticó, que serian penetradas sus manos y su costado. (5) Últimamente, si cotejas las circunstancias del Mesías anunciadas por los Profetas, con las de la vida, pasion y muerte de Jesucristo referidas por los Evangelistas, halla-

- (1) Ps. 40 v. 10.
- (2) Cap. 11 v. 12.
- (3) Cap. 53 v. 2.
- (4) Ps. 21.
- (5) Cap. 12.

rás una igualdad tan perfecta, que aunque sea sel mayor enemigo de la razon, te verás irremisiblemente obligado á confesar, que Jesucristo es el Mesías prometido por Dios, y anunciado por los profetas.

Paso á demostrarte el cumplimiento de las profecías acerca de la reprobacion de los judios, y de la conversion de los gentiles. Moyses predijo, que los judios serian dispersos y derramados por toda la tierra: (1) lo mismo profetizaron David (2) y Amós; y Oséas anunció que estarían mucho tiempo sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, y sin sacerdocio. (3) Todo esto está enteramente cumplido, pues los infelices judios se hallan dispersos por toda la tierra, no tienen soberano ni príncipe de su nacion, porque están bajo las leyes, superiores y tribunales de las naciones á quienes están sujetos, pagando crecidos tributos para ser protegidos. Se hallan sin templo, pues sus sinagogas nada mas son que casas de congregaciones que no pueden

- (1) Deuter. cap. 28 vv. 64 et 65.
- (2) Ps. 51 v. 11 et 12.
- (3) Cap. 3 v. 4.

compararse con el templo, segun ellos mismos confiesan: sin altar ni sacrificio, puea desde la destruccion del templo no pueden sacrificar, porque Dios les prohibió hacerlo fuera del templo; y en fin, en todas las partes donde se hallan, no tienen sosiego ni tranquilidad: son el desprecio y la abominacion de la naciones, y llevan consigo en todos los lugares la señal de su reprobacion. Este peso enorme de desgracias está gravitándo sobre esta nacion miserable desde la destruccion de Jerusalén, que fué mas ha de diez y siete siglos.

La conversion de los gentiles la predijeron David (1) é Isaías, (2) y es una cosa evidente, que todas las naciones, aun las mas obstinadas en la idolatría, han reconocido y adorado al Dios verdadero. Luego por el cumplimiento de las profecías de la reprobacion de los judios y de la conversion de los gentiles, se prueba claramente que ha venido el Mesías, y que habien-

(1) Ps. 21 v. 24.

(2) Cap. 41 v. 1. Cap. 49 v. 6. Cap. 51 v. 4 y 5. Cap. 52 v. 10. Cap. 62 v. 2.

do comenzado á suceder esto cuando apareció Jesucristo: y sus discípulos convirtieron á los gentiles, es cierto que él es el Mesías.

*Fel.* ¿Pero estas profecías no pudieron haber sido inventadas por los mismos cristianos despues de haber acontecido los sucesos de que ellas hablan, para darles este grado de tanta certidumbre á su religion?

*Vic.* Han sido muy anteriores á los sucesos que pronostican. El primer libro que contiene algunas de las profecías es el Génesis, escrito por Moysés, que despues de haber sacado á los Israelitas de la cautividad de Egipto bajo el poder de Faraon, los condujo por el desierto, en donde escribió este libro. Él vivió quinientos años antes de Homero: mas de mil y ciento antes de Sócrates, de Platon, y de Aristóteles, que fueron los gefes y los maestros de la sabiduría de los griegos; y cerca de mil y quinientos antes del nacimiento de Jesucristo: de suerte que Moysés fué mas antiguo que Mercurio Trimegisto rey de Egipto, que fué el primer escritor gentil que existió (segun los mejores historiadores) en los tiempos de David y de Salomón. Isaías,

que es el primero de los Profetas segun el orden de la Biblia, empezó á profetizar en el año diez y siete de Osías rey de Judá, que es decir, cerca de ochocientos años antes de la venida de Jesucristo; y Malaquías que fué el último de los Profetas, comenzó sus profecías en el año quinto ó sexto de Artajerjes Longimano, que empezó á reinar en Persia cuatrocientos y sesenta y tres años antes del nacimiento de Jesucristo.

*Fel.* Pero bien: aunque esos sujetos á quienes se atribuyen las profecías hayan existido en los tiempos que tú dices, ¿cómo pruebas que realmente son tuyas, y no de otros que han vivido despues de la venida de Jesucristo?

*Vic.* Tú mismo has de dar la prueba. Dime: Homero, Platon, Aristóteles, Virgilio, y Ciceron, ¿existieron antes de la venida de Jesucristo?

*Fel.* Es ciertísimo que existieron antes.

*Vic.* Pues dime: ¿por qué tú y todos creen, que las obras que se le atribuyen á estos sujetos son realmente tuyas, y no de otros que vivieron despues?

*Fel.* Porque así consta por una tradicion que ha ido pasando de boca en boca

hasta nosotros, y así consta por las historias, y por los anales de los tiempos posteriores; por consiguiente, esta verdad tiene una certeza moral, que solo un loco la puede negar.

*Vic.* Pues esa misma respuesta te doy yo, y voy á manifestarte que mi respuesta tiene aun mayor certeza que la tuya. Por una tradicion no interrumpida desde los tiempos en que existieron los sujetos á quienes se atribuyen estas profecías, han creido constantemente los judios, y despues todos los cristianos hasta el tiempo presente, que ellos han sido los verdaderos autores de ellas; pero aunque no hubieran sido, para darte una prueba muy convincente de la verdad de la religion cristiana, me basta demostrarte, que las profecías se hicieron muchos siglos antes de la venida de Jesucristo, y que en él se cumplieron. Estas profecías se escribían: los libros originales se guardaban en el templo de Jerusalén: cuidaban de ellos los levitas: sacaban copias los judios, que conservaban con mucha veneracion y aprecio. Estas profecías se tradujeron en griego mucho tiempo antes del nacimiento de Jesucristo: y de este modo se

esparcieron por el mundo donde se usaba la lengua griega, particularmente en los estados mas dilatados y mas cultos. Los libros de las profecías andaban en las manos de los judios antes de la division de las diez tribus, que es decir, antes de la cautividad de Babilonia: estos libros hasta el dia los tienen los judios, y así, si su origen ha sido despues de la venida de Jesucristo, han sido inventados ó por los cristianos, ó por los judios: si han sido inventados por los cristianos, ¿por qué los judios no manifiestan al mundo entero este engaño, esta ficcion de los cristianos, y para qué ellos mismos cooperan á esta falsedad conservando estos libros como compuestos antes del nacimiento de Jesucristo? Y si han sido inventados por los judios, ¿es posible que ellos con estos libros les den armas á los cristianos para que los combatan y confundan, haciéndoles ver, que las profecías que ellos defienden como tan antiguas, están ya cumplidas en la persona de Jesucristo, y así que son unos pérfidos, y enemigos de la verdad en no admitirlo como verdadero Mesías? Es imposible. Últimamente, si los libros de las profecías han

sido inventados despues de la venida de Jesucristo, sañálese el tiempo en que esto sucedió. Ciertamente no se ha de señalar.

Para confirmacion de todo lo dicho, añado: que cuando los primeros cristianos trataban de convencer á los gentiles de la verdad de la religion de Jesucristo, les alegaban el cumplimiento de las profecías: y cuando los gentiles dudaban de las tales profecías, los remitian con los judios para que en sus libros las leyesen; y entónces se certificaban de la realidad de ellas, y cotejándolas con los hechos de Jesucristo, quedaban convencidos de que en él se habian cumplido, y que por consiguiente él era el Mesías prometido por Dios por medio de los profetas. Luego por todas estas razones se infiere claramente, que estos libros estaban escritos muchos siglos antes del nacimiento de Jesucristo: que sus autores son verdaderamente profetas inspirados por Dios; pues solo Dios conoce con toda certeza los sucesos venideros con todas sus circunstancias; y que Jesucristo es el Mesías prometido, pues en él se cumplió todo lo que anunciaron los profetas respecto del Mesías.

## CONVERSACION TERCERA.



*Fel.* **T**ratémos ahora de los otros fundamentos de la verdad de la religion cristiana.

*Vic.* El otro fundamento es el de los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles. Pero como estos hechos prodigiosos constan especialmente por los libros del nuevo Testamento, para evitar el argumento que me puedes hacer sobre la autenticidad y verdad de estos libros, quiero establecerla antes que tratémos de los milagros. Cuando digo que los libros del nuevo Testamento son auténticos, quiero decir, que son realmente de los autores á quienes se atribuyen, y que no están fraguados en los tiempos posteriores á la existencia de los autores que se nombran en ellos. Para esto bastaban las razones que te alegué á favor de la autenticidad de los escritos de los Profetas; pero aun quiero estenderme un poco mas: subámos desde nuestro tiempo por la sucesion de diez y ocho siglos has-

ta el principio del cristianismo, y verémos, que la iglesia católica ha admitido en todas las épocas y en todos los lugares estos libros como obras de los autores que en ellos se espresan.

*Fel.* Yo convengo de buena fe, en que desde el siglo cuarto hasta nuestros dias se han reconocido estos libros como obras de los apóstoles y de los evangelistas; pero ¿cómo probarás que desde el siglo cuarto, retrocediéndohasta el principio de la iglesia, sucedió lo mismo?

*Vic.* Tú convienes en lo mismo que han convenido y convienen hasta los mismos incrédulos modernos enemigos de la religion: pues oye ahora como desde el siglo cuarto, retrocediéndohasta el principio del cristianismo, estos libros han sido admitidos como escritos de los apóstoles y de los evangelistas. Orígenes, al principio del siglo tercero, nombra los cuatro evangelios: los cuales, dice, son venerados por toda la iglesia que está bajo del cielo. Tertuliano, cita algunos años antes las cartas auténticas que el apóstol S. Pablo habia escrito á las iglesias de Roma, de Corinto, de Filipos, de Efeso, y de Tesalónica. Acusa al here-

sarca Marcion de haber falsificado el evangelio de S. Lucas; y para convencerle presenta los ejemplares recibidos en todas las iglesias apostólicas, y reconocidos por auténticos por el mismo Marcion, antes que empezase á enseñar sus errores. Casi á mediados del siglo segundo, S. Justino, en un escrito presentado al emperador Antonino, habla de la costumbre observada desde el principio entre los cristianos, de leer en sus juntas religiosas los escritos de los profetas y de los apóstoles.

En las cartas que nos han quedado de S. Policarpo obispo de Smirna, martirizado en el año 166, en las de S. Ignacio obispo de Antioquía, que padeció martirio en 114, y en las del papa S. Clemente, que gobernaba la iglesia romana en el año de 70, y habia vivido mucho tiempo con S. Pedro apóstol, se hallan muchos lugares de los evangelios, y de las epístolas del nuevo Testamento, citados como pertenecientes á la sagrada escritura; y finalmente, Papias, discípulo del apóstol S. Juan, hacia mencion de los evangelios de S. Mateo y de S. Marcos. Heracleon, Ptolomeo, y Valentino, los Ebionitas, los Marcionis-

tas, y los Gnósticos hereges, todos de los tiempos inmediatos á los de los apóstoles, admitian como auténticos los libros del nuevo Testamento; de modo que puedo decir con S. Irineo obispo de Leon en el siglo segundo: que es tal la certidumbre de nuestra creencia tocante al evangelio, que la confirman hasta los hereges, pues cada uno de ellos, separándose de la iglesia, busca en ella la prueba de su doctrina.

Los gentiles de los primeros siglos de la iglesia reconocian como obras de los apóstoles los libros que hoy corren con sus nombres: como se puede ver en los diversos pedazos que nos han quedado de los escritos de Celso, de Porfirio, de Hierocles, y del emperador Juliano el Apóstata, todos paganos; y en fin, hasta los mismos judios enemigos acérrimos del cristianismo, no han negado la autenticidad de estos libros.

Te he hablado de la autenticidad de los libros del nuevo Testamento. Paso ahora á manifestarte su autoridad, esto es, que sus autores son dignos de crédito en todo cuanto dijeron en sus escritos. Estos son de dos clases: unos dogmáticos, que tratan de la doctrina de Jesucristo; y los otros

históricos, que refieren los hechos de Jesucristo, y de los mismos apóstoles. De la verdad de unos y otros, te convencerás por estas razones. La primera es, la sencillez y naturalidad del estilo que nada tiene de estudiado, ni de afectado, ni de ostentación, como lo es el de los filósofos que en sus escritos procuraron que brillase la mas pomposa elocuencia, con que parece que mas bien querian agradar y adquirirse el aplauso, que convencer é instruir á sus discípulos. La segunda es, la uniformidad de la doctrina. Cada uno de estos autores, ya respecto de sí mismo, y ya respecto de los demas, está conforme en su doctrina á unos mismos principios. Es una misma la doctrina de todos los apóstoles y de los evangelistas, aun habiendo escrito y enseñado separados unos de otros por enormes distancias, y repartidos por todo el universo. Esta conducta no se observa en los filósofos, pues no solamente entre sí se halla una notable oposición; pero aun algunos de ellos se contradicen á sí mismos en diversas obras, como te manifestaré con mas estension en otro lugar. La tercera es, la santidad de la doctrina.

Toda su moral, todas sus máximas se dirijen á inspirar á los hombres el amor á Dios, y el amor á sus semejantes, para ser felices en el tiempo y en la eternidad. De modo que cualquiera hombre por poco advertido que sea, conocerá, que esta doctrina no respira mas que virtud y santidad, y que hace imponderables ventajas á la moral de los filósofos de todos los tiempos. La cuarta es, la conformidad de las costumbres de los apóstoles con la doctrina que enseñaban. Su conducta era enteramente irreprochable: su desinterés era sumo. No se les observó ni ambicion para ocupar puestos elevados, ni codicia para atesorar riquezas. Les hubiera sido fácil uno y otro, por el grande ascendiente que tuvieron en la voluntad de millares de personas de todas clases y condiciones, que se constituyeron sus discípulos amantes y obedientes. Todo su empeño y sus conatos fueron dirigidos á que los hombres todos conocieran y amáran al verdadero Dios, y se amáran unos á otros. La quinta es, su sabiduría admirable. ¡Qué sublimidad de pensamientos! ¡qué conexión en la ideas! ¡qué energía, qué fuego en las espresiones! y

¡qué dignidad para hablar de las grandezas de un Dios! De suerte, que el hombre menos reflexivo conoce, que por la boca y por la pluma de los discípulos de Jesús habla el espíritu de Dios. La sexta es, su fortaleza y su constancia. Ellos caminan á provincias muy remotas, y atraviesan dilatadas regiones para predicar el evangelio á toda criatura; y ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni las inclemencias de los tiempos, ni las molestias de los caminos, ni los peligros de los mares, ni las persecuciones, ni las cárceles, ni los suplicios, son bastantes á obligarlos á que prescindan de su empresa; y ántes bien, ellos, cuando son condenados á muerte, salen de los tribunales de los jueces llenos de gozo y de alegría, porque van á padecer por el nombre de su Maestro: y subiendo con semblante sereno á los patíbulos, hacen de ellos cátedras para predicar de nuevo el evangelio, con las palabras y con el ejemplo, pues mueren pidiendo á Dios el perdón y la conversión de sus mismos verdugos. Te he hecho una pintura breve é imperfecta del carácter de los discípulos de Jesucristo, para que te convenzas

del derecho que tienen á ser creídos en la doctrina que enseñan, y en los hechos que refieren. La crítica mas refinada y escrupulosa, no exige en un historiador un conjunto de circunstancias mas recomendables: de manera, que será un insensato enemigo de la razon, el que dando crédito á otros historiadores, niegue ó dude de la verdad de los hechos referidos por los historiadores sagrados. Decia un hombre célebre: yo creo sin dificultad las historias cuyos testigos se dejan degollar por comprobarlas.

*Fel.* Los apóstoles no son testigos fidedignos, porque ellos estaban interesados en la gloria y honor de su Maestro: y porque alentados con la falsa esperanza de grandes premios era muy fácil que llevasen adelante las ideas de él, persuadiendo á los hombres que era el Mesías prometido por Dios.

*Vic.* Para esto era sido necesario que los apóstoles hubieran sido los mayores insensatos del universo: porque si Jesucristo no era el verdadero Mesías, en el tiempo de su vida podia con sagacidad y con ardidés engañar á sus discípulos, persuadiéndoles que él era el Mesías: y podia con falsos premios temporales y eternos, alentar-

los á que hiciesen creer esta fábula á los demás hombres; pero cuando ellos vieron que su Maestro habia sido perseguido por las autoridades públicas, y aun por los doctores de la ley y por los sacerdotes, y que habia exhalado el último suspiro en un suplicio, ¿no tenían en esto un motivo muy poderoso para desengañarse de su credulidad, y de la malicia de su Maestro? En este caso ¿qué empeño podían tener en buscar la gloria y el honor de un impostor y de un embustero, que los habia engañado, y habia dejado espuestos á ser el blanco del odio y de las persecuciones de toda su nacion? Y ¿qué premios podían esperar de un hombre que ya no existía, y con cuyo cadáver se habia intentado sepultar su crédito y su memoria? Solo podían esperar una clase de muerte semejante á la de este hombre que no habria sido su Maestro, sino un engañador astuto, y su mayor enemigo que les habia ocasionado un fin tan trágico.

Pero cuando vemos á estos hombres tan irrepreensibles en su conducta, tan desinteresados, y que en los mismos suplicios aseguran que Jesucristo es el verdadero Me-

stías, tienen derecho para que se les crea, pues se conoce evidentemente que ellos hablan el idioma de la verdad. En fin, entre tantos historiadores á quienes se ha dado crédito en todas materias y aun en sucesos increíbles, dame uno que sea comparable con los apóstoles y evangelistas.

Entrémos ya en la prueba de los milagros. Explicaré lo que es milagro: manifestaré su posibilidad, su verdad, y las consecuencias que se deben sacar de él. Lo primero: milagro es un hecho admirable, y que escede todas las fuerzas de la naturaleza. Dios desde el principio del mundo estableció ciertas reglas para que constantemente se gobernara la naturaleza: por ejemplo, que todo cuerpo que está en alguna altura faltándole el impedimento que lo detiene venga á su centro; que los astros en tiempo determinado corran un espacio, sin que puedan retroceder en su carrera: y estas son las que los filósofos llaman leyes de la naturaleza: así para que un hecho sea milagroso, no basta que sea raro y extraordinario; sino que sea contra alguna de las leyes constantes y uniformes de la naturaleza; como es el retroceso del sol

en su curso, y la resurreccion de algun muerto.

Lo segundo: es una verdad ciertísima, que Dios es el criador, conservador, y gobernador del universo: que es libre en sus operaciones: y que así como estableció este y estas leyes, pudo y puede muy bien establecer otras, como que tiene un poder infinito para hacer cuanto quisiere, y que todas sus obras son dirigidas por su suma sabiduría. Pues asentados estos principios innegables, es claro que los milagros son posibles, porque Dios los puede hacer en uso de su soberanía absoluta é independiente, ya para el ejercicio de su justicia en el castigo del perverso y en la proteccion del inocente: ya para mostrar su bondad en beneficio del necesitado, ya para usar de misericordia en la conversion del pecador, y ya en fin, para intimar á los hombres sus determinaciones en los casos que fueren de su divino agrado. Aun el mismo Rousseau, uno de los mayores incrédulos, confiesa ésta verdad por estas palabras: "Dios puede hacer milagros, esto es, puede derogar las leyes que ha establecido: tratár esta cuestion seriamente, sería una blasfemia, si no fuese un absurdo, y al que la resolviese

negativamente se le honraría demasiado castigándole, debiendo encerrársele como un loco. (1)

*Fel.* Las leyes de la naturaleza son eternas é inmutables, y así Dios no puede derogarlas, y por consiguiente, no puede hacer milagros.

*Vic.* Este es un error muy grosero de Voltaire y de la mayor parte de los incrédulos, que viene á parar en negar la existencia de la divinidad; pero todo hombre que no la niega, debe confesar: que Dios es autor y árbitro de la naturaleza, y que por lo mismo puede derogar sus leyes cuando convenga á los fines altos de su providencia.

*Fel.* Pero siendo Dios inmutable no puede mudar nada de lo que ha establecido.

*Vic.* El mudar Dios aquellas cosas que determinó no mudar jamás, se opondría á su inmutabilidad; pero el mudar aquellas cosas que desde la eternidad determinó mudar en tal tiempo y en tales circunstancias, es muy conforme á su inmutabilidad: por-

(1) *Lect. de la Montagne* pág. 94.

que así está en el orden de los decretos de su sabiduría infinita.

Lo tercero, los milagros no son solamente posibles, sino efectivos y verdaderos, porque Dios los ha hecho. Demos principio por los milagros de Jesucristo. Para hacer juicio de la fe que merece la historia de los milagros de Jesucristo, es necesario observar atentamente la naturaleza de ellos, las circunstancias en que sucedieron, el número y carácter de los testigos que los refieren, la impresion que causaron en los espectadores, y finalmente, la opinion que han formado los mismos enemigos del cristianismo.

Lo primero, si atendemos á la naturaleza de los milagros del Salvador, hallaremos, que eran unos hechos extraordinarios, y enteramente sobrenaturales. Su nacimiento fué celebrado por los ángeles con cánticos celestiales: una estrella resplandeciente condujo á unos sábios desde el oriente hasta la cuna de Jesus: se le ve caminar sobre las aguas, y que al imperio de su voz obedecen las tempestades: con algunos panes y muy pocos peces, sacía millares de personas: ahuyenta á los demo-

nios de las personas de que se habian apoderado: da vista á los ciegos: cura repentinamente á los leprosos: hace andar á los paralíticos: y con una sola palabra resucita á los muertos. Cuando en la cruz exhala el último suspiro, el sol se oscurece: la tierra tiembla: se rasga el velo del templo: salen los muertos de los sepulcros, ya resucitados: y hasta en su muerte se manifiesta Señor del universo.

Estos milagros eran de suma importancia. No los hizo Jesucristo para divertir al pueblo, ni para recibir alguna paga de interes temporal, sino para establecer un culto que habia de suceder al de la ley de Moyses, y para fundar una religion en todo el mundo sobre las ruinas de la idolatría. Por consiguiente, estos milagros llamarían forzosamente la atencion de todos, como que se dirigian á echar por tierra las sinagogas de los judios, y los templos de los gentiles.

Jesucristo obró sus prodigios, no como los engañadores en lugares ocultos y llenos de tinieblas, sino en el templo, en las calles, en las plazas y otros lugares públicos de la Palestina, especialmente de Jeru-

salén, y al mismo tiempo que se juntaba toda la nacion é innumerables estrangeros á celebrar las fiestas solemnes. No curaba á los enfermos despacio y con medios naturales, sino repentinamente, y con sola su palabra; y estos mismos enfermos antes y despues de su sanidad, eran conocidos de todos por su nombre, por su oficio, y por el lugar de su residencia. Todos corrian á ver á Lázaro resucitado; tanto, que los gefes de la Sinagoga intentaron quitarle la vida, porque su resurreccion era causa de que muchos judios creyesen en Jesus.

Lo segundo, las circunstancias en que Jesucristo hizo los milagros, alejan toda sospecha de que hayan sido falsos y engañosos. Ademas de haber sido públicos, los hizo á presencia de los sacerdotes, de los escribas, de los fariseos, y de los saduceos. Estos eran los hombres mas ilustrados de la nacion, y eran los mayores enemigos de Jesucristo, porque les reprendia valerosamente sus vicios y sus errores; porque habian decaido mucho de la estimacion del pueblo, que seguia gustosamente á Jesus; y porque temian que si era reconocido por el Mesías, cesaria el culto establecido, y

se variaria el orden de las cosas á que ellos debian su fortuna y su consideracion. Pues si los milagros de Jesucristo hubieran sido falsos, estos hombres que tenian en su mano la autoridad y la fuerza, ¿por qué no hicieron informaciones judiciales para descubrir la falsedad, y convencer á Jesus de un impostor y falsario? Á esto los obligaba su oficio, su conciencia, su interes, su envidia, y el odio inveterado que tenian á Jesus. Estas diligencias jurídicas hubieran servido para que todos lo hubiesen abandonado, y para que ellos justificasen la muerte ignominiosa que le hicieron sufrir en un suplicio. Pues ¿qué pudo haber contenido á los jueces para no haber hecho estas informaciones judiciales tan obvias y tan necesarias? Solo el convencimiento de la verdad de los milagros de Jesucristo, y el temor de no darles un nuevo motivo de crédito y de estimacion.

*Fel.* Consta por el mismo evangelio, segun S. Juan cap. 9, que los gefes de la Sinagoga hicieron una informacion judicial sobre el hecho de haber dado Jesucristo la vista á un ciego de nacimiento.

*Vic.* Así fué en efecto; pero esta dili-

gencia los llenó de rubor y de confusion, porque del mismo proceso quedó manifiesta la verdad del prodigio, y así se contentaron con decir, que Jesus era infractor de la ley, porque hizo esta curacion en sábado que era dia festivo.

*Fel.* Los principales judios no confesaron los milagros de Jesucristo: esto prueba que no los reconocian por verdaderos.

*Vic.* El no confesar la verdad de un hecho no prueba su falsedad, porque no todos se declaran siempre por la verdad; y mas cuando tienen fines particulares para disimular sus sentimientos. Pero aun cuando los principales de los judios hubieran negado positivamente los milagros de Jesucristo, nada probaría su negacion, porque creyendo ellos que de la exaltacion de Jesus seguiría su propio abatimiento, el apego á los intereses temporales los obligaría á que hiciesen traicion á su conciencia, y faltásen á sus deberes. Esto ha sido siempre muy corriente en el mundo; pero respondiendo directamente, digo: que ellos no se atrevieron á negar la realidad de los prodigios, pues unas veces se contentaban con calumniar á Jesus diciendo, que con

estos hechos profanaba la santificacion de los sábados, y otras veces atribuyéndolos al poder del demonio; con lo que sin querer venian á confesar la verdad de los milagros. Diré mas, que cuando los gefes de la Sinagoga se congregaron para juzgar de la sanidad del ciego de nacimiento, muchos de ellos contesaron el milagro diciendo: si este hombre fuera malo, no haría estos prodigios.

Lo tercero, veamos ahora el número y la calidad de los testigos de los milagros del evangelio. Estos son ocho autores contemporáneos, que ó espresamente refieren estos hechos, ó claramente los dan por supuestos. De estos ocho, Mateo, Juan, Pedro, Santiago, y Judas Tadeo eran del número de los apóstoles, y testigos oculares que acompañaron á Jesucristo en toda su predicacion. Los evangelistas Lucas y Marcos, es probable que fueran del número de los setenta y dos discípulos de Jesucristo; y el segundo, segun creyeron los Padres antiguos, escribió su evangelio por orden de S. Pedro, y en cierto modo dictándole el santo apóstol. Finalmente, Pablo aunque no acompañó á Jesucristo,

éste se le apareció despues de su resurreccion, y él vivio con los apóstoles. Por otra parte se sabe, que en aquel mismo tiempo todas los apóstoles y demas discípulos, en número de mas de ochenta, se daban por testigos de los hechos que refieren los historiadores del nuevo Testamento; de manera, que los sucesos mas célebres y mas constantes de la antigüedad, no eran tan bien probados como los milagros del evangelio.

Por ejemplo: la historia de Sócrates no tiene por garantes sino á sus dos discípulos Platon y Jenofonte. El hecho de la muerte de Julio Cesar, que segun todos es de la mayor certidumbre histórica, no tiene tan gran número de historiadores contemporáneos.

*Fel.* Pero ¿cómo probarás que estos escritores no se pusieron de acuerdo para engañar con su historia á los sencillos é ignorantes?

*Vic.* Solamente con recordarte lo que te he dicho acerca del caracter y conducta de estos historiadores, su sinceridad, y la sencillez en las relaciones, la sabiduría en las palabras, la santidad en las costumbres, el desinterés en las empresas, la ingenuidad

en referir sus propios defectos, la constancia en los trabajos, el valor en las persecuciones, la fortaleza en derramar su sangre por sostener los hechos de que se dan por testigos, y lo que es mas, la facilidad con que hubieran sido desmentidos por tantos coetáneos, si no hubiese sido muy cierto lo que referían, son calidades que ponen á cubierto de toda sospecha de engaño á los escritores del nuevo Testamento. Desafío á la crítica mas refinada á que me convenza, si pueden exigirse requisitos mas recomendables en un historiador, para constituirlo digno de todo crédito. Con esta respuesta creo que queda desvanecida esta suposición, y probadas suficientemente las calidades de estos escritores.

*Fel.* Pero qué ¿no podian haber sido engañados por su Maestro, ó haberse engañado á sí mismos?

*Vic.* Habrá habido quien con artificios propios de un ingenio vivo, y de mucha destreza de manos, haya causado unas ilusiones que se hayan creido prodigios; pero podrán colocarse en esta clase la sanidad repentina de los ciegos de nacimiento, la resurrección de los muertos, y otros in-

numerables hechos extraordinarios, que escuden las fuerzas de la naturaleza, patentes y repetidos por el largo espacio de tres años consecutivos á presencia de los mismos apóstoles? ¿Podian estos ser unos prodigios aparentes con que Jesucristo hubiese engañado á sus discípulos, ó con que ellos se hubiesen engañado á sí mismos? Es necesario tener el juicio enteramente trastornado para admitir una suposicion tan absurda. Luego los testigos de estos milagros son irrecusables, porque ni han engañado, ni han sido engañados.

Lo cuarto, la impresion que los milagros de Jesus causó en el animo de los espectadores, fué poderosa. Por ellos se convirtieron millares de judios y de gentiles, fuertemente adheridos á su religion y á sus supersticiones; tanto, que los mismos fariseos decian: he aquí, que todo el mundo le sigue. Todos estos son otros tantos testigos de estos hechos asombrosos. Los primeros fieles abrazaron el cristianismo, y las primeras iglesias se fundaron por la autoridad de los milagros de Jesucristo, atestiguados por los apóstoles, ó de viva voz ó por escrito.

Lo quinto, véamos por último la opinion que han formado de los milagros de Jesucristo sus mismos enemigos. Ya te manifesté, que los sacerdotes, escribas y fariseos no se atrevieron á declararlos por falsos. Ademas de esto, ningun escritor de los judios de los primeros siglos de la iglesia ha osado desmentir á los evangelistas. Si los contemporáneos de Jesus hubieran tachado de falsos sus milagros alegando algun comprobante, los rabinos, herederos de su doctrina, y de su odio al cristianismo, no se hubieran visto reducidos para desacreditar á Jesucristo, á admitir la fábula ridicula de los dos Talmudes de Jerusalén y de Babilonia. En estos libros tan respetables para los judios, se dice grave y seriamente: que Jesus habia hecho milagros porque habia robado el nombre inefable de Dios, que bastaba pronunciarlo para obrar los mayores prodigios. Maimonides, uno de los doctores mas sabios y de mas autoridad entre los judios, estrechado con el argumento de los milagros de Jesucristo, viene á confesarlos en sus respuestas, diciendo: que el Mesías no debia hacer milagros.

La opinion de los gentiles sobre los

milagros de Jesucristo y de los apóstoles se halla en las antiguas apologías del cristianismo, hechas por S. Justino, Athenagoras, Tertuliano, Minucio Felix, y Orígenes, que hablan con tal confianza de los prodigios del evangelio, como de hechos auténticamente certificados; y aunque se hayan perdido las obras de los antiguos contrarios de la religion cristiana, los fragmentos citados por el dicho Orígenes, Eusebio, S. Cirilo Alejandrino, y por S. Gerónimo, bastan para manifestar, que los gentiles nunca disputaron sobre la realidad de los milagros de Jesucristo, y que se contentaban con oponer los prodigios fabulosos de sus falsas deidades.

Celso los confiesa espresamente, atribuyéndolos á la magia: Juliano se explica con un desprecio afectado sobre los enfermos curados en las aldeas de la Betsaida y de la Betania: y Porfirio y otros filósofos ponian á Jesus en el número de los magos, segun refiere Arnobio.

Era tanta la fama de Jesucristo entre los gentiles, que el emperador Tiberio, por las noticias que le dió Pancio Pilato, propuso al Senado, que se le contase en el

número de los dioses. Así lo aseguran Tertuliano, Eusebio y otros.

Un escritor gentil atribuye á los emperadores Adriano y Alejandro Severo, el mismo intento que á Tiberio; y segun Lampridio, Alejandro Severo quiso colocar la imagen de Jesucristo entre los dioses, y levantarle un templo; pero los agoreros le hicieron desistir de su proyecto, representándole, que todo el mundo se haria cristiano, y que los templos de los dioses quedarían desiertos. Adriano, continúa Lampridio, tuvo el mismo pensamiento, y en muchas ciudades se habían edificado por su mandato templos sin ídolos, destinados, segun se cree, á la ejecucion de aquel designio, y que aun se llamaban Adrianeos del nombre de este príncipe, por no estar dedicados á ninguna deidad.

De Calcidio se dice, que en su comentario sobre el Timeo de Platon, habla de una estrella que guió á unos sábios caldeos á los pies de un Dios que acababa de nacer.

Phelegon, liberto del emperador Adriano, hizo mencion del eclipse, ó per mejor decir del obscurecimiento del sol, y de los

terremotos que enseñaron el momento en que Jesus espiró; y habla del eclipse como de un fenómeno sin ejemplo, porque en efecto sucedió en tiempo del plenilunio, y lo refiere al año cuarto de la Olimpiada 202, que es el mismo de la muerte de Jesucristo. Thrallo, otro escritor pagano á quien cita Eusebio, habia dicho lo mismo. Tertuliano en su apologético asegura, que este portentoso se vió tambien en Roma, y estaba anofado en los fastos ó registros públicos.

Finalmente, podia yo con facilidad aplicar á los milagros de los apóstoles todo lo que llevo dicho de los prodigios de Jesucristo; pero me contentaré con sola esta razon poderosa, tomada de la fundacion de las primeras iglesias del cristianismo. Los primeros fieles creian firmemente que los apóstoles habian hecho milagros, y la veneracion con que miraban el libro de las Actas, que contiene la relacion de ellos, y el testimonio espreso de los historiadores eclesiásticos, no nos permiten dudarlo. San Pablo en sus diferentes epístolas, recuerda á las iglesias que fundó, los portentosos que señalaron su predicacion.

He aquí un hecho comprobado, es á saber: la creencia en los milagros de los apóstoles, profesada públicamente en todas las iglesias que habian fundado. No puede tacharse de erronea esta creencia, por cuanto no puede suponerse que en la Palestina, en la Siria, en la Grecia, en la Asia menor, en la Italia, en la España, y en otras partes, una multitud innumerable de hombres se viesen repentinamente y á un mismo tiempo acometidos de una enfermedad que les privase del uso de la razon y de los sentidos, hasta hacerles creer que veían y oían lo que realmente ni veían ni oían. Luego la fe de las iglesias apostólicas, y su sola existencia, son unas pruebas irrefragables de los milagros de sus fundadores.

De lo dicho resulta, que los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles, reúnen todos los géneros de pruebas que constituyen el grado mas perfecto de certidumbre histórica de que cualquiera suceso es susceptible. Las hazañas de Alejandro, de César y de Pompeyo, tan recibidas generalmente, no tienen tanta autenticidad como ellos.

*Fel.* ¿Qué consecuencia deduces de los milagros hechos por Jesucristo y por sus apóstoles?

*Vic.* La consecuencia que infero es, que la religion cristiana viene de Dios, y por lo mismo es divina y verdadera. Porque si Jesus hizo por sí mismo estos milagros, ó no los hizo por sí mismo: en el primer caso, es claro que es Dios; pues solo Dios puede quebrantar las leyes de la naturaleza, y producir unos efectos contrarios á ellas. En el segundo caso, Dios los hizo; pero como los hizo en confirmacion de una doctrina y de una religion que enseña, que Jesucristo es Dios, indefectiblemente resulta comprobada su divinidad, é igualmente la santidad, verdad, é infalibilidad de cuanto Jesucristo dijo, y de cuanto mandó que en su nombre predicáran y enseñáran sus discípulos.

*Fel.* Todas las religiones y sectas se glorían de sus milagros. El paganismo ha tenido los suyos; y sin hablar de los muchísimos prodigios que refieren Herodoto, Dionicio Alicarnaseo, Pausanias, Tito Libio, Valerio Máximo, y otros, cuentan con la mayor gravedad Suetonio y Tácito, que Ver-

paciano curó un ciego en el templo de Serapis, á presencia de todos los habitantes de Alejandría.

*Vic.* El que todas las religiones se gloríen de sus milagros, no prueba que todos sean verdaderos, ó todos sean falsos; sino que todas las naciones están convencidas de que la religion viene de Dios, y de que Dios nada nos revela ó manifiesta, si no es por obras sobrenaturales en las que se conozca la intervencion inmediata de su omnipotencia: y de este principio se han valido los impostores para apoyar sus errores con milagros falsos; lo cual prueba que hay milagros verdaderos.

Con una mediana reflexion se conoce la falsedad de los prodigios que refieren los autores profanos, pues no tienen otro fundamento que el testimonio de un historiador muy posterior á la época del suceso, quien comunmente lo cuenta sin creerlo; que no cita testigos, ni comprobante, ni monumentos que testifiquen la verdad de los hechos. Tácito y Suetonio escribian en Roma lo que pasaba en las provincias remotas del Egipto, y por su misma relacion se advierte, que la curacion del ciego

fué un fraude inventado para favorecer la pretension de Vespaciano al imperio.

*Fel.* Filóstrato dejó una historia circunstanciada de los milagros de Apolonio de Thianea, que tanto asombraron á los gentiles; luego con los milagros nada se convence á favor de la religion cristiana.

*Vic.* Esta novela se escribió un siglo despues, segun las memorias escritas por un discípulo de Apolonio llamado Damis, de cuya existencia aun se duda. La misma historia manifiesta el empeño de Filóstrato en adular á la emperatriz Julia que tanto apreciaba estas memorias, y de cuya mano él las recibió. Ademas de esto, el mayor prodigio que refiere de Apolonio, es la resurreccion de una doncella romana; pero ya despues la llama especie de resurreccion, y al fin viene á decir, que ni él ni los que presenciaron el suceso, supieron si la muger estaba realmente muerta ó aletargada.

Entre los filósofos mas instruidos del paganismo, Apolonio tenia la reputacion de un mágico infame; y finalmente, todos esos supuestos milagros se sumergieron muchos siglos ha, en el sepulcro de un eterno olvido y desprecio; pero á los prodigios de

Jesucristo aun se les da fe despues de diez y ocho siglos, y se les dará hasta el fin del mundo.

*Fel.* En todos tiempos, especialmente en la edad media, ha habido entre los cristianos una multitud de milagros falsos de que abundan las historias, ¿y no podrán ser lo mismo los de Jesucristo?

*Vic.* Confieso con sumo dolor, que un falso celo, y aun intereses particulares, han inventado una multitud de milagros; pero si los cotejas con los de Jesucristo, hallarás una diferencia imponderable. Los primeros los refieren uno ú otro autor que no tiene los requisitos necesarios para que se le dé crédito: hallan disposicion para creerlos en personas piadosas; pero al mismo tiempo ignorantes y sencillas: no han hecho el sacrificio de su vida para confirmarlos: no han sido para introducir una nueva religion: rara vez han contradicho por algun sábio; y últimamente, los mismos cristianos de una mediana instruccion, confesando que ha habido milagros verdaderos en todos los tiempos que lleva de existencia el cristianismo, no dan fe á esos otros muchos que tienen los caracté-

res de falsos. Pero los milagros del evangelio los refieren muchos autores dignos de todo crédito, segun te he demostrado, que derramaron su sangre para defenderlos: que con ellos introdujeron una nueva religion en todo el universo, enteramente contraria á las pasiones y á los vicios que reinaban en aquellos tiempos: que los publicaban á presencia de multitud innumerable de enemigos poderosos y sábios, en quienes hallaban la mayor oposicion: que estos mismos enemigos no negaban la realidad de los hechos: y que muchísimos de ellos se vieron precisados á abrazar la religion en cuya confirmacion se hacian, y por la que sacrificaron sus vidas.

#### CONVERSACION CUARTA.

*Fel.* ¿Tienes otras razones á favor de la religion cristiana?

*Vic.* Sí las tengo. El establecimiento y propagacion de ella es uno de los funda-

mentos mas sólidos de su verdad. Abrámos el libro de las Actas, y las epistolas del nuevo Testamento, y verémos, que apenas habian pasado dos meses de haber muerto Jesucristo, cuando repentinamente se presentan los apóstoles, y empiezan á predicar públicamente en Jerusalén. Solamente con los dos primeros sermones de S. Pedro se convirtieron cerca de ocho mil personas. Desde allí se estiende su doctrina por la Judéa y por las provincias comarcanas: poco despues penetra en la Gresia, en la Italia, y hasta la remota España. Fundan iglesias en Corinto, en Philipes, en Tesalónica, Éfeso, Antioquía, Isla de Creta, Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, y en la misma Roma capital del universo.

El Apocalipsis de S. Juan á fines del siglo primero, ya habla de iglesias gobernadas por obispos en la Asia menor. A mediados del siglo segundo S. Justino afirma: que en todas las naciones se dan gracias á Dios en nombre de Jesucristo crucificado. Pocos años despues S. Ireneo nombra las iglesias de las Galias, de la Alemania, de la Iberia, del Oriente, del Egipto, y de la Libia. Tertuliano, que vivió á

res de falsos. Pero los milagros del evangelio los refieren muchos autores dignos de todo crédito, segun te he demostrado, que derramaron su sangre para defenderlos: que con ellos introdujeron una nueva religion en todo el universo, enteramente contraria á las pasiones y á los vicios que reinaban en aquellos tiempos: que los publicaban á presencia de multitud innumerable de enemigos poderosos y sábios, en quienes hallaban la mayor oposicion: que estos mismos enemigos no negaban la realidad de los hechos: y que muchísimos de ellos se vieron precisados á abrazar la religion en cuya confirmacion se hacian, y por la que sacrificaron sus vidas.

#### CONVERSACION CUARTA.

*Fel.* ¿Tienes otras razones á favor de la religion cristiana?

*Vic.* Sí las tengo. El establecimiento y propagacion de ella es uno de los funda-

mentos mas sólidos de su verdad. Abrámos el libro de las Actas, y las epistolas del nuevo Testamento, y verémos, que apenas habian pasado dos meses de haber muerto Jesucristo, cuando repentinamente se presentan los apóstoles, y empiezan á predicar públicamente en Jerusalén. Solamente con los dos primeros sermones de S. Pedro se convirtieron cerca de ocho mil personas. Desde allí se estiende su doctrina por la Judéa y por las provincias comarcanas: poco despues penetra en la Gresia, en la Italia, y hasta la remota España. Fundan iglesias en Corinto, en Philipes, en Tesalónica, Éfeso, Antioquía, Isla de Creta, Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, y en la misma Roma capital del universo.

El Apocalipsis de S. Juan á fines del siglo primero, ya habla de iglesias gobernadas por obispos en la Asia menor. A mediados del siglo segundo S. Justino afirma: que en todas las naciones se dan gracias á Dios en nombre de Jesucristo crucificado. Pocos años despues S. Ireneo nombra las iglesias de las Galias, de la Alemania, de la Iliberia, del Oriente, del Egipto, y de la Libia. Tertuliano, que vivió á

principios del siglo tercero, prueba contra los judios, que el reino espiritual de Jesucristo era de mas estension que el de Nabucodonosor, de Alejandro, y de los romanos. S. Atanacio, en el siglo cuarto, en una epístola sinodal hace mencion de las iglesias de la Inglaterra, de Dalmacia, de Mysia, de Macedonia, de Cerdeña, de la África, y de otras muchas: y en fin, los treinta concilios que en los tres primeros siglos de la iglesia se formaron en provincias muy distantes unas de otras, y se compusieron de multitud de obispos, y el de Nicea en el siglo cuarto de 318, dan una idea bien clara de los rápidos progresos y estension del cristianismo.

*Fel.* Estas noticias para mí son sospechosas, porque son comunicadas por autores cristianos, que al fin son apasionados.

*Vic.* Parte de estas noticias consta por las epístolas que los apóstoles escribian á las iglesias establecidas; y es claro que no habian de dirigir cartas á iglesias que no existian: y parte consta por las apologías que los doctores cristianos hacian de su religion contra los enemigos de ella, para quienes los hechos eran tan notorios que

no se atrevieron á negarlos; pero no quiero acumular razones, pues solo me basta manifestar que es una verdad esta tan cierta, que en ella convienen los autores gentiles con los cristianos.

Tácito, á los treinta años de la muerte de Jesucristo, dice: que habia en Roma una gran multitud de cristianos. En el mismo tiempo Séneca se irritaba de los progresos que hacian en el mundo las costumbres de los cristianos. «Los vencidos, dice, han dado la ley á los vencedores.» Plinio el menor, pro-cónsul de Bitinia, escribiendo al emperador Trajano á fines del siglo primero, dice: «que las ciudades y los campos de aquella provincia estaban llenos de cristianos de todos rangos y edades, y de ambos sexos.» Luciano, en el siglo segundo asegura: que en el Ponto su patria, era muy grande el número de los cristianos. Dion Casio, al principio del siglo tercero, confiesa: que el cristianismo era mas fuerte que las leyes que lo prohibian, y que cada dia hacia nuevos progresos. Plutarco, Estrabón, Lucano y Juvenal, se lamentan del silencio de los oráculos cuando el cristianismo se iba estendiendo. Porfirio

se queja de la falta de proteccion de sus dioses, desde que se empezó á adorar á Jesucristo. Y, en fin, los mismos incrédulos se ven obligados á confesar que antes de la conversion del emperador Constantino, el evangelio estaba propagado mucho mas allá de los límites del imperio romano, hasta las demas regiones del mundo conocido. Finalmente, la idolatría que era la religion dominante en todo el universo, fué decayendo velozmente, á proporcion que se extendía el cristianismo.

*Fel.* La religion cristiana en su principio halló acogida tan solo entre la gente de la ínfima plebe, que por lo comun es ignorante y muy crédula, y así no prueba la verdad del cristianismo su propagacion.

*Vic.* Esta objecion, que es una de las principales de los incrédulos, prueba bastantemente su ignorancia en los hechos históricos. Entre los discípulos de Jesucristo nombra el evangelio á Nicodemus, príncipe de los judios: á José de Arimatea, noble decurion; y como dice el testo griego, noble senador: á Jairo, príncipe de la Sinagoga: á Zaqueo, hombre rico, y gefe de

los publicanos ó exactores de tributos: y á otros muchos de un rango distinguido. El libro de los hechos apostólicos dice: que abrazaron la ley de Jesucristo un gran número de sacerdotes de los judios, y aun muchos fariseos. Lo mismo hicieron muchos personajes respetables, como Cornelio el Centurion, el eunuco de la reina de Candaces, el pro-cónsul Paulo, y Dionisio, que era de los principales del Areópago de Atenas.

El cónsul Fabio Clemente, y Domitila su esposa, que murieron mártires por Cristo, eran parientes del emperador Domiciano. Plinio gentil, dice: que en Bitinia habia cristianos de todas clases y condiciones; y el emperador Valeriano en uno de sus rescriptos espresa: que habian abrazado el cristianismo senadores y mugeres de la primera nobleza. Finalmente, son una prueba evidentísima de que la iglesia en sus principios no estaba compuesta de solos hombres plebeyos é ignorantes, los monumentos de sabiduría que nos han quedado de los dos primeros siglos; tales son las cartas de S. Clemente romano, de S. Ignacio, y de S. Policarpo: los escritos de Her-

mas, de S. Justino, de S. Ireneo, de Atenágoras, y aun pueden contarse los del sapientísimo Tertuliano, que floreció al fin del siglo segundo y principios del tercero sin hablar de Cuadrato, de Aristides, de Meliton, y de otros muchísimos cuyas obras se han perdido.

*Fel.* La religion de Mahoma se propagó en poco tiempo en casi toda el Asia, en la mayor parte de la África, y en mucha parte de la Europa; y con todo esta religion es falsa: luego la propagacion y rápidos progresos del cristianismo, no prueban su verdad.

*Vic.* Los que forman este argumento, ó carecen de las noticias de la historia, ó de los principios de discurrir, ó se resuelven á cometer una enorme injusticia. Ninguna comparacion puede haber entre la propagacion del mahometismo, y la de la religion cristiana. Mahoma era un impostor que no autorizó su doctrina ni con milagros, ni con señal alguna con que manifestase que venia de parte de Dios. Él era astuto, valiente y atrevido: condujo por todas partes un ejército victorioso: su secta es un conjunto de fábulas ridículas, de ab-

surdos y de contradiciones, que abre la puerta á la ambicion y á los deleites mas groseros, con la poligamia, y con su paraíso fabuloso y carnal. Él mismo dijo en su libro monstruoso llamado Alcoran: "yo he venido, no para hacerme seguir con la autoridad de los milagros, sino con la de las armas." Sus mismos partidarios se ven obligados á confesar sus violencias, sus estragos, sus injusticias, y la libertad escandalosa que concedia á sus primeros discípulos para todos los vicios y desórdenes. Avicena y Averroes, los dos mas doctos de la morisma, aseguraron francamente en sus libros, que Mahoma habia enseñado la bienaventuranza de los cuerpos, no la de las almas: que habia amado la de los brutos, y que su ley no era para hombres, sino para puercos. Diré en compendio: Mahoma introdujo y propagó su religion con la punta de la espada, y con la licencia para los placeres carnales.

Voy á hablarte ahora de los medios con que se introdujo y se estendió el cristianismo, para que veas la infinita diferencia que hay entre su propagacion y la del mahometismo, y para que palpando tú con

evidencia la imposibilidad de lograr una empresa tan alta con medios tan improporcionados, te convenzas de que en el establecimiento y propagacion de la religion cristiana, intervino la operacion de una mano no omnipotente.

Comencémos por los predicadores de esta religion. Estos son doce pescadores del lago de Tiberiada, que no habian frecuentado las aulas de la sabiduría, ni estudiado alguna ciencia. Eran hombres plebeyos, pobres, desarmados, sin proteccion ni favor de los sábios, de los ricos, ni de los potentados del mundo. El único que le servía de apoyo era su maestro; pero este acababa de terminar su vida en un suplicio. ¿Juzgarías que estos sujetos fueran idóneos para un proyecto de alguna consideracion? Pues ellos concluyeron felizmente la empresa mas asombrosa que han visto y verán jamás los mortales. Tal fué desarraigar y extinguir supersticiones ciegas, arruinar templos, altares é ídolos de que estaba llena toda la tierra: esterminar la idolatría, que estaba dominante por la série de muchos siglos: arreglar costumbres muy corrompidas: y mudar entera-

mente el semblante del universo; substituyendo al imperio de la carne y de las pasiones, una monarquía del todo espiritual, y desconocida hasta aquella época.

Pero ¿podrá atribuirse el establecimiento del cristianismo á la buena disposicion de los pueblos á quienes se le anunciaba? De ninguna manera. Los judios jamás estuvieron mas adheridos á la ley de Moyses, que en el tiempo de la predicacion de los apóstoles; segun consta por el nuevo Testamento y la historia de Josefo de Jerusalén. Es tambien muy cierto, que los judios miraban el culto cristiano como incompatible con el de Moyses, tanto, que este fué el pretesto de que se valieron para perseguir y crucificar á Jesus. Á los apóstoles tampoco se les culpaba de otro delito que de querer abolir la antigua religion.

Respecto de los gentiles tampoco halló el cristianismo buena disposicion. Esta era una religion que habia nacido en un pais despreciado por las naciones ilustradas: proscripta en el mismo lugar de su origen: difamada por el suplicio de su fundador: austera en sus preceptos: é incomprendible en sus dogmas: predicada por hom-

bres al parecer despreciables y que ofrecia á sus sectarios por objeto de su adoracion y modelo de su conducta, á un Dios que habia espirado en un patíbulo cubierto de oprobio y de ignominia.

Con estas calidades ¿encontraría disposición favorable entre los judios sus enemigos acérrimos? ¿Entre los griegos tan orgullosos y envanecidos con su filosofía; ó entre los romanos, que creían deber á sus dioses la posesion del imperio del universo?

*Fel.* En el tiempo que comenzó á predicarse la religion cristiana, ya estaba descreditada la idolatría, tanto, que los filósofos, los oradores y los poetas se burlaban de ella públicamente; y así no es extraño que los espíritus débiles, que no pueden vivir sin alguna religion, abrazasen el cristianismo.

*Vic.* La idolatría en aquel tiempo era la religion del imperio romano. Las fiestas, los pontífices, y las ceremonias del culto, eran parte del gobierno público. Estaban en todo su vigor las leyes que bajo las penas mas severas prohibían la introduccion de nuevos cultos; y la prueba decisiva es, que los emperadores espedían edic-

tos contra los cristianos, mandándolos perseguir y esterminar con los tormentos mas crueles é inauditos; y las autoridades públicas se empeñaban furiosamente en el cumplimiento de estos mandatos. La gente popular, que era imponderablemente mas numerosa, no estaba desengañada de la falsedad de la idolatría, y antes bien estaba tenazmente adherida á ella; y si algunos sábios se habian convencido de esta falsedad, otros muchísimos estaban imbuidos en las supersticiones del gentilismo, de que se declararon defensores, y enemigos capitales del evangelio, como Celso, Porfirio, Jámblico, Lebanio y el emperador Juliano.

Pero en el caso de que los gentiles hubieran abandonado la idolatría, por propio convencimiento de su falsedad, se habrían precipitado en el ateismo, negando la existencia de la divinidad. Y si por debilidad de espíritu hubieran querido vivir en alguna religion, se habrían fraguado otra que lisongeara sus pasiones, por la inclinacion que tiene el hombre á solicitar ansiosamente la amplitud de su libertad; pero de ninguna manera hubieran abrazado por puro capricho el cristianismo, porque este de-

clara una guerra rigorosa é incesante á todo lo que pueda halagar las pasiones: manda la mortificacion de los sentidos del cuerpo, y de las potencias del alma: ordena imperiosamente al hombre que se renuncie á sí mismo: que ame las humillaciones: y que viva crucificado con todos sus actos y sus deseos. ¿Es creible que esta religion tan rígida y tan austera en sus preceptos, cuyos misterios son tan incomprendibles por su alteza y su obscuridad, la admitieran los hombres por mero anejo, en lugar del paganismo que daba la licencia mas desenfrenada para todos los vicios y para el desahogo de todas las pasiones, y que permitía á sus sectarios el orgullo y la vanidad por su sabiduría terrenal? Esto es enteramente increíble.

*Fel.* Los sábios y los filósofos gentiles dieron reglas muy útiles y muy proporcionadas para la buena conducta y direccion de la vida de los hombres, y las historias hacen relacion de muchos paganos tan virtuosos, que han sido el objeto de la admiracion y de los elogios aun de los mismos cristianos; luego no reinaba tan generalmente la corrupcion de las costumbres en el gentilismo.

*Vic.* Esos sábios y esos filósofos, aunque respetables por la estension de sus conocimientos y de sus luces en muchas materias, no llegaron á conocer el origen de la corrupcion del corazon humano; y de ahí es, que no supieron aplicar los medicamentos eficaces para curar las enfermedades del espíritu. Se dividieron entre sí en establecer la bienaventuranza del hombre. Unos la hacian consistir en los placeres, otros en las riquezas, otros en los honores, y otros en otras cosas que servian para engañar mas á los hombres y estraviarlos mas del camino de la verdadera felicidad. Es cierto que ellos hablaron de máximas saludables de moral; parte que trajeron su origen de la verdadera religion, que fué la primitiva del mundo, y fueron trasmitiéndose de padres á hijos por el órgano de la tradicion; parte que es de presumir fundadamente aprendieron de los libros y de la comunicacion de los judios, á quienes el mismo Dios las enseñó; y parte que les dictaba la razon natural; cuyas luces no se habian estinguido enteramente en ellos. Pero nunca formaron un cuerpo completo de reglas de moral; y antes bien, los mas sábios die-

ron en el precipicio de los errores mas groseros. Sócrates, reputado por el maestro de las virtudes, asentó: que las mugeres propias fuesen comunes á todos; regla que siguieron Caton, honra de Roma, y Platon oráculo de la Grecia. Licurgo aprobó á los espartanos cualquiera hurto, aun el mas dañoso, con tal que se ejecutase con artificio y con secreto. Solón permitió á los atenienses libres, y no á los esclavos, la lascivia mas nefanda. El gran filósofo Aristóteles enseñó: que las madres en caso de pobreza deben procurar el aborto, y abandonar á los hijos que nacieron defectuosos. Séneca, que escribió máximas admirables de moral, celebró con mucha facundia el furor con que el hombre despechado se da la muerte á sí mismo por no sufrir las adversidades de la vida. Finalmente, Salustio, Tácito, Julio, Plinio, y otros que han sido tenidos por prodigios de sabiduria, alabaron la persecucion de los enemigos, la venganza de las injurias, y la ambicion de la gloria mundana.

De esta primera respuesta á tu argumento, se deduce claramente la segunda,

Porque si los mas sábios de los gentiles no dictaron un conjunto de reglas capaces de formar un corazon perfectamente virtuoso; y antes bien establecieron muchas máximas falsas, erróneas, perniciosas y detestables, es un absurdo creer que en el paganismo hayan existido hombres enteramente virtuosos. Es verdad, y yo lo confieso de buena fe, que entre los gentiles se practicaron muchas virtudes morales, y aquellos que se distinguieron de un modo particular en el ejercicio de algunas, se hicieron acreedores á los elogios que se les han tributado: porque esto era cuanto se podia esperar de unos hombres nacidos y criados en una religion llena de supersticiones, que habria la puerta á los vicios mas abominables, y aun pretendía santificarlos consagrando honores de divinidad á un Marte vengativo, á un Baco ébrio, á un Júpiter adúltero, á una Venus lasciva, y á otras personas criminales que existieron realmente ó fueron fingidas.

Pero ¿qué errores, qué falsedades, qué aprobaciones del vicio se encontraron en la doctrina del evangelio? Toda ella por todas partes respira santidad: contiene leyes

admirables de humildad en la exaltacion: de paciencia en las adversidades: de castidad en las tentaciones de la carne: de misericordia con los infelices: de beneficencia con los necesitados: de generosidad en perdonar las injurias: de gratitud por los beneficios: de obediencia á los padres y superiores: de amor á todos los prójimos, aunque sean los enemigos mas fieros y mas rabiosos: y en fin, de un culto puro y santo, y de un amor reverente y filial para con Dios, que es infinitamente amable en sí mismo, por ser infinitamente bondadoso; y que es infinitamente amable para con nosotros, pues de él hemos recibido la existencia, quanto somos, y quanto tenemos. Pero ¿para qué me canso en discurrir, si los mismos filósofos incrédulos, enemigos encarnizados del cristianismo, se ven obligados á confesar la santidad de esta doctrina? He aquí las palabras de Rousseau, el mas autorizado entre ellos. "Os confieso que la magestad de las escrituras me pasma: la santidad del evangelio habla á mi corazon. Leed los libros de los filósofos con toda su pompa, y los hallaréis pequeños comparados con este." La misma san-

idad de la doctrina evangélica, es otra prueba incontestable de la santidad, de la divinidad de su autor, y de la virtud de su religion. Para omitir discursos, te referiré las otras palabras del citado filósofo de Ginebra, que prueban bastantemente mi asunto por su mucha solidez, y por haber salido de la boca de un contrario tan declarado del cristianismo. Dice pues á continuacion.

"¿Es posible que un libro tan sublime en todo, y tan claro, sea obra de los hombres? (habla del evangelio) ¿Es posible que el héroe de quien hace la historia, sea un puro hombre? ¿Su estilo es el de un fanático, ó el de un sectario ambicioso? ¡Qué suavidad! ¡qué pureza en sus costumbres! ¡qué gracia tan escitante en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduria en sus discursos! ¡qué magestad de espíritu! ¡qué delicadeza, y qué justicia en sus respuestas! ¡qué dominio sobre sus pasiones! ¿Donde está el hombre; donde el prudente, que sabe obrar, sufrir y morir sin cobardía y sin ostentacion? Cuando Platon pinta á su justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crí-

men, y digno de todos los premios de la virtud, dibuja rasgo por rasgo á Jesucristo. La semejanza es tan propia, que todos los padres la han advertido, y no es posible engañarse. ¿Qué preocupaciones, qué ceguera no es menester para comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¿Qué distancia de uno á otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo con facilidad hasta el fin el carácter de su persona: y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con todo su entendimiento habia sido un sofista. Se dice, que inventó la moral; otros la habian practicado mucho antes: no hizo otra cosa que decir lo que ellos habian hecho, ni mas que poner en lecciones sus ejemplos. Aristides habia sido justo, antes que Sócrates dijese qué era justicia. Leonides habia muerto por su pais, antes que Sócrates hubiese hecho el amor de la patria una obligacion. Esparta era sobria antes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad; y antes que hubiese definido la virtud, abundaba en hombres virtuosos la Grecia: pero Jesus ¿donde habia tomado entre los suyos esta moral pura y sublime, de la

que él solo fué el Maestro y el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo se escuchó la mas alta sabiduría; y la nobleza de las mas heroicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, fué la mas dulce que pudo desearse; la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, burlado, maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando el vaso de veneno, bendice al que con lágrimas se lo presenta; Jesus en medio de un suplicio espantoso, ruega por sus verdugos crueles. A la verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio; la vida y la muerte de Jesus son de un Dios. ¿Dirémos que la historia del evangelio es inventada por el gusto? A fe que no es esta obra de la invencion; y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, están menos testificados que los de Jesucristo, y decir lo contrario, es huir la dificultad sin destruirla. Es mucho mas difícil entender que muchos hombres de acuerdo hubiesen formado este libro, que el que uno solo hubiera dado la materia para su composicion. Nunca los

autores judíos hubieran encontrado este estilo ni esta moral, y el evangelio tiene unos caracteres tan grandes de la verdad, tan en el todo inimitables, y tan admirables, que el inventor de él sería mas digno de admiracion que su héroe."

Ve aquí como hasta este incrédulo obstinado cuando reflexiona desapasionada y seriamente sobre la magestad, sublimidad y santidad del evangelio, no quiere que se tenga por obra de los hombres. Y cuando fija los ojos sobre la suavidad y pureza de las costumbres de Jesucristo, la elevacion en sus máximas, la profunda sabiduría en sus discursos, la magestad de su espíritu, y la justicia en sus respuestas, da bien claro á entender, que este conjunto de prendas tan recomendables constituye á Jesus mas que puro hombre; y atendiendo á las circunstancias de su vida y de su muerte, confiesa terminantemente que son de un Dios.

Quisiera yo que los filósofos incrédulos discípulos de Juan Jacobo Rousseau, que lo veneran como á un oráculo, y que tanto se jactan de ser defensores de la razon, advirtieran atentamente lo que dice su maes-

tro en este pasage, y las razones que alega para decirlo: razones que por su peso cayeron de su pluma en el papel, y que arrancó de su boca la fuerza de la verdad; pero no quisiera yo que lo imitaran en sus inconsecuencias, pues cuando advierte la incomprendibilidad de los misterios del evangelio, ya no admite este libro como divino, y ya no reconoce por Dios á Jesucristo.

Finalmente, es mas difícil conquistar los corazones para formar una monarquía espiritual sobre las ruinas de los vicios y de las pasiones, que tanto dominan el espíritu de los hombres, que conquistar un reino temporal. Y si para la conquista de éste se levantan tantos ejércitos, y se hacen tantos preparativos de armas y de municiones, véamos cuales fueron los ejércitos, y cuales las armas con que se fundó el imperio espiritual de Jesucristo en todo el universo.

Ya te he dicho lo que es constante, que fueron doce pobres peccadores del lago de Tiberiada. Conque solamente me resta hablarte de las armas. Estas fueron los milagros y la práctica de todas las vir-

tudes de que ya hemos tratado, y la humildad, la paciencia, la fortaleza, y la constancia con que sufrieron toda clase de desprecios, de injurias, de persecuciones y de tormentos, con que terminaron su vida, subiendo á los suplicios con alegría y serenidad, porque se juzgaban dignos de padecer por el nombre y la causa de Jesus. Sacrificios que no hubieran hecho, si no hubiesen estado plenamente convencidos de las verdades que creían y predicaban, y si no hubiesen estado animados y fortalecidos del espíritu de Dios. El martirio de los apóstoles, de sus discípulos, y de tantos millares de cristianos, es otro de los fundamentos mas sólidos y mas poderosos de la verdad del cristianismo.

#### CONVERSACION QUINTA.

*Vic.* Esta religion desde su cuna ha sido el blanco de las persecuciones mas violentas. Diez de estas fueron generales, y las

mas crueles, escitadas con edictos sangui-  
narios por los emperadores romanos Neron,  
Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aure-  
lio, Severo, Maximiano, Decio, Galo, Va-  
leriano, Aureliano y Dioclesiano. Los go-  
bernadores de las provincias añadian cruel-  
dades esquisitas al rigor de las leyes im-  
periales. En toda la vasta estension del im-  
perio, un populacho supersticioso y feroz  
pedia á gritos la sangre de los cristianos,  
y sus tormentos entraban en parte de los  
espectáculos y juegos públicos. Aun convi-  
niendo en que se haya exagerado el nú-  
mero de los mártires en algunas historias  
particulares, limitémonos á los documentos  
originales, á los escritos de los contempo-  
ráneos, como son Tertuliano, S. Cipriano,  
Lactancio, y Eusebio de Cesarea, y á las  
Actas auténticas que han llegado hasta no-  
sotros, y hallarémolos, que en los tres pri-  
meros siglos de la iglesia dieron su sangre  
por Jesucristo en todo el orbe once millo-  
nes de mártires, y los que sufrieron la  
muerte en sola Roma se computan en tres  
millones: de suerte que si se distribuye es-  
te número asombroso, corresponden á cada  
dia de los trescientos años mas de treinta

tudes de que ya hemos tratado, y la humildad, la paciencia, la fortaleza, y la constancia con que sufrieron toda clase de desprecios, de injurias, de persecuciones y de tormentos, con que terminaron su vida, subiendo á los suplicios con alegría y serenidad, porque se juzgaban dignos de padecer por el nombre y la causa de Jesus. Sacrificios que no hubieran hecho, si no hubiesen estado plenamente convencidos de las verdades que creían y predicaban, y si no hubiesen estado animados y fortalecidos del espíritu de Dios. El martirio de los apóstoles, de sus discípulos, y de tantos millares de cristianos, es otro de los fundamentos mas sólidos y mas poderosos de la verdad del cristianismo.

#### CONVERSACION QUINTA.

*Vic.* Esta religion desde su cuna ha sido el blanco de las persecuciones mas violentas. Diez de estas fueron generales, y las

mas crueles, escitadas con edictos sangui-  
narios por los emperadores romanos Neron,  
Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aure-  
lio, Severo, Maximiano, Decio, Galo, Va-  
leriano, Aureliano y Dioclesiano. Los go-  
bernadores de las provincias añadian cruel-  
dades esquisitas al rigor de las leyes im-  
periales. En toda la vasta estension del im-  
perio, un populacho supersticioso y feroz  
pedia á gritos la sangre de los cristianos,  
y sus tormentos entraban en parte de los  
espectáculos y juegos públicos. Aun convi-  
niendo en que se haya exagerado el nú-  
mero de los mártires en algunas historias  
particulares, limitémonos á los documentos  
originales, á los escritos de los contempo-  
ráneos, como son Tertuliano, S. Cipriano,  
Lactancio, y Eusebio de Cesarea, y á las  
Actas auténticas que han llegado hasta no-  
sotros, y hallarémos, que en los tres pri-  
meros siglos de la iglesia dieron su sangre  
por Jesucristo en todo el orbe once millo-  
nes de mártires, y los que sufrieron la  
muerte en sola Roma se computan en tres  
millones: de suerte que si se distribuye es-  
te número asombroso, corresponden á cada  
dia de los trescientos años mas de treinta

mil mártires. Entre estos se cuentan treinta y tres romanos pontífices, la mayor parte de los obispos, y de los sacerdotes y personas de todas clases y de todas condiciones, aun niños de pocos años, y doncellitas delicadas.

Pero ¡oh disposiciones admirables de la Providencia divina, cuan contrarias son á los juicios falibles de los hombres! Dijo el profeta Sofonias: (1) "Esto les sucederá por su soberbia, porque blasfemaron y se exaltaron sobre el pueblo del Dios de los ejércitos. El Señor se manifestará terrible sobre ellos: esterminará todos los dioses de la tierra, y á él le adorarán los hombres en su respectiva pátria, y todas las naciones de los gentiles." Así lo vemos verificado al pie de la letra. Los emperadores que estaban sentados sobre el trono del universo, todos los príncipes y todos los pueblos preparaban en todas partes los potros, los ecúleos, las catastas, las hogueras, y las fieras mas devoradoras, y levantaban todo genero de suplicios para aterrar á los cristianos, y para hacerlos espirar en-

(1) *Soph. cap. 2. v. 10 et 11.*

medio de los tormentos mas crueles y horrosos. Se apuraban todos los arbitrios de la tiranía y de la astucia para apartar á los fieles de su creencia, y se pusieron en movimiento todos los resortes para extinguir el culto cristiano, y para sumergir en el sepulcro de un olvido eterno el nombre de Jesucristo.

Pero ¿qué sucedió? Todo lo contrario. La sangre de los mártires era una semilla fecunda que producía nuevos cristianos, segun la espresion de Tertuliano, testigo ocular. Decia S. Agustin: "La tierra se llenó de mártires, que como simiente de sangre, dió á la iglesia frutos abundantes. Los tiranos y los verdugos querian acabar con pocos cristianos, derramaban su sangre; pero de esta misma se levantaron otros muchísimos, por quienes fueron vencidos; mas ahora ya buscan donde esconder los ídolos, por cuya defensa destrozaban á los cristianos."

Así ha sido en efecto: los adoradores del Dios crucificado, despues de haber sufrido con paciencia invencible todos los golpes de una persecucion sanguinaria de mas de trescientos años, sin armas, sin ejérci-

tos, sin levantar conspiraciones, ni valerse de los medios de la violencia, vencieron á todo el universo. Decia S. Agustin: "Cristo domó el orbe no con la espada, sino con la cruz." El emperador Constantino sucesor de tantos perseguidores furiosos del cristianismo, rindió la cerviz al yugo suave del evangelio, y se constituyó su defensor. Desde aquella época se vieron erigir en todas partes templos á Jesucristo, y arruinar la multitud innumerable de los que estaban consagrados á las falsas divinidades. La idolatría, dominante hasta entónces, huye precipitada á buscar algun asilo en los lugares mas ocultos, y en las estremidades de la tierra; y el cristianismo, tan perseguido constantemente, es admitido con toda solemnidad por sus mismos enemigos, que lo proclaman y lo sostienen como única religion del inmenso imperio romano. He aquí, que la cruz de Jesucristo, que habia sido despreciada como una señal de ignominia, los monarcas la colocan sobre sus coronas como un trofeo el mas honorifico y glorioso. Se cumplió el vaticinio de David: (1) "Se levantan

(1) Ps. 2. v. 2.

taron los reyes de la tierra, y los príncipes se conjuraron unánimemente contra el Señor, y contra su Cristo;" pero tambien se cumplió su otra profecía. Dijo Dios hablando con su Hijo divino, hecho hombre por los hombres: (1) "Pídeme, y te daré en herencia todas las naciones, y por posesion los términos de la tierra."

*Fel.* Las demás religiones por absurdas que hayan sido, cuentan tambien sus mártires, y así, ó estas han sido verdaderas, lo que tú no has de conceder, ó el martirio de los cristianos nó prueba la verdad de su religion.

*Vic.* Muchas razones me ocurren con que desvanecer tu argumento. En primer lugar, verdaderos mártires solamente los ha habido entre los judios, que antes de la venida de Jesucristo profesaban la religion verdadera; y entre los cristianos. Solo uno se halla entre los paganos á quien se le puede llamar mártir, que fué Sócrates, que perdió la vida por haber defendido la unidad de Dios. Pero éste aunque gentil, no debe considerarse como mártir de una reli-

(1) Ps. 2. v. 8.

gion falsa, sino mártir de una verdad fundamental de la religion verdadera. Pero aun concediendo que las otras religiones hayan tenido sus mártires, en nada pueden compararse con los del cristianismo.

Ellos han sido pocos en número, y hombres fuertes y robustos. Ya sentenciados á muerte no estaba en su arbitrio librarse de ella: han padecido suplicios comunes y breves: han manifestado en ellos tristeza y aun furor: y su constancia era mas bien hija de la soberbia con que querian ostentar fortaleza y magnanimidad, que efecto de la paciencia. Pero ¡cuan diversos han sido en todo los mártires del cristianismo! Ya te he hablado acerca de su asombrosa multitud. Entre ellos se cuentan ancianos débiles de una decrepitud muy avanzada: niños por su edad muy tímidos, que apenas habian dado los primeros pasos en la carrera de la vida: doncellas que por su naturaleza de todo se asustan y se aterran. Se les ofrecia la vida y aun premios con tal que renunciassen su fe, y se les amenazaba con los tormentos y la muerte si permanecian constantes en su creencia; pero ellos perseverando firmes, ca-

minaban animosos á los patíbulos, sufrían los tormentos mas crueles y aun dilatados por mucho tiempo, hasta morir con una paciencia y con una alegría verdaderamente asombrosas; é imitando á Jesucristo, rogaban á Dios por sus mismos verdugos; y en fin, muchísimas veces se les vió desafiar á la muerte, presentándose ante los tiranos para reprenderles las persecuciones contra la iglesia, y la crueldad contra los cristianos.

Mira otra diferencia bien notable. Dime, ¿qué es mas fácil, engañarse en el conocimiento de la verdad cuando ésta se pretende inquirir por puro discurso de uno ú otro, ó engañarse en el conocimiento de la verdad, cuando ésta se está manifestando por un hecho evidente y notorio á muchos?

*Fel.* Es claro que es mas fácil lo primero: porque muchas veces se presenta al entendimiento humano una cosa falsa con razones aparentemente verdaderas, y como es tan limitado y tan susceptible de errores, forma un juicio enteramente errado, especialmente cuando la cosa es conforme á las inclinaciones; de suerte, que parece que

los hombres á veces mas discurren con la voluntad, que con el entendimiento. De aquí es, que unos tienen por verdadero lo que otros juzgan por falso; y así hemos visto que en todos los siglos hombres de grandes talentos y de sabiduría admirable, han caído en los errores mas groseros sobre todas materias. Pero cuando un hecho se presenta con evidencia, ésta da un golpe de luz en los ojos del hombre, que le hace ver y palpar la verdad; y aunque respecto de uno ú otro pueda haber error acerca de la evidencia, no puede haberlo respecto de muchos acerca de un mismo hecho.

*Vic.* Con tu mismo discurso pretendo convencerte de la diferencia notable que hay entre los mártires de las otras religiones y los del cristianismo. Aquellos perdieron la vida por opiniones y sistemas especulativos, en que el hombre puede errar y encapricharse tenazmente; pero los cristianos se sacrificaron por sostener su religion, que está apoyada en las razones poderosas que te he espuesto, en otras muchas, y en unos hechos evidentes y notorios. Estos son los milagros que Jesucristo

hizo en presencia de sus apóstoles; los que estos hicieron delante de innumerables gentes; y los que hicieron sus discípulos y otros muchos fieles que eligió Dios como instrumentos de su omnipotencia, para confirmar y establecer su religion. Estos hechos eran tan claros y evidentes, que ni aun los enemigos del cristianismo se atrevían á negarlos; y antes bien con ellos se alentaban muchísimos á abrazar la religion de Cristo, y á sostenerla con la efusion de su sangre. ¿Pues esta voluntad, esta fortaleza, esta constancia y esta alegría con que innumerables millares de hombres y de mugeres de todas condiciones y todas edades sacrificaron su reposo, su libertad, sus bienes y su vida, pueden ser efecto de la ilusión, del fanatismo y del capricho, como dicen los incrédulos? ¿Qué ceguedad, y qué injusticia! Cualquiera hombre que se deje conducir de la recta razon, se convence plenamente de que los mártires han sido fortalecidos por la mano todopoderosa de Dios, y que por consiguiente, la religion que ellos sostuvieron tiene todos los caracteres de verdadera y divina, tanto, que muchas veces los verdugos enfurecidos contra los

mártires, reconocieron en su fortaleza y en su paciencia la divinidad del cristianismo, y abandonando la idolatría se hicieron compañeros de su fe y de su martirio.

*Fel.* Si el martirio de los cristianos es una prueba tan convincente de la verdad de su religion, ¿cómo es que al mismo tiempo que ellos estaban derramando su sangre, del mismo seno del cristianismo salieron tantos que se declararon contra él como Cerinto, Ebion, Basilides y otros?

*Vic.* Que el cristianismo haya tenido enemigos nada prueba contra su verdad, porque ¿qué sistema por verdadero y fundado que sea no tiene sus contrarios? Y muchas veces lo son aquellos que eran sus secuaces.

Esos hereges que me citas no eran propiamente cristianos, sino unos filósofos encaprichados en sus visiones metafísicas. Observaban el grande crédito que iba adquiriendo la religion cristiana, y pretendian acomodarla á sus sistemas para darles mas estimacion; pero como veían que la doctrina evangélica era incompatible con sus proyectos, la interpretaban contra su verdadero sentido; de lo que salian sistemas absurdos y monstruosos.

Pero voy á tomar el empeño de darle mas fuerza á tu objecion, para sacar de ella misma otro fundamento de la verdad del cristianismo. Este es la permanencia de la iglesia católica hasta la época presente. En los siglos posteriores han ido saliendo del seno de esta iglesia enemigos terribles que enarbolando el estandarte de la rebellion le hicieron la guerra mas cruel.

Haré mencion de algunos de los principales que se levantaron despues de las persecuciones movidas por los emperadores romanos. En el siglo cuarto Arrio negó la divinidad de Jesucristo; Macedonio negó la divinidad del Espíritu Santo. En el siglo quinto Pelagio negó la necesidad de la gracia para las obras buenas: Nestorio defendió, que hay dos personas en Cristo: Eutiques aseguró, que se habian confundido las naturalezas divina y humana en Jesucristo. En el siglo séptimo Pirro y Sergio afirmaron, que en Jesucristo no hay mas que una voluntad. En el siglo octavo el emperador Leon Isaúrico abrazó el error de Jenaias contra el culto de las santas imágenes, declarando á las iglesias del oriente una guerra sangrienta, que sostu-

vieron por el espacio de ciento y veinte años cinco de sus sucesores. En el siglo nono Focio patriarca intruso de Constantinopla levantó un cisma con que separó á la iglesia griega de la latina. En el siglo décimo sexto Lutero y Calvino renovaron muchos de los errores antiguos que ya estaban estinguidos, y añadieron otros muchísimos; y finalmente, si abrimos las historias eclesiásticas, hallaremos, que han sido mas de trescientos los heresiarcas que con sus escritos, con sus seducciones, y con el auxilio de personas poderosas, y aun de príncipes, de reyes y de emperadores, han combatido furiosamente contra la iglesia católica.

Ellos, en efecto, han conseguido separar de este gremio á innumerables gentes, y á muchas provincias y reinos; pero ¿han logrado con sus errores, con sus cismas, con sus persecuciones y con sus guerras, arruinar esta monarquía espiritual? Los ruidosos imperios de los asirios, de los persas, y de Alejandro Magno, con todo aquel poder con que se hicieron formidables á todo el mundo, y con que intentaron conservarse, tuvieron que ceder á la condicion de

las cosas humanas. El primero duró trece siglos; el segundo poco mas de uno; y el tercero espiró con su mismo fundador.

El famoso imperio romano, que pudo llamarse el imperio del universo, que con todo su esfuerzo persiguió á la iglesia por mas de trescientos años, á los cinco siglos de su fundacion acabó de representar su papel en el teatro de los imperios. El imperio poderoso de los griegos, que con su cisma escandaloso se separó de la comunión de la iglesia romana, á los diez siglos y medio de su ser terminó su existencia con la invasion de los turcos; y en fin, otros reinos y repúblicas aunque hayan permanecido por mas tiempo, pero á la vuelta de algunos años han variado totalmente su sistema de gobierno, como ha sucedido en la Europa en nuestros dias, y en particular en la Francia, que siendo uno de los estados mas antiguos, le vimos en veinte y dos años mudarse de reino en república, de república en imperio, y de imperio otra vez en reino. De las mismas heregías antiguas no han quedado sino unos restos miserables, y aun del arrianismo que se estendió casi por todo el orbe. Pero la igle-

sia perseguida siempre no solamente de enemigos esternos, sino de contrarios domésticos, que son mas temibles, ha permanecido por diez y ocho siglos; y aunque ha hecho variaciones en los puntos de pura disciplina, segun la exigencia de los tiempos y de las circunstancias, conserva intacto el depósito de la fe, el uso de los sacramentos, y todo lo concerniente al culto de la religion; y ha mantenido hasta la época presente el orden gerárquico de papas, de obispos, de sacerdotes y demas ministros. Aun diré mas: la iglesia ha resarcido sus pérdidas con notables ventajas. Su fe ha sido á manera de aquellas llamas que en lugar de estinguirse con los vientos, mas se encienden y se dilatan. En los tres siglos, ó poco mas, que duró la tempestad que escitaron contra la iglesia los arrianos, los nestorianos, los eutiquianos, y los monotelitas, abrazaron el cristianismo los celtas, pueblos de las Galias, los indios mas interiores, los armenios, los bessos, los borgoñeses, los sarracenos, los escoceses, los franceses, los ausimitas, los boyardos, los bárbaros, los ingleses, los irlandeses, los alemanes y los persas.

En el otro siglo, ó poco despues, en que se enforeciéron mas los iconoclastas, se alistáron bajo las banderas de la fe los dacos, los metanastos, los yacigos, y gran parte de los esclavones, de los danos, de los hunnos, de los suevos, de los godos, de los esvetos, de los bohemos, y de los búlgaros.

Luego que los griegos se reveláron contra la iglesia romana, se le sujetaron humildemente los morabos, los dálmatas, los rascos, los servios, los croatos, los pomeranos, los normandos, los noruegos, los úngaros, los lituanos, los libones, los polacos, los prusianos, y mucha parte de la África con las Canarias, los reinos de Bentina, de Angola y de la Guinea, y otras muchas gentes.

Cuando en el siglo diez y seis el furor rabioso de Lutero, de Calvino, de Suinglio y otros, hacian todos sus esfuerzos para arruinar el edificio suntuoso de la iglesia católica, causándole tantos daños y estragos, se agregaron á ella iluminados con las luces de la fe, parte del Asia y este nuevo inuado. De suerte, que solo S. Francisco Javier, en sus diez años de apostola-

do en la India, redujo mas gentes á la iglesia, que las que han separado de ella mas de cien heresiarcas en doscientos años. Finalmente, al mismo tiempo que los incrédulos estaban emponsoñando los corazones de muchos insensatos con el veneno infernal de su falsa filosofía, fueron recibidos á la comunión de los fieles por el papa Clemente XIV los ansiranos, los asirios, los transilvanos, y los persas.

Vé aquí cumplido el vaticinio de Isaías. Dios para consolar á su iglesia por los daños que habia de recibir de sus enemigos, le dice por boca de este profeta: "Los hijos de los estraños reedificarán tus muros, y sus reyes te servirán."

Conque Felix, la razon y la hombría de bien obligan imperiosamente al hombre mas ciego y mas obstinado, á confesar con ingenuidad, que no es obra del poder humano el establecimiento, la propagacion y la permanencia de una religion, que por el espacio de diez y ocho siglos ha sido el blanco de las persecuciones mas furiosas, excitadas por los judios, por los paganos, por los hereges, por los cismáticos y por los apóstatas. Es preciso reconocer en esto

la obra del brazo omnipotente de Dios; y es necesario convencerse de que esta religion es verdadera y divina porque Dios que es la verdad por esencia, é infinitamente santo, no podia proteger la mentira, el error, ni la falsedad.

Enfuréscanse los impíos cuanto quieran contra el cristianismo; usen de cuantos ardides les sugiera su malicia y su odio contra la iglesia; su divino fundador que la ha conservado hasta acra contra todos los ataques de innumerables enemigos fieros y encarnizados, la ha de conservar hasta la consumacion de los siglos, en cumplimiento de la promesa que le hizo de que no prevalecerían contra ella las puertas del infierno.

La iglesia es aquel reino que profetizó Daniel, que sería establecido por el Señor del cielo, y que no se arruinaría eternamente. Sí, eternamente: porque aunque la iglesia militante ha de acabar al fin de los tiempos, la iglesia triunfante ha de permanecer eternamente en el cielo; cuyas puertas no se abrirán á los incrédulos que no aspiran en la tierra á otra felicidad que á la de los brutos.

## CONVERSACION SESTA.

*Fel.* Es constante, segun confiesan los mismos evangelistas, que la mayor parte de los judios, especialmente las personas mas ilustradas, que eran los sacerdotes, los doctores y los fariseos, no reconocieron á Jesucristo por el Mesías. Esto no hubiera sucedido si en él hubieran hallado las señales y los caracteres con que los profetas anunciaron al Mesías, porque lo esperaban ansiosamente. En efecto, es preciso convenir en que ellos tuvieron razon; porque el Mesías, segun los vaticinios, debía presentarse con grandeza y con magestad; y Jesus Nazareno se crió en el taller de un artesano, vivió pobre, y mezclado con la gente mas obscura y abatida de la nacion; y así si en la creencia de las demas naciones juzgas hallar un fundamento á favor de la divinidad de Jesucristo, yo encuentro en la incredulidad de la nacion judaica otro mas poderoso en contra de esta divinidad.

*Vic.* Es necesario que fijémos la consideracion en las circunstancias en que entonces estaban los judios. Habian perdido el cetro y la autoridad soberana: estaban sujetos al imperio romano que los veía con desden y con desprecio: en este estado de opresion y de abatimiento, suspiraban por la libertad y el consuelo: esperaban con ansia al Mesías: sabian que los profetas lo habian llamado Rey, Señor, Poderoso, Redentor de Israel, y que dominaría á todas las naciones. ¿Qué sucedió? Que ellos como carnales y terrenos, interpretaron estos vaticinios conforme á sus inclinaciones y deseos; y de ahí es, que esperaban que el Mesías sería un guerrero invencible, que con las armas en la mano rompería las cadenas de la servidumbre en que vivian bajo el poder de los romanos, y que sería un conquistador que sujetaría todas las naciones, para que ellos las dominarían á todas. Esta opinion, ó mas bien, este sueño lisonjero, estaba estendido no solo entre los judios, sino en todo el oriente; segun refieren Tácito y Suetonio, escritores gentiles.

Estos títulos que los profetas dieron al Mesías, no se han de entender en un sen-

tido literal, sino en un sentido figurado y espiritual; esto es, que el Mesías sería grande en el orden de la santidad: que sería Poderoso, porque con la eficacia de su palabra y de su doctrina, docilitaria y convertiría los corazones: que sería Redentor de las almas, librándolas del pecado y del demonio: y que sería Rey poderoso que arruinaría la idolatría, que destruiría el imperio de las pasiones y de los vicios, que sujetaría á todas las naciones al yugo suave de su evangelio, y que formaría de todas ellas la monarquía espiritual de su iglesia.

*Fel.* Pero ¿como es compatible el estado de pobreza, de humildad y de abatimiento de Jesucristo, con la gloria y con la magestad que debía tener el Mesías, según los profetas?

*Vic.* Aquí se ve la indispensable necesidad de distinguir las dos venidas de Jesucristo: la segunda con toda la grandeza y gloria que deseaban los judios y prometen los profetas; y la primera, en un estado de humillacion y de abatimiento, como igualmente dijeron los mismos profetas. Si los judios hubieran dado con im-

parcialidad lo que á cada venida tocaba, no habrían echado menos en la primera lo que solo es propio de la segunda.

Los profetas clarísimamente predijeron, que el Mesías había de aparecer en ese estado de pobreza, de humildad y de abatimiento; y de estas circunstancias se desentendieron los judios, por lo que no es extraño que se fingieran en el Mesías un poder y una grandeza conformes en todo á sus deseos. Pero los cristianos conocemos claramente, que el estado humilde de Jesucristo es compatible con la verdadera grandeza del Mesías, cuyo oficio debía ser de salvador espiritual de los hombres, y no de conquistador ni rey temporal; según él mismo dijo en presencia de Pilatos: «Mi reino no es de este mundo.» Además de esto, Jesus hizo las demostraciones de un poder superior al de todos los conquistadores y reyes del universo, pues lo ejerció absoluto sobre la naturaleza, y sobre la muerte, en los milagros que hizo tan raros y tan admirables, de que ya hemos hablado.

*Fel.* No nos cansémos, Victor, las predicciones de los profetas acerca de la ma-

gestad y de la gloria del Mesías, son tan claras y tan espresas, que de ninguna manera pueden convenirse con un estado de obscuridad y abatimiento. Esto es tan cierto, que así lo afirman los mismos doctores y padres de la iglesia. Por consiguiente, Jesus Nazareno no es el verdadero Mesías.

*Vic.* Atendiendo á las mismas profecías, tu objecion queda deshecha y reducida á polvo. Los profetas anunciaron dos venidas del Mesías: la primera, de Redentor, que con sus humillaciones, con sus padecimientos y con su muerte ignominiosa redimiría al mundo; y la segunda, en que ejercerá el oficio de juez supremo de todos los hombres, para justificar su causa á presencia de todo el universo, y dar á cada uno el premio ó el castigo segun sus méritos. Pues todos los caracteres y señales grandiosas que no convienen al Mesías en el estado de pobreza, de humildad y de abatimiento de su primera venida, le convendrán cuando venga á juzgar á todos los hijos del primer hombre. Entónces se presentará con gran poder, majestad y gloria. Así se lo dijo Jesucristo á sus discípulos, y así

lo aseguró delante de los príncipes de los judios en el concilio que formaron para condenarlo á muerte. Por consiguiente, los judios en lugar de haber tenido justicia, cometieron un crimen de que son inescusables, en no haber reconocido á Jesucristo por el Mesías, porque se dejó ver en una condicion pobre y humilde, pues este estado era el que le convenia al Mesías como redentor, segun los profetas.

Debo añadir, que la nacion judia estaba dividida en dos facciones: la una era de los fariseos, que con su hipocresía la mas refinada se habian conciliado la veneracion de la plebe; y la otra era la de los saduceos, que con su doctrina licenciosa se habian grangeado la voluntad de los ricos y de los poderosos. Los primeros se habian declarado enemigos de Jesucristo por intereses temporales, que arrastran á los hombres á oponerse á la verdad y á la razon, y á cometer toda clase de perfidias y de delitos, y porque Jesucristo los reprendia públicamente. Los segundos negaban la resurreccion de los muertos, y la inmortalidad del alma; y Jesucristo los habia confundido con sus respuestas, hasta imponer-

les un total silencio: y, en fin, los sacerdotes que temian la ruina de su estado con el establecimiento de la nueva ley. Estas tres clases de hombres gobernados por estos principios, tomaron ocasion para constituirse enemigos de Jesucristo, y para amotinar contra él á la nacion, sobre quien tenían tanto ascendiente. Por lo mismo, no es extraño que hombres de tales procedimientos no reconocieran á Jesucristo por el Mesías; y sí es de admirar, que lo reconocieran muchísimos de los judios, entre los cuales se contaban muchos sacerdotes y personas principales; de modo que la primera iglesia se formó de los judios. Ultimamente, la incredulidad y la reprobacion de los judios (para la que Dios tuvo muy justas causas) estaban profetizadas, segun consta por sus mismas escrituras; y por una providencia admirable ellas han servido para que crean en Jesucristo las demas naciones. Porque si todos los judios hubieran creído, hubieran sido unos testigos sospechosos, por ser compatriotas de Jesucristo; y si todos hubieran perecido, no nos hubieran quedado testigos fidedignos de que ya ha venido el Mesías. Decia S. Agustin:

» Permanecen, y á cualquiera parte que van llevan consigo los libros que contienen las profecías, para que cotejándose con estos los libros del cristianismo, se vea claramente, que los cristianos no han fingido los vaticinios de los profetas acerca del Mesías, y se vea igualmente, que estas profecías están cumplidas en la persona de Jesucristo. De manera, que los judios son los portadores del antiguo Testamento, para que crean los cristianos, y ellos sean confundidos.

Para concluir este punto me parece muy conveniente referir las palabras que el sábio Heydeck, judio convertido al cristianismo, dirige á sus hermanos los demás judios. Dice así:

» Habiendo estado esta nacion casi quinientos años poseida de un sumo horror á la idolatría, y llena de un celo grande por la honra de Dios en su propio pais y santa ciudad, vino Tito con un ejército romano, quemó el santo templo, derramó la sangre de millares de sus habitantes, y condujo esta nacion hebrea al cautiverio mas grande y más duro, qual nunca pueblo alguno experimentó.

Estos son los judios que todavia per-

manecen derramados por toda la tierra ya hace mas de diez y siete siglos, sin rey, sin príncipe, sin gobierno, sin templo, sin altar, sin sacerdocio, sin profetas ni visiones.

En las tierras de su infeliz cautiverio no alcanzan jamás descanso, ni encuentran consuelo. Ellos son el escarnio, el desprecio y el oprobio de todas las demás naciones.

¿Qué pecado, hermanos míos, qué pecado ha podido causar esta tan grande desgracia al pueblo, que fué antes el pueblo elegido? ¿Qué culpa ha merecido esta total destruccion? La idolatría, la depravacion de las costumbres, el derramamiento de la sangre de los santos profetas, fueron castigados solamente con setenta años de cautiverio en Babilonia, y esto con señales y privilegios que anunciaron su breve libertad; pero esta última destruccion que ya cuenta veinte y cinco veces mas que la de Babilonia, con mucho rigor, sin indicio alguno de libertad, sin consuelo, y que segun podeis conocer, ni hay ni habrá señal de alivio alguno, ni tendrá fin. ¡Oh hermanos míos! os compadezco: mi corazón llora vuestra desgracia: el Dios de Abrahan

se apartó de vosotros: el Dios de Isaac os cerró las puertas de la misericordia: y el Dios de Jacob se ha declarado contra vosotros. Ahora ¡oh pueblo infeliz! ahora llamais al Dios de Israel; pero él no oye vuestras oraciones. Considerad, amigos míos, considerad vuestra desgracia. Buscad con atencion sus causas: examinad los profetas: preguntad á los padres: consultad á los ancianos: ellos pueden informaros de la causa porque Dios se ha alejado de vosotros, y no oye vuestras oraciones. El pecado de Israel, tan grande y tan enorme, es haber vendido al justo por plata: haber levantado sacrilegamente las manos contra el enviado de Dios: haber despreciado la raíz de Jesé: haber ultrajado al Jehová, el Santo de Israel: haber muerto al Mesías, al ungido de Dios: este es el pecado, ¡oh pueblo infeliz! que os causó estos castigos extraordinarios”

He aquí los sentimientos de un hombre nacido y educado en el judaismo, é imbuido en sus máximas erróneas; pero que empeñado en investigar imparcialmente la verdad, se entregó al estudio y á la reflexion; y Dios, que no niega su gracia

á aquel que hace lo que está de su parte, disipó sus tinieblas con la luz de la verdadera fe, y lo convirtió de un judío en un cristiano defensor del cristianismo. ¡Oh si todos los que se hallan apartados del camino de la religion imitáran á Heydeck, y á otros muchos que yo te podría citar, entre los cuales ocupa el lugar preferente el admirable Agustino! Entónces.....

*Fel.* Basta, Victor: tú has hecho el sacrificio de confesarme, cubierto de rubor que fuiste mi verdadero enemigo con máscara de amistad, cuando corrompiste mi corazón inocente, y fuiste la causa de mis extravíos con tus malos consejos y peores ejemplos. Yo, compelido imperiosamente por la razón y por la gratitud, no puedo menos que confesarte, que ahora me has dado la prueba y el testimonio mas auténtico de una amistad verdadera. Aunque tus discursos fueran falsos y alucinantes, conozco que son hijos de la sinceridad de tu corazón, y del amor que me profesas. Tú me reputas por un hombre desgraciado, y compadecido de mi miseria te empeñas en introducirme por las sendas de la verdadera felicidad. ¡Ah! soy el mas desventurado de todos los hom-

bres. En otro tiempo involuntariamente hacia yo un cotejo de los dias de mi niñez con los de mi juventud: comparaba el amor á la virtud con mis vicios posteriores: mi candor con mi malicia: mi modestia con mi desvergüenza: mi compasion para con los infelices, con mi insensibilidad y mi dureza: y en fin, la piedad de la religion que profesaba, con mi incredulidad. Todo esto causaba en mi conciencia los remordimientos mas crueles y mas devoradores, y escitaba en mi corazón las dudas mas tristes y melancólicas. Me decia yo á mí mismo: si es verdad lo que la religion enseña, hay en Dios una justicia que premia la virtud y castiga el vicio; y entónces ¿qué será de mí? Vendrá sobre mi cabeza el golpe de una venganza eterna por mis crímenes.

Pero despues me alentaban mis pasiones, y pareciéndome esta reflexion debilidad de espíritu, propia de un hombre preocupado y fanático, procuraba revestirme del carácter de fortaleza de un filósofo incrédulo. Solicitaba la paz y la tranquilidad, engolfándome en un océano de placeres y de deleites sensuales: y, en fin, aturdido ya con el tumulto de mis pasiones, iba entrando

en sosiego, ó mas bien en un letargo de insensibilidad.

Pero ahora, por una parte el peso de tus razones inclinan mi entendimiento á que rinda vasallage á la fe, y vuelva á militar bajo las banderas de la religion de que he desertado. Por otra parte, los discursos de los incrédulos que me han parecido tan convincentes, luchan contra esta inclinacion. El camino de la fe me parece mas seguro; pero mas estrecho y mas áspero. Las sendas de la incredulidad me parecen mas peligrosas; pero mas dilatadas y halagueñas á mis sentidos, por lo que yo quiero creer y no creer, y esta contradiccion de pensamientos y de afectos aumenta mis dudas y mis temores, y produce en mi corazon un furor que me impele á arrojarme en los brazos de la desesperacion; porque cerradas para mi las puertas del consuelo, me veré precisado á ser víctima de mi propio despecho, ó de una melancolia funesta, que aniquile mi existencia en pocos dias.

*Vic.* Calla, amado Felix, y da lugar á la reflexion. El remedio de los males no ha de ser otro mal mayor é irremediable. El consuelo no lo debes buscar en la des-

esperacion. Arrojáte en los brazos de un Dios infinitamente bondadoso y clemente, y allí encontrarás todo bien. De tus mismas espresiones me voy á valer para dissipar tus dudas, para desvanecer tus temores, y para inspirarte confianza. Con esto volverás al seno de la religion, y conseguirás la felicidad que no te puede producir esa filosofia falsa y ruinosa para sus secuaces.

Tú dices, que tu entendimiento agitado por las dudas que le producen razones contrarias, vacila sobre el partido que debe abrazar; yo digo, que el de la religion: porque aun en el caso de que hubiera iguales fundamentos á favor de la fe y de la incredulidad, la prudencia aconseja que se abraze el partido mas seguro. Este es el de la fe. Escucha este discurso breve y poderoso que te indiqué al principio de nuestra conversacion. En el caso de creer, ó la religion es verdadera ó es falsa: si es verdadera, te librarás de una desgracia eterna, y serás feliz por infinitos siglos. Si es falsa, ¿qué es lo que vas á perder con tu creencia? Nada; ántes bien vas á lograr muchísimo, si á tu fe se junta la observan-

cia de los preceptos del evangelio: porque serás misericordioso, benéfico, útil á tu patria, honrado, y amado de los hombres; porque es carácter de la virtud ser venerada, y hacerse amable. Esta es la razon porque hasta los mas viciosos y aun los mismos incrédulos quieren muchas veces ser reputados por virtuosos. Pero en el caso de que no creas; entónces si la religion es verdadera, gravitará sobre tí el peso de una eternidad desgraciada; y si la religion es falsa, ¿qué aventajarás con no creer? Gozar de los bienes mezquinos, falases y transitorios con que brinda la filosofia de la incredulidad. Estos son los placeres y los deleites de los sentidos, que en lugar de satisfacer los deseos inmensos del corazon del hombre, le causan una hidropesía que cada dia se hace mas insaciable; y como le falta el temor y el amor de Dios, que son los únicos frenos que contienen el bruto de las pasiones, éste se deshoca por los caminos anchurosos del vicio. De ahí es, que el incrédulo es soberbio, orgulloso, impaciente, vengativo, gloton, y deshonesto; con lo que se hace aborrecible á sus semejantes, y él mismo se aligera los dias

de su morada sobre la tierra; porque la fiera rabiosa de los vicios, destroza y aniquila cuanto precioso encuentra en el hombre; segun ha enseñado la experiencia diaria y constante de todos los siglos.

Me dirás, que muchos incrédulos han manifestado en su conducta virtud y arreglo de costumbres; pero yo te responderé, que esa virtud no es verdadera. Ve aquí las dos razones en que me fundo. Los cristianos están convencidos de que han sido criados por Dios, y destinados á un fin sobrenatural, que es amarle y servirlo en la vida presente, y despues gozarlo y glorificarlo en las mansiones eternas. Confiesan que son innumerables los beneficios que han recibido de la mano bondadosa de Dios, especialmente el de la redencion, y conocen la necesidad de observar las leyes de Jesucristo, ó por temor de un castigo eterno, ó por la esperanza de un premio infinito; y con todo, ¿cuantos cristianos arrastrados por la corriente impetuosa de las pasiones, viven de tal modo como si nada de esto creyeran? Y muchos de ellos por motivos de honor y por miras particulares, cubren los vicios de su corazon con el ve-

lo de la hipocresía. Pues ¿qué será respecto de los incrédulos que no quieren conocer estas obligaciones: que nada temen ni esperan en la eternidad: y que se esfuerzan á persuadirse que no hay otra felicidad que la que consiste en el goce de los placeres carnales, y en los pasatiempos de esta vida terrena?

La otra razon es una prueba concluyente tomada de sus mismos escritos. En ellos estampan estas máximas inhumanas y detestables: que las madres abandonen á sus hijos recién nacidos, para entregarse libremente á nuevos placeres: que los hijos nada deben á sus madres por haberlos concebido y dado á luz; y que los hijos no están obligados á amar á sus padres, cuando estos se oponen á sus intereses. En estos libros se hallan los elogios del adulterio, del incesto y de toda clase de obscenidades; y se aplaude como grandeza de ánimo, que el hombre despechado se de la muerte á sí mismo; y en fin, segun los principios de muchos filósofos incrédulos, la felicidad del hombre estriba en andar en cuatro pies como las bestias, esparcidos por las selvas.

Estos son los grandes filósofos, los desocupados, los maestros de todos los hombres, y los genios bienhechores de todo el género humano que siempre tienen en su boca las palabras *felicidad, patriotismo, humanidad, y filantropía*; pero cuyas obras son opuestas diametralmente al sentido verdadero de estas voces, y cuya soberbia monstruosa los hace despreciadores de todos los que no convienen con sus sistemas: creyendo hacer honra escesiva con dar los títulos de ignorantes, de preocupados, de fanáticos y de supersticiosos á todos los que han hecho y hacen profesion del cristianismo. ¡Ah, qué filósofos tan envidiables, pues para ellos solos estaba reservado el conocimiento de la verdad, y el privilegio esclusivo de discurrir y de saber!

Por no molestarte no quiero hacer mencion de sus folletos llenos de insultos y de blasfemias horrendas contra Dios y su religion, cuyo culto está establecido como ley fundamental de muchos reinos y estados en que residen: del empeño en hacer despreciables y odiosas las autoridades, especialmente eclesiásticas: de sus libros, pinturas y estampas lascivas, impúdicas é in-

fames: y finalmente, de su falta de política y de cortesía en las concurrencias, afligiendo é irritando á los cristianos con disputas, desprecios, sarcasmos, ironías, bulonadas y chistes contra la religion, contra la iglesia, y contra sus ministros.

Todo esto prueba, que los incrédulos ni son buenos ciudadanos, ni son buenos amigos; y que así son una peste mortífera en todos los lugares en que viven: por lo que todos los gobiernos deben aplicar los remedios eficaces contra este contagio ponzoñoso Yo de mi parte les daría un consejo á estos señores filósofos, que creo no deben despreciar, y es: que supuesto que reputan por bárbaros, insociables y enemigos, á todos los que no siguen su partido, y que no habiendo reino ni república en todo el universo, en que no se profese alguna religion, ó ya verdadera, ó ya falsa, se quiten de disgustos é incomodidades, reuniéndose todos ellos para ir á habitar á una isla desierta, en donde gocen placenteramente de esa felicidad imponderable y tan decantada con que nos brindan; que nosotros quedaremos por acá sin quererla disfrutar, y desde lejos les daremos las gra-

cias mas espresivas por la compasion con que nos miran como á indóciles, que no queriendo ser iluminados con las luces brillantes de su filosofia, estamos tan bien hallados en nuestro fanatismo, nuestras ranciedades y nuestras preocupaciones. De este modo todos viviremos en paz.

Amigo amadísimo: bien sabes que estas no son unas imputaciones. Una experiencia desgraciada nos ha enseñado estas verdades: nosotros somos testigos irrecusables en la materia; confesémoslo pues ingenuamente, que la confesion del que detesta su error es honorífica y gloriosa. Llegue finalmente el dia venturoso en que dando un eterno á Dios á esa filosofia enemiga del hombre, se disipen tus tinieblas con la luz apacible del evangelio.

Qué, ¿me acompañará hasta el sepulcro el desconsuelo y la pena de que á mi mayor amigo lo dejo sumergido en un laberinto de engaños y de errores, que le producirán una desventura eterna? No será así: yo tengo depositada toda mi confianza en Jesucristo, que te ha de dispensar una mirada de misericordia..... Pero qué, ¿te enterneces? ¿suspiras y te cubres de rubor?

¡Oh! ¡No puedo significarte cuanto es el gozo de que se inunda mi espíritu, al ver retratadas en tu semblante la confusion y la ternura! Estos son presagios felices de un arrepentimiento sincero. Aquí está obrando visiblemente la mano misericordiosa del Salvador. Ayudado de su gracia voy á dar la última perfeccion á esta obra, de que su Magestad es el autor, y yo el instrumento.

Hagámos unas breves reflexiones sobre la muerte del cristiano, y sobre el fin del incrédulo. El cristiano, si es virtuoso, mira los últimos momentos de su vida como el término de la peregrinacion y del destierro, en que vivia continuamente gemiendo: no siente dejar un mundo que li-sonjea y encanta con sus placeres y sus diversiones; porque ya desde antes lo habia abandonado con la voluntad, viviendo en él como si estuviera muerto. Los dolores de su enfermedad los suaviza y alivia la providencia divina con el bálsamo de la religion, que le comunica fortaleza, paciencia y constancia. Conoce que la carrera de su padecer es breve, y espera fundadamente que se ha de concluir en las puertas de una pátria bienaventurada, en donde goza-

rá perfectamente de aquel Dios, de aquel sumo bien, que fué el objeto de todo su amor y de todas sus delicias, por quien suspiraba noche y dia; y en fin, se despide de la tierra como de una region de desgracias y de llanto, en que á cada paso veía un peligro de perder á Dios, y de perderse á sí mismo eternamente.

Si el cristiano es pecador, cuando se ve próximo á recibir el golpe inevitable de la muerte, y á dar el salto terrible del tiempo á la eternidad, es cierto que sus culpas lo aterran y lo confunden, y la memoria de su ingratitud á los beneficios innumerables de que lo colmó la mano de un Dios bondadoso, le hacen temer hallar en la persona de su Salvador á su Juez justo, irritado y omnipotente. Conoce que es indigno de la clemencia divina, y solo es merecedor de un suplicio eterno; pero en este abatimiento y desconsuelo, viene en su auxilio la fe que aun conserva, le persuade que la misericordia de Dios escede infinitamente á toda iniquidad. La esperanza lo alienta á que confie en el Redentor, cuya sangre tiene virtud y eficacia para purificar de la mancha horrorosa del pecado

á todo el mundo; y, finalmente, la iglesia como madre caritativa, le administra los sacramentos para la justificacion de su alma, y le presta todos sus auxilios por medio de sus ministros, que bendiciéndole los últimos suspiros, le acompañan hasta el sepulcro.

Pero ¿qué diremos del impío miserable que lleva su incredulidad hasta las puertas de su postrera habitacion? Desde el lecho en que él e-hala sus últimos alientos, comienzan las penas de aquel abismo horrible en que se va á sumergir para siempre. No faltan al rededor del incrédulo moribundo llamas voraces y furias vengadoras. ¡Ah! ¡Qué espanto y qué horror se apoderan del corazon de este infeliz, al verse entregado en manos de los mas crueles verdugos, el dolor y la culpa! Él se halla en medio de un desierto silencioso en que le acompañan la tristeza y la amargura: la luz opaca de su razon se va oscureciendo á proporcion que se aumentan la lobre-guez y las tinieblas de la muerte: un terror fiero lo aflige y lo consterna, al sentir que se va hundiendo entre sus pies el mundo á que estuvo tan asido y tan ape-

gado, porque en él pretendia hallar su única y verdadera bienaventuranza: viene por último el desengaño á desvanecer todo el hechizo que le tenia tan encantado. Atormentado de tantos males y affixiones, ¿encontrará algun consuelo en el tiempo pasado? De ninguna manera; porque los dias de diversion, de placer y de contento, ya desaparecieron como una sombra. ¿Hallará acaso el alivio en la situacion presente? ¡Ah! que esta es sobradamente miserable. Él se ve postrado en el lecho del dolor, lánguido, desfallecido, y gimiendo bajo el azote del remordimiento mas cruel: él está como un náufrago tendido en la orilla estrecha, que separa el tiempo de la eternidad, y al mas ligero empuje de la mano de la muerte va á sumergirse en la profundidad de aquel océano insondable. Pero ¿en la memoria de lo futuro se le presentará alguna imágen de consuelo? Mucho menos; porque el pensamiento de la suerte que le espera consuma la obra de su desesperacion. Si él aun insiste en persuadirse que su alma perece juntamente con su cuerpo, cree que va á sepultarse en el abismo de la nada; pero si la razon natural y su

misma conciencia le reclaman, manifestándole la inmortalidad de su alma, teme fundadamente entrar en la eternidad, en donde un juez omnipotente está preparado para tomar de él la venganza mas formidable: de modo, que este desventurado en situacion tan lamentable, no reconoce otros términos que la nada, ó el infierno.

¡Oh filosofía de la incredulidad, inhumana y bárbara, que niegas á tus secuaces todo consuelo en el caso de mayor angustia y necesidad, y solo derramas sobre su corazon consternado el caliz de la tribulacion y de la amargura! Pero ¡oh religion benéfica y amable, que á los que te profesan les franqueas los tesoros de la consolacion en la vida y en la muerte, y los animas con la esperanza de unos bienes infinitos y eternos! porque sola tú.....

*Fel.* Ya no te fatigues, Victor amadísimo: el entendimiento mas encaprichado es fuerza que se rinda al peso de tantas razones. El orgullo propio de un incrédulo, me inspiraba aquella necia fortaleza de ánimo que tanto se empeñan en ostentar los partidarios de la falsa filosofía, é imponia un sello á mis lábios, para que no hicie-

se yo una confesion ingenua de la verdad de la religion cristiana, á vista de los fundamentos solidísimos que me has alegado. La luz de la verdad, por mucho tiempo que se tenga aprisionada, es á manera de un fuego enserrado en la concabidad de una roca, que al fin viene á reventar para que sus llamas resplandezcan victoriosamente. Tú me has dicho que ya no eres el antiguo Victor; y yo te aseguro sinceramente que yo no soy ya el antiguo Felix. ¡Oh momento feliz el presente en que comienzo á detestar los delirios y los errores de la incredulidad, y á desear ansiosamente entrar de nuevo en el seno del cristianismo, del que habia apostatado tan criminalmente!

*Vic.* ¿Es sueño, ó es realidad lo que estoy oyendo? Qué, ¿seré yo tan dichoso, que vea volverse alistar bajo las banderas del Rey inmortal de los siglos, del Dios crucificado, al mas amado de mis amigos, al desgraciado Felix, á quien yo estrabié del camino de la verdadera felicidad, haciéndole desertar de la milicia de la religion?

*Fel.* Sí, Victor; mientras mas te has ido empeñando con caridad y con eficacia en convencerme y en instruirme, ha ido cre-

ciendo en mi corazón el desafecto y aun el odio á la incredulidad. Mi conciencia incesantemente me acusa y me reclama. En nada de cuanto antes me lisonjeaba halló alegría ni reposo. Son poderosos los impulsos que me inclinan á que vuelva á entrar en el gremio de la iglesia; y cuando quiero ceder á estas inclinaciones, la vista de mis maldades me desalienta, y me retrae, diciéndome yo á mi mismo: Felix, ¿cómo podrás hallar clemencia en un Dios cuyo santo nombre has blasfemado tantas veces? Pero luego se me presenta á la memoria la conversión de Pablo, que de perseguidor acerrimo de la iglesia lo constituyó Jesucristo en apóstol de las gentes; y que de Agustino herege maniqueo hizo el mas célebre defensor de esta misma iglesia. En esta ocurrencia consoladora me sentia yo animar de una confianza segura en la misericordia de Dios; esta confianza calmaba mis inquietudes, y me anunciaba la felicidad por que tanto suspiraba mi corazón, y que no habia podido hallar en el goce de los placeres sensuales. Por tanto, Victor, mi amigo, mi bienhechor y mi padre, inúndese tu corazón en gozo y alegría, pues has

logrado el fruto de tus trabajos en reducir al camino de la verdad á un infeliz extraviado, que corria velozmente por las sendas de la falsedad y del error, que conducen á una desventura eterna.

Figúrate Victor, á un hombre, que extraviado del camino que llevaba, es sorprendido por las tinieblas de la noche en un monte espeso, y que ya fatigado se arroja á descansar tranquilamente en el regazo de un sueño lisojero; pero que asomando el sol su semblante risueño por los balcones del oriente, le da con sus resplandores en los ojos, y que él abriéndolos, ve que multitud de fieras y de animales ponzoñosos que lo rodeaban, se retiran precipitadamente á sus cavernas: ¿quién podrá significar el gozo y la satisfacción de este hombre, al verse libre del inminente peligro en que se hallaba sin conocerlo?

Pues á este modo, habiendo iluminado la luz del Redentor las tinieblas de la incredulidad con que me cubrí en los extravíos de mi vida licenciosa, conozco con alegría, que me he librado de tantas fieras y animales ponzoñosos, cuantos eran los errores con que reposaba en el letargo mas

profundo. Ahora que me he desnudado del afecto ciego á los maestros de la impiedad, me convenzo de la verdad de tus aserciones acerca de sus inconsecuencias y de sus contradicciones, y quiero añadir á las que me has referido algunas muy sustanciales.

Voltaire, hablando de Rousseau, dice: „Que es un cierto personage que ha hecho muchas de las suyas: que es un tunante, un salvaje, un charlatan, un loco de aldea, un hipócrita, un enemigo del género humano, un sombrío energúmeno cubierto de orgullo y devorado de rabia: un impío, un ateísta, un hombre sin fe y sin religion, que merecia estar colgado en la horca por haber compuesto libros abominables: que tres veces ha mudado de secta: que se ha hecho arrojar de todas partes en donde se ha presentado: que es un razonador absurdo, que habiendo impreso bajo su nombre algunas majaderías contra Jesucristo, ha impreso tambien en él mismo libelo, que *Jesucristo murió como un Dios*: que es un calumniador, y puesto como tal á las esquinas, por una declaracion pública del plenipotenciario de Francia, de Zurich, y de Bernad, en 25 de Julio de 1766.”

¿Qué dirán los incrédulos de esta calificación tan honorífica de un hombre á quien veneran como á un oráculo? Pues ella está hecha por su grande patriarca. ¿Será extraño que Voltaire sea tan rabioso con los cristianos, cuando es tan atroz con su mismo compañero y hermano en la impiedad y en la irreligion? Este hombre en el asunto sério y grave de la religion usa de bufonadas, de chocarrerías y de sátiras.—Decía Rousseau: „El ridículo á nuestros ojos no es mas que la razon de los necios,” y aun D' Alambert, amigo y discípulo de Voltaire, dijo: „La sátira hiere el buen gusto, descubre un espíritu falso, un corazon corrompido, y una alma maléfica.”

El incrédulo Baile hablando del sistema impío de Espinosa, dice: „Un buen espíritu querría mas cabar la tierra con las uñas, que admitir una hipótesis tan absurda.”

Se observa que los incrédulos dicen con arrogancia, como yo por desgracia decia: que solos los espíritus débiles apocados é ignorantes, creen que la religion es obra de Dios; y al mismo tiempo oímos decir á D' Alambert estas palabras: „Se podría fácilmente hacer la lista de los hom-

bres grandes que han mirado la religion como la obra de Dios: lista si no capaz de conuover aun antes del exámen á los mejores espíritus, á lo menos suficiente para imponer silencio á un monton de conjurados enemigos impotentes de algunas verdades necesarias á los hombres, que Pascal defendió, Newton creyó, y que Descartes respetó."

Siendo evidente que la religion cristiana reprueba el fanatismo y la supersticion, los impíos descaradamente insultan á los cristianos por su creencia con los epítetos de *fanáticos* y *supersticiosos*; pero un enciclopedista hizo esta confesion ingenua: "El fanatismo es el vicio de los particulares, y no del cristianismo, que por su naturaleza dista igualmente de los furors del fanatismo, y de los temores imbéciles de la supersticion." Voltaire dice: "Es preciso amar la religion á pesar de las supersticiones y del fanatismo que la deshonan; como lo es amar la sociedad cuyas dulzuras corrompen tantos hombres malos."

Los incrédulos pretenden esterminar el cristianismo, porque dicen: que es perjudicial y ruinoso á los estados; pero su

gran maestro Rousseau dice: "Ningun bien se puede hacer por principios de filosofia, que no lo haga mejor la religion; y la religion hace muchos que la filosofia no sabe hacer." Dijo Voltaire: "En el seno del cristianismo se hallan las almas mas puras y mas grandes." En otro lugar: "La religion es el solo, ó el mas seguro garante que se puede tener de la prouidad de los hombres." Y en otra parte dice: "El buen pueblo cree en Dios, y adora á Jesucristo: el razonador soberbio desconoce á Dios en la naturaleza, y le blasfema en la religion de la cual es autor." Con estas palabras se condenó á sí mismo este hombre ciego que tanto blasfemó de la religion y de su autor divino.

Me ocurre hacer un paralelo entre el cristiano y el incrédulo, con las mismas expresiones de los doctores de la impiedad. Rousseau dice: "¿Qué argumento contra el incrédulo la vida de un cristiano! ¿Habrá quien se le resista? ¿Qué cuadro para su corazon, cuando sus amigos, sus hijos y su esposa concurren á instruirle edificándole! Cuando sin predicarle á Dios con sus discursos, se le enseña en las acciones que

inspira, en la virtud de que es autor, y en el encanto que hay en agradarle: cuando ve brillar en su casa la imágen del cielo: cuando una vez cada día se verá obligado á decirse: *No, el hombre no es así por sí mismo, aquí hay alguna cosa sobre-humana.*" Y D' Alembert, hablando de los incrédulos, dice: "Son mas dignos de compacion que de ira. Estos impíos, únicamente por aire, moda ó ligereza, están bien caracterizados por Boyleau, que los llama *né-cios enemigos de Dios*. Incapaces aun de una mala lógica, tratan de ser peores de lo que pueden, queriendo mas parecer incrédulos que serlo: el error en ellos es menos una desgracia, que una tontería ó necedad."

Finalmente, lo que á mi parecer manifiesta mas la ceguedad y la obstinacion de los principales corifeos de la incredulidad, es el juicio que hacen de sí mismos. Dice Voltaire: "Jóvenes ó viejos no tenemos mas que un momento: ¡hay! ¿en qué se emplea? Yo he perdido el tiempo de mi existencia en componer un enorme farrago de libros, la mitad de los cuales no debieron salir á la luz jamás."

Juan Jacobo Rousseau dijo de sí mis-

mo con tanta razon como verdad: "Decir, y probar igualmente el pro y el contra, persuadirlo todo y no creer nada, fué en todo tiempo la diversion favorita de mi espíritu. No miro ninguno de mis libros sin estremecerme. En lugar de instruir corrompo: en lugar de alimentar enveneno; pero la pasion me descarría, y con todos mis bellos discursos yo no soy mas que un malvado."

En conclusion, Victor, yo espero que tu amor y tu consideracion no pararán aquí; sino que continuarán hasta la consumacion de la obra. Yo te prometo la mayor docilidad á tus instrucciones, á fin de que mi conversion á Jesucristo sea perfecta.

*Vic.* Este Redentor amable ha sido el autor de esta obra digna de su misericordia y de su omnipotencia. Yo le rendiré las gracias mas cordiales porque me eligió por instrumento de la reduccion de un amigo, en cuyos estravios yo tuve tanto influjo. Influjo que ha arrancado de mis ojos lágrimas amargas y abundantes.

Jamás, Felix amadísimo, cesaré de bendecir al Dios cuya mano omnipotente y misericordiosa nos sacó del abismo de aque-

llas tinieblas horrosas en que yaciamos sepultados. Ahora que la claridad de su gracia ha disipado las sombras que nos ofuscaban, debémos detestar el hechizo que tanto amabamos, y debémos avergonzarnos de lo que en otro tiempo haciamos vanidad. Ahora que se ha abierto la nube espesa que nos tenia sumergidos en la noche de los vicios y de la incredulidad, aprovechémonos de la luz hermosa con que nos ilumina tan benignamente el sol de la clemencia divina. No digáms á nuestro Redentor, que nos busca con misericordia, que aguarde hasta mañana. Postrados en el polvo de que fuimos formados, digámosle en el día de hoy con un corazon agradecido y penetrado de dolor: Dios inmortal, Dios eterno é inmutable, cuyo ser inmenso llena los espacios de los cielos y de la tierra, y cuyo brazo todopoderoso nos sacó del caos de la nada, ante tu trono soberano doblan la rodilla estas dos criaturas tuyas rendidas y humilladas. Pero qué, Señor, ¿reconocerémos en nosotros la hechura de tus manos? ¿Acaso tú has formado este corazon perverso, que se ha constituido el asilo del vicio y de la iniquidad? No, Señor: otro fué el que tú

criaste: ¡Ah! que la mano atrevida y sacrilega del crimen ha borrado de nuestra alma la imágen divina que tu bondad esculpíó en ella.

El fuego voraz de los deleites sensuales consumió en nuestro corazon la semilla de todas las virtudes, hasta secar su raiz que es la fe, que tú hiciste nacer en el sacramento de la regeneracion.

No contentos con esto, marchábamos contra tí á la frente de tus enemigos, y te acometiamos temerarios con las armas de los delitos. Nosotros haciamos de nuestras tinieblas y de nuestra obstinacion un valiente para resistir las saetas de tu misericordia. Tú veás esto, Señor: y en lugar de descargar tu brazo omnipotente para destruirnos, lo has ejercitado en ablandar la dureza de nuestro corazon.

Despechado yo por el furor que me inspiraba la incredulidad, intenté privarme de la vida temporal, y al ir á entrar por las puertas de la muerte eterna, se me abrieron las de tu misericordia para recibirme: cuando ya iba á caer en la profundidad del abismo, estendiste tu mano paternal que me levantó hasta el seno de tu bondad. Tú,

Señor, fijaste tus ojos compasivos sobre el miserable Felix, que corría velozmente por las sendas dilatadas de la perdición: lo tuviste en los estravios de su carrera criminal: y te serviste de mí para reducirlo al camino recto de la verdad, haciendo ostentacion del poder de tu clemencia en su conversion y en la debilidad del instrumento. Esto conocemos, esto confesamos; ¿y aun permaneceremos insensibles? Si nuestros crímenes han endurecido nuestro corazon y han cerrado los conductos de las lágrimas, resplandezca tu benignidad en estas hechuras de tu omnipotencia, y en estos cautivos que redimiste con el precio infinito de tu sangre. Convierte nuestro corazon en un torrente de lágrimas, que corran con abundancia por nuestros ojos delincuentes. Dale movimiento eficaz á nuestra lengua para que convide á todas las criaturas del universo á cantar eternamente el triunfo glorioso que tu misericordia ha conseguido sobre dos corazones perversos y obstinados.

*Fel.* Yo confieso con júbilo de mi corazon, que estoy mas obligado á dar gracias muy afectuosas á Jesucristo, Pastor amante de las almas, por haber reducido á

esta oveja descarriada al rebaño de su iglesia. Padres de familia y jóvenes incautos, á vosotros dirige la palabra con la ternura y efusiones de un corazon amante y deseoso de vuestros verdaderos intereses, un hombre que ha aprendido lecciones muy interesantes en la escuela de la esperiencia. Yo nací en el seno del cristianismo, de unos padres que me pusieron bajo la direccion de maestros sábios y piadosos, para que me instruyesen en las obligaciones que me impone la religion. Siendo ya jóven advertí, que mis padres, por una fatalidad de nuestros tiempos desgraciados, empezaron á conformarse con la moda reinante de leer indistintamente toda clase de libros, aun los que impugnan sacrílegamente la religion de Jesucristo. Por lo mismo comenzaron á desterrarse de mi casa los actos de piedad, y el orden regular de cosas. De aquí es, que yo empecé á traspasar los límites de la modestia y de la compostura de acciones, en que me habian educado, y me dediqué con el mal ejemplo á una multitud de necedades que son del estilo del mundo; y á proporcion del desorden de la familia yo me iba desarreglan-

do. Muchos que advertian con dolor la variacion de la conducta de mis padres, y la profusion y prodigalidad de sus bienes, temian que algun dia volviera yo de sus exequias reducido á vagar por las puertas á la mendicidad y aun del delito, por alimentarme. En fin, yo quedé heredero mas de sus vicios, que de sus riquezas, las que consumí en breves dias en el desahogo de las pasiones mas criminales y vergonzosas.

El apetito insaciable de deleites sensuales, el afecto á las novedades, la curiosidad imprudente, el empeño de entrar en la moda del dia, el deseo de representar en las tertulias el papel de erudito, la inclinacion á hacerme singular en mis opiniones, el amor á los elogios, y la comunicacion con hombres libres en su modo de pensar y de hablar, me compelió á solicitar con ansia los libros de la falsa filosofia que habia visto leer á mis padres, y habia oido celebrar con encarecimiento á personas apasionadas, de costumbres corrompidas é irreligiosas. Los leí con placer y con satisfaccion, porque como están adornados con las flores de una elocuencia alhagüesca, y forjados con un artificio seductor,

me parecian unos soles refulgentes que por todas partes destellaban resplandores de sabiduría: y como tambien su inmoralidad y espíritu licencioso tanto lisonjeaban mis pasiones, muy breve me declaré por el partido de la incredulidad.

Estas causas que he referido son las que influyen en la apostasia de la religion, y que vuelven impíos y blasfemos á multitud de infelices.

Los incrédulos aseguran, que no creen los misterios y dogmas del cristianismo, porque son incomprensibles y repugnantes á la razon. Este es un pretesto falso. Lo que á ellos les incomoda es la santidad de la religion; de manera que ellos se obligarian gustosamente á creer mil artículos mas de los que enseña la fe, con tal que se les dispensase de la observancia de los preceptos.

Porque de ser cristianos se ven en la obligacion de observar los preceptos del evangelio; ó de lo contrario vivir acosados de los remordimientos de una conciencia culpada, y de los temores de las penas eternas, que tanto turban el reposo que los pecadores pretenden hallar en los vicios. De

aquí es, que para gozar tranquilamente de los placeres prohibidos, se esfuerzan á no creer la inmortalidad de la alma, y la existencia del infierno: pero como estas verdades están estrechamente enlazadas con la demas de la religion, ellos se constituyen en la infeliz necesidad de negarlas todas, persuadiéndose falsamente que en el regazo de la incredulidad vivirán placenteros y contentos con la posesion de la felicidad brutal, por que tanto suspira su corazon corrompido.

Por tanto, padres de familia, no omitais diligencia para instruir á vuestros hijos en los principios fundamentables de la religion; porque si en otro tiempo, en que los fieles estaban en posesion pacífica de su fe, le bastaba á un niño un catecismo de la doctrina cristiana para saber lo que le obligaba creer, en los dias desventurados en que vivimos es necesario que esté impuesto en los motivos de su creencia, que le sirvan de armas con que defenderse contra los enemigos de la religion, que ponen en movimiento todos los resortes de su astucia y de su malicia, para despojar á los cristianos del tesoro inestimable de la fe.

Y vosotros, jóvenes amados, en quienes la iglesia y el estado tienen depositada toda su esperanza, escarmentad en mí. Grabad altamente en vuestros corazones las causas de mi apostasia del cristianismo. Sed agradecidos al Dios bondadoso y benéfico por el don preciosísimo de su fe divina; la que ciertamente perdereis si vuestras costumbres fueren desarregladas, si tratáreis con hombres irreligiosos é incrédulos, y si leyereis esos libros que destilan la ponzoña de la impiedad, que causa imponderables desgracias temporales y eternas. Pero vosotros sereis verdaderamente felices, si vuestras obras virtuosas fueren conformes á vuestra fe; porque recibireis aquel premio infinito y eterno, que el Dios remunerador tiene preparado para los que creen en él, y le aman de corazon.

#### CONCLUSION.

Desde el principio del mundo todas las naciones y todos los pueblos han creido la existencia de Dios; y aunque las pasiones y los vicios los hayan estraviado del conocimiento del verdadero, la razon natural les

aquí es, que para gozar tranquilamente de los placeres prohibidos, se esfuerzan á no creer la inmortalidad de la alma, y la existencia del infierno: pero como estas verdades están estrechamente enlazadas con la demas de la religion, ellos se constituyen en la infeliz necesidad de negarlas todas, persuadiéndose falsamente que en el regazo de la incredulidad vivirán placenteros y contentos con la posesion de la felicidad brutal, por que tanto suspira su corazon corrompido.

Por tanto, padres de familia, no omitais diligencia para instruir á vuestros hijos en los principios fundamentables de la religion; porque si en otro tiempo, en que los fieles estaban en posesion pacífica de su fe, le bastaba á un niño un catecismo de la doctrina cristiana para saber lo que le obligaba creer, en los dias desventurados en que vivimos es necesario que esté impuesto en los motivos de su creencia, que le sirvan de armas con que defenderse contra los enemigos de la religion, que ponen en movimiento todos los resortes de su astucia y de su malicia, para despojar á los cristianos del tesoro inestimable de la fe.

Y vosotros, jóvenes amados, en quienes la iglesia y el estado tienen depositada toda su esperanza, escarmentad en mí. Grabad altamente en vuestros corazones las causas de mi apostasía del cristianismo. Sed agradecidos al Dios bondadoso y benéfico por el don preciosísimo de su fe divina; la que ciertamente perdereis si vuestras costumbres fueren desarregladas, si tratáreis con hombres irreligiosos é incrédulos, y si leyereis esos libros que destilan la ponzoña de la impiedad, que causa imponderables desgracias temporales y eternas. Pero vosotros sereis verdaderamente felices, si vuestras obras virtuosas fueren conformes á vuestra fe; porque recibireis aquel premio infinito y eterno, que el Dios remunerador tiene preparado para los que creen en él, y le aman de corazon.

#### CONCLUSION.

Desde el principio del mundo todas las naciones y todos los pueblos han creído la existencia de Dios; y aunque las pasiones y los vicios los hayan estraviado del conocimiento del verdadero, la razon natural les

ha persuadido, que deben honrar á la divinidad, y tributarle culto. De aquí es, que todos los pueblos ilustrados ó ignorantes, civilizados ó bárbaros, han profesado una religion, y la verdadera ha ido atravesando victoriosamente la série dilatada de todos los siglos. Ella se conservó entre los judios hasta que vino el Mesías que es Jesucristo, el que se presentó en la tierra en cumplimiento de las promesas divinas, y con todas las señales y los caracteres con que lo anunciaron los profetas.

Jesucristo enseñó esta religion con su palabra, con su vida santísima, y con los milagros que obró. Sus discípulos la predicaron despues á todas las gentes, la propagaron por todo el universo, y la confirmaron con sus virtudes esclarecidas, con los prodigios maravillosos que hicieron á nombre de su Maestro omnipotente, y con su sangre con que voluntariamente matizaron los suplicios mas crueles. Despues con el sacrificio de su vida dieron un testimonio auténtico de la verdad del cristianismo once millones de mártires en los tres primeros siglos de la iglesia, y los innumerables que ha habido en los tiempos posteriores.

Esta religion que ha sido reconocida por verdadera en todos los siglos, amada y defendida por tantos hombres de sabiduría admirable y de virtud ejemplar, es el blanco del odio mas rabioso de algunos hombres corrompidos, y devorados de una soberbia que no reconoce límites. Ellos están empeñados tenezmente en levantar sobre las ruinas del cristianismo el edificio de una filosofia falsa, depravada é inhumana. Ellos, es verdad, han conseguido el triunfo sobre corazones ya dispuestos de muchos ignorantes é insensatos; pero ¿cómo lograrán lo que no han podido conseguir en diez y ocho siglos los filósofos ilustrados de Grecia y de Roma, los judios, los paganos, los príncipes, los reyes y los emperadores que estaban sentados sobre el trono del universo?

Por último: los incrédulos atropellan é infringen la ley primera y fundamental de los estados católicos, que es el culto de la religion. Pues yo los cito ante el tribunal de la razon, y elijo por su fiscal á un hombre de toda su confianza; este es su grande maestro y oráculo Juan Jacobo Rousseau: veamos cual es su pedimento. Dice en el

*contrato social:* "Si alguno despues de haber reconocido los dogmas que la nacion cree, obra como si no los creyera, sea castigado de muerte, pues ha cometido el mayor de los delitos, ha mentido á presencia de las leyes."

Yo no pido tanto; pero sí pido, que se sujeten á esta ley fundamental del estado; pues ellos mismos convienen en que todo ciudadano debe sujetarse á las leyes: pido que no pertuben el órden público: y que pues se jactan de ser justos, no intenten despojar á los cristianos del bien que mas aman y aprecian, que es la religion: y pido tambien al Dios misericordioso los convierta, y los haga eternamente felices.

Sí, todos los cristianos animados del espíritu del evangelio que es la caridad, debémos tocar con nuestros ruegos á las puertas de la divina propiciacion, para que se abran á estos infelices. S. Pablo exortaba á los cristianos á hacer oracion por los reyes y emperadores de aquellos tiempos, que eran perseguidores de la iglesia, y nuestro Redentor murió hasta por sus mismos verdugos y pidió el perdon para ellos.

FIN.

## INDICE

### DE LAS CONVERSACIONES CONTENIDAS

EN ESTE TOMITO.

|                                                                                                                                                                                                                                   |      |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| Conversacion primera. <i>Refiere Victor á Felix el suceso que dió principio á su conversion.</i>                                                                                                                                  | 1.   |
| Conversacion segunda. <i>Fundamento primero de la religion cristiana. El cumplimiento de las profecias.</i>                                                                                                                       | 30.  |
| Conversacion tercera. <i>Fundamento segundo de la religion cristiana. Los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles.</i>                                                                                                          | 60.  |
| Conversacion cuarta. <i>Fundamento tercero de la religion cristiana. El establecimiento de la iglesia y propagacion de su fe</i>                                                                                                  | 90.  |
| Conversacion quinta. <i>Fundamento cuarto de la religion cristiana. El triunfo de la iglesia sobre sus perseguidores y-la constancia de los mártires.</i>                                                                         | 112. |
| Conversacion sesta. <i>Discútense los motivos de la incredulidad de los judios: Conversion de Felix: Diferencia de la muerte del justo y del incrédulo; y retrato que han hecho de algunos de sus corifeos los mismos impios.</i> | 130. |
| Conclusion.                                                                                                                                                                                                                       | 171. |

### ERRATAS.

| <i>Pág.</i> | <i>Lín.</i> | <i>Dice.</i>         | <i>Debe decir.</i>    |
|-------------|-------------|----------------------|-----------------------|
| 37.         | 26.         | filosofia            | filosofia             |
| 67.         | 20.         | era sido             | hubiera sido          |
| 89.         | 21.         | han contra-<br>dicho | se han<br>contradicho |

*Fernando Xalapa*  
**EL ATEISTA CONVENCIDO.**

**OBRA POSTUMA**

DEL

**P. D. RAFAEL ABOGADO,**

**PRESBITERO DEL ORATORIO DE S. FELI-**

**PE NERI**

DE



**MÉXICO.**

**CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.**

**OFICINA DE DON ALEJANDRO VALDÉS.**

**AÑO DE**

**1823.**

*Parecer del M. R. P. Dr. D. Manuel  
Gomez, del Oratorio de S. Felipe Ne-  
ri de esta Capital.*

### SEÑOR PROVVISOR.

**H**e visto con reflexion, y ecsaminado detenidamente la obrita que V. S. se dignó remitir á mi censura. Sobre ella no debo decir mas, sino que es tan honrosa para su autor, como su edicion será provechosa y útil al público. Combate vigorosamente el Ateismo, y lo persigue hasta sus últimos atrincheramientos. La sencillez y claridad del estilo son cualidades que la hacen mas recomendable: pues á mas de ser por estas circunstancias proporcionada á la capacidad é inteligencia de todos, se ve que la verdad triunfa, no por el adorno y el afeite, sino por su natural fuerza y hermosura. Con esto está dicho, que la obrita nada contiene contra la fe y buenas costumbres, y que, si V. S. lo tiene á bien, puede conceder la licencia que para su impresion se solicita.

Oratorio de N. P. S. Felipe Neri de Mé-  
xico, y marzo 5 de 1828.

*Manuel Gomez.*

## LICENCIA DEL ORDINARIO.

México marzo 6 de 1828.

**V**isto el dictámen que antecede, concedémos la licencia que se pide para la impresion de la obra que en él se espresa, con la calidad de que salga en él tambien dicho dictámen; y con la de que antes que salga á luz, se coteje con su original por el R. P. aprobante. Lo proveyó el Sr. Provisor y Vicario general de este Arzobispado &c.

*M. Bucheli.*

*Nicolás de Vega,*

Notario oficial mayor.

## PRÓLOGO

DEL EDITOR.

**A**unque prevenido de una muerte repentina no pudo el autor de esta obrita (\*) darla la última mano; nosotros conociendo su valor é importancia la publicámos, tal cual la hemos recibido. Los pésimos

(\*) Lo es, como queda dicho, *EL PRESBITERO DON RAFAEL ABOGADO*, sacerdote humilde, que habria dejado en un eterno olvido, y llevado hasta el sepulcro todas sus producciones, si su decidido amor y celo por la verdadera religion, ofendida en las circunstancias del tiempo, no le hubieran obligado á publicar, entre otros muchos escelentes escritos, este precioso *Diálogo*, y las otras no menos apreciabiles obritas tituladas: *Autoridad del Papa*, y la del *Cristianismo victorioso*.

libros que corren, abren la puerta á los desórdenes de la juventud, y no es difícil, que esta propenda al ateísmo: y como las conversaciones siguientes por su sencillez y erudición atacan vigorosamente este sistema; esperámos que tenga una benigna y general acogida. Si así fuere, será muy bien empleado nuestro trabajo.



## MOTIVO Y PRINCIPIO

### DE LA CONFERENCIA

SOBRE LA ECSISTENCIA DE DIOS.

#### CONVERSACION PRIMERA.



*Clemente.* **D**ios te guarde, Severo.

*Severo.* Y la naturaleza te sea propicia, Clemente. Toma asiento, y significame el fin de tu venida, porque á la verdad la extraño.

*Clem.* Pues no debes extrañarla: supe tu regreso á esta ciudad; me informaron de la suerte adversa que padeces, y de que deseabas verme; pero que ciertas consideraciones te impedian verificarlo.

*Sever.* Sea la primera, que te supongo irritado contra mí, por aquellos antecedentes, que te fueron tan desagradables; y sea la segunda, que habiendo regresado á mi patria, pobre y sin valimiento, el solicitarte podria atribuirse á un principio de interes personal, lo que ciertamente es muy ageno de la

libros que corren, abren la puerta á los desórdenes de la juventud, y no es difícil, que esta propenda al ateísmo: y como las conversaciones siguientes por su sencillez y erudición atacan vigorosamente este sistema; esperámos que tenga una benigna y general acogida. Si así fuere, será muy bien empleado nuestro trabajo.



## MOTIVO Y PRINCIPIO

### DE LA CONFERENCIA

SOBRE LA ECSISTENCIA DE DIOS.

#### CONVERSACION PRIMERA.



*Clemente.* **D**ios te guarde, Severo.

*Severo.* Y la naturaleza te sea propicia, Clemente. Toma asiento, y significame el fin de tu venida, porque á la verdad la extraño.

*Clem.* Pues no debes extrañarla: supe tu regreso á esta ciudad; me informaron de la suerte adversa que padeces, y de que deseabas verme; pero que ciertas consideraciones te impedian verificarlo.

*Sever.* Sea la primera, que te supongo irritado contra mí, por aquellos antecedentes, que te fueron tan desagradables; y sea la segunda, que habiendo regresado á mi patria, pobre y sin valimiento, el solicitarte podria atribuirse á un principio de interes personal, lo que ciertamente es muy ageno de la

firmeza de mi caracter: porque si en otro tiempo que yo creía que la humildad es una virtud, que debe adornar al hombre, me eran tan repugnantes los rendimientos, ahora que conosco que la humildad es una bajeza de ánimo, indigna de un filósofo ilustrado, ¿como podré humillarme á una persona, que ha encarecido y ecsagerado unos agravios de poca consideracion?

*Clem.* El motivo de mi venida no ha sido querer renovar esos agravios, que como cristiano he sepultado en el olvido: vengo á verte impelido del amor que te he profesado, y de la compasion que ecsitan en mi espíritu tus infortunios. Creía, que las lecciones costosas que has aprendido en la escuela de la adversidad, te habrian dado á conocer tus verdaderos intereses, y habrian mudado tu corazon; pero ahora conosco: mas vale enmudecer; porque no es conveniente hablarte con la ingenuidad y franqueza que yo deseara.

*Sever.* Pues esplicate con toda la franqueza que quisieres; que yo espero me permitas lo mismo, despues que hayas hablado.

*Clem.* Te acepto la palabra, y te doy la mia; però para esto es necesario tomar

el hilo de nuestra conversacion desde muy atras; porque así lo juzgo conveniente á los fines que me propongo.

*Sever.* Sea en hora buena.

*Clem.* Voy á referir unos sucesos, que aunque no los ignoras, por ser la persona principal de esta historia, ni los habrás olvidado, la renovacion de su memoria te puede ser muy provechosa. Tu naciste en un pais católico: entraste al seno de la iglesia por las puertas del bautismo: militaste bajo las banderas del cristianismo. Tu conducta era verdaderamente religiosa: tus costumbres arregladas: tus inclinaciones eran siempre á la virtud: y, en fin, por una reunion de circunstancias muy recomendables, eras las delicias de tus padres: sí, de aquellos padres virtuosos, que tanto me honraron con su amistad, y con la confianza que hicieron de mí, encomendandome tu direccion.

Te acordarás, que en el momento que tu madre terminó la carrera de sus dias, tu padre afligido y penetrado de dolor prorumpió en estas espresiones: „Esposa la mas amable: tu pérdida vá á ser para mí un verdugo, que ne breve me privará de la ecsistencia, y me

„conducirá á habitar contigo en el im-  
 „perio sombrío de la muerte; pero con  
 „el consuelo de que mi alma se uni-  
 „rá con la tuya en una eternidad feliz.”  
 Así fué en efecto. Dentro de pocos dias,  
 tu amante padre fué víctima de la mel-  
 „lancolia y del abatimiento: se postró  
 en el lecho del dolor y de la pena:  
 y acercándonos tu y yo á recoger sus  
 „últimos suspiros, y á limpiar de su ros-  
 tro el sudor que producian las angus-  
 „tias del postrer combate, dirigió á tí  
 una mirada en que ecshaló los restos de  
 su amor y de su ternura, y me dijo  
 con voz dolorida y lastimera: „Amado  
 „amigo Clemente, voy á terminar la es-  
 „cena triste de mi vida; ya estos son  
 „los últimos momentos de mi peregrina-  
 „cion sobre la tierra; estoy resig-  
 „nado en las disposiciones adorables  
 „del Eterno; y conosco que es indis-  
 „pensable entrar por las puertas de la  
 „muerte á la vida bienaventurada. No  
 „me aflige el morir; pero la separacion  
 „de mi querido hijo, es un peso enor-  
 „me, que gravita sobre mi corazon atri-  
 „bulado. Él queda huérfano, desampa-  
 „rado, joven, en un mundo corrom-  
 „pido, y en unos tiempos de impiedad  
 „y de libertinage. ¡Ah infeliz! ¿cual se-

„rá su suerte? ¿Pero por qué me affi-  
 „jo, si le queda el Padre mas bonda-  
 „doso, que es nuestro Dios, y le que-  
 „das tú, que en testimonio y última  
 „prueba de nuestra amistad, harás con  
 „él los oficios de un padre verdade-  
 „ro sobre la tierra. Te suplico enca-  
 „recidamente lo recibas por tu hijo, te  
 „encargues de los intereses que yo le  
 „he adquirido con tantos afanes, y de  
 „que lo dejo por único heredero, y  
 „cuides de su educacion política y cris-  
 „tiana. Tu aceptacion derramará sobre  
 „mi espíritu el bálsamo de la consola-  
 „cion, para que yo entre tranquilamen-  
 „te en la region de la eternidad. ¿Qué  
 „respondes, Clemente?” Entónces yo le  
 contesté: *Sabes que siempre te he amado  
 con sinceridad, y que á Severo, por ser  
 hijo tuyo, lo he visto como mio: yo te  
 prometo, en cuanto lo permitan mis fuer-  
 zas, dar el lleno á tus deseos, con amor  
 y con eficacia.*

Despues, dirigiendose á tí te dijo: „Se-  
 „vero amadísimo, no ignoras lo que de-  
 „bes á mi amor; sabes que he hecho  
 „todos los esfuerzos para cumplir los  
 „deberes de padre; que he procurado po-  
 „ner todos los medios para que seas  
 „hombre honrado, y cristiano virtuo-

„so, á fin de que seas feliz temporal y  
 „eternamente. Te he amado como pa-  
 „dre; pero padre humano que debia fal-  
 „tarte algun dia: ya ha llegado ese mo-  
 „mento doloroso; y así por última de-  
 „mostracion de mi amor te dejo á Cle-  
 „mente en mi lugar. Respétalo, obedé-  
 „celo, amalo, y agrádecele los oficios  
 „que haga contigo, á que no está obli-  
 „gado como yo; pero ya no puedo con-  
 „tinuar: conosco que mi alma se ha-  
 „lla en estado de violencia en la  
 „carcel de este cuerpo, y que quiere  
 „salir fugitiva hasta el seno de su Cria-  
 „dor. Mi cuerpo ya desfallece, y ya es-  
 „tá tocando el borde del sepulcro: voy  
 „á consagrar los restos de mis suspi-  
 „ros en llamar á las puertas de la di-  
 „divina propiciacion para dar felizmen-  
 „te el salto desde el tiempo á las man-  
 „siones eternas. A Dios, hijo querido:  
 „á Dios, amado Clemente: á Dios, has-  
 „ta la eternidad.” Aquí acabó su des-  
 pedida; recibió las últimas bendiciones  
 de la iglesia; murió con la paz de los  
 justos; y su alma partió desde el cen-  
 tro de las tinieblas de la muerte, has-  
 ta la region de la luz inaccesible.

Yo entónces te alargué la mano para  
 levantarte del abismo de la pena y del

dolor en que te sumergió una pérdi-  
 da tan irreparable, y me esforcé en  
 darte todos los consuelos que estaban  
 á mi alcance. En lo succesivo cuidé  
 de tus intereses, de tí, de tu educa-  
 cion y establecimiento. Tú correspon-  
 dias á los deseos de tu padre, y á mi  
 empeño y esmero. Tu aplicacion á las  
 letras, y tu conducta juiciosa y cristia-  
 na, formaban el objeto de mi gozo, y  
 cada dia te amaba mas, como á hijo  
 verdadero. Pero, ya es tiempo de que  
 me permitas correr el telon en el tea-  
 tro de tu vida, para representar con  
 dolor la escena de tus estravios y de  
 tus desgracias. A los dias venturo-  
 sos de la virtud y del honor, se si-  
 guieron los del vicio y de la ignomi-  
 nia. Empecé á advertir la inquietud y  
 la disipacion de tu espíritu. Me valí  
 de consejos llenos de dulzura, y de be-  
 nignidad para cortar los progresos del mal  
 en su principio. Diligencias á la verdad  
 que no produjeron el efecto deseado.  
 Despues por un descuido, ó por un ato-  
 londramiento juvenil, te dejaste en ca-  
 sa, en un lugar visible, unas estampas  
 que gravó la mano de la obscenidad,  
 y un librete en que se enseñan por  
 principios las reglas de mancharse con

el vicio infame de la impureza: reglas que se habrian avergonzado de dar los gentiles y bárbaros mas desenfrenados, en los siglos de las tinieblas mas horrosas; pero que se dan en el siglo llamado *de las luces*, por los que se jactan de ser ilustradores de todos los hombres. ¡Qué afrenta de nuestros tiempos! Con esto conocí, que tus costumbres caminaban á pasos agigantados al término de la relajacion; y me confirmé en este concepto, y en el de que ya te habias estraviado del camino de la religion, cuando tube la noticia infausta de que leías con teson el decantado tolleto de *Las ruinas de Palmira*, que es propiamente ruinas del honor, de las buenas costumbres, de la fé, de la conciencia, y de todo lo bueno y precioso que posee el hombre; pues lo arrastra á ser apóstata, irreligioso, libertino, y victima de las pasiones mas criminales y vergonzosas; porque inspira orgullo y altanería, que es el origen de todos los desórdenes, y persuade, que no hay otra felicidad que la de la vida presente; con lo que el hombre se entrega sin freno á la satisfaccion de sus apetitos. En vista de esto, traté de corregirte benignamente

para no escasperarte. Pero si en otro tiempo escuchabas mis consejos con buena disposicion, y te aprovechabas de ellos con docilidad, ya despues se asomaba á tu semblante el desagrado y el furor, que te hacian prorrumpir en espresiones muy ajenas de tus principios, y de lo que debias á un hombre que tanto se desvelaba por tu bien. Mas ¿en qué vino á parar todo esto? En que arrebatado tú de un impulso de inhumanidad, y con una ingratitud que debería horrorizar á las mismas fieras, conspiraste contra mi vida, para quedar en una libertad absoluta, sin tener quien te pudiese salir al paso en el camino de tus caprichos, y de tus desórdenes. Para conseguirlo, mezclaste veneno en mi alimento, que no tuvo el efecto que deseabas, porque aunque me ví en sumo peligro de perecer, los médicos me ocurrieron oportunamente con remedios eficaces.

Pero ¡cuan contrarios son los sentimientos que inspira la bárbara filosofía de la incredulidad, de los que infunde aquella religion divina de que has apostatado; que tanto nos recomienda la caridad y la misericordia, aun para con los enemigos mas rabiosos! Me acor-

dé de que un Hombre Dios, colocado en un suplicio, no solamente sacrifica su vida en beneficio de sus mismos verdugos, sino que con una generosidad inaudita pide á su Padre Eterno el perdon para ellos; hasta llegar al estremo de disculparlos y de defenderlos. Esta accion generosísima, elogiada con entusiasmo aun por uno de los mayores enemigos de Jesucristo, Juan Jacobo Rousseau, me obligó á perdonarte de corazon una injuria y un perjuicio tan atroz. Y ¿cual fué la correspondencia? Causa rubor el decirlo. Presentarte á un juez, ante quien yo con justicia podia haber demandado contra tu vida, por atentador efectivo contra la mia, y acusarme calumniosamente de dilapidador de tus bienes; con el fin de que se me despojase de su administracion, y se te entregasen como á dueño, para girarlos por tí mismo.

Yo te convencí de calumnia, y di pruebas auténticas de mi desinterés, y de haber aumentado notablemente tus bienes; y sin embargo de que el magistrado falló contra tí, yo interpuse mis súplicas á fin de que no te parara en perjuicio, y de que se me exonerara de los encargos que me ha-

bia hecho tu padre. Se me admitió esta renuncia. En un momento te viste joven dominado de pasiones, libre, rico, y rodeado de amigos aduladores y corrompidos.

Todo esto formaba una nube horrosa que amenazaba terribles tempestades, que habian de descargar algun dia sobre tu cabeza. Así fué en efecto. Ympelido de la curiosidad, y de la inquietud é inconstancia de tu caracter, y alentado por malos consejos, partiste de tu pátria, sin director ni destino fijo, á viajar por la Europa, y correr córtes; acompañado solamente de otro joven aturdido, y notado de ateista, que fué, segun me dijeron, el que pervirtió tu corazon inocente. A los tres años vino de Europa un sugeto que te conocia, y me aseguró, haberte visto en una famosa capital, en compañia de los hombres mas impios y libertinos; que fuiste herido mortalmente en una pendencia, por rivalidad de amores ilícitos; y que despues escapaste fugitivamente de las manos de las autoridades, que te perseguian por incurso en una conspiracion contra el estado; de las que frecuentemente están maquinando los increí-

dulos, que no queriendo sujetarse á autoridad alguna, ni divina ni humana, pretenden apoderarse de las riendas de los gobiernos, alucinando á los pueblos con las voces lisongeras de filantropía, derechos imprescriptibles, y secrosanta libertad; con el fin de oprimirlos, tiranizarlos, y constituirlos víctimas de su codicia, de su ambicion y libertinage.

No volví á tener noticia de tí en los cuatro años siguientes, hasta ahora que acosado en todas partes de los rebeces de la fortuna, que has vuelto tu enemiga por tus extravagancias y delirios, has regresado á tu pátria, pobre, consumido, sin destino, sin protectores, y sin amigos; que pocos, ó ninguno quedan en el tiempo de la adversidad; pues el pobre y el infortunado, son unos enfermos contagiosos de quienes todos huyen; y, en fin, tú te has hecho un objeto, que ecsita la compasion aun del hombre mas insensible. Esta es en compendio la historia trágica de tu vida; cuya relacion te habrá sido muy desagradable, porque te he hablado con la ingenuidad y energia, que son impulsos del verdadero amor, y por la confianza que me inspira el engrei-

miento justo de haber hecho contigo los oficios de padre, en aquellos dias felices, que ya pasaron, y porque tú me has incitado á que te hablase con la franqueza que me caracteriza, muy opuesta á la vil adulacion de aquellos, que no siendo amigos tuyos, sino de tu fortuna, para aprovecharse de ella, te han sumergido en un abismo de desgracias. Si las proposiciones de mi narracion no están marcadas con el caracter de la verdad, replicame, y enmudeceré.

*Sever.* No has proferido más que un conjunto de verdades, que aunque muy amargas para mí, por ser tan ciertas y evidentes, me veo precisado á confesarlas con rubor y confusion; pero no puedo pasar por los títulos de impios y de libertinos, que das á las personas con quienes me acompañé en esa capital famosa de la Europa. Yo los solicité con ansia para constituirlos mis maestros; ellos correspondieron ecsattamente á mis deseos; porque me comunicaron unas luces brillantes con que se disiparon las tinieblas del fanatismo, y de la supersticion en que me habian sepultado mis padres, con una educacion propia de los siglos de la igno-

rancia, y de la barbárie. Ellos desterraron de mi corazon la pusilanimidad y bajeza, que infunden las ideas religiosas, é hicieron mi espíritu fuerte, despreocupado y sublime. Ellos me obligaron dulcemente á sacudir el yugo de la religion, y á ecsonerarme del peso enorme é insoportable de las obligaciones que ella impone, y ellos, arrancando de mis ojos la venda de la credulidad, que me tenia tan ciego, me hicieron conocer mi origen, al autor de mi ser, que no es otro que la naturaleza, mi fin, que no pasa mas allá de los limites del tiempo, y que la única felicidad á que debo aspirar consiste solamente en el goze de los bienes de la única vida que tiene el hombre, que es la presente. He aquí las luces de la filosofia con que me ilustraron.

*Clem.* Filosofia verdaderamente luminosa y benéfica, que haciendo á sus secua- ces hombres sin fe, sin religion, sin Dios, sin moralidad y sin conciencia, les abre un camino anchuroso para los placeres, para los desórdenes, y les señala un fin semejante al de las bestias. ¿Esta es la filosofia, que tanto encarece y ecsalta la grandeza y supe-

rioridad del hombre sobre los demas seres del universo? ¡Contradiccion monstruosa! En suma, segun tus espresiones, tu ilustracion te ha conducido hasta el extremo lastimoso de negar la ecsistencia de Dios, y te ha obligado á militar bajo las banderas del ateismo.

*Sever.* No es extremo lastimoso, sino envidiable. Ya mi espíritu no se aterrará con la idea molesta de un Dios, que observa todas nuestras acciones, para castigar unas supuestas ofensas. Este es un fantasma bueno para espantar niños, y gentes ignorantes. Ya no doblo la rodilla ante un ser imaginario, porque me hallo ilustrado con los resplandores de una filosofia, que me enseña, que no hay Dios en el universo; y si se quiere llamar Dios á la naturaleza, esta es el único Dios que yo reconozco; mientras que los idiotas y fanáticos se entretienen con la ilusion de un Criador y Gobernador del mundo. Me compadesco demasiado de su insensatéz y delirios.

*Clem.* Me veo precisado á decirte, que ahora mas que nunca me hé convencido del orgullo y altanería de los filósofos incrédulos, que son perpetuos despreciadores de todos aquellos que

no siguen su sistema de impiedad. No hay mas que leer sus escritos, y se verán llenos de ultrages, de improprios, de sarcasmos, de chocarrerías y de calumnias, con que faltan no solo á las leyes de la humanidad, sino tambien á los principios de una buena educacion. Quien ha sabido perdonarte mayores injurias, te perdona ahora los epitetos de idiota y de fanático con que tanto me honras. No siento mis desprecios, no la falta de respeto, ni la ingratitude con que me correspondes; siento sí tus extravios y tu perdicion. Las lágrimas que se desprenden de mis ojos, y corren á humedecer mis mejillas, te dán un testimonio del amor que te tengo. ¡Ay, amado Justino, si ahora reanimándose tus cenizas salieras del lugar del reposo eterno á observar la situacion lamentable de aquel Severo, que es la porcion idolatrada de tí mismo, la vehemencia del dolor te reduciria en un momento á la tumba silenciosa en que descansas! Procuré satisfacer tus deseos, haciendo cuanto pude por el bien de tu hijo; pero la disipacion de su espíritu, el capricho de su caracter, los malos libros y las peores compañías, lo han estraviado de las

sendas de la virtud, y de la religion, que son las únicas que conducen á la felicidad verdadera.

*Sever.* Qué ¿te enterneces? Qué ¿lloras? Aunque soy atea, mi corazón está dotado de sensibilidad, y me obliga á ceder á los impulsos de la naturaleza. No desconozco lo mucho que te debo, y la parte que tomas en mi suerte. El modo de espresarme es propio de mi carácter, y no del deseo de insultarte. He querido manifestar el sistema que he abrasado en materia de religion, y el convencimiento que tengo de la verdad de él, me ha impelido á hablarte con una franqueza de que te has dado por ofendido.

*Clem.* Pues qué, ¿por puro convencimiento niegas la existencia de Dios?

*Sever.* Sí; porque es propio de un filósofo investigar la verdad para abrazarla en donde quiera que la encuentre; y yo en el ateismo he hallado la verdad.

*Clem.* Pues bien: si tanto te glorías de ser filósofo, y por lo mismo amante de la verdad, si ésta la hallaras en el sistema contrario, ¿la seguirías?

*Sever.* Indudablemente. Pero este es un caso imposible.

*Clem.* Y ¿por qué lo juzgas imposible?

*Sever.* Por la falta de razones, á favor de la ecsistencia de Dios.

*Clem.* Y si yo te manifiesto razones sólidas y poderosas, ¿qué contestarás?

*Sever.* Si las razones fueren convincentes, diré que ecsiste Dios.

*Clem.* ¿Estás en disposicion de escucharlas?

*Sever.* Estoy tan convencido de la verdad de mi sistema, que me parece ocioso prestar oido á discursos contrarios.

*Clem.* Y yo estoy persuadido de que una de las causas principales por que muchos se mantienen en la incredulidad, es, porque leen libros, y escuchan discursos contrarios á la religion, y se desdenan con tono despreciador de leer, y de oir las pruebas á favor de ella. Un filósofo que desea sinceramente acertar, pesa unos y otros fundamentos en las balanzas de la razon, para desidirse imparcialmente por el partido de la verdad. Es suma injusticia sentenciar sin conocimiento de causa.

*Sever.* Para que veas que deseo el acierto, y que no quiero ser injusto, estoy dispuesto á escucharte las razones que quieras esponer á favor de la ecsistencia de Dios.

*Clem.* Antes de dar principio á mi discurso, debo advertir, que aunque yo no soy fi-

lósofo de profesion, me esforzaré á hablar filosóficamente. Para que convengamos en el modo de tratar esta cuestion, propondré solamente algunas de las razones que me parescan mas perceptibles y claras; porque siendo innumerables las que militan por mi sistema, ni yo las se todas, ni podría alegarlas sin hacer interminable nuestra conferencia: y por último te suplico, que moderes tu carácter, para tratar un asunto de tanta importancia, con la serenidad de ánimo propia de un filósofo, que quiere ceder á la voz imperiosa de la razon y de la verdad.

*Sever.* Te prometo irme á la mano, y conducirme con la moderacion debida.

*Clem.* Acepto la palabra; y por quanto nuestra conversacion ha sido muy difusa, y se nos ha hecho demasiadamente tarde, mañana daremos principio á nuestra conferencia, que yo espero humildemente en la proteccion del Dios benéfico y omnipotente, cuya ecsistencia voy á defender, que ha de dar energía y uncion á mis palabras, y á tí te ha de comunicar docilidad, para que quedando tu vencido, cantes la victoria sobre tí mismo, y éste que será el triunfo de su misericordia, lo hayamos de referir á

la gloria de su santo nombre. Así pues, Severo mio, hasta mañana.  
*Sever.* Hasta mañana Clemente.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS,  
 por la ecsistencia del mundo.

CONVERSACION SEGUNDA.

*Clem.* **S**evero, mi corazon ha culpado á la noche por la lentitud con que caminaba, pues sus pasos perezosos y tardíos la hacian eterna al que con impaciencia esperaba su fin: pero ¡cuanto me llenó de alegría el hermoso fébo, al asomar su semblante risueño por las cumbres elevadas de los montes! Este fué un anuncio de la llegada de aquel momento para mí tan deseado, en que hemos de comenzar nuestra conferencia. ¿Estás en la misma disposicion que ayer, para escuchar las razones y fundamentos de la ecsistencia de Dios?

*Sever.* Estoy en la misma. Tengo empeñada mi palabra, y la he de cumplir hasta el fin.

*Clem.* Mi voluntad no sufre demoras; y así demos principio á nuestro asunto.  
 Para demostrar evidentemente la ec-

sistencia de Dios; esto es, de un sér eterno, infinitamente sábio, poderoso, providente, benéfico y bondadoso, conjunto y agregado de infinitas perfecciones, criador y conservador del universo, por quien todas las cosas visibles é invisibles ecsisten, se mueven y obran, primer principio y último fin de todos los seres, y fuente inagotable de todos los bienes; me valdré de unas pruebas eficaces, claras y perceptibles, aun á los entendimientos mas rudos, y mas estúpidos. De suerte, que será el hombre mas insensato el que recibiendo el golpe de la luz espiendorosa de la verdad, cierre obstinadamente los ojos para sumergirse en el abismo tenebroso del error y de la falsedad. Es indudable que para el hombre que no admite la revelacion, ni los principios de la fe, no queda otra clase de argumentos con que convencerlo, que los que se tomen de la razon natural; y tanto mas, quanto los incrédulos se jactan de ser defensores de la razon natural, y de no admitir otros principios que los que dimanen de ella. En esta virtud, yo no usaré otras pruebas que las que me ministra la luz de la razon, y me acomodaré en quanto me sea posible, al estilo de que usan los

la gloria de su santo nombre. Así pues, Severo mio, hasta mañana.  
*Sever.* Hasta mañana Clemente.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS,  
 por la ecsistencia del mundo.

CONVERSACION SEGUNDA.

*Clem.* **S**evero, mi corazon ha culpado á la noche por la lentitud con que caminaba, pues sus pasos perezosos y tardíos la hacian eterna al que con impaciencia esperaba su fin: pero ¡cuanto me llenó de alegría el hermoso fébo, al asomar su semblante risueño por las cumbres elevadas de los montes! Este fué un anuncio de la llegada de aquel momento para mí tan deseado, en que hemos de comenzar nuestra conferencia. ¿Estás en la misma disposicion que ayer, para escuchar las razones y fundamentos de la ecsistencia de Dios?

*Sever.* Estoy en la misma. Tengo empeñada mi palabra, y la he de cumplir hasta el fin.

*Clem.* Mi voluntad no sufre demoras; y así demos principio á nuestro asunto.  
 Para demostrar evidentemente la ec-

sistencia de Dios; esto es, de un sér eterno, infinitamente sábio, poderoso, providente, benéfico y bondadoso, conjunto y agregado de infinitas perfecciones, criador y conservador del universo, por quien todas las cosas visibles é invisibles ecsisten, se mueven y obran, primer principio y último fin de todos los seres, y fuente inagotable de todos los bienes; me valdré de unas pruebas eficaces, claras y perceptibles, aun á los entendimientos mas rudos, y mas estúpidos. De suerte, que será el hombre mas insensato el que recibiendo el golpe de la luz esplendorosa de la verdad, cierre obstinadamente los ojos para sumergirse en el abismo tenebroso del error y de la falsedad. Es indudable que para el hombre que no admite la revelacion, ni los principios de la fe, no queda otra clase de argumentos con que convencerlo, que los que se tomen de la razon natural; y tanto mas, quanto los incrédulos se jactan de ser defensores de la razon natural, y de no admitir otros principios que los que dimanen de ella. En esta virtud, yo no usaré otras pruebas que las que me ministra la luz de la razon, y me acomodaré en quanto me sea posible, al estilo de que usan los

verdaderos filósofos en tales materias. Por tanto, discurro de esta manera.

Todos los seres que vemos en el universo, y que lo componen, son contingentes; esto es, que de tal modo ecsisten, que pudieran no haber ecsistido; ó que antes de ecsistir eran indiferentes para ecsistir ó no ecsistir: pues cualquiera cosa que tiene esta indiferencia para ecsistir, ó no, necesita de una causa que lo determine á la ecsistencia. Por ejemplo: los hombres que actualmente vivimos, hubo tiempo en que no ecsistiéramos, y para ecsistir fué necesario que recibiéramos el ser de otros hombres, y estos mismos lo recibieron de otros anteriores, y estos de otros, y así succesivamente iremos retrocediendo hasta venir á parar en un hombre, que no recibió el ser de otro hombre, sino de una causa enteramente distinta de los hombres, y que es primera causa de todos los hombres. Figúrate una cadena suspensa en el ayre, cuyo último eslabon depende del penúltimo, este del antepenúltimo, este del anterior, y así succesivamente vendrán á terminar todos los eslabones en el primero, que no pudiendo sostenerse por sí mismo, es necesario que sea sostenido por otra cosa.

Pues si los hombres que son los seres mas escelentes entre todos los visibles del universo, han recibido la ecsistencia de una primera causa, los demás seres inferiores es claro que tambien ecsisten por un principio que los ha producido, y que es su primera causa. Pues esta primera causa es á quien reconocemos con el nombre de Dios: luego ecsiste este Dios, primer principio y causa de todos los seres.

*Sever.* El número de los hombres es infinito; y así aunque váyamos retrocediendo con el pensamiento, nunca concebiremos uno que haya sido primero; y por consiguiente todo tu argumento es falso.

*Clem.* Todos los filósofos sensatos reprueban el proceder hasta lo infinito, de manera que se vaya pasando de causa en causa, sin venir á llegar á la primera; porque esto, en substancia, es no manifestar la principal causa de las cosas; y por lo mismo este modo de discurrir ni es propio del filósofo, ni del racional. El verdadero saber consiste, en conocer el por qué de cualquiera cosa. Es propio del entendimiento humano la investigacion de la verdad, y este no descansa mientras no llega

á encontrarla; y procediendo hasta lo infinito en el orden de las causas, nunca podrá alcanzar la verdad; y así en lugar de descansar con la posesion de su objeto, siempre vivirá atormentado. Hé aquí un modo de discurrir racionalmente en este ejemplo sencillo: una casa está hermosamente formada, porque sus materiales están colocados con la debida proporcion; esta proporcion la tiene por el entendimiento del artífice; á este entendimiento lo movió la voluntad; á la voluntad la movió el interes de adquirir dinero; este interes nace de la necesidad de comer; esta procede de la precision de conservar la vida; y esta es la causa primera por qué el artífice fabricó aquella casa tan hermosa: porque de otro modo no hubiera satisfecho los deseos del que se la mandó edificár, y así no habria adquirido lo necesario para conservar la vida.

Pero respondiendo directamente digo. En este número infinito de hombres ¿hubo alguno que ecsistiera primero que los otros, ó no lo hubo? Si lo hubo, este se dió el sér á sí mismo, ó lo recibió de otro? Es claro que no pudo dárselo á sí mismo, porque ninguno

puede dár, ni hacer alguna cosa antes de ecsistir; y así el primer hombre recibió de otro el ser; este otro es la primera causa de todos los hombres, y esta primera causa es Dios. Si en este número infinito de hombres no hubo quien fuera el primero de todos, es manifiesto que muchos ó infinitos ecsistieron juntos á un mismo tiempo; y en este caso vuelvo á formar el mismo argumento: conque debes convencerte, de que ya ecsistiera uno primero, ó ya ecsistieran muchos á un mismo tiempo, los hombres reconocen un primer principio y causa de su ser, enteramente distinta de ellos; y este es Dios.

*Sever.* Ni hubo primer hombre; ni los hombres tienen una causa primera de su ser: ellos han ecsistido desde que hay mundo, y el mundo es eterno; luego la generacion de los hombres viene desde la eternidad, y así no tienen un primer principio de su ecsistencia.

*Clem.* Para no oprimir tu imaginacion con un peso enorme de razones muy sólidas, con que los filósofos y los teólogos prueban eficazmente, que es un solemne desatino asegurar, que el mundo es eterno, elegiré para tu convencimiento algunas de aquellas razones mas claras

y mas concluyentes. Dime de buena fe, podrá alguno afirmar racionalmente que los hombres por los infinitos siglos de la eternidad han vivido sepultados en las tinieblas de la ignorancia de todas las ciencias, y de todas las artes, y aun de aquellas que son mas necesarias para la comodidad, utilidades y conservacion de su vida?

*Sever.* Ninguno puede afirmar racionalmente tal absurdo.

*Clem.* Pues tu eres uno de los que lo afirman. Mira aquí la razon. Nosotros no tenemos otro medio para saber los hechos que precedieron á nuestra existencia, que las historias que los refieren, ó por escrito, ó de palabra, que pasando de boca en boca hasta nosotros, hacen una historia verbal. Pues por las historias consta, que el descubrimiento é invencion de las ciencias y de las artes, ha sido de siete mil años á esta parte; por consiguiente, si el mundo es eterno, en los infinitos siglos de la eternidad que antecedieron á estos siete mil años, los hombres todos vivieron en esa ignorancia horrorosa é increíble. Pasemos á la prueba con las historias.

La filosofia, bajo cuyo nombre se com-

prenden todas las ciencias naturales, no hallarás que tenga un origen mas antiguo que Adan, á quien reconocemos por el primero de todos los hombres. Desde la época de su existencia, hasta el tiempo en que vivimos, se han ido descubriendo é inventando todas las ciencias y todas las artes. Haré mencion en particular de las mas útiles y necesarias, segun refieren las historias; y aunque es cierto que acerca de los inventores de dichas ciencias y artes, y acerca de las épocas en que comenzaron á ejercitarse, se hallan diferencias notables entre los historiadores, es igualmente cierto, que todo esto ha sucedido en el espacio de los siete mil años que cuenta el mundo de su existencia, segun los cómputos cronológicos de mas estension.

Los que creemos la creacion del mundo, conforme se refiere en el libro del Génesis, estamos convencidos de que Adan recibió de Dios todos los conocimientos de las ciencias, que son necesarias para el bien y conservacion de la vida humana, para que él, como padre universal de los hombres, los comunicára á sus hijos inmediatos, y estos á otros succesivamente. Pero ha-

blemos de las historias profanas, y veámos qué nos dicen acerca de las diversas ciencias que se comprenden en la palabra filosofía.

La Lógica, que es la ciencia que da reglas para la investigación de la verdad, y para distinguir lo verdadero de lo falso, tuvo por autor á Zenon Eleates; segun dice Aristóteles, y este redujo la Lógica á mejores preceptos y forma.

La Física, ó aquella parte de la filosofía, por la que se ecsaminan y esplican la naturaleza, causas y efectos de todos los cuerpos ecsistentes en el universo, se ha estudiado desde que hay hombres, pues sus necesidades y el deseo de saber, los ha obligado á ello; pero de los primeros filósofos que hayan escrito de esta ciencia, no halló otros mas antiguos que Archelao; segun refiere Diogenes Laercio, y Estratón de Lampsac, fisico antiquísimo, discipulo de Teofrasto; y otros dicen, que el primero que escribió fué Alcmeon, en la olimpiada 69, año 250 de la fundacion de Roma. Pero la Física no comenzó á ilustrarse hasta el tiempo de los siete sábios de Grecia, que fueron, Tales Milesio, Periandro, Biantes, Solón, Pitacco,

Quilón, y Cleobulo, que fué el último, y murió en la olimpiada 70; y el primero que tomó el nombre de filósofo, fué Pitágoras, discipulo de Ferecides Siro, y este de Pitacco.

De la Astronomía, ó Astrología, que es la ciencia de conocer el lugar y movimiento de los astros, y la division de los tiempos, Plinio y otros hacen inventor á Atlante, rey de Mauritania, que vivió por los años 2412 del mundo. Luciano afirma, que la inventaron los Etiopes de quienes la aprendieron los Egipcios, que celebran por su maestro á Hermes, que ecsistió en tiempo de Osires su rey; y prescindiendo de otras opiniones de los historiadores, lo cierto es, que segun Josefo, los inventores mas antiguos fueron los hijos de Seth, hijo de Adan.

De la filosofía moral, que trata de las costumbres de los hombres, y da reglas para la práctica de la virtud y fuga del vicio, el mas antiguo que escribió, fué Moisés, que murió el año de 2553 del mundo, y despues entre los gentiles fué Cleobulo, que, como dije, falleció en la olimpiada 70.

Los Egipcios aseguran, que su rey Mercurio Trimegisto fué el inventor de

la medicina, y este, segun los cómputos astrológicos, ecsistió en los tiempos de David, que murió el año 2990, y de Salomon, que falleció el año 3030. Otros dicen, que su invencion se debe á Apis rey de Sinope, ó segun otros, de Egipto, que fué mucho mas antiguo que Mercurio, y así venimos á deducir, que la medicina ejercitada como ciencia, empezó á florecer en la opinion de la mayor antigüedad, por los años 2053 del mundo. La Cirujía se atribuye á Esculapio que ecsistió posteriormente.

Las leyes son tan necesarias para el bien estar de los hombres, que Ciceron decia, que sin ellas no puede permanecer una casa, ni una ciudad, ni una nacion, ni el género humano, ni aun el mismo universo. Pues hablando del derecho civil, y de la institucion de las leyes, dicen los escritores, que Mercurio Trimegisto las dió á los Egipcios; Dracon y Solon á los Atenienses; Licurgo á los Espartanos; Minos á los Cretenses; Filolao á los Tebanos; Rómulo y Numa á los Romanos; y otros á otras naciones, que seria muy largo referir. Dicen Pomponio, Diodoro, y Plinio, que Ceres fué la primera que dió leyes á los hombres, y esta segun

los cálculos de Eusebio, fué posterior á Moises. Pero prescindiendo de opiniones sobre la antigüedad del origen de las leyes, aun quando este lo vayamos á buscar en el nacimiento de las monarquias, y de los gobiernos organizados, hallaremos, que estos por antiguos que se supongan, segun las historias, comenzaron á ecistir despues del diluvio universal.

Omitiendo los inventores de otras ciencias; para no hacer nuestra conversacion tan dilatada, hablemos algo de los inventores de las artes. Los inventores mas antiguos de las letras, caractéres, y geroglíficos para espresar los conceptos, fueron los hijos de Seth, nietos de Adan, que segun Josefo, las gravaron en unas columnas; pero otros historiadores las arribuyen respectivamente á otros que ecistieron despues del diluvio. La invencion de las letras gravadas en láminas se le debe á Juan Gutemberg, ciudadano de Maguncia, en el año 1440 de Jesucristo; y en este mismo siglo se perfeccionó la impresion con letras separadas como ahora se acostumbra, cuyo uso lo introdujo en Roma, Conrado, y segun otros Sixto Resinger; y todos convie-

nen, en que las primeras obras que se imprimieron, fueron los libros de la Ciudad de Dios, de S. Agustin, las instituciones de Lactancio, y los oficios de Ciceron.

Acerca de los edificios, que son el objeto de la arquitectura, la ciudad mas antigua de que tenemos noticia, fué la que fabricó Cain, con el nombre de Enós su hijo, segun dice Moyses, y despues del diluvio, la que edificó Nemerot; sin embargo de que Diodoro dice, que el primer inventor fué Pallas, que ecsistió mucho tiempo despues.

Sobre la invencion de las naves no descubrimos artifice mas antiguo que Noé, que fabricó la Arca, en que se salvó del diluvio.

De los inventores de las otras naves, despues de los tiempos de Noé, y de la náutica, ó ciencia de navegar, hay suma diversidad entre los historiadores.

No dando tú credito á las divinas Escrituras, por las que consta, que Adan fué el primer inventor de la agricultura, te ves precisado á confesar, que su inventor mas antiguo, segun los escritores profanos, fué Baco, ó por otro nombre Osiris, Rey de Egipto, que ecsistió

segun los cómputos de Gordono en el año de 2537. del mundo.

Dice Plinio, que los primeros escultores fueron Dipeno, y Scellis su hermano, que nacieron en Creta, en la Olimpiada 50; pero lo cierto es, que los escritores convienen, en que la idolatría tuvo origen de la estatua de Nemerot, ó Belo, dedicada por su hijo Ninno, que ecsistió muchos siglos antes que los artifices de que habla Plinio; pero Ninno vivió despues del diluvio. Hay variedad acerca de los inventores de la pintura. Plinio la atribuye á Giges Lidio, en Egipto, y Aristóteles á Pirro, en la Grecia; pero estos dibujaban solo delineando el cuerpo. Polignoto inventó el vestido y los adornos. Cleonifanto Corintio, los colores, y Apolidoro Ateniense el pincel. Todos estos ecsistieron mucho tiempo despues del diluvio.

La necesidad de abreviar nuestra conferencia me obliga á omitir los descubridores ó inventores de las demas ciencias y artes liberales, mecánicas y serviles; pero esto afirmo con la seguridad de no ser desmentido, que todas las ciencias, y todas las artes, han sido descubiertas é inventadas desde

mil años á esta parte, y si nó registra, ecsamina todas las historias, todas las tradiciones, y todos los monumentos públicos y privados de todos los siglos, y de todos los pueblos de la tierra, y preséntame un inventor de ciencia, ó arte, que haya ecsistido antes de estos siete mil años, y entónces llevarás la palma de la victoria: pero estoy cierto de que no me lo presentarás, porque el historiador mas antiguo de que habla la fama es Beroso Caldeo, y este comienza su narracion por el diluvio de Noé.

Pues bien, si tu convienes en que es un absurdo creer, que los hombres que ecsistieron en los infinitos siglos de la eternidad, anteriores á estos siete mil años, viviesen sin el conocimiento de aquellas ciencias y de aquellas artes, que són las mas necesarias para la conservacion y utilidades de la vida, y por otra parte tú no das una prueba de que en esos siglos haya habido tales ciencias y tales artes, es forzoso que convengas en que, ó no han ecsistido los hombres desde la eternidad, y así es un delirio asegurar que el mundo es eterno, ó que los hombres de esos siglos vivieron sumergidos en

la ignorancia de todas las ciencias, y de todas las artes, y que por lo mismo mas bien fueron brutos, que racionales, y que descendiendo nosotros de ellos, serémos igualmente brutos. Este honor me parece no lo han de admitir los señores incrédulos que se glorian de ser muy racionales, y maestros ilustradores de todo el universo.

*Sever.* El que no tengámos noticia de las ciencias y de las artes, de los siglos anteriores á estos siete mil años, no es prueba de que no las haya habido, porque bien puede haberse perdido su memoria en la noche obscurísima de esos innumerables siglos de la eternidad. Tu argumento es negativo, y esta clase de argumentos son de poca ó ninguna fuerza.

*Clem.* Pero las ciencias, cuya memoria se perdió en la noche obscurísima de esos innumerables siglos de la eternidad, ó renacieron, si es que murieron, ó quedaron para siempre muertas. Si nunca renacieron, se sigue el absurdo, que ya te previne, de que por innumerables siglos vivirían los hombres como brutos, careciendo enteramente de artes y ciencias; y si volvieron á nacer, debería ciertísimamente ecsistir la memo-

ria de esa resurreccion acaecida en cualesquiera epocas que me asignes.

Por lo que toca al argumento, negativo cuyo vigor me niegas, debes saber, que los criticos convienen en que hay casos en que el argumento negativo es poderoso; cuando la cosa que se afirma es de tal naturaleza, que si hubiera sucedido habria alguna constancia de ella, el no haber esta constancia es prueba de que no sucedió. La ecsistencia de las ciencias, y de las artes, es cosa de mucha importancia y consideracion, y así la falta de constancia de la ecsistencia de ellas, es prueba muy poderosa de que no existieron: porque de lo contrario, cualquiera querría tener derecho para que se le creyesen todos los sucesos que refiriéra; sin presentár documento ni testimonio de ello. Mira otra razon de que si hubiera habido tales ciencias y artes, debería haber alguna constancia. Los hombres son amantes de la gloria y de la alabanza; de esto ha dimanado, que todas las naciones y todos los pueblos hayan procurado conservar por medio de escritos, de pinturas, de inscripciones, ó por lo menos de palabra, algun acontecimiento, in-

vencion, ó hecho que les da honor. De esto se deduce, que es enteramente increíble, que si hubiera habido alguna ciencia, ó arte, se hubiera perdido su memoria y su noticia; yo me convenceré con que siquiera me cites algun monumento, ó historiador fidedigno, que asegure, que hubo tales ciencias y artes en esos siglos eternos, ó por lo menos que me manifiestes el modo en que probablemente pudo haberse perdido la memoria de ellas.

*Sever.* Es muy facil esplicarlo, por los diluvios que han inundado la tierra.

*Clem.* Aristóteles y otros filósofos han demostrado, que por causas naturales no puede verificarse un diluvio general, que cubra toda la tierra. El que los cristianos confesámos, lo atribuimos á causa sobre natural, esto es, á la justicia de Dios, que quiso con él castigar las iniquidades de los hombres; pero como tú no admites causa sobre natural alguna, debes convenir, estando á la sentencia y razones de estos filósofos, que no ha habido diluvio alguno general; por consiguiente, tu respuesta estriba en un supuesto falso.

*Sever.* Las historias nos refieren algunos diluvios. Conque el supuesto es verdadero.

*Clem.* Fuera del diluvio de Noé, no ha habido otros universales, sino particulares, como el que anegó la Atica, y otro la Tesalia, del que tomaron ocasion los poetas para fraguar la fábula de Deucalion. Pero aunque yo admita todos los diluvios generales que tú quisieres, esto en lugar de favorecerte, es contra tí. Vamos á la razon. En esos diluvios ó perecieron todos los hombres, ó no perecieron todos: si perecieron, ya se rompió la cadena de la sucesion de unos hombres de otros, en que los unos eran la causa de ser de los otros. Esta sucesion era un orden eterno de causas, segun tus principios: por otra parte, el orden eterno de causas, segun tus mismos principios, es inmutable, no se puede interrumpir; luego en este caso incurres en una contradicion manifiesta, lo cual es contra tí. Ademas de esto, nosotros que hemos existido despues, ¿de quienes hemos recibido el ser? ¿decendémos de las piedras, de las plantas, ó de quienes? Si no perecieron todos los hombres en esos diluvios ¿es posible que algunos, ó alguno de los que se salvaron, no nos hubiese transmitido, y comunicado la noticia de alguna ciencia,

ó arte, ó suceso, que hubo antes de esas inundaciones generales; así como sucedió en el único diluvio universal, que nosotros creemos? Pues por medio de Noé y de su familia, que se salvaron en el arca, sabemos innumerables cosas que hubo antes del diluvio. Así tambien sucede en una batalla en que perece un ejército, en un naufragio en que se sumerge una nave, y en un incendio en que se abrazan los habitantes de una casa ó pueblo; que aquellos ó aquel que se libran de la ruina, refieren muchos sucesos que acompañaron y antecedieron á estas desgracias. Pero de esos diluvios que tú supones, ¿es posible que no nos haya quedado noticia alguna de lo que en ellos, ó antes de ellos sucedió? ¿Que prodigio tan singular!

Pero de tu misma respuesta pretendo sacar un argumento poderoso contra tí. Observamos con evidencia, que cayendo las lluvias sobre los montes, bajan á las llanuras las aguas turbias por la mezcla de las partículas de tierra de los mismos montes; por lo que es necesario que estos se vayan disminuyendo, aunque insensiblemente; pues en el caso de ser el mundo eter-

no, los montes tambien serian eternos, como porque no me podrás dar una razon convincente con que pruebes, que siendo el mundo eterno, los montes se habrian formado en tiempo por causas naturales. Y así, si los montes fueran eternos, ciertamente ya se habrian allanado con las lluvias, que hubieran caido sobre ellos en los infinitos siglos de la eternidad. Y con mucha mayor razon debemos decir esto, si hubiera habido esos diluvios que suponen ustedes los ateistas. Vemos que agitado el mar con los vientos, se forman las olas levantándose en figura de montañas, chocan unas contra otras, dando bramidos horribles, y juegan con las naves mas pesadas, como un niño con una pelota: Pues si solas las lluvias hubieran sido bastantes para allanar los montes eternos, ¿quanto mas hubieran contribuido á esto, los choques contra los montes de las olas de esos diluvios generales impelidas por los vientos?

*Sever.* Esa pérdida de materia de los montes, causada por las lluvias, se compensa por la agregacion de otras materias estrañas, conducidas por los vientos y otros medios.

*Clem.* No hay razon fisica con que puedas probar racionalmente, que la reposicion de la materia por los vientos y otros medios, sea matemáticamente igual á la pérdida causada por las lluvias, y así es necesario, que la agregacion de la materia estraña sea ó menor, ó mayor que la cantidad que se pierde por las aguas. Si es menor, claro es, que la pérdida por pequeña que se suponga en cada año, ya en los infinitos siglos de la eternidad habria subido á una cantidad tan enorme, que hubiera bastado á allanar enteramente los montes. Si la reposicion es mayor, por corta que sea, ya en siglos infinitos habria aumentado tanto los montes, que hubieran crecido hasta lo inmenso; pero ni uno ni otro ha sucedido; luego el mundo no es eterno.

*Sever.* Por los terremotos y por las erupciones volcánicas se puede reponer á los montes, la materia que pierden por las lluvias.

*Clem.* Esta es una respuesta arbitraria, que dan los ateistas para eludir la fuerza del argumento que te he propuesto. Sabemos que lugares y aun ciudades enteras se han hundido por los terremotos; y hasta ahora no sabemos que

por estos se hayan formado ni aumentado los montes; y yo no comprendo, como los terremotos hayan resarcido á los montes la parte que les robaron las aguas.

Cuanto á los volcanes digo, lo primero, que convengo en que por sus erupciones podrá formarse algun monte en una llanura; pero si esto ha sucedido, habria sido rarisimas veces. Lo segundo, que aunque es cierto que un monte se puede aumentár en su esterior, con la materia interior que extrae acia fuera la erupcion volcánica, tambien es cierto, que esta misma explosion arranca multitud de piedras, y otras materias de la superficie, y las arroja fuera del monte, con lo que suele ser mas la pérdida, que la compensacion. Ultimamente, aunque por las erupciones volcánicas se compensára la materia que pierden los montes por las lluvias, esto se verificaria en aquellos poquisimos que tienen volcanes; pero no en aquellos que no los tienen, que son casi todos.

Concluyámos este punto con este otro raciocinio contra la eternidad del mundo. Si el mundo fuera eterno, sería tan numerosa la multitud de los hombres,

que ecsistieran actualmente, que no cabrian en toda la estencion de la tierra. Es constante que un pueblo es tanto mas numeroso, quanto mas remoto y lejos se haya de su origen, esto es, de aquel ó aquellos que fueron sus progenitores y fundadores. Se ha observado, que una isla, ú otro lugar desierto se ha poblado con muy pocos individuos, y el número de sus descendientes ha ido aumentandose á proporcion de lo que se han ido alejando del tiempo de sus primeros pobladores. Este aumento ha sido mas ó menos, segun la salubridad, ó insalubridad del clima, y segun los mayores ó menores medios de subsistencia. Por ejemplo, segun las observaciones del baron de Humboldt en las llanuras encumbradas de nuestra México, el número de los nacidos respecto del de los muertos, es como de 230, á 100, y en todas las regiones frias, que son las mas de la América mexicana, están en la proporcion de 200, á 100; de modo, que segun los cálculos de este sabio viagero, la poblacion de nuestra América debería duplicarse en el espacio de 36 á 40 años; sin embargo asegura que personas muy instruidas en la materia, se inclinan á creer,

que los progresos han sido mas rápidos, y así se duplicaria la poblacion en menos tiempo, si no lo embarazaran la peste, y las demás plagas destructoras de la humanidad.

En confirmacion de esto hagámos mención de los datos siguientes. Segun el empadronamiento del año de 1793, y los cálculos de personas inteligentes, la poblacion entonces de la América mexicana, que se llamaba, nueva España, era de cinco millones y doscientas mil almas, y el aumento que regulaba Humboldt cada año era de ciento cincuenta mil, en años sin peste, ni otra plaga; y desde 1793, hasta 1824, se ha aumentado la poblacion en 3 millones de habitantes, segun el catecismo geográfico, que salió á luz en Londres dicho año de 1824. De manera, que la poblacion se ha aumentado en mas de una mitad, en el tiempo de 31 años, á pesar de la plaga de muchas pestes, y de una guerra desoladora que ha padecido nuestra América en este espacio.

Es evidente que el imperio de la Rusia padeciendo estas calamidades, especialmente la de la guerra, de cuyo azote está afligida con frecuencia, ha tenido unos aumentos asombrosos.

Segun la obra estadística de Mr. Hermann, el empadronamiento del año de 1763 dió catorce millones setecientas veinte mil almas. Resulta del que se hizo en 1783 cerca de veinte y cinco millones setecientas y setenta y seis mil almas; y en 1805 la poblacion de la Rusia se valuaba en 40 millones: que es decir, que en 42 años tuvo un aumento de 25 millones, y 280 mil individuos. En los Estados unidos del norte se ha visto desde el año de 1774 duplicarse la poblacion en 22 años: segun Humboldt parece que este cálculo está tomado de las tablas estadísticas de Mr. Samuel Blodget. Finalmente, aunque en otros estados sea menor el aumento de la poblacion, siempre es estable, segun la relacion de los viajeros, y de otros que tratan sobre este asunto. Asentados estos cálculos, pasémos á los del sabio Taquet, que regula el número de los habitantes de toda la tierra en cada siglo, en dos mil millones. Pero yo quiero suponer, que sean muy ecsagerados los cálculos del aumento de la poblacion, y los de los habitantes del globo en cada siglo, y así rebajémoslos hasta su mitad, y demos que en cada siglo ecsisten en todo el

orbe solamente mil millones de hombres, y que este número se duplique, no como en la Rusia, en la que en 42 años se triplicó la población; ni como en los estados unidos del norte, en donde en 22 años se duplicó; sino que se duplique cada mil años, ó si quieres cada diez mil, que para eso tenemos sobrados siglos de que echar mano; pues en tu sistema el mundo tiene de existencia infinitos, porque es eterno.

Hechos estos cálculos en que confieso que puede haber muchos yerros, ó por exceso, ó por defecto, pues no son susceptibles de una exactitud matemática, repito, que si el mundo fuera eterno, deberían vivir un número tan incalculable de hombres, que no cabrían en toda la estension de la tierra; porque existiendo el género humano desde la eternidad, habría ido atravesando la serie de infinitos siglos, y así aunque hubieran sido muy pocos, ó uno solo allá en su principio (si acaso en la eternidad se puede concebir principio) y aunque se hubiera duplicado su número cada diez, ó veinte mil años, sería tan extraordinario, y tan inconcebible el número de los hombres

que existirían en la actualidad, que ningunos guarismos bastarían para calcularlos, y toda la estension de la tierra no sería bastante para hospedarlos.

EL MUNDO NO SE FORMO POR LA casualidad, sino por un ser sabio y omnipotente.

### CONVERSACION TERCERA.

*Sever.* **B**ien, aunque tú me convenzas de que el mundo no es eterno, no me convencerás de que tubo un autor de quien recibió el ser. Porque muchos filósofos han explicado sabiamente la formación del mundo, sin que sea necesario fingirse un Dios que lo criara. Lo esplican de este modo. Existieron desde la eternidad una multitud infinita de cuerpecillos ó partículas, que se llaman átomos; estos moviéndose incesantemente por todos los espacios, y ácia todas partes, se vinieron á unir, y á convinar casualmente de tal modo, que formaron todos los cuerpos, y todos los seres de que consta el universo.

*Clem.* ¡O cuantos disparates, y cuantos de-

orbe solamente mil millones de hombres, y que este número se duplique, no como en la Rusia, en la que en 42 años se triplicó la población; ni como en los estados unidos del norte, en donde en 22 años se duplicó; sino que se duplique cada mil años, ó si quieres cada diez mil, que para eso tenemos sobrados siglos de que echar mano; pues en tu sistema el mundo tiene de existencia infinitos, porque es eterno.

Hechos estos cálculos en que confieso que puede haber muchos yerros, ó por exceso, ó por defecto, pues no son susceptibles de una exactitud matemática, repito, que si el mundo fuera eterno, deberían vivir un número tan incalculable de hombres, que no cabrían en toda la estension de la tierra; porque existiendo el género humano desde la eternidad, habría ido atravesando la serie de infinitos siglos, y así aunque hubieran sido muy pocos, ó uno solo allá en su principio (si acaso en la eternidad se puede concebir principio) y aunque se hubiera duplicado su número cada diez, ó veinte mil años, sería tan extraordinario, y tan inconcebible el número de los hombres

que existirían en la actualidad, que ningunos guarismos bastarían para calcularlos, y toda la estension de la tierra no sería bastante para hospedarlos.

EL MUNDO NO SE FORMO POR LA casualidad, sino por un ser sabio y omnipotente.

### CONVERSACION TERCERA.

*Sever.* **B**ien, aunque tú me convenzas de que el mundo no es eterno, no me convencerás de que tubo un autor de quien recibió el ser. Porque muchos filósofos han explicado sabiamente la formación del mundo, sin que sea necesario fingirse un Dios que lo criara. Lo esplican de este modo. Existieron desde la eternidad una multitud infinita de cuerpecillos ó partículas, que se llaman átomos; estos moviéndose incesantemente por todos los espacios, y ácia todas partes, se vinieron á unir, y á convinar casualmente de tal modo, que formaron todos los cuerpos, y todos los seres de que consta el universo.

*Clem.* ¡O cuantos disparates, y cuantos de-

lirios en uno! No es de admirar que á Demócrito, á quien se atribuye la invencion de este sisetma, lo premiasen sus conciudadanos con entregarlo á Hipócrates, para que lo curase como á loco. Los ateistas por no admitir un ser eterno que es Dios, se ven en la precision de admitir infinitos seres eternos, que son los atomos. ¿Conque estos cuerpesitos fueron la materia de que se formó la máquina hermosísima y maravillosa del universo; el movimiento fué el único trabajador; y el arquitecto y director fué la casualidad? ¡O que artifice tan sabio! Estos atomos tubieron un movimiento eterno, ó no lo tubieron. Si lo tubieron, ¿es posible que en los infinitos siglos que precedieron á la formacion del mundo, no hubiesen hecho cosa alguna? Y sino tubieron el movimiento eternamente ¿quien se los comunicó? Porque segun los principios ciertos de la fisica, todo cuerpo que está en quietud, necesita de una causa esterna, que lo ponga en movimiento. Dice el axioma filosófico, todo lo que se mueve, se mueve por otro. Todo cuerpo por su naturaleza es indiferente para el movimiento, ó para la quietud; y así para tener movimiento,

necesita que otro se lo comunique, y á este, otro, y al otro, otro, y así sucesivamente hasta venir á terminar en un primer motor, que dando movimiento á todos los cuerpos, él no lo reciba de otro alguno: esta es la primera causa, este es Dios.

Además de esto: ¿el movimiento era una propiedad esencial, ó accidental á los atomos? Por propiedad esencial, como sabes, se entiende aquella que la cosa tiene por su naturaleza, sin la cual, ó no puede ecsistir, ó no puede concebirse. Y propiedad accidental es aquella sin la que la cosa ecsiste y se concibe, y le viene de una causa estrínseca. Es claro que el movimiento no es esencial á los atomos, porque fuera de que todos los filósofos sensatos afirman, que el movimiento no es una propiedad esencial á la materia, la esperiencia enseña, que infinitos cuerpos ecsisten sin movimiento, sin que les falte nada de los constitutivos de verdaderos cuerpos. Y en el caso de que los atomos hayan formado todos los cuerpos, ya perdieron su movimiento en aquellos cuerpos que se hallan en quietud: siendo así, que nin-

gun ser puede naturalmente perder una propiedad esencial.

*Sever.* Es cierto que todo lo que se mueve en tiempo, reconoce una causa que lo mueva; pero los atomos se movian desde la eternidad; y así, como su movimiento no tuvo principio, no reconoció causa alguna.

*Clem.* Esa es una respuesta arbitraria que nace de una mera adivinanza, y que se opone á las reglas de la lógica. Los ateistas fingén, que pudo haber tales atomos, y que pudieron tener un movimiento eterno, y con esto ya dan la cosa por hecha. Aun cuando esto hubiera sido posible, de ahí no se infiere que realmente fué así. Es un raciocinio pésimo el que se forma de este modo: una cosa puede ser; luego es efectivamente. Ynfinitas concebimos que pueden ser, y con todo eso no son. Y así los ateistas debian dar una razon sólida y convincente de que lo que aseguran pudo ser, y que realmente ha sido.

Segunda razon. ¿Los atomos se movian ácia un mismo lado, ó á diversos? Si á un mismo lado, entónces no pudieron unirse y combinarse entre si, de modo que formáran los cuerpos, porque para es-

to se necesitaban movimientos ácia partes diversas y contrarias; y aun cuando se hubieran podido combinar, llevando todos una misma direccion, es claro que los cuerpos que se hubieran formado de ellos, hubieran seguido moviéndose ácia la misma direccion: pero la esperiencia enseña que los cuerpos tienen movimientos diversos y contrarios.

Si los atomos se movian ácia diversas partes, como era necesario para que se unieran, y se combináran entre sí estrechamente para formar los cuerpos, es claro que todos debieron quedar en perfecta quietud, porque unos á otros se impedían su movimiento. Los atomos que caminaban de oriente á occidente, serían impedidos por los que caminaban de occidente á oriente, y al revers; y lo mismo sucedería con los que se movian de norte á sur, y de sur á norte. Conque en este caso los cuerpos ya quedaron en quietud. ¿Pues quien les ha dado el movimiento que despues han tenido y actualmente tienen? ¿Se lo dieron ellos á sí mismos, ó lo recibieron de otro? No se lo pudieron dar á sí mismos, por-

que nadie da lo que en sí no tiene, dice el proloquio filosófico; luego lo recibieron de otro, que no moviéndose por alguno es el primer motor; luego los ateistas deben admitir un primer motor de los cuerpos distinto de ellos mismos: este es Dios; luego deben admitir la existencia de Dios, demostrada por la necesidad de un primer motor de todos los cuerpos.

Paso ahora á demostrar, que la casualidad no pudo ser la causa de la formación de los cuerpos, y por consiguiente, ni del universo. Entre otras muchísimas demostraciones elijo la de un sabio Inglés. (Paley) Dice este: "Si al atravesar un desierto camináse sobre una peña, y me preguntáse á mí mismo, ¿por qué está allí la tal peña? pudiera responder mi curiosidad, que aquella peña habia estado allí siempre. Absurda sería esta respuesta; aunque por ventura no fuéa fácil demostrar que lo es. Mas supongámos que en vez de la peña hubiese hallado un reloj: ¿quien sufriría al que respondiese, que siempre habia estado allí? ¿En qué consiste esta diferencia? ¿Por qué no es aplicable igual respuesta á uno y otro caso? Porque al ecsaminar, la estructura

del reloj, hallo en él lo que no puedo descubrir en la peña: hallo que las partes de que se compone han sido hechas unas para otras, y con determinado objeto: que este objeto es el movimiento: y que este movimiento se dirige á señalar las horas. Continuando el ecsamen del reloj, descubro, que si tuviesen diversa estructura sus piezas, ó fuesen de otro modo colocadas, no se lograría el fin de su construcción. Observo en él un muelle que es principio de su movimiento, una multitud de ruedas, y un encadenamiento de encajes, que dan impulso desde el cono canelado hasta el volante, y desde el volante hasta las saetas.

Supuesto el mecanismo del reloj, parece evidente la consecuencia de los hechos. Forzoso es, que esta máquina sea obra de uno, ó de muchos artífices; que estos artífices ecsistiesen antes de fabricarla; y que al fabricarla se propusiesen el resultado de ella que estoy observando.

Pues si la máquina de un reloj no puede ser efecto de la casualidad, cuanto menos lo podrá ser la máquina admirable del universo, que hace imponderables ventajas á la del reloj. Si nó vol

vámos los ojos á la magnitud, orden, proporcion, Variedad, hermosura, constancia y uniformidad del universo, y, no declarándonos enemigos de la verdad y de la razon, nos convencerémos que este universo no pudo ser obra del acaso, sino de un ser infinitamente sabio y poderoso. Decia Ciceron, orador y filósofo gentil: ¿qué, no me admiraré de que haya quien se persuade que hay ciertos cuerpos sólidos é indivisibles, que se mueven por la fuerza y la gravedad, y que de su concurrencia casual se haya formado este mundo tan adornado y tan hermoso? Si hay quien crea esto, no entiendo como no crea que de innumerables caracteres ó letras que se arrojen en el suelo, no se formen los anales de Enio, ó siquiera un solo verso que se pueda leer; y si el mundo se pudo formar por el concurso casual de los atomos, ¿por qué no se forma un pórtico, un templo, una casa, ó una ciudad, que es de menos trabajo y de mayor facilidad?

La grandeza y tamaño del mundo es tan extraordinaria, que los mas célebres astrónomos se han fatigado en valde para determinarla. Solo podemos

conjeturarla por el tamaño del sol, y por la distancia de este á la tierra. Casini dice, que el sol es un millon de veces mayor que la tierra: Hugens juzga, que es trece millones seiscientas mil novecientas setenta y ocho: y Wolfio, opina que es treinta y cinco millones once mil ochocientas y ocho veces mayor. La distancia de este astro hermosísimo hasta la tierra es tanta, que los mejores astrónomos discordan en millones de leguas. Algunos dicen, que dista veinte y siete millones quatrocientas cincuenta y tres mil trescientas cuarenta y cuatro leguas. A esto se agrega que los mas sabios en la astronomia juzgan, que las estrellas fijas son otros tantos soles con sus respectivos planetas, que giran al rededor de ellas; y aunque se ven tan pequeños es por su imponderable distancia de nosotros. Dicen algunos astrónomos, que si desde la tierra se disparara una bala de cañon, que siempre caminará con una misma velocidad, tardaria en llegar á la estrella fija mas cercana á nuestro globo, seiscientos mil años; y así, si los planetas del sol distan de él millones de leguas, es de creer que lo mismo suceda con los

planetas de las estrellas fijas respecto de ellas; por consiguiente, es enormísima la distancia de una estrella á otra; y siendo estas innumerables, es claro que el entendimiento humano se pierde al querer concebir la multitud de millones de leguas que hay desde el último astro del oriente, hasta el último del poniente; que es decir, la distancia que media entre los dos astros que están en las estremidades del diámetro de la esfera del mundo.

El hombre menos reflexivo, el mas insensato conoce con evidencia el orden y proporcion tan concertada y tan harmoniosa que guardan entre sí las partes todas del universo. Observamos que las unas dicen relacion á las otras, y que todas se gobiernan por unas leyes, que las hacen dirigirse y conspirar á un mismo fin, de que resulta un orden y una harmonia, que llama la atención aun del hombre mas indiferente.

Contraigámonos solamente al sol y á la tierra. Estos dos cuerpos están colocados con tal proporcion entre sí, cuanta es necesaria para la conservacion del mundo, y para la utilidad y necesidades de todos los vivientes; de modo que colocados el sol y la tier-

ra en otra distancia, todo seria confusion, desorden y ruinas. Si el sol estuviera mas cercano á la tierra, con su sumo calor moririan las plantas y los animales, se derritirian los metales, las aguas se disiparian en vapores, no habria atmósfera ni nubes, y la tierra reducida á cenizas, se haria enteramente estéril é infecunda. Pero si el sol distara mas de la tierra de lo que actualmente dista, se cubriria esta de tanta abundancia de nieve, que todos los vivientes perecerian con el sumo frio, todas las aguas y las nubes se congelarian, y estas por su gravedad desprendidas de lo alto, cubririan la superficie de la tierra, que quedaria incapaz de producir las plantas y las yervas. Y en el caso de que el sol, en la misma distancia, ó fuese mayor, ó de calor mas activo, pereceria el globo de la tierra; pero si fuese menor en la masa ó en la actividad, moririan todas las plantas y todos los vivientes, por el rigor del hielo y de la nieve. La conveniencia en la proporcion tan igual de tamaños y de distancias de estos dos cuerpos, su colocacion en esta estension inmensa de espacios, en aquellos dos puntos en que deben es-

tár para el bien de los habitantes del mundo, demuestran una inteligencia y una eleccion; esto es, prueban que hay un ser infinitamente sabio, que conoce la conveniencia y la proporcion en que deben colocarse estos dos cuerpos, y elige mas bien está que cualquiera otra. Lo que obserbamos con tanta admiracion en estos dos grandes cuerpos, podemos observar en las innumerables partes aun mínimas de que consta el universo, y halláremos, que en todas resplandece la sabiduria infinita y la omnipotencia del criador universal. El mundo corporal es tambien una máquina; pero las partes de que se compone, y sus diferentes usos son innumerables. Está dividida en muchos globos luminosos ú opacos: estos se mueven en sus orbitas que tienen prescriptas, y en tiempos fijos, al rededor de los globos luminosos, para recibir de ellos la luz, el calor, el dia y la noche, las estaciones, y las diversas temperaturas, el alimento y aumentos, segun las necesidades y naturaleza de los diversos habitantes. La posicion de los planetas, y su gravitacion mutua, se diferencian tanto, que parece casi imposible determinar de

ante mano el tiempo preciso en que volverán al punto de donde partieron, para comenzar de nuevo su curso periodico. No obstante los varios fenómenos que estos globos nos presentan, y la espantosa multiplicidad de sus movimientos, no ha sucedido todavia en el curso de millares de años, que estos cuerpos enormes se hayan tropezado, ó embarazado unos á otros en sus revoluciones. Todos los planetas corren regularmente sus orbitas en el tiempo prescripto: siempre han guardado su orden y sus respectivas distancias, y no se han acercado mas al sol: sus fuerzas están siempre en el mismo equilibrio y en las mismas proporciones. Las estrellas fijas son lo mismo hoy que lo han sido siempre: sus distancias, su fuerza proyectiva, su ascenso recto, sus declinaciones, sus paralajes y sus direcciones, son perpetuamente las mismas: y tambien la altura del sol, los dias y las noches, los años y las estaciones, son ahora lo mismo que eran antes. Prueba incontrastable de que en la primera disposicion de los cuerpos, en la medida de sus leyes, y relaciones de sus fuerzas, en la regularidad y rapidez de su curso, hay una sabiduria

y un poder infinito, que previó y determinó el estado futuro del mundo y de sus partes, por toda la duracion de los siglos.

*Sever.* En la tierra no hay uniformidad ni constancia en los efectos de la naturaleza: el tiempo, el frio, el calor, el rocío, la lluvia, la nieve, los relámpagos, las tempestades y todos los tiempos, varían indiferentemente. Las aguas inundan la tierra; se descubren continentes que antes estaban cubiertos de las aguas: se secan los ríos, ó mudan su curso; y brotan manantiales de los lugares en donde antes no los habia. Estos efectos son puramente casuales; luego no hay en la naturaleza esas leyes que producen unos mismos efectos constantes y uniformes.

*Clem.* Tu argumento mas bien es contra tí, y contra los demás ateistas que aseguran, que la naturaleza se gobierna por unas mismas leyes eternas é inmutables. Nosotros aunque defendemos que es uniforme y constante el orden de la naturaleza, confesamos, que el autor de ella tiene libertad y poder para variar, ó suspender la ley ó leyes que fueren de su agrado, y segun convenga á los altos fines de su providencia. Pero respondiendo directamente digo:

que estas variaciones que se observan en la tierra no son substanciales porque no muda su figura, su tamaño, sus fuerzas, su equilibrio, y en el sistema de Copernico, de que la tierra se mueve al rededor del sol, siempre conserva respecto de él una misma distancia, siempre sigue una misma direccion, describe una misma orbita, con igual velocidad y en igual espacio de tiempo. Esas variaciones son accidentales, y esto en la apariencia y respecto de nosotros: porque cada variación ó modificación, tiene su razon suficiente, y su causa en la variación que le precedió, y esta en la anterior, y así de las demás hasta llegar al origen de las cosas. Por el contrario, estas variaciones de los elementos, son los verdaderos medios de mantener en la tierra de año en año, el orden, la fertilidad y la abundancia: y si cada modificación actual está fundada sobre la precedente, es manifiesto que los elementos no se formaron ni combinaron por un acaso ciego; sino que desde el principio una sabiduria eterna produjo, mezcló y combinó los elementos, midió sus fuerzas, y determinó sus efectos para toda la sucesion de los tiempos.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS  
por la formacion de los insectos, y repro-  
duccion de las plantas.

CONVERSACION CUARTA.

**E**s preciso hablar de un objeto de que vivimos olvidados, y que aun cuando nos acordamos de él, lo vemos con el mas alto desprecio. Estos son los insectos, que perecen continuamente bajo nuestros pies. ¡Que ageno está el hombre poco reflexivo de creer que los insectos son un objeto de los que mas recomiendan la sabiduria y el poder del autor de la naturaleza!

*Sever.* En efecto, yo siempre he tenido á los insectos por una cosa de las mas viles y despreciables de la naturaleza.

*Clem.* Es señal de que no los has visto con ojo filosófico, observando y meditando el conjunto de maravillas inesplicables que encierran. Estáme atento. Los filósofos, como bien sabes, llaman insectos á aquellos animalejos que carecen de huesos, y que no tienen sangre, y si la

tienen no es del color que la nuestra. Los insectos tienen cabeza, sesos, ojos, barba, dientes, trompa, pies, coraza, anillos, pelos, respiracion, voz y sentidos: tienen pulmones y vasos para la respiracion: tienen corazon, estomago ó ventrículo, para que el alimento se convierta en jugo para nutrirlos: tienen músculos para los movimientos y saltos: se observan en ellos ciertas fibras, que se cree son venas y arterias, por donde circula un humor equivalente á la sangre.

*Sever.* Me parece que en esto hay mas de suposicion y de adivinanza, que de realidad: porque ni hay instrumentos tan sutiles para hacer la diseccion de cuerpos tan pequeños, ni hay ojos tan perspicaces que puedan ver unas partes menudisimas, é imperceptibles.

*Clem.* Reflexiona, que estos descubrimientos los debemos á la invencion industriosa y admirable de aquellos anteojos, llamados microscopios, que aumentan los objetos hasta un término casi increíble; pues los aumentan millones de veces. En nuestros dias, ninguno que tenga una mediana tintura en la filosofia puede dudar de este aumento; porque consta por observaciones continuas.

Muchos de los insectos son transparentes, y se perciben sus intestinos con el microscopio, especialmente poniendo á la otra parte una luz muy fuerte, como sucede en el microscopio solar; y aquellos que no son transparentes, despojados de la piel con la delicadeza posible, quedan diáfanos, y ya entónces se pueden observar.

Pero aun crece nuestra admiracion al considerar la suma pequenez de algunas clases de insectos. Despues que los filósofos, observadores de la naturaleza, inventaron los microscopios, se descubrió un innumerable pueblo de animales, que vivian delante de nuestros ojos y con nosotros mismos, toda la vida, sin que tuviésemos noticia de ellos. Uno de estos naturalistas observó en una sola gota de vinagre millares de insectos. Otras veces halló animalillos tan pequeños, que serían menester un millon y aun mas de ellos, para igualar el tamaño de un grano de arena. Mr. Melizeu dice: que con su microscopio halló insectos veinte y siete millones de veces mas pequeños, que el gusanillo imperceptible que se cria en el queso.

Pues ahora bien: estos insectos de una pequenez tan extraordinaria y asombro-

sa, tienen, segun dijimos, todas sus partes exteriores é interiores, formadas con órden y con armonía, y tienen todos sus organos y vasos para recibir el alimento, para la nutricion, para el movimiento, para las sensaciones y demás funciones de la vida, lo mismo que los elefantes: y ¿será posible que estos cuerpecillos tan perfectamente organizados, estas máquinas tan admirablemente construidas, en que se advierten officios, destinos, y órden de unas á otras, y que por lo mismo suponen inteligencia, prevision, y designio en el autor, sean obras de un concurso casual y confuso de los átomos, de un acaso ciego é impotente? Es necesario para afirmar este delirio, ser tan ciego, como la misma casualidad. Para evitar difusion, omito hablar de la propagacion extraordinaria de los insectos, de sus transformaciones maravillosas, y de la generacion y reproduccion de otros innumerales seres en quienes resplandecen evidentemente las operaciones de un ser infinitamente sábio y poderoso, origen y causa fontal de cuanto encierra el universo.

*Sever.* Sin necesidad de recurrir á un Dios, principio de todos los seres, hallámos

que la naturaleza es la autora de todas esas producciones, que tanto nos sorprenden, y arrebatan nuestra admiracion.

*Clem.* Permíteme que diga, que los ateistas y todos los incrédulos, son á manera de los pájaros, que perseguidos en un arbol, saltan sucesivamente á otros, sin hacer mansion en alguno mientras dura la persecucion. Cuando los ateistas se ven estrechados por argumentos poderosos, contra la casualidad, ó concurrencia fortuita de los atomos, dan un salto de un principio á otro, diciendo, que la naturaleza es la causa de los seres y de las producciones que contiene el universo. Conque, primeramente, el principio de todos los entes, ya no es uno, sino dos, la casualidad y la naturaleza. En segundo lugar, quisiera yo que me explicaras, ¿qué significa la palabra *naturaleza*? porque en cualquiera acepcion ó sentido que se tome, no puede ser la causa de los seres y de las producciones. ¡O, quanto han abusado, y abusan de esta palabra los ateistas y deístas! Prescindiendo de otros significados que tiene esta voz *naturaleza*, que no hacen á nuestro asunto, veámos los dos principales y mas comunes, y hallarémolos, que de ninguna manera favorecen á los

ateistas. La palabra *naturaleza* significa las calidades y propiedades de un ser; y así, se dice, que una cosa es por naturaleza húmeda ó seca, fria ó caliente; que un hombre es fuerte ó débil, sano ó enfermiso; y que un cuerpo es duro ó blando &c: en este sentido es evidente, que la voz naturaleza no favorece á los ateistas; porque sería un desatino el mas ridículo, y un error filosófico el mas intolerable, decir, que las calidades y propiedades de una cosa, sean la causa de su ser, y de su ecsistencia: como si yo dijera: la fortaleza ó debilidad, la sabiduria ó necedad de un hombre, es la causa de su ecsistencia.

*Sever.* Los ateistas no son tan necios, que tomen en este sentido la palabra *naturaleza*: porque no puede ser principio de una cosa, lo que supone la cosa ya ecsistente; pues primero es ser, y luego ser de este, ó del otro modo.

*Clem.* Me parece muy bien, y así pasemos á la significacion principalísima. Por esta voz *naturaleza*, se entiende el conjunto y agregado de todos los seres, que forman y componen el universo. ¿No es este el sentido en que toman esta palabra los ateos?

*Sever.* Convengo en ello.

*Clem.* Te ves forzado á convenir, porque no hay otro sentido en que tomarla, que sea para tu intento. Pero breve te pesará de haber convenido en ello, por la consecuencia terrible que va á venir sobre tí, y es esta: luego todos los seres son causa de todos los seres: es decir, son causa de sí mismos. Esta es una contradiccion evidente, un imposible.

*Sever.* Manifiesta esa consecuencia, de que se sigue esa contradiccion.

*Clem.* Mirala en este discurso sencillo, claro y demostrativo. Si pregunto á un ateaista, ¿cual es la causa de una piedra, de una planta, ó de un hombre? me responde, que la *naturaleza*; de modo, que si yo le siguiera preguntando por la causa de cada uno de los seres del universo, me respondería, que la *naturaleza*. Pues bien: ¿qué otra cosa es la naturaleza, segun hemos convenido, sino el agregado de todos los seres? luego los seres todos son la causa de todos los seres: y así, son causa de sí mismos. Está demostrada la consecuencia, y ahora paso á demostrarte la contradiccion. Si los seres fueron causa de sí mismos, ecsistian y no ecsistian á un mismo tiempo: lo que es una contradiccion evidente. Ecsistian,

porque fueron causa; y nada puede ser causa, sin ecsistir antes.

*Sever.* No hay duda: porque es principio filosófico, que primero es ser, que obrar.

*Clem.* Por otra parte: no ecsistian al mismo tiempo, porque si recibieron la ecsistencia, no la tenian; luego ecsistian, porque fueron causa de su ecsistencia; y no ecsistian al mismo tiempo, porque la recibieron. Esta es una contradiccion evidente, es un absurdo, y es un imposible, segun el proloquio filosófico, que califica de imposible el que una cosa sea, y no sea á un mismo tiempo. Pero para abreviar: ¿qué dirias de un hombre, que asegurase, que era padre de sí mismo?

*Sever.* Diría, que era el loco mas frenético del mundo.

*Clem.* Pues esto son los ateistas, cuando responden, que la naturaleza es la causa de los seres, y de las producciones del universo. Y son tanto mas delirantes, cuanto mas se jactan de filósofos.

*Sever.* Mas extraño es, que los que defienden la ecsistencia de Dios, digan, que está cosa, ó la otra, es produccion de la naturaleza; y así admiten dos causas de los seres, una que es Dios, y la otra la naturaleza.

*Clem.* Los que defendemos la ecsistencia de Dios, tomamos la voz naturaleza, unas veces por el autor de ella, y otras veces atribuimos algunas producciones á la naturaleza como á causa secundaria; pero siempre reconociendo á Dios como á causa primaria y universalísima de todos los seres, y de todas las producciones de la naturaleza. Finalmente, ¿qué razones positivas alegan los ateistas para asegurar, que el universo se formó por la concurrencia casual de los átomos?

*Sever.* Nosotros concebimos, que así pudo ser: y no hallando otra causa á que atribuirlo, nos vemos precisados á atribuirlo á la casualidad.

*Clem.* Con ese mismo argumento te voy á demostrar mas eficazmente la ecsistencia de un Dios. Nosotros concebimos, que Dios es el autor y criador del universo; y no hallando otra causa á que atribuir la formacion del mundo, nos vemos obligados á atribuirlo á Dios: he aquí las razones. Nosotros observamos en la naturaleza, en sus efectos y producciones, hermosura, orden, armonia, uniformidad y constancia. Vemos, que unas cosas dicen relacion á otras, y que todas están ordenadas res-

pectivamente cada una á su fin particular, y todas juntas á su fin general. Nos convencemos de que en esto hay un designio, y un intento premeditado, y que este designio supone una inteligencia capaz de disponer, de combinar, y de ordenar las cosas á sus fines; y de aquí inferimos justamente, que en la naturaleza resplandecen las operaciones de un artifice, sábio y poderoso: pero quiero darle mayor fuerza á este argumento. Supongamos por ahora, que el universo se formó por el concurso casual de los átomos; pues aun en este caso, la razon y la prudencia nos obligarian á creer, que no habia sido obra de la casualidad, sino de la sabiduria y del poder de algun artifice. Figúrenos como posible este caso, que un hombre tomando una porcion de pinceles empapados en diversos colores, los arrojára, ó todos juntos, ó uno por uno en un lienzo, y que de este hecho casual se formara una imágen perfecta de un hombre. Es claro que este caso es imposible; y ¿quanto mayor lo es, el que el universo, que es una obra mucho mas perfecta, que la imágen mas acabada, se haya formado de la concurrencia accidental y tumultuaria de los átomos?

Peró aun suponiendo, como dije, que el caso no solamente es posible, sino que hubiera sucedido efectivamente; si entónçes esta imágen se hubiera presentado á los ojos de innumerables espectadores, me persuado que no la hubieran tenido por obra de la casualidad; no obstante de que lo habia sido; sino que todos la hubieran reputado por obra de un artífice, que habia practicado en ella las reglas del arte, con inteligencia y acierto de la idea y fin que se propuso. Pues á este modo, y con muchísima mayor razon, aun quando el universo hubiera sido obra de la casualidad, al ver en él artificio, proporciones, órden, relaciones de unas cosas con otras, fin y medios conducentes á él, todos deben confesar, compelidos por la razon, que esta es una obra de un artífice infinitamente sabio y poderoso.

El hombre mas ignorante y estúpido, quando discurre con sinceridad, reconoce y admira esto mismo en la reproduccion de las semillas. Ve, que estas metidas en la tierra, se pudren, se corrompen, revientan, y producen un tallo casi imperceptible, que despues brota de la tierra, crece y se engruesa poco á poco, forma un pequeño tronco con su

corteza, que luego produce las ramas, despues las hojas, y que, últimamente, quando llega á tal estado de corpulencia y de tamaño, nacen de las ramas una multitud de flores, y que de estas nace el fruto que va creciendo hasta su perfecta sazón. Que este mismo arbol, quando vuelve la estacion oportuna, se reviste nuevamente de hojas y de flores, que vuelven á producir sus frutos, y que estos frutos se regeneran á sí mismos, produciendo en su interior unas nuevas semillas, que producen nuevos frutos. ¿Quien no admirará en la reproduccion de las semillas, una mano poderosa, que les comunicó esta virtud; una mano sábia que ha ido dirigiendo ordenadamente todas estas operaciones hasta el término de la perfeccion? ¿y quien no reconocerá una mano próvida, que quiso destinar todo esto para el alimento, medicamentos, utilidad, recreacion y otros fines, propios para la conservacion de la vida del hombre, y que contribuyen tanto á su bien y su felicidad?

*Sever.* Bien pudo resultar esa virtud en las semillas de la union de los átomos, combinados de este, ó del otro modo, apto para producir esos efectos.

*Clem.* Es necesario que no olvidemos, que es reprobado en buena lógica el raciocinio que se forma de la potencia al acto: esto es: pudo ser una cosa, luego fué; es mal modo de discurrir. Además de esto, es tambien necesario no desentenderse de las razones que te he alegado. En la reproduccion de las semillas, y lo mismo en todos los efectos de la naturaleza, se observa con evidencia un encadenamiento de operaciones que van caminando succesivamente hasta el término de la perfeccion. Esto supone un agente, que se propuso este fin, que conoció los medios conducentes á su consecucion, que supo elegirlos, que los puso en efecto, y que fué conduciendo todas estas operaciones hasta conseguir el fin que se propuso. Todo esto manifiesta en el agente conocimiento, providencia y poder: propiedades, que ciertamente no se pueden atribuir á una combinacion casual y fortuita; que ni tiene conocimiento del fin, ni eleccion de los medios, y que, por consiguiente, no puede poner estos, ni irlos ordenando hasta la consecucion de tal fin.

Sobre lo dicho debes añadir, que es constante é indefectible la combinacion,

y orden, que se nota en los seres todos, porque como no puedes negarlo, las generaciones en los animales y plantas, la formacion en los metales &c., siempre observan una misma marcha; pero lo que es obra del acaso, es incapaz de esta uniformidad: pues lo que hoy casualmente sucedió así, mañana será ciertamente de otro modo, y quizá nunca volverá á ser, como fué la vez primera. ¿No es esto lo que miran tus ojos en todo aquello donde tiene lugar la casualidad? luego ¿con qué juicio, ni con qué lógica quieres atribuir á esta inesperada combinacion unos efectos tan uniformes y tan constantes? Creeme Severo, que si lo reflexionas, debes avergonzarte de adoptar tan despreciable sistema.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS  
por la conservacion de los animales.

### CONVERSACION QUINTA.

Quiero hacer una observacion ligera sobre la conservacion de los animales. Todos estos hallan en la naturaleza

*Clem.* Es necesario que no olvidemos, que es reprobado en buena lógica el raciocinio que se forma de la potencia al acto: esto es: pudo ser una cosa, luego fué; es mal modo de discurrir. Además de esto, es tambien necesario no desentenderse de las razones que te he alegado. En la reproduccion de las semillas, y lo mismo en todos los efectos de la naturaleza, se observa con evidencia un encadenamiento de operaciones que van caminando succesivamente hasta el término de la perfeccion. Esto supone un agente, que se propuso este fin, que conoció los medios conducentes á su consecucion, que supo elegirlos, que los puso en efecto, y que fué conduciendo todas estas operaciones hasta conseguir el fin que se propuso. Todo esto manifiesta en el agente conocimiento, providencia y poder: propiedades, que ciertamente no se pueden atribuir á una combinacion casual y fortuita; que ni tiene conocimiento del fin, ni eleccion de los medios, y que, por consiguiente, no puede poner estos, ni irlos ordenando hasta la consecucion de tal fin.

Sobre lo dicho debes añadir, que es constante é indefectible la combinacion,

y orden, que se nota en los seres todos, porque como no puedes negarlo, las generaciones en los animales y plantas, la formacion en los metales &c., siempre observan una misma marcha; pero lo que es obra del acaso, es incapaz de esta uniformidad: pues lo que hoy casualmente sucedió así, mañana será ciertamente de otro modo, y quizá nunca volverá á ser, como fué la vez primera. ¿No es esto lo que miran tus ojos en todo aquello donde tiene lugar la casualidad? luego ¿con qué juicio, ni con qué lógica quieres atribuir á esta inesperada combinacion unos efectos tan uniformes y tan constantes? Creeme Severo, que si lo reflexionas, debes avergonzarte de adoptar tan despreciable sistema.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS  
por la conservacion de los animales.

### CONVERSACION QUINTA.

Quiero hacer una observacion ligera sobre la conservacion de los animales. Todos estos hallan en la naturaleza

con que alimentarse, con que curarse de sus enfermedades, y con que defenderse de los peligros en que pueden perecer. Las aves que vagan por los aires, los brutos que andan por la tierra, los peces que surcan las ondas, y los insectos imperceptibles que habitan las concavidades de las peñas y las entrañas de la tierra, tienen el alimento correspondiente, según sus especies y condición, para nutrirse y conservar la vida. Tienen, según hemos dicho, una multitud de partes interiores destinadas maravillosamente para la recepción del alimento, para su decocción, para su distribución, y para la nutrición. Tienen también todas las partes exteriores que les sirven de instrumentos proporcionados á estos efectos. De las aves, unas se proveen de alimento en el aire, como el Milano, el Cuervo, el Gavilan y la Aguila; y estas tienen las uñas puntiagudas y duras, para agarrar en el vuelo la presa viva, y asegurarla para que no huya; y tienen el pico fuerte y retorcido, para dividirla en partes, y así poder tragarla. Otras suelen buscar el alimento en los árboles, en los arbustos, en las yerbas, y en las espigas, como las palomas, los canarios, los gorriones, los gilgueros y

otras aves, y tienen los pies con muchas coyunturas, para poderlos encorvar, y así sostenerse de las ramas. La facultad de volar, les produce gran utilidad; y observamos, que la configuración de sus cuerpos y su ropage, son acomodados al vuelo. Tienen la cabeza pequeña, que termina en un pico agudo para cortar fácilmente el aire: tienen las plumas ligeras, para no cargarse de peso; y están dispuestas de tal modo, que no se opongan al viento, que les serviría de obstáculo para su carrera: están adornadas de alas para volar, provistas de muchos músculos para el movimiento necesario, y cóncavas moderadamente para recoger más aire que las sostenga en lo alto, y para abrigarse cuando el ambiente las molesta.

Refleccionémos sobre los cuadrúpedos. De estos, unos se sustentan con carne, como los leones, los lobos y los tigres; y para hacer su presa, y que no se les escape, tienen uñas largas, afiladas, corvas y fuertes, y una dentadura robusta para despedazar la carne cruda, por dura que sea. Siendo de notar, que dentro de los pies tienen unas vainas para esconder y guardar las uñas, y precaverlas

de que se emboten y desafilen con el roce que tendrian con la tierra y con las piedras.

En los animales corpulentos el cuello es proporcionado á la altura de sus cuerpos, como en el Camello; porque de otro modo no podrian pacer en la postura natural de parados. Pero como en el Elefante, que es una torre de carne, no se acomodaria bien un cuello tan largo como la altura de su cuerpo, tiene por suplemento la trompa, que le sirve como de cuello dilatado y de manos, para vencer todas las incomodidades que le trae su excesiva corpulencia, en desarraigar las plantas, cuando se apacienta, y en vadear los rios, cuando no puede hacerlo, sino nadando.

Ultimamente, los peces están formados de tal modo, cual lo escigen el elemento en que viven, y las necesidades que deben satisfacer. Su cabeza comunmente es algo larga, debiendoles servir como de proa á estos baxeles animados, que surcan las ondas. Las niñas de sus ojos son esféricas, y no como en los animales terrestres; en forma de lentejas, para que así puedan los rayos visuales pasar con mayor facilidad por el agua, que es mas

densa que el aire; porque necesitan percibir desde lejos el alimento de que se han de proveer. No tienen párpados; porque estos sirven, segun los fisicos, para impedir á los cuerpecillos que vuelan por el aire, su introduccion en los ojos. No tienen lengua; sino muy imperfecta; porque no mascan el alimento, sino que lo tragan, para impedir al agua su entrada en abundancia. Carecen de cuello, porque naciendo mudos, segun lo pide su elemento, no lo necesitan para formar la voz. Como navegan, tienen en lugar de pies unas plumillas, que les sirven de remos, y una pluma mas ancha en las estremidades, de que usan como de timon, para gobernarse y dirigirse en sus giros; y, en fin, tienen cerca de la cabeza unos canales para arrojar la agua que tragan.

Las configuraciones, formas y operaciones de los animales, arrebatan la atencion, y escitan la admiracion aun de los hombres mas indiferentes en contemplar las maravillas que se encierran en estas cosas: y cualquiera por poco reflexivo que sea, si presta el oido á la voz de la razon, conoce, y confiesa, que en todo esto hay un designio, hay un fin y una eleccion de medios, que

es necesario atribuir á una inteligencia y á un ser infinitamente sabio.

*Sever.* ¿No te resta otra cosa que añadir sobre esta materia?

*Clem.* Tengo tantas, que si hubiera de hablar de ellas, sería interminable mi discurso. Pero para concluir este capítulo, quiero añadir en compendio las reflexiones siguientes. Los animales no solo se proveen del alimento necesario, sino que saben distinguir el provechoso del nocivo: saben precaverse y librarse de todos sus contrarios exteriores é interiores: están dotados de armas y de sagacidad para defenderse de los enemigos exteriores. Las aguilas afilan sus uñas en las piedras, y despues las resguardan, para no perder la aptitud de estas armas con que han de vencer. Los toros, los ciervos y los corzos, aguzan sus cuernos en los troncos, y luego hacen prueba de ellos repetidas veces antes de entrar en la lid con sus contrarios. La Ardea se vuelve con el pico ácia arriba entre las alas, y recibe intrépidamente el ímpetu de los halcones, que bajando furiosos sobre ella para hacerla su presa, quedan heridos y muertos. Los ganados mayores se hacen fuertes contra el lobo, uniendose unos

con otros en círculo espeso, con las cabezas vueltas al enemigo. Los jumentos se vuelven con los pies ácia el Lobo, pues teniendo en ellos toda la fuerza se defienden á coces. Muchos animales para librarse de sus contrarios, convocan con la voz á sus compañeros, como los cisnes, las cigüeñas, las monas y otros. Algunas veces, para ofender y defenderse, se valen de unos medios como si fueran racionales, astutos y sagazes. El Vron para pelear con las serpientes se prepara comiendo antes ruda; yerba de olor intolerable para ellas. El Tigre para que lleguen con seguridad las otras fieras á alimentarse con su carne, se finge muerto, y de repente da el salto sobre ellas, y las despedaza. Se hà visto á la Vulpeja revolcarse en tierra roja, para parecer cadáver sin piel; á fin de que se acerquen las aves á comer de ella, y han sido víctimas de su sagacidad. Las sepias, y los pulpos, al tiempo de ser sorprendidos, despiden una tinta con que enturbian la agua para escaparse del que los va á coger. El Oso entra en la cavidad ácia atras para aparentar que ha salido, y aun el Leon, á pesar de su fortaleza y furor, borra las

hueyas de sus pies, estampadas en la arena, para que no se vea el camino que toma. ¡Qué astucia, qué sagacidad tan admirable en los brutos! y no es menor la que tienen para curarse, y precaverse de las enfermedades que son los contrarios interiores. A la verdad son pocas sus enfermedades en comparacion de las nuestras: se presume prudentemente que una de las causas es, que viven con mas templanza que la mayor parte de los hombres. La gula, la lascivia y otros ramos de la intemperancia, influyen en gran manera en el quebranto de la salud de los hombres, y en acortarles los pocos y rápidos dias de su ecsistencia sobre la tierra. Y si esto sucede en aquellos que creen que hay un Dios, que los obliga á la observancia de una ley, tan opuesta al desahogo de las pasiones, y que están persuadidos de que tienen una alma inmortal, que ha de entrar en la posesion de los premios, ó de los castigos eternos; ¿qué será respecto de aquellos, que nada de esto creen, y que antes se persuaden que han de tener un fin semejante al de las bestias?

*Sever.* Omite declamaciones, y no te apar-

tes del camino que llevas, porque aunque somos contrarios en esta materia, gusto mucho de oírte discurrir; prometiendote, que si me alegares tales razones que á su peso deba inclinarse el entendimiento racional, yo daré gloria á la verdad, y me confesaré convencido.

*Clem.* Dispensame una exclamacion que es hija del dolor, que oprime mi corazon á vista de los estravios y desgracias de mis semejantes; y alentado con tu buena disposicion, voy á concluir este discurso, para pasar á otros no menos conducentes á nuestro asunto.

Finalmente, los animales saben hallar remedios proporcionados á sus enfermedades. La Golondrina se cura la ceguera con la celidonia, y la Vivora con el hinojo. El Ciervo se cura las heridas con el dictamo. Las tortugas se libran de los efectos del veneno, con el orégano. Las palomas torcaces y los cuervos, hallan remedio para todos sus males en el laurel; pero aun es mas admirable, el que saben precaverse anticipadamente de los males que les amenazan. Los peces ya pasan de alta mar á las costas, y ya de las costas vuelven á alta mar, y muchos de ellos se

transportan de los mares calientes al ponto euxino, y de aquí regresan á sus primeras estancias, para librarse de la destemplanza de los vientos. Las gullas de la Scytia septentrional, para huir los rigores del invierno, pasan á la Etiopia sin errar el camino. Se cree que las golondrinas de la Italia, para escaparse de la crueldad de los hielos, se van á la Africa. Tambien las codornices, los tordos y las tórtolas, se acogen en tierras apacibles, mientras que vuelve la primavera; y aun los buitres, no obstante de alimentarse de cadáveres, buscan países en donde corre el aire sano; de manera que el morar estos animales en algun pais, se toma por indicio de sanidad. Pues ahora, pregunto, ¿en donde estudiaron los brutos la ciencia de la medicina para conocer sus enfermedades y los medicamentos eficaces para su curacion, tanto que muchas veces ellos con elegir, ó desechar las yerbas, han enseñado á los mismos hombres, duales son provechosas, y cuales nocivas?

Por otra parte, vemos que un Hipócrates, principe de la medicina, despues de haber consumido en el estudio su propia vida, para alargar la de sus se-

mejantes, confesó ingenuamente, que la arte es dilatada, la vida es breve, los esperimentos son falibles, y que hasta entónces no se habia hallado remedio á muchas enfermedades: esto mismo sucede en nuestros tiempos. Vuelvo á preguntar, ¿quien enseñá á los brutos la fisica y la astronomia, para que conozcan anticipadamente los temporales, las tempestades, y la mudanza de las estaciones? ¿Podrá una casualidad que nada conoce, comunicar á los brutos estos conocimientos que son el objeto de la admiracion de los hombres mas sabios y reflexivos? ¿Cuanto se manifiesta en esto la sabiduria y la omnipotencia de un ser, que quiso que en todas las hechuras de sus manos, brillasen los rasgos de su bondad!

*Sever.* La misma esperiencia da lecciones muy interesantes, y ella enseñá á los brutos, á que busquen aquello que les es benéfico, y repelan de sí todo aquello que les es pernicioso; y ellos obligados de la necesidad, lo hacen así por un istinto natural. Esta respuesta desvanece todo tu argumento, sin que nos veamos precisados á recurrir á la ecsistencia de un ser inteligente y poderoso.

*Clem.* No puedo negar que los brutos, á manera de los hombres, obran en muchos casos enseñados por la esperiencia; pero tambien es innegable, que en otros muchísimos solicitan el bien, y huyen del mal, aun antes de toda esperiencia; luego ésta no es su maestra en estos casos. Los animales que se alimentan de la substancia de sus mismas madres, en el momento que nacen, buscan ansiosamente los pechos de ellas, para proveerse del alimento necesario. La primera vez que se ven urgidos de la necesidad, la satisfacen perfectamente. Antes de esto no han hecho tentativas ni pruebas para remediar la necesidad, ni han observado en otros animales el modo de remediarla; luego hasta aquí la esperiencia nada les ha enseñado en este caso. La vez primera que ciega la Golondrina, busca la celidonia; la vez primera que ciega la Vivora, sabe hallar el hinojo; y la vez primera que el Ciervo es herido, se cura con el dictamo; por consiguiente, en este caso nada han aprendido de la esperiencia. A la verdad son sobremanera admirables estas operaciones de los brutos. Antes de toda esperiencia, sin que ninguno los instruya, des-

de la primera vez saben buscar el bien, y remediar el mal con acierto.

Las aves forman sus nidos, colocan allí sus huevos, se recuestan sobre ellos, y despues nacen los polluelos. Discurramos un poco sobre el asunto. ¿De donde saben estos animales, que de aquellos huevos se han de formar los pollos; que para esto se necesita del calor; que este ha de ser el suyo; que ha de ser en tal grado; y que para la operacion han de tejer el nido anticipadamente? Si á un hombre de grande talento, que jamás ha tenido noticia del empollamiento de las aves, se le presenta un huevo, y se le pregunta, ¿que si este es capaz de transformacion? no sabrá que responder: y si despues que se le dice, que sí es capaz; pero que diga, ¿en qué se ha de transformar? responderá, que no lo alcanza: y si por último se le asegura, que de aquel huevo ha de nacer una ave perfecta y hermosa; pero que discurra el modo en que esto se ha de verificar, responderá ingenuamente, que no puede alcanzarlo. Pues una ave, que es decir, un bruto que no está dotado de racionalidad, ni de discurso, como el hombre, conoce lo que ha de nacer del huevo;

los medios que conducen á este fin; y sabe ponerlos en ejecucion para conseguir este mismo fin. Estas operaciones tan perfectamente ordenadas, suponen en el agente conocimiento y prevision: pues ¿quien ha enseñado esto á un bruto?

*Sever.* La misma esperiencia de lo que pasó con ella en su nacimiento. Despues que rompió la cáscara del huevo, vió, que de él habia nacido, y se vió tambien abrigada de la madre de quien recibia el calor; y así esto mismo le sirvió de esperiencia para hacerlo despues con los huevos que puso.

*Clem.* Tu respuesta no satisface el argumento. En primer lugar, la ave que prepara el nido para colocar los huevos, ignora enteramente el modo, con que su madre le dispuso á ella el nido para que naciera. En segundo lugar, las aves que nacen en un horno, hacen con sus hijuelos, lo que no se hizo con ellas. Me explicaré. Consta por experimentos que se han hecho, que poniendo los huevos de la hembra Gorrion en un horno, á que reciban el grado de calor que esta les comunicaria, han empollado y nacido otros gorriones; y tomando dos de ellos, macho y hembra, para que vivan juntos, y al mismo tiempo separa-

dos de las demas aves, en llegando la hembra á poner sus huevos, les prepara el nido, y se recuesta sobre ellos del mismo modo que las otras aves. Todo esto lo hace sin esperiencia; porque ella nació á beneficio del calor del horno, y no del de la madre: tampoco ha visto lo que hacen las demas aves, pues ha vivido separada de ellas; luego estos conocimientos no los adquirió por la esperiencia. Lo mismo digo de las avejas solitarias, que hacen con sus hijos lo que no vieron que hicieran con ellas sus propias madres. Pues ¿quien les ha dado este instinto ó conocimiento verdadero, como se esplican algunos filósofos? Tú responderás, que la casualidad, á quien atribuyes la formacion de todas las cosas, ó la naturaleza; pero yo responderé, que ni la casualidad ciega, ni la naturaleza (en el sentido que tú la tomas) que es tan ciega como la casualidad, son capaces de comunicar este instinto, ó conocimientos, sino que esto es propio de un Dios, que siendo el criador de los animales, quiere propagarlos y conservarlos por estos medios verdaderamente admirables.

*Sever.* ¿Tienes algo que añadir á esta materia?

*Clem.* Tengo muchísimo; pero es preciso omitirlo porque nos quede tiempo para tratar otros puntos muy interesantes sobre el asunto principal de nuestra conferencia.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS  
por otras invenciones que suponen en el agente, conocimiento y prevision.

CONVERSACION SESTA.

*Clem.* **D**ime: ¿los niños recién nacidos tienen dientes?

*Sever.* No los tienen, sino hasta que está para concluirse el tiempo de la lactancia.

*Clem.* ¿Y tú hallas alguna razon para ambas cosas?

*Sever.* Si la hallo muy poderosa, y es esta. Cuando el niño se alimenta con la leche de la madre, no necesita dientes; y antes bien serían estorvosos á él, y molestos á la madre; pero cuando ya para sustentarse con otra clase de alimento que es preciso mascar y triturar necesita de los dientes, entónces le salen para este efecto.

*Clem.* Estas razones que has espuesto sabiamente, son una prueba de la ecsistencia de Dios. En esto se advierte una mano inteligente que obra segun las circunstancias y oportunidad de los tiempos; no dando al hombre alguna cosa en el tiempo en que no la necesita, y concediendosela puntualmente en aquellas circunstancias en que ya va á necesitar de ella.

*Sever.* Es constante por las observaciones anatómicas, que cuando el niño está formado perfectamente en el seno de la madre, tiene tambien formados perfectamente sus ojos. Es claro que en tales circunstancias los ojos le son inútiles, porque no hace ningun uso de ellos; y así, si de que el niño reciba los dientes en el tiempo en que le sirven, infieres tú que ha habido un autor inteligente que le haya dado los dientes; de que el niño tenga ojos bien formados cuando no le sirven, infero yo que el niño no reconoce por autor de su ecsistencia á un ser inteligente. ®

*Clem.* Este racionio en lugar de ser contra mí, confirma enteramente mi discurso: y si no dime: si ¿tú vieras á un hombre que en su juventud fabricaba unos anteojos para que le sirvieran en la ancia-

*Clem.* Tengo muchísimo; pero es preciso omitirlo porque nos quede tiempo para tratar otros puntos muy interesantes sobre el asunto principal de nuestra conferencia.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS  
por otras invenciones que suponen en el  
agente, conocimiento y prevision.

CONVERSACION SESTA.

*Clem.* **D**ime: ¿los niños recién nacidos tienen dientes?

*Sever.* No los tienen, sino hasta que está para concluirse el tiempo de la lactancia.

*Clem.* ¿Y tú hallas alguna razon para ambas cosas?

*Sever.* Si la hallo muy poderosa, y es esta. Cuando el niño se alimenta con la leche de la madre, no necesita dientes; y antes bien serían estorvosos á él, y molestos á la madre; pero cuando ya para sustentarse con otra clase de alimento que es preciso mascar y triturar necesita de los dientes, entónces le salen para este efecto.

*Clem.* Estas razones que has espuesto sabiamente, son una prueba de la ecsistencia de Dios. En esto se advierte una mano inteligente que obra segun las circunstancias y oportunidad de los tiempos; no dando al hombre alguna cosa en el tiempo en que no la necesita, y concediendosela puntualmente en aquellas circunstancias en que ya va á necesitar de ella.

*Sever.* Es constante por las observaciones anatómicas, que cuando el niño está formado perfectamente en el seno de la madre, tiene tambien formados perfectamente sus ojos. Es claro que en tales circunstancias los ojos le son inútiles, porque no hace ningun uso de ellos; y así, si de que el niño reciba los dientes en el tiempo en que le sirven, infieres tú que ha habido un autor inteligente que le haya dado los dientes; de que el niño tenga ojos bien formados cuando no le sirven, infero yo que el niño no reconoce por autor de su ecsistencia á un ser inteligente. ®

*Clem.* Este racionio en lugar de ser contra mí, confirma enteramente mi discurso: y si no dime: si ¿tú vieras á un hombre que en su juventud fabricaba unos anteojos para que le sirvieran en la ancianidad?

nidad, si acaso entonces perdía su buena vista, dirías que este hombre no obraba con inteligencia y racionalidad, porque formaba los anteojos en aquel tiempo en que no le eran útiles?

*Sever.* Diría todo lo contrario. Diría que este hombre obraba con prevision, y por lo mismo con inteligencia y racionalidad: porque preveía que en edad avanzada podía faltarle la vista, y que fabricando los anteojos con anticipacion, no solo obraba con conocimiento, sino con prudencia, preparando previamente lo que le podía servir en tiempo oportuno.

*Clem.* Pues si el que fabrica los anteojos para un tiempo mas remoto, y en contingencia de que no le sirvan, obra con prevision y con prudencia; ¿dejará de obrar con prevision y con prudencia, el que forma los ojos del niño antes de nacer; que ademas de ser una fabrica de un artificio mucho mas delicado, mas maravilloso, y que supone en el artifice mayor inteligencia, van á servir al niño dentro de mas breve tiempo, y con certeza de que le sean útiles, pues le han de servir para ver en el primer momento en que sale á la luz del dia? Aquí debo pregun-

tar como David: ¿el que fabrica el ojo, no ve, no conoce, no reflexiona? *Qui finxit oculum, non considerat?* (SALM.93.V.9.)

Pongamos otro ejemplo de prevision. Dime: ¿el que fabrica un paragua en tiempo de perfecta seca, espera alguna utilidad de él, en el tiempo que lo construye?

*Sever.* No, sino que espera que le sirva en el tiempo de lluvias.

*Clem.* Luego ¿este artifice espera que ha de ocurrir un caso en que le ha de servir el paragua?

*Sever.* Es cierto.

*Clem.* Pues la esperanza es un acto propio de la inteligencia: y así este hombre es un ser inteligente, ya porque conoce la relacion que hay entre el paragua y la utilidad que debe producir, y ya porque espera y prevee que ha de llegar el caso en que reciba esta utilidad.

*Sever.* Es indudable.

*Clem.* Has convenido en estos principios ciertos, y por esto te has de ver precisado á conceder la consecuencia legitima que de ellos se deduce. Oye cual es. El niño antes de nacer tiene pulmones: estos son unos vasos para el aire, formados donde no hay ai-

re, y contruidos con un esmero esquisito, para admitir y espeler alternativamente un fluido elástico, en donde no ecsiste tal fluido. Este grande organo con todo el aparato que le pertenece, se halla encerrado en el thorax del feto, sin uso alguno; pero dispuesto y pronto para obrar en el primer momento en que se necesite el uso de su accion. Así se verifica efectivamente, pues en el instante mismo que nace el infante, comienzan los pulmones á tener su ejercicio de la respiracion, que es enteramente necesaria para la vida. Pues si el artifice del paragua obra con inteligencia y con prevision, segun tú mismo confiesas; es evidente que obra con inteligencia y prevision, el que forma en el niño, antes de nacer, los pulmones que le han de servir necesariamente para la vida en el primer instante de su nacimiento.

*Sever.* No has satisfecho la dificultad. Si al niño se le dan los ojos y los pulmones antes de nacer, porque despues de nacido ha de necesitar de ellos, ¿por qué no se le dan tambien los dientes antes de nacer, si despues de nacido los ha menester?

*Clem.* Lo primero, porque los ojos y los pulmo-

nes los necesita luego para el primer momento en que nace, y los dientes no le son necesarios, sino hasta mucho tiempo despues de nacido, y cuando ya los va á necesitar, se le dan con una anticipacion oportuna: y lo segundo, porque en el tiempo de la lactancia le serian estorvosos, y molestos á la madre, segun tú mismo acabas de decir; luego esta oportunidad, en uno y otro caso, supone prevision en el autor, y por lo mismo inteligencia, de la que la casualidad es incapacísima.

*Sever.* No quiero replicar con todo empeño á las razones que vas esponiendo, porque despues que hayas concluido, pretendo alegarte otros fundamentos á favor de mi sistema, para que me contestes: y así por ahora puedes proseguir tu discurso.

*Clem.* Sea enhorabuena, que yo fiado en el auxilio del omnipotente, cuya ecsistencia defiendo, procuraré contestarte. Entre tanto, añadiré las dos reflexiones siguientes, y concluiré con un argumento muy poderoso para cualquiera hombre amante de la razon y de la verdad.

No es mi intento hablarte de la estructura y mecanismo verdaderamente

maravilloso del cuerpo humano, en que tanto resplandece la sabiduria y el poder infinito de su artífice. Es materia esta tan difusa, que en ella empleó Galeno diez y siete libros, que tituló: *Himno á la divinidad*; diciendo, que este himno era mas glorioso y honorífico á Dios, que el incienso y el hecatombe; esto es, el sacrificio de cien bueyes. En efecto: la fábrica y construccion del cuerpo humano, es una de las obras mas maravillosas que se observan en la naturaleza. El consta de una multitud innumerable de huesos, de nervios, de arterias, de venas, de vasos &c; colocadas todas estas partes en orden, en armonia, en distancia y en proporcion: de modo que teniendo cada una de ellas su destino y su oficio particular, se dirijen todas al fin general de formar esta máquina tan admirable, y de conservar al hombre la vida, poniéndole en aptitud de comer, de alimentarse, de nutrirse, de reparar la pérdida de las fuerzas, de usar de sus sentidos, de moverse, de trabajar, y de otras muchas acciones vitales, para sus necesidades, para su utilidad, para su descanso, para su recreacion, y para otros fines. Pues este artificio encantador del cuerpo hu-

mano, en que los anatómicos hallan cada dia mas que observar y admirar, y estos fines y designios prueban una inteligencia autora de todo esto, y un artífice infinitamente sábio y poderoso.

Si paramos la consideracion solamente en la estructura del ojo, hallarémos un conjunto de maravillas y de prodigios tan asombrosos, que nos obligarán á convencernos de que la obra, la máquina mas delicada y perfecta, que pueda discurrir el hombre de mayor talento é industria, siempre será infinitamente inferior. Y ¿es posible que el ojo, todo el hombre, todos los seres y todo el universo, sea obra de la casualidad, que es mas incapaz que los mismos brutos, pues es enteramente ciega é impotente? Pero no se si sean mas ciegos los que le atribuyen tanta sabiduria y poder.

Ya que no tenga el placer de formar la descripcion de la estructura del cuerpo humano, por no serte fastidioso, permite á lo menos, que haga una reflexion ligera sobre la formacion de las manos y del rostro del hombre; asunto á la verdad nada comun, y que ecsita la curiosidad.

*Sever.* Haz las reflexiones que quisieres, pues bien conocerás que me agrada oírte discurrir.

*Clem.* Son imponderables los bienes que le resultan al hombre de las ciencias y de las artes, para la conservacion de su vida, para el remedio de sus necesidades, para su utilidad, para sus comodidades, para su descanso, para su recreacion, y para todo aquello que constituye su felicidad temporal. Pues las manos son las causas inmediatas de todos estos bienes; y así se pueden llamar la fuente próxima de la felicidad natural del hombre; ó si se quiere, llámense los instrumentos necesarios para conseguir esta felicidad.

El hombre necesita de las manos para romper la tierra, sembrar la semilla, cultivarla, recoger los frutos, y disponerlos para su sustento. Tambien son necesarias las manos para proveerse de los demas alimentos, de vestido, de medicinas, de habitacion y de otras muchísimas cosas, que ha menester para la conservacion de la vida. Por medio de las manos se habilita de lecho ó cama para su descanso, de frutas, de árboles, de flores y de otros objetos para su recreacion. Necesita de las manos para la pintura, para la escultura, y, en suma, para todas las artes, que son conducentes á remediar todas las

necesidades, y prestarle utilidad, comodidad y desahogo; y, finalmente, el hombre con sus manos dirigidas por su entendimiento, atraviesa provincias y reinos, navega los mares, se defiende de las fieras, de las inclemencias de los tiempos y de todos sus contrarios, se sirve de todos los seres del universo, y parece un señor de la naturaleza, pues esta se le rinde, y se le sujeta.

Pues si todo esto conviene al hombre por su propia naturaleza y condicion, y como al ser mas noble y mas excelente de los que habitan la tierra; ¿se podrá negar que las manos del hombre están destinadas por una sabiduría provisorá, para todos estos fines? Solo por una ceguedad monstruosa se puede asegurar, que la casualidad es la autora de unos instrumentos tan necesarios y tan útiles al hombre, y fabricados con un artificio y unas proporciones tan admirables, que han servido á los sábios de materia para las observaciones mas atentas y detenidas, y los han obligado á prorumpir en los elogios mas recomendables del autor infinitamente sabio de tales instrumentos.

*Sever.* ¿Cual es la segunda reflexion?

*Clem.* Es esta: procuraré consultar á la

brevedad. Si en el imperio de la razón, la mano (como hemos visto) es el primer ministro de la alma, para el cumplimiento de sus designios, la cara es como el trono, donde sentada hace á todos visible su magestad. No hablémos de lo interior de la cara del hombre, sino solamente de la superficie, ó fachada de ella, y porque las cinco cosas que requiere Vitruvio en un edificio perfectamente ideado pueden cómodamente reducirse á dos, esto es, la hermosura y la utilidad, contempláremos nosotros estas dos solas, en la fábrica augusta del rostro humano.

En cuanto á la belleza, digo, que no es mi ánimo hablar de ella con todos los requisitos que algunos piden para que sea perfecta, porque si entrámos en ecsamen, en ninguna persona, por hermosa que sea, se hallan todos juntos. Hablo de la belleza en general, que gloriándose de ser señora, es una verdadera tirana, que manda despóticamente, oprime y esclaviza los corazones de los miserables mortales. Ella obliga aun á los monarcas mas poderosos, que imperan sobre millones de hombres, y gobiernan dilatadas provincias, á que abandonen el sólio brillante de la magestad,

y se le rindan y postren, para tributarle inciensos y adoraciones, hasta el grado de idolatria. Ella colocada en el rostro de una Helena, puso en armas á toda la Grécia, y arruinó á Troya: ella ha hecho correr torrentes de sangre humana en los campos de batalla y en las discordias domesticas: ella ha destruido ciudades y aun imperios, y ha causado grandes trastornos en el universo: en fin, siendo la belleza una perfeccion, han abusado de ella los hombres hasta cegarse, enloquecerse, embrutecerse, y echar sobre sí un cúmulo de males infinitos.

El mayor elogio que hicieron los antiguos de la elocuencia del filósofo Platon, fué afirmar, que de lo que decia, no se podia quitar ni una palabra, para substituirle otra, sin echarlo á perder: pues con mayor razon podemos decir esto mismo de la belleza del rostro humano. Es una perfeccion de naturaleza tan delicada por la union y enlace íntimo y ordenado de unas partes con otras, que basta cualquiera variacion ligera de su simetría, para desfigurar el todo.

Pero lo mas admirable es, que la hermosura, siendo una é invariable en

una misma cara, se divide en tantas y tan diversas, cuantas son las caras en que se halla; de modo, que no hay dos por parecidas que sean, en quienes no se advierta alguna diferencia que las distinga. Es constante que si observamos en un cuadro pintados muchos rostros, ó hermosos ó feos, de tal suerte que ninguno sea perfectamente semejante á otro, atribuimos esto á pericia, ingenio y fecundidad de ideas del artifice que los pintó, no obstante, que estas cópias podrá haberlas tomado de otros originales vivos, ó pintados: ¿pues con cuanta mayor razon deberémos confesar la inteligencia y destreza del artifice, que ha formado los rostros humanos, adornándolos de una hermosura, que siendo en sí misma una sola, la ha distribuido con tal artificio, que la ha multiplicado en infinitas caras, haciendo que aparesca diversa en cada una de ellas, sin haber tenido á la vista ningunos originales?

Si de la diversidad de la belleza en las caras hermosas, que son en menor número, resulta una prueba de la sabiduría de su artifice; mayor debe resultar de la diversidad que se advierte en todas las caras de todos los hombres,

que habitan el globo de la tierra. Es tan general esta diversidad, que no se hallarán dos caras tan perfectamente semejantes entre sí, en quienes no se note algun rasgo de desemejanza. Es verdad que algunas veces ha habido hombres, tan parecidos el uno al otro, que los han equivocado; pero esta ha sido una semejanza perfecta á primera vista, ó respecto de personas que no han tomado todo el empeño necesario para hacer un cotejo esacto; mas, despues, haciendose observacion atenta por personas reflexivas, se ha hallado alguna razon, ó señal de diferencia; y si se pretende insistir, en que ha habido perfecta igualdad, digo, que ha sido raras veces. Esta diversidad tan universal de semblantes, demuestra una sabiduría infinita en el autor que los ha formado. Porque si todo artifice antes de pintar ó esculpir una cara, concibe de ella en su entendimiento una idea, que le sirve como de modelo, y si cuanto es mayor el número de caras diversas, tanto es mayor el ingenio, y la fecundidad de ideas de su artifice; siendo los diversos rostros humanos tantos, cuantos han sido los hombres que han existido hasta la épo-

ca presente, que es decir, infinitos, es evidente, que las ideas ó modelos del entendimiento de su autor son infinitas; y por consiguiente es infinita su sabiduría.

Pero no solo de la diversidad de los rostros humanos se infiere la sabiduría de su autor, sino tambien de los fines prudentísimos, que, á mi modo de pensar, se propuso en esta diversidad. Estos fines son los muchos bienes que de aquí les resultan á los hombres. Esta es la utilidad de que voy á hablarte en segundo lugar. Es indisputable, que son bienes verdaderos y utilísimos, la buena fe en los contratos, la fidelidad en las promesas, la honestidad, la paz, la justicia; que sea apreciado el virtuoso, que se premie al hombre de mérito, que se castigue al delincuente, que se enfrene y reprima al discolo y mal inclinado, que se observen las leyes, que se obedesca á los superiores, y todo aquello que es conducente al comercio y comunicacion provechosa de los hombres entre sí. Pues para que gozen de todos estos bienes, es necesario que no halla entre ellos una perfecta semejanza, sino que antes bien tengan una señal, por la que se distingan los unos de los otros.

Así como en las letras ó caracteres del abecedario, para escribir y leer ordenadamente, de modo que á primera vista se distinguen las unas de las otras, porque si todas fueran semejantes entre sí, sería imposible el escribir y leer, siendo imposible distinguirlas; á este modo, si los hombres fueran perfectamente semejantes entre sí, ¿como podriamos distinguir al acreedor del deudor, al virtuoso del perverso, al esposo del que no lo es, al pariente del estraño, al superior del subdito? De aquí brotaría un manantial de infidelidades, de mentiras, de engaños, de fraudes, de adulterios, de incestos, de inobediencias, de rebeliones, y de toda clase de desordenes y de crímenes inevitables, que harían perniciosísima y aborrecible la sociedad de los hombres; de manera, que sería menos dañoso el irse á vivir en los bosques en compañía de las fieras, de quienes procurarian precaverse y librarse, sabiendo que son enemigas de la humanidad; pero los hombres en lugar de librarse de sus semejantes, siempre estarían espuestos á engaños continuos y ruinosos; porque el asesino se vendería por protector de nuestra vida, el infiel por fiel, el mentiroso por verdadero, el

estranño por pariente, el adultero por esposo, y el enemigo por amigo; luego el artifice de los rostros humanos, ha obrado con suma sabiduria en haberlos formado con esta infinita variedad, y ha procedido con una providencia verdaderamente admirable, en haber evitado con esta variedad, un cúmulo inmenso de males, que gravitarian irremediabilmente sobre la mísera humanidad.

*Sever.* Esta diversidad de que hablas, no prueba sabiduria ni providencia en el autor de los hombres; porque ella ha sido efecto de la casualidad, y no de la necesidad de evitar esos inconvenientes que refieres. He aquí la razon que destruye todo tu argumento. Esta misma variedad se advierte en los brutos, en las plantas y en los demás seres de la naturaleza, y ninguno habrá por insensato que sea, que diga, que ella ha sido necesaria para impedir esos males respecto de los brutos, de las plantas y otros seres distintos del hombre.

*Clem.* Esta objecion en lugar de destruir la fuerza de mi argumento, se la aumenta y la confirma. En cuanto á los brutos, ó hablamos de los individuos, ó de las especies: si de los individuos, digo, que

muchos de ellos á nuestra vista no se diferencian en el aspecto, y otros por lo regular se diferencian poco; pero por grande que sea esta diversidad en ellos, no es como en los hombres, en quienes es general é imponderablemente mas notable, pues como ya he dicho se distinguen á primera vista los unos de los otros. Además de esto, aunque hubiera una perfecta semejanza de los brutos entre sí, es evidente que de ella no se seguirian los inconvenientes indicados; pero respecto de los hombres no puedes negar, que ciertamente se seguirian; por lo que es manifesta la necesidad de diferenciarse.

Ultimamente, aunque halla esta diversidad en todos los brutos, y yo ignore la razon de ella, esto no impide que yo afirme, que tal diversidad es necesaria en los hombres, para evitar estos males, atendiendo á su caracter, á su condicion y á sus inclinaciones. Por ejemplo, veo á un febricitante recostado en su lecho, y volviendo los ojos veo á otro hombre en igual postura, sin saber yo si padece ó no padece enfermedad: es claro que, en este caso, aunque ignore la razon por qué el segundo está acostado, puedo decir con funda-

mento, que el primero se halla de este modo, porque así lo ecsige el quebranto de su salud.

Si hablamos de las especies de los brutos, es evidentísimo, que se diferencian notablemente las unas de las otras. Pero en esto mismo brilla la sabiduría y la providencia del autor de su ser; ya porque en la multitud de especies de brutos de diversos tamaños, de diversas formas, de diversas pieles, de diversos plumages, de diversos colores, y de otras diversas calidades específicas resplandece la fecundidad de ideas del entendimiento de su autor, y ya porque las necesidades del hombre, para quien fueron formados los brutos, ecsigen forzosamente esta diversidad. Necesita el hombre distinguir los animales que le son nocivos, para precaverse de ellos, y necesita también distinguir los que le son útiles para aprovecharse de ellos. De unos para el alimento, de otros para el vestido, de otros para la carga, de otros para caminar, de otros para la labranza de la tierra, de otros para la curacion de las enfermedades, y de otros para mil usos de la vida. Para esto es necesario que vea en ellos impreso un caracter de diversidad con-

que distinga á unos de otros. Esto mismo se debe decir de los árboles, de las plantas, de los metales, de las piedras y de los demás seres, para que el hombre pueda desechar ó elegir aquellos que sean convenientes á los fines á que quiera destinarlos.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS  
por el consentimiento de todos los pueblos.

*CONVERSACION SEPTIMA.*



*Clem.* **C**oncluyámos con el argumento que se forma del consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios. Recorrámos con el pensamiento todo el universo, y hallaremos naciones y pueblos, que se diferencian y aun son contrarios en sus costumbres, en sus usos, en sus inclinaciones, en sus ejercicios, en sus idiomas, en sus leyes, en sus propiedades corporales como el color, las facciones y la estatura, y muchos apenas se distinguen entre sí en la fisonomía y figura de hombres; pero á todos los hallarás acordes en reconocer y confesar la ecsistencia de Dios.

mento, que el primero se halla de este modo, porque así lo ecsige el quebranto de su salud.

Si hablamos de las especies de los brutos, es evidentísimo, que se diferencian notablemente las unas de las otras. Pero en esto mismo brilla la sabiduría y la providencia del autor de su ser; ya porque en la multitud de especies de brutos de diversos tamaños, de diversas formas, de diversas pieles, de diversos plumages, de diversos colores, y de otras diversas calidades específicas resplandece la fecundidad de ideas del entendimiento de su autor, y ya porque las necesidades del hombre, para quien fueron formados los brutos, ecsigen forzosamente esta diversidad. Necesita el hombre distinguir los animales que le son nocivos, para precaverse de ellos, y necesita también distinguir los que le son útiles para aprovecharse de ellos. De unos para el alimento, de otros para el vestido, de otros para la carga, de otros para caminar, de otros para la labranza de la tierra, de otros para la curacion de las enfermedades, y de otros para mil usos de la vida. Para esto es necesario que vea en ellos impreso un caracter de diversidad con-

que distinga á unos de otros. Esto mismo se debe decir de los árboles, de las plantas, de los metales, de las piedras y de los demás seres, para que el hombre pueda desechar ó elegir aquellos que sean convenientes á los fines á que quiera destinarlos.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS  
por el consentimiento de todos los pueblos.

*CONVERSACION SEPTIMA.*



*Clem.* **C**oncluyámos con el argumento que se forma del consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios. Recorrámos con el pensamiento todo el universo, y hallaremos naciones y pueblos, que se diferencian y aun son contrarios en sus costumbres, en sus usos, en sus inclinaciones, en sus ejercicios, en sus idiomas, en sus leyes, en sus propiedades corporales como el color, las facciones y la estatura, y muchos apenas se distinguen entre sí en la fisonomía y figura de hombres; pero á todos los hallarás acordes en reconocer y confesar la ecsistencia de Dios.

Romanos, griegos, judios, asirios, etíopes, egipcios, caldeos, italianos, franceses, alemanes, ingleses, rusos, suecos, prusianos, úngaros, polacos, portugueses, españoles, turcos, persas, tártaros, chinos, peruanos, mexicanos, y, en fin, todas las naciones y todos los pueblos, en todos los siglos, han convenido en reconocer la existencia de la divinidad.

Decia Plutarco á Colote filósofo epicureo: „Si caminares, por todo el orbe „hallarás ciudades sin letras, sin rey, „sin riquezas, sin teatros y sin academias; pero ninguno halló ni hallará ciudad sin templos, sin Dios, que no haga oracion, que no jure, que no consulte á los oráculos, y que no ofresca sacrificio para conseguir los bienes, „y alejar los males; y antes tengo por „mas facil que se edifique una ciudad „sin suelo, que el que se constituya y „permanesca sin divinidad.”

Ciceron en el libro 2.<sup>o</sup> de las leyes cap. 8 dice: No hay pueblo por intratable y feroz que sea, que ignore que deba tener Dios; aunque no sepa cual es el que ha de adorar. Hablando en otro lugar de la existencia de Dios, y de la inmortalidad de la alma humana, Tus-

cul. libro 1.<sup>o</sup> capitulo 13, dice: no hay hombre por bárbaro que sea, cuya mente no esté imbuida en la opinion de la divinidad:: Todos juzgan, que ecsiste la naturaleza divina. Esta opinion no se ha originado de convenio y consentimiento; ni se ha radicado por estatutos, ni leyes. El consentimiento de todos los hombres en toda materia, se debe reputar por ley de la naturaleza.

A los testimonios de estos dos ilustres escritores gentiles podria agregar otros innumerables de escritores tambien pagáños. Aunque no considerémos á Moises como escritor divinamente inspirado, sino únicamente como el mas antiguo de los escritores, conformándose con la sentencia de todos los críticos; pues segun algunos ecsistió trescientos años. y segun otros, seiscientos antes de la guerra de Troya, por la relacion que hace de la creacion del mundo, se ve claramente, que desde el principio de este, los hombres reconocieron á Dios como á criador y gobernador del universo, y desde entónces comenzaron á darle adoracion y culto. Despues del diluvio general acontecido á los diez y seis siglos del nacimiento del mundo, Noé que se salvó de

este catástrofe, dejó á sus hijos con la sangre, la religion: estos se dispersaron ácia diversas partes del orbe: se empezó á poblar de nuevo la tierra: se formaron reinos en el Asia y fuera de ella; y en todos permanecia el conocimiento de Dios. Y aunque despues por la ignorancia, por las pasiones y corrupcion de los hombres, se introdujo la supersticion, los errores y la idolatría, en todas partes perseveró la persuacion de la ecsistencia de la divinidad. Esto mismo refieren los demas escritores, que nosotros llamámos sagrados, hablando de las marchas, transmigraciones, guerras y hechos de los hebreos; y por su comercio con las demas naciones nos manifiestan la religion y costumbres de ellas; y aunque por estas relaciones vemos grandes variaciones en el culto, hallámos á todos estos pueblos concordes en el reconocimiento y adoracion de la divinidad.

Pasando de los historiadores hebreos á los de otras naciones, se nos presentan los griegos, que aunque no fueron los mas antiguos, fueron los mas sábios. Entre ellos florecieron las artes, las ciencias y el comercio, con otros pueblos remotísimos, de cuyos usos, costumbres,

tradiciones y religion, adquirieron estensas noticias, y de quienes recogieron los monumentos de su mayor antigüedad, adelantando sus investigaciones y descubrimientos hasta los dos períodos de tiempo, que Varrón llama obscuro y fabuloso. Por relaciones de estos historiadores entre los que es el primero Herodoto, sabemos el origen de los imperios, de los reinos, de las repúblicas, sus fundadores, sus principes, sus leyes, sus guerras y sus hechos ilustres; y vemos por todo esto, que todos los pueblos han reconocido la ecsistencia de la divinidad, y que este conocimiento y el culto, han permanecido á pesar de los trastornos horrorosos y mutaciones extraordinarias que han padecido en todo lo demás.

Con los historiadores griegos convienen en esto los latinos, que hablan no solamente del culto de Roma, sino tambien de otros pueblos remotísimos, feroces y bárbaros, á donde penetraron las armas romanas; como se puede ver en César y en Tácito.

Tambien por las obras de los poetas nos debémos convencer del consentimiento de todas las naciones acerca

de la ecsistencia de Dios. Esto se ve claramente en Homero, poeta antiquísimo y el mas sábio de todos los poetas, en Hesiodo su contemporáneo ó poco posterior, en Ovidio, en Virgilio y otros que hablan de los sucesos y de la religion de pueblos muy remotos y muy antiguos.

*Sever.* Ningun aprecio merecen las relaciones de los poetas sobre la materia; porque ellos las mezclaron con fábulas tan ridículas y tan extravagantes acerca de la genealogía y hechos de los dioses, que si las hubieramos de admitir, nos veriamos precisados á reconocer por divinidades una multitud asombrosa de monstruos.

*Clem.* Aunque los poetas hayan mezclado tales relaciones con fábulas extravagantes, no se infiere de esto que los pueblos de que hablan, no hayan admitido la ecsistencia de la divinidad, sino todo lo contrario. Mi proposicion es esta: todos los pueblos, en todos los tiempos han convenido en la ecsistencia de la divinidad, y así aunque acerca de ella hayan tenido mil supersticiones y errores, y aunque los poetas hayan mezclado miles de fábulas acerca de la religion de esos pueblos de que hacen mencion, se infie-

re claramente que tales pueblos han reconocido la ecsistencia de la divinidad, que es lo que hace á mi intento, y para lo que cito el testimonio de los poetas, y no para que se les crea cuanto dicen.

Esto se confirma con la autoridad de Lucrecio, que como ateísta es nada sospecho en la materia. Este elogiando á su maestro Epicuro, lib. 3. dice: que teniendo todos los hombres religion, su maestro fué el primero que sacudió el yugo de ella, y le declaró la guerra. Por las obras que nos han quedado de los filósofos mas ilustres podemos inferir, que ellos reconocieron la ecsistencia de Dios; y por los antiguos monumentos que citan Laercio, Ciceron, Plutarco y otros, consta, que algunos pocos que no tenian religion, eran llamados atéos, eran abominados como monstruos, y eran quitados de enmedio como enemigos de la naturaleza. Sócrates, segun se dice comunemente, reconoció la unidad de Dios, y los jueces calificándolo de ateísta, porque no admitia la multitud de sus dioses, lo condenaron á muerte, que sufrió bebiendo un vaso de veneno. Anaxágoras, llamado á juicio por Cleón,

por despreciador del dios pátrio, aunque él sentía bien de la divinidad, como escribe Plutarco, fué multado en cincuenta talentos, y condenado á destierro. Protágoras habiendo compuesto un libro, en que parecía que dudaba de la ecsistencia de la divinidad, fué arrojado de su pátria por los atenieses, y su libro fué entregado públicamente á las llamas.

Por último, con innumerables escritos y monumentos de la antigüedad mas remota, se prueba evidentemente el consentimiento de todos los pueblos en todos los siglos sobre la ecsistencia de la divinidad.

*Sever.* Aunque es cierto que las naciones mas cultas y mas célebres confesaron la ecsistencia de Dios, no es cierto que todas generalmente la reconocieron. Cotta, filósofo antiguo, citado por Ciceron, lib. 1. de la naturaleza de los dioses cap. 23 dice: *Juzgo, á la verdad, que hay muchas naciones tan bárbaras, que no tienen ni aun sospecha acerca de la ecsistencia de la divinidad;* luego no es universal el consentimiento de las naciones sobre este asunto.

*Clem.* Primeramente digo: que este sofista académico no nombra ni una region,

ni un pueblo siquiera en que esto se verifique; ni cita testimonio, ni autoridad alguna para probar su proposicion. En segundo lugar digo: que el mismo Cicerón, hombre de mayor crédito que Cotta en la república literaria, afirma lo contrario en muchos lugares, de los cuales citaré uno, lib. 2. de la misma obra. Dice pues: *es una persuacion innata y que está como esculpida en el ánimo de todos el que hay dioses: cuales sean, en esto hay variedad: que los haya, ninguno lo niega.* Lo mismo asegura Eliano lib. 2. De varias historias. Aristóteles citado por Mácsimo Tirio, y lo que es mas, Luciano, enemigo acérrimo de toda religion, disputando con Timocles en el diálogo llamado, *Jupiter Tragedus*, núm. 42 viene á concederle tácitamente el argumento que este le hace, á favor del culto de la divinidad, con el consentimiento de todos los pueblos.

*Sever.* Consta por las relaciones de algunos viajeros, que en algunas islas junto á las Mólucas, y en otras partes de la América y de la Africa, no reconocen la ecsistencia de la divinidad.

*Clem.* Es digno de admiracion el que los ateistas que tanto se glorían de estar adornados de grande ingenio, y de po-

seer una vasta erudicion, para quererse librar de la fuerza del argumento que se les hace en defensa de la divinidad, con el consentimiento de todos los pueblos, se vean precisados á investigar lo que pasa en algunos rincones miserables del mundo. Aun quando fueran verdaderas las relaciones de esos viajeros, con ellas no puedes destruir ni aun debilitar la verdad de mi proposicion: porque aun supuesta la verdad de esas relaciones, ese cortísimo número de hombres salvages que viven en los bosques á manera de fieras, se debe reputar como nada, comparado con todos los pueblos, especialmente los mas cultos, mas civilizados y sábios de todos los tiempos.

Pero te contestaré mas directamente. Segun la narracion de personas que han vivido mucho tiempo en esas regiones de que hablas, que conocieron el idioma y las costumbres de esos hombres bárbaros, consta, que estos reconocen la ecsistencia de Dios. Algunos escritores citan testimonios muy graves, para vindicar de la nota de ateistas á estos hombres. Juan Alberto Fabricio en la apologia del género humano contra la acusacion del ateismo;

Grocio en su libro entretenimientos sobre muchas materias de la historia; Stillingfletto en su libro, orígenes sáctos, prueban eficazmente, que los pueblos del Canadá, de las Antillas, del Brasil, de China, de Cuba, de la nueva Inglaterra, del Paraguay, y otros de la Africa, como los Cáfres y los del Madagascar, han sido calumniados con el nombre de ateistas por algunos viajeros, ó maliciosos, ó ignorantes, ó ligeros en formar congeturas contra estas gentes, por su aspecto deforme, por su barbárie, y por su modo de vivir, casi de brutos; y Kolbeno, que vivió diez años en los pueblos bárbaros de la Africa, en la descripcion del capítulo de Buena-esperanza dice: que pudo averiguar que los moradores de estos pueblos creen que hay un Dios supremo criador y Señor del universo, y que están persuadidos de la inmortalidad de la alma humana.

Muchos varones eruditos y prudentes, ecsaminando esas relaciones de los viajeros, han quedado convencidos de su falsedad; de modo que bien podemos llamarlas unos meros romances. Finalmente, consta por las historias de esta América septentrional, que en to-

dos los lugares de estas vastas regiones á donde penetraron los conquistadores, hallaron estos culto religioso: lo que prueba evidentemente que reconocian la ecsistencia de la divinidad; y por un argumento de analogía podemos asegurar lo mismo de los demás lugares incógnitos de esta América, y de la meridional, pues sus usos y costumbres son sustancialmente idénticas.

*Sever.* Todas las naciones admitieron multitud de dioses, y creyeron cosas ridículas, inicuas, é indignas de la divinidad. ¿Quién podrá contar el número de los dioses que adoraron los griegos y los romanos; la bajeza y abatimiento de las deidades de los Egipcios y otros pueblos; los vicios de un Júpiter adúltero, de una Venus lasciva, de un Baco ébrio, de un Marte vengativo, y así de otros muchísimos? De esto se deduce, que el consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios nada prueba, pues creyeron cosas, indignísimas y ajenas de la divinidad; ó que si algo prueba, es que ecsiste una multitud de dioses viles é infames, pues sobre esto convinieron todas las naciones.

*Clem.* Este consentimiento de los pueblos

acerca de la pluralidad de dioses, es una prueba de que todos los pueblos han estado persuadidos de la ecsistencia de la divinidad: porque cuando se disputa sobre el número y propiedades de la cosa, es claro que los que disputan convienen en la ecsistencia de la cosa; luego si unos hombres defienden que hay un solo Dios, y que tiene estas ó las otras propiedades; y los demás sostienen que hay muchos dioses, y que estos tienen otras propiedades, es evidente que todos los hombres convienen en la ecsistencia de la divinidad. Conque por esta parte tu argumento es á mi favor; y ahora voy á manifestarte, que por la otra no es contra mí, respondiéndote directamente.

Este consentimiento de los pueblos acerca de la multitud de dioses, no ha sido perpétuo, ni universal, ni uniforme; y el consentimiento de las naciones sobre la ecsistencia de Dios ha sido perpétuo, universal y uniforme, en la idea general de la ecsistencia de la divinidad. Vamos por partes. Primeramente, ese consentimiento de la pluralidad de dioses no ha sido perpétuo. Este es un hecho, que puede constar

solamente ó por un testimonio histórico, ó por un monumento acreditado, ó por una tradicion verdadera: pues por ninguno de estos medios consta la perpetuidad del politeismo, y antes bien sabémos por la historia, que este tuvo origen muchos siglos despues de que el mundo ecsistia; y si no dime, ¿por donde consta esta perpetuidad?

*Sever.* Por el testimonio de Homero, y de Orfeo, poetas antiquísimos, que hablan de la idolatria como de una cosa ya entendida y arraigada en su tiempo. De esto se infiere, que ella venia de tiempos mas antiguos, y por lo mismo se puede deducir su perpetuidad.

*Clem.* Estos poetas hablan de los dioses que eran adorados en su tiempo; pero no dicen que siempre hubo estos dioses, y antes bien, por la relacion que hacen dichos poetas y otros muchos gentiles sobre la genealogía de estas falsas deidades, se viene en conocimiento de la época en que cada una de ellas tuvo su origen; por quanto la narracion de este origen va entretijada con otros sucesos, á que los historiadores señalan su época; especialmente de aquellos dioses que fueron reyes, como Júpiter y Baco, de cuyo reinado se infieren otros

hechos, y tambien la cronología de sus sucesores: y así de la antigüedad de estos poetas, y de la mayor de la idolatria, solo se infiere, que esta era antiquísima; pero no que fué perpetua. Homero, segun la opinion de algunos escritores paganos, vivió quinientos años despues de la destruccion de Troya; segun otros, menos tiempo: y aun quando convengámos en que acompañó á Agamenon en la espedicion contra Troya, resulta, por los cálculos de Taciano y otros, que Homero ecsistió por los años tres mil del mundo. Orfeo vivió pocos años antes, segun el mismo Taciano, pues fué coetaneo de Hércules, padre de Tlepolemo, que acompañó á los griegos en la guerra contra los troyanos.

Asentado esto, digo: que supuesto que noijas época del nacimiento de la idolatria, ni dices el tiempo que fué necesario para su propagacion hasta la ecsistencia de este poeta, quiero concederte, que fueran quinientos ó mil años antes, cuyo espacio de tiempo es mas que suficiente para dicha propagacion y radicacion. De este dato resulta, que á los dos mil años de la creacion del mundo tuvo origen la idolatria; y en

este caso, ¿cómo puede ser perpetua, pues no ha existido en todo tiempo?

*Sever.* Voy á manifestarte, que la idolatria es mas antigua de lo que tú la supones; y de ahí se puede deducir su perpetuidad. Moises refiere en el capítulo 31 del Génesis, que Raquel robó los ídolos á su padre Laban al salir de su casa con su esposo Jacob. Este hecho, segun las notas cronológicas de Vitre, sucedió el año dos mil doscientos sesenta y cinco; desde este año hasta la muerte de Moises, corrieron doscientos ochenta y ocho años, pues dices que murió en el de dos mil quinientos cincuenta y tres, y desde esta época, hasta la ruina de Troya, en cuyo tiempo vivía Homero, pasaron novecientos años, segun Lactancio, escritor de crédito entre los cristianos: todo esto da la suma de un mil ciento ochenta y ocho años desde el robo de los ídolos, hasta la época de Homero; y si á esto se agrega el tiempo que corrió desde el nacimiento de la idolatria, hasta el hecho de Raquel, resulta, que el origen del politeísmo, antecedió á Homero mucho mas de mil años, y si vamos retrocediendo á los siglos anteriores, no hallaremos el ori-

gen de la idolatria; de lo que podemos deducir su perpetuidad.

*Clem.* Primeramente, debo acordarte la notable variedad de opiniones que hay en la cronología sagrada y profana, sobre la época de innumerables sucesos. De aquí es, que si Lactancio le da á Moises novecientos años de mayor antigüedad respecto de Homero, suponiendo que este vivió en el tiempo de la destrucion de Troya, lo cual ni afirma ni niega Lactancio, no faltan escritores que lo hacen quinientos años posterior á esta guerra. Taciano dice, que Moises vivió cuatrocientos años antes de Homero.

En segundo lugar, yo no tengo inconveniente en concederte que Moises fuese novecientos años mas antiguo que Homero; de lo que tú deduces mayor antigüedad de la idolatria. Tan lejos estoy de esto, que para que veas mi buena fe, convengo (segun lo que he averiguado) en que la idolatria es doscientos sesenta y cinco años mas antigua que el hecho de Raquel; pero no convengo en tu proposicion, de que si vamos retrocediendo á los siglos anteriores no hallaremos la época de su origen. Yo sí la he hallado, segun la relacion de escritores muy

sábios y veraces. Estos dicen, que el autor de la idolatría fué Belo, primer rey de Babilonia; y que Nino su hijo y sucesor en el reino, le dedicó un templo, y le tributó honores de divinidad. Este Belo ó Baal, fué á quien los gentiles llamaron el Padre de los dioses, con el nombre de Júpiter; y entre muchas naciones tuvo varios nombres, que derivaron del primitivo llamandolo Bel, Belzebud, Belphegor, Baalim, Babbarit y Balsames.

Aunque no consta en que año introdujo Belo la idolatría, ni en cual Nino le edificó el templo, se sabe, que Belo murió el año doscientos cuarenta y nueve del diluvio; esto es, el año mil novecientos seis del mundo, y entónces empezó á reinar Nino. La relacion de estos hechos y de estas fechas, se halla en los escritos de autores que no te cito, por ser corrientes y comunes; pero si tu tienes algun documento que pruebe que la idolatría es mas antigua, manifiéstamelo, porque aunque algunos han opinado, que esta comenzó antes del diluvio, es solo por congeturas, y no asignan la época de su origen: siendo de advertir, que entre la creacion del mundo y el diluvio, hubo un espacio de mil seis-

cientos cincuenta y siete años; y así, aunque tu me probáras que la idolatría habia empezado cuatro ó seis siglos antes del diluvio, todavia queda entre esta época y la creacion del mundo, una estension de tiempo de mil años, y por consiguiente la idolatría no es perpetua; porque para esto era necesario que hubiera comenzado con el mundo ó poco tiempo despues. Y llevando el discurso con todo el rigor de una conferencia tan importante, para que tú me convencieras de que la idolatría habia sido *perpetua*, era preciso que probáras que es *eterna*; porque para ser perpetua, es necesario que sea de una misma edad que el mundo; y como en tu sistema, el mundo es eterno, era menester que la idolatría tambien fuera eterna.

*Sever.* Ya nos hemos detenido demasiado en este punto, pasémos al segundo.

*Clem.* La idolatría tampoco fué universal. Consta por la escritura divina, y aun por la historia profana, que la nacion judia no adoraba sino á un solo Dios, á quien llamaba el Dios de Israel, ó de Judá, el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob.

*Sever.* Consta por la misma escritura que los

judios cayeron muchas veces en la idolatría; luego si las demás naciones eran idólatras, y la judaica lo era en algunas épocas, en estas mismas épocas el politeísmo era universal.

*Clem.* Tambien es manifesto por la escritura, que no toda la nacion incurrió en este crimen, pues los verdaderos israelitas seguian celebrando las fiestas, ejercitando las ceremonias de su antigua religion, y ofreciendo sus sacrificios al único Dios, á quien siempre habian adorado. Y despues de la cautividad de Babilonia, quedaron tan escarmentados de los castigos que habian sufrido por su idolatría, que jamás volvieron á caer en ella, á pesar de las persecuciones y opresion, que padecieron de los griegos, de los romanos y otros pueblos idólatras. A esto debo añadir, que aun en las naciones paganas se conservaba algun conocimiento de un solo Dios, á quien únicamente adoraban en otro tiempo. Esto se infiere de que entre la multitud de sus Dioses, reconocian uno supremo. Muchos de los sábios del paganismo daban á entender, que confesaban la ecsistencia de un solo Dios, pues cuando hablaban de la divinidad usaban de la palabra Dios y no

dioses. Esto se manifiesta mas claramente con el hecho de burlarse en lo privado, y aun en sus escritos, de la multitud de los dioses; y algunos asentaron espresamente la unidad de Dios, como Sofocles, Euripides, y Menandro entre los poetas, y por eso eran llamados atéos: y entre los filósofos lo significaron bastantemente Pitágoras, Platon, Aristóteles, y con especialidad Sócrates. Restame por último manifestar, que la idolatría no era uniforme. Este es un hecho tan evidente por la tradicion y por los escritos, aun de los mismos gentiles, que no necesita de prueba. Mas, con todo eso, daré la siguiente. Aunque es cierto, que algunos pueblos solian convenir en adorar, ya á esta, y ya á la otra deidad, en lo general era tanta la discordancia de las naciones en reconocer á las falsas divinidades, que cada nacion, cada ciudad, cada lugar, cada familia y aun cada casa, tenia sus dioses particulares, diversos de los que eran adorados en otras partes.

Concluyo mi respuesta, diciendo en compendio: que si la persuacion de la ecsistencia de la divinidad ha sido perpetua, universal y uniforme, en orden á los atri-

butos propios de ella, como son la sabiduría, el poder, la justicia &c., y la persuacion de la ecsistencia de muchos dioses, no ha sido ni perpetua, ni universal, ni uniforme: es muy notable la diferencia que hay entre uno y otro caso. La primera persuacion tiene todos los caractéres de voz de la naturaleza, como la llama Ciceron; y esta voz nunca engaña, sino que siempre dice la verdad; y la segunda no tiene estos caractéres, y por lo mismo de la primera debémos inferir la ecsistencia de Dios; y de la segunda no debémos inferir la ecsistencia de muchos dioses.

Confirмо mi respuesta con este discurso breve y claro. De que muchos hombres yerren en la eleccion del Dios que deben adorar, no se infiere que yerren en la persuacion de que hay Dios, que deben adorar. Por ejemplo. Todos los hombres padecen la necesidad de comer, y están persuadidos de que hay alimento con que socorrer esta necesidad; pero si uno ó muchos en lugar de tomar el alimento provechoso, toman el nocivo, de aquí no se infiere, que estos erraron en creer que hay alimento provechoso; sino que erraron en la eleccion del alimento. Otro simil. To-

dos los hombres están persuadidos de que nacieron para la felicidad; y, con todo, ¡cuantos errores no ha habido sobre esto, especialmente entre los filósofos, que unos quisieron que consistiera en la salud corporal, otros en las riquezas, otros en los honóres, otros en los placeres sensuales, otros en la buena fama, y otros en la sabiduría! Y de todos estos errores no se puede inferir que los hombres han errado en persuadirse que nacieron para ser felices, sino lo que se deduce es, que muchísimos erraron en el conocimiento y eleccion de la felicidad verdadera.

A este modo, aunque innumerables hombres se hayan engañado, por la ceguedad de sus pasiones, en reconocer por Dios á unos seres que no lo son, no se infiere que hayan errado en la persuacion de que hay Dios; sino que erraron en el conocimiento y en la eleccion del verdadero. Para comprobar este raciocinio te repito las palabras de Ciceron: *No hay nacion tan bárbara y tan inculta, que aunque ignore cual es el Dios que debe adorar, no sepa que ecsiste efectivamente.* Con lo dicho me parece que queda contestado y disuelto tu argumento.

CONTINUACION  
DE LA ANTECEDENTE.

CONVERSACION OCTAVA.



*Sever.* **N**o parece una cosa imposible, que todos los hombres convengan en admitir un error. Es necesario que los que pretenden que esto no ha sucedido, ni puede suceder segun el orden de la naturaleza, demuestren con razones la verdad de esta proposicion. El argumento que formas del consentimiento de todos los pueblos, es un argumento moral, que sirve solo para satisfacer al vulgo, que estando ya persuadido de la ecsistencia de Dios, no desea que se le pruebe; pero para los espíritus fuertes las razones morales no tienen la misma fuerza. El que quiera convencerlos, es necesario que use de argumentos metafísicos, que son enteramente ciertos y demostrativos de la verdad.

*Clem.* Esta tu objecion que la has tomado de Pedro Baylé corifeo de los ateístas, es celebrada por estos con grande encarecimiento, como si ella estribara en el mayor peso de razones; pe-

ro voy á demostrar su debilidad. Primeramente, los defensores de la ecsistencia de Dios la prueban no solamente con argumentos morales, sino tambien con argumentos metafísicos y físicos, que producen una total certeza: tales son muchos de los que te he propuesto, sacados de la contemplacion del universo, y de las causas y efectos de la naturaleza. En segundo lugar, el argumento moral cuando es perfecto y conforme á las reglas de la critica, lleva consigo la luz de una evidencia capaz de iluminar los ojos del entendimiento mas ciego, á menos que no haya abrasado, como los atéos, el monstruoso pirronismo, tan degradante de la naturaleza racional. Por ejemplo, ¿habrá hombre por insensato que sea que niegue, que ecsistió César Augusto, emperador de los romanos, á vista de innumerables historias que así lo aseguran; á vista de las medallas, de las inscripciones y otros monumentos que se erigieron en memoria de este emperador; y á vista en fin de la misma tradicion acerca de su ecsistencia?

Esta verdad tiene tal carácter de certeza, que ninguno la niega; pues ella no estriba en razones metafísicas, sino

solamente morales: y, en general, todo hecho que se refiere con las circunstancias que requiere la crítica juiciosa, produce una certeza que los filósofos llaman evidencia moral, á que no puede negarle el ascenso, sino solo un hombre enemigo declarado de la verdad.

Pues ¿qué diremos de la ecsistencia de la divinidad, que consta por infinitos monumentos, y por la creencia y tradición de todas las naciones, en todos los siglos? Toda luz ilumina en círculo, porque ilumina ácia todas partes, y si se quiere buscar el origen y principio de ella, se ocurre al centro comun de donde nacen los rayos, y allí se encuentra. A este modo, si queremos hallar el origen de la persuacion de la ecsistencia de Dios, en que siempre han estado todos los pueblos deramados por todo el orbe, es necesario que ocurramos al centro comun, que es el primer hombre, de quien todos han nacido, y allí lo encontraremos. Y si no, dime: ¿quién es el autor de esta creencia? Se sabe quienes han sido los autores de las sectas religiosas y de las demás opiniones, ya en la filosofía, y ya en las otras ciencias, y se señala en las historias la

época en que ecsistieron. En virtud de esto vuelvo á preguntarte, ¿quién fué el inventor de la persuacion, de que ecsiste un Dios en el universo, y en qué tiempo ecsistió este inventor?

*Sever.* En el sistema de la eternidad del mundo, no es estraño que no se sepa quien fué el autor de esta invencion; pues es de creer que haya ecsistido en algun siglo remotísimo de los infinitos que lleva el mundo de ecsistencia; y así, el nombre de este inventor y la época en que vivió, se habrán perdido en la obscuridad de los tiempos, no obstante que haya noticia de los autores de otras sectas y opiniones, pues estos ecsistieron en siglos no muy remotos del nuestro.

*Clem.* Hay muchas razones con que desvanecer tu respuesta. Sea la primera que, como tengo probado, el sistema de la eternidad del mundo es una pura invencion; porque no estriba en algun fundamento sólido. La segunda, que no es creible que se hubiera perdido la memoria de un hombre tan célebre, que fué inventor de un sistema, que tiene sobre los otros las notables ventajas de haber sido abrazado y sostenido por todos los pueblos, en todos

los siglos de que tenemos noticia. La tercera, ¿qué hombre fué este tan feliz, que ha conseguido lo que ninguno? Otros han hecho descubrimientos en las ciencias, fundándolos en razones sólidas; y otros han sido inventores de sistemas útiles y benéficos al género humano; y, con todo, no han logrado que estos descubrimientos y otros sistemas se hayan admitido general y perpetuamente. Porque ¿qué contradicciones y qué variaciones no han sufrido los sistemas de la física, de la astronomía, de la medicina, y otras ciencias? ¿Y es posible que el sistema de la existencia de Dios, que según los ateistas, está destituido de todo fundamento de verdad, y es opuesto á la razón natural y á la felicidad de los hombres, haya sido admitido por todos los pueblos y en todos los siglos? Y aunque ha padecido sus contradicciones, ha sido por un corto número de hombres, que no han conseguido destruir este sistema en toda la tierra; ¿pero qué digo en toda la tierra? ni siquiera en un solo pueblo de toda la basta extensión de ella. Lo que han llegado á conseguir con todos sus esfuerzos, es hacer algunos prosélitos y secuaces,

entre los hombres de corazón corrompido y costumbres depravadas. El número de los ateistas es tan corto, comparado con el de los que creen la existencia de la divinidad, que se puede reputar por nada. Finalmente, los ateistas tan lejos están de haber generalizado su sistema para destruir el de la existencia de Dios, que son vistos por el común de los hombres, como abortos y monstruos de la humanidad.

*Sever.* El número de los ateistas no es tan escaso y mezquino como se ha querido suponer falsamente, según han demostrado algunos eruditos defensores del ateismo.

*Clem.* Sea lo primero, que muchos de los que se numeran entre los ateistas, son calumniados con esta nota; según se ha demostrado sólidamente con sus mismos escritos: y sea lo segundo, que aunque realmente lo hubieran sido todos los sujetos de que hacen mención los apologistas del ateismo, vuelvo á decir, que este número se puede tener por nada comparado con el de los que han admitido y admiten la existencia de Dios. ¡Ah! como se ve la debilidad de la causa que sostienen los ateistas; pues ha-

llandose combatidos con el argumento poderoso del consentimiento universal y perpetuo de las naciones, sobre la ecsistencia de la divinidad, quieren defenderse con citar un miserable número de hombres que la han negado.

*Sever.* No es extraño que se haya generalizado tu sistéma, habiendo sido inventado y sostenido por la política de los reyes y de los tiranos, que queriendo contener á los pueblos en la órbita de sus deberes, y tambien oprimirlos y esclavizarlos, fingieron un ser supremo, señor y juez de todos los hombres, que manda, que estos obedezcan y se sujeten en todo á sus superiores, y que tiene un gran poder para castigarlos, cuando no lo verifiquen. Así lo decia Cricias, tirano de Atenas; segun refiere Sisto Empirico libro 1.<sup>o</sup> Numa Pompilio rey de los romanos, segun dice Tito Livio queriendo sujetar á aquellas gentes feroces, fingió que tenía comunicacion con la Diosa Egeria, y que esta le dictaba las ceremonias que eran mas agradables á los Dioses. Dec. 1.<sup>o</sup> libro 1.<sup>o</sup> cap. 8.

*Clem.* Primeramente, voy á citar contra tu dicho un testimonio para tí de grande peso y autoridad: las sigientes palabras de Pedro Bayle, gran patron del ateismo,

citadas en el diccionario crítico letra B.  
 „Si lo que dicen los impios fuera verdadero, como es falsísimo que la religion no es otra cosa, que una invencion de los hombres, de la que han usado los que imperan para contener á los pueblos en sus obligaciones, se debe confesar, que los principes fueron los primeros que cayeron en los lazos que habian tendido para otros. Tan lejos está de que la religion los constituya señores de sus pueblos, que antes bien los hace súbditos de sus pueblos. Deben no profesar la religion que parece mas poderosa que ellos, sino la religion del pueblo; pues de lo contrario se destruye su imperio.

En segundo lugar, confieso ingenuamente que segun consta de las historias, muchos principes han abusado de la religion para sus fines particulares; pero este mismo abuso prueba, que los pueblos ya desde antes tenían religion; pues por respeto á ella se sujetaban á sus opresores; porque de otra suerte nada hubieran aprovechado los principes con su política. ¿Como hubieran podido los pueblos creer á sus principes solo sobre su palabra, acerca de la ecsistencia de un juez supremo é invisible, que se ma-

nifestaba á ellos solos, y esto con el fin de que tiranizasen á sus subditos, y que estos se sujetasen enteramente á sus caprichos y á sus antojos los mas injustos? Y si esta ficcion hubiera podido persuadirse á un pueblo bárbaro, no hubiera sido posible persuadirla á todas las naciones del universo, y mucho menos á las civilizadas y cultas, en que han florecido todo género de ciencias.

Es imposible que todos los hombres y en todos los tiempos, admitan un error segun esta máxima de Séneca: *ningun hombre engaña á todos los hombres*; y mucho menos si el error es conocidamente pernicioso, como se supone este, dirigido á esclavizar á todos los pueblos, y hacerlos infelices. Pero supongámos por un momento, que todos los pueblos cayeron en este error, ¿es posible que en tantos siglos no lo haya descubierto ni siquiera una nacion de las mas cultas y sabias? Si no, señalame cual ha sido esta, que abandonando la fe de la existencia de Dios militó bajo las banderas del ateismo. Pero, ya se ve, todos los pueblos han sido, y son tan ciegos y tan insensatos; que no han descubierto un error tan grosero y tan fácil de descubrir, y este descubrimiento estaba reservado á

un corto número de hombres, superiores á los demás, y que tanto se jactan de ser ilustrados é ilustradores del género humano.

En tercer lugar, pregunto: ¿quien fué el principe autor de este engaño, de este error: en que tiempo ecsistió: cual fué su pátria, y en qué nacion ejerció su imperio? ¿Será acaso el rey Numa Pompilio que me citaste? pero la respuesta es obvia y convincente. Antes del reinado de Numa, y aun de la fundacion de Roma, creían las demás naciones la ecsistencia de Dios. Moyses, legislador de los judios, que ecsistió ocho siglos antes que Roma; y Orfeo, Homero y otros escritores profanos, que aunque posteriores á Moyses, fueron anteriores á la fundacion de Roma, hablan de Dios, como de una cosa cuya ecsistencia creían los judios, y las otras naciones, y tú mismo has convenido en esto; luego el rey Numa no fué inventor de la ecsistencia de la Divinidad, sino que valiéndose de la creencia en que de ella estaban los romanos, para sujetarlos mas, fingió esa comunicacion con la diosa Egeria. Quanto á la sentencia de Cricias, que me citas, digo: que no basta que él lo diga, si no presenta algun documento ó

testimonio que compruebe su opinion: y que si él pensó de ese modo, infinitos de mayor autoridad han pensado del modo contrario.

Contesto por último con esta reflexión. Si de la ecsistencia de Dios resultaran obligaciones á solos los súbditos respecto de los príncipes, y no á estos respecto de los súbditos, podia haber algun fundamento para sospechar, que la ecsistencia de Dios era una ficcion, inventada por los príncipes para su propio provecho, y fines particulares; pero cuando de la ecsistencia de Dios nacen tambien obligaciones á los príncipes respecto de sus súbditos, y nace tambien la persuacion de que Dios es juez de unos y otros, y que tiene poder para castigar indistintamente al que faltare á sus deberes, es claro que entónces los príncipes no tienen interés en fingir la ecsistencia de Dios; porque si por una parte les es favorable, por la otra les es adversa, cuando faltan á sus obligaciones. Dime si no, ¿quienes han sido esos príncipes, que han asegurado que Dios ha impuesto obligaciones á los pueblos para con ellos, y no las ha impuesto á ellos para con sus pueblos? Concluyámos, que este ar-

gumento que me has propuesto, que es de Hobbes, de Espinosa, de Toland, y de otros apologistas del ateismo, es mas bien una ficcion de ellos para alucinar y seducir á los ignorantes é incautos, ya que carecen de razones para convencer á los instruidos y prudentes.

*Sever.* Aun hay otra causa á que atribuir el consentimiento de todas las gentes sobre la ecsistencia de la divinidad: esta es el temor. Los hombres viendo los relámpagos, oyendo los truenos y los rayos, sintiendo los temblores y sacudimientos de la tierra, y observando otros efectos de la naturaleza, que causan grandes impresiones de terror y de espanto, conocian la debilidad de sus fuerzas, y de aquí infrieron, que hay un ser superior á ellos, que los produce, de quien dependen, y á quien es necesario ocurrir en las calamidades. He aquí como el temor ha sido la causa de la persuacion de los hombres, acerca de la ecsistencia de Dios; segun cantó un poeta antiguo diciendo: *el temor fué el primero, que en el orbe de la tierra hizo los dioses, al caer del cielo los terribles rayos.*

*Clem.* Luciano refiere, ó mas bien finge un

célebre pasage sucedido en Abdera de Tracia. Dice, que un cómico llamado Arquelao, representó tan al vivo en esta ciudad la Andrómeda de Eurípides, que causó tales impresiones en el ánimo de los concurrentes, que arrebatados todos de un delirio, con semblante melancólico, y derramando lágrimas, no pronunciaban otras palabras, que Andrómeda, Medéa, Perseo, y los demás actores de la tragedia. A este modo los incrédulos fingen, que alguno, ó algunos de los hombres que no tenían idea de la ecsistencia de Dios, sobrecogidos por el terror que infundian las tempestades y temblores, fueron acometidos del delirio y frenesí de creer que hay en el universo un ser supremo, de que antes no tenían ni la menor noticia; y que representaron tan al vivo su terror, y la ficcion de la ecsistencia de este ser supremo, que de él se habia originado, que hicieron participantes de su demencia á todos los hombres que habitaban la tierra: con la diferencia notabilísima de que Luciano dice, que el delirio causado por la representacion de la tragedia lo padecieron solamente los habitantes de una ciudad, y solo en tiempo del estío,

pues llegado el invierno todos recobraron su juicio y cordura. Pero los ateistas dicen, que el delirio causado por el temor de las tempestades y terremotos, lo padecieron todos los hombres de toda la tierra, y que este se ha perpetuado en todas las estaciones del año, y en todos los siglos hasta el presente dia; sin que en tantos siglos haya convallecido de enfermedad tan peregrina, ni siquiera una nacion; y que ni siquiera un pueblo aun de los mas cultos é ilustrados haya conocido tal delirio y tal error: y que estando perfectamente cuerdos para tantas ciencias y tantas artes, en este asunto de la ecsistencia de la divinidad, todos estén delirantes é insensatos. Pregunto como curioso: ¿quienes son mas delirantes, los locos fingidos por los ateistas, ó los mismos fingidores?

Respondo diréctamente. La idea que de Dios debian haberse formado los hombres en tal caso, sería la de un ser terrible, cruel, armado de rayos y de tempestades, é incesorable á los ruegos de los míseros mortales; pero lo cierto es, que los hombres se han formado de Dios la idea de un ser bené-

fico y propicio, y de un padre amante y bondadoso, que siempre está inclinado á hacerles bien: y aun cuando lo han considerado justo, y vengador de sus injurias, lo han contemplado tambien misericordioso con el arrepentido. De aquí es, que para conseguir los bienes, para librarse de los males, y para aplacar la indignacion de la divinidad, le han dirigido sus súplicas, y le han ofrecido sacrificios. Estas nociones, estas ideas que los hombres tienen de Dios, no son hijas del temor, sino del amor y de la esperanza; y cuando temen á Dios como justiciero, este temor es mas bien un efecto de la persuacion en que están de que hay un supremo Juez remunerador, que al paso que premia la virtud, castiga el vicio. Pero diré mas: el temor está tan lejos de ser causa de la persuacion de la ecsistencia de Dios, que mas bien es la causa del ateismo. He aquí la prueba fundada en la razon y en la esperiencia. Cierta clase de hombres, dominados por las pasiones mas violentas y furiosas, y empeñados en satisfacer los deseos de su corazon perverso, se ven cruelmente atormentados por los remordimientos de su concien-

cia criminal; y la idea de que los ve un juez ofendido con la infraccion de su ley, que tiene un poder infinito para castigarlos, derrama sobre sus placeres delincuentes el cáliz de la amargura, con lo que se irritan y ecsasperan. ¿Qué remedio pues, para gozar con tranquilidad de sus gustos y deleites? Esforzarse á borrar de su mente una idea que tanto los atormenta, y persuadirse, que no hay un Dios que vele sobre la observancia de su ley, que castigue las infracciones de ella; y de este modo entregarse mas desenfrenadamente á los apetitos de su corazon corrompido: luego el temor es mas bien causa del ateismo.

*Sever.* Aun me restan algunas razones que proponer. Si ecsistiera Dios, necesariamente habia de ser una substancia infinita é inmensa. En este caso los demás séres no podrían ecsistir, pues serian escludidos por esta substancia inmensa.

*Clem.* Si Dios fuera una substancia corporal, es evidente que no podría ecsistir al mismo tiempo con otros séres corpóreos; porque estando Dios en todo lugar, los otros séres corporales no ten-

drian donde estar, pues dos cuerpos no pueden ocupar un mismo lugar á un mismo tiempo, segun demuestran los fisicos; pero siendo Dios, como realmente es, una substancia enteramente espiritual, no ocupa lugar; y de aquí es, que no es incompatible su existencia con la de todos los séres corpóreos, aunque estos se multiplicáran hasta lo infinito.

*Sever.* Si ecsistiera Dios, tendría en sí mismo todas las perfecciones posibles; por consiguiente, los demas séres no tendrían perfeccion alguna: mas vemos que en estos se hallan perfecciones admirables, y así ó no ecsiste Dios, ó carece de todas las perfecciones que están repartidas en los otros séres.

*Clem.* Ecsiste Dios: tiene todas las perfecciones: y como es omnipotente, pudo crear otros séres, y adornarlos de las perfecciones que fueron de su agrado: y como éstas se hallan en séres limitados, son ellas tambien limitadas; con lo que es compatible, que Dios, sin perder nada de sus perfecciones infinitas, produjera en las criaturas unas perfecciones limitadas, correspondientes á la limitacion de su naturaleza.

*Sever.* Si Dios crió al mundo, lo crió por

alguna causa: pues ¿cuál pudo ser esta? No lo crió por los hombres buenos, porque estos son poquísimos: no lo crió por los malos, porque estos son indignos de tan grande beneficio....

*Clem.* Dios crió al mundo para comunicar su bondad á las criaturas, y para hacer brillar y resplandecer su sabiduria, su poder, su providencia y demás atributos.

*Sever.* Para que Dios comunicára mas su bondad, hubiera sido muy conveniente que hubiera criado al mundo muchos siglos antes, y no hasta ahora siete mil años.

*Clem.* Dios obra no solo por bondad, sino tambien con sabiduria: y, así, á los fines que se propuso, convino crear el mundo ahora siete mil años, y no siglos antes. Pero supongámos que lo hubiera criado ahora diez mil; en este caso tambien preguntarian los ateistas, ¿por qué no ahora veinte mil? y así estarian preguntando interminablemente, con el fin de persuadir, que el mundo no fué criado, sino eterno; y de este modo echar á un lado la prueba poderosísima, que de la creacion del mundo resulta en favor de la existencia de Dios. Pero de esto ya he dis-

currido, manifestando: que el mundo ni es, ni pudo ser eterno.

*Sever.* Todos los que creen que hay Dios, defienden que es santo y justo: pues ¿como permite tantas maldades y delitos que se cometen en el mundo? y así, ó no ecsiste, ó carece de los atributos de la santidad y de la justicia; y, en este segundo caso, tampoco ecsiste; porque un ser que carece de estos atributos, no puede ser Dios.

*Clem.* Dios permite estos males, para sacar de ellos grandes bienes. Se manifiesta y resplandece su paciencia en sufrir al pecador, y en darle tiempo para el arrepentimiento: resplandece su providencia en los auxilios y medios que da al delincuente, para atraerlo á la penitencia: brilla su misericordia en perdonarlo, si se arrepiente: ostenta su omnipotencia en sostener al pecador penitente, para que no recaiga en sus pasados excesos: y, en fin, si el hombre culpado se obstina en seguir en el camino de sus desordenes, entónces se manifiestan la santidad y la justicia de Dios en castigarlo. Es innegable, que el ejercicio de estos atributos divinos, es un grande bien, pues de ellos resulta á Dios tanta gloria.

De que Dios permita los pecados, tambien le resultan al hombre grandes bienes. Al ver la paciencia con que Dios le sufre, y la bondad con que le llena de beneficios, en el mismo tiempo que lo está ofendiendo, se escitan en su corazon los afectos de la gratitud, y los impulsos á reconciliarse con un bienhechor tan generoso. De aquí dimana el ejercicio de la virtud de la penitencia; la humildad que el hombre adquiere despues de levantado de sus caidas; la compasion con que ve la flaqueza y las miserias ajenas, considerando las suyas propias. Comunmente de los delitos que cometen unos hombres, reciben otros perjuicios é injurias; y esto es una ocasion para los ofendidos de ejercitar la mansedumbre en sufrir, y la generosidad en perdonar. Basta con esto para convencerte de los grandes bienes que resultan de los males que Dios permite que haya en el mundo.

*Sever.* Vemos que el vicio triunfa, y la virtud es oprimida: los perversos gozan de prosperidad, son ecsaltados, viven felices y contentos, y son el objeto de la envidia de los demás hombres: por el contrario, los virtuosos viven sumer-

gidos en la miseria, son despreciados y perseguidos, respiran la tribulacion y la amargura de que está agoviado su espíritu, y son un objeto digno de compasion. Pues si ecsistiera Dios, estaria cambiada esta suerte. Como justo remunerador concederia en premio á los virtuosos, el goce de los bienes; y á los perversos les aplicaria en castigo aquella porcion de males, correspondiente á su iniquidad. Conque si no hay esta remuneracion, es una prueba concluyente de que no ecsiste Dios.

*Clem.* Primeramente: es falsísima la proposicion, si se toma con tanta generalidad, diciendo, que todos los hombres viciosos gozan de prosperidad; porque la historia y la esperiencia enseñan, que ha habido y hay multitud innumerable de hombres malos, sujetos á una suerte miserable y desgraciada: otros desde la cumbre de la fortuna han sido derribados hasta el abismo de las calamidades y de la adversidad: y otros han acabado la escena de su vida con un fin trágico y lastimoso. Vea-se, por ejemplo, la historia de los emperadores romanos, que se consideraron como señores del universo, y se hallará, que la mayor parte de los Cé-

sares viciosos terminaron su ecsistencia de un modo muy funesto y desventurado. Jamás acabaria yo si quisiera citar los infinitos ejemplares que confirman esta verdad.

Lo segundo: que no hay hombres tan perversos, que no tengan algo de bueno; y sin embargo que son indignos de algun prêmio, y solo dignos de todo castigo, es tanta la bondad de Dios, que quiere premiarlos con bienes temporales, por las pocas obras buenas que practican.

Lo tercero: observámos que muchos de los pecadores poderosos suelen emplear parte de su fortuna en beneficio y consuelo de los miserables; y en fin, esta prosperidad que disfrutan, es un motivo capaz de ecsitar en su corazon la gratitud para con el soberano bienhechor, que es Dios, para que convirtiendose á él, le amen y le sirvan como deben.

*Sever.* Y los pecadores que carecen de estos bienes, ¿cual es el premio que reciben por las pocas buenas obras que hacen?

*Clem.* Lo primero: Dios no está obligado á premiar al que le ofende y lo desprecia: y si concede algun premio tem-

poral á los malos, por las obras buenas que ejercitan, es, como dije, por un exceso de su bondad; pues en todo rigor de justicia, los malos son merecedores solamente del castigo. Lo segundo: que es tambien bondad en Dios negar á muchos viciosos estos bienes; pues de ellos se servirian como de medios para aumentar sus delitos. Lo tercero: que esta misma adversidad puede ser una pena que Dios aplica benignamente como padre, para separar al hombre del camino del vicio, é introducirlo en las sendas de la virtud; porque los hombres mas bien se acuerdan de Dios en el tiempo de la desgracia, que en el de la fortuna; y por lo mismo están en mayor aptitud de convertirse á Dios: y, en suma, el Señor quiere atraer á unos por la concesion de los bienes, y á otros por la denegacion de ellos.

Cuanto á las adversidades de los justos, digo tambien, que ni todos ellos, ni en todo tiempo son atribulados y afligidos; porque muchísimos, aun en esta vida, reciben de la mano de Dios el premio de sus virtudes. Lo segundo: que así como no hay oro, por fino que sea, que no tenga la mezcla

de alguna escoria, de que es necesario purificarlo por medio del fuego; así tambien no hay hombres por virtuosos que sean, que carezcan enteramente de las culpas ligeras: pues de estas quiere Dios purificarlos con el fuego de las tribulaciones. Lo tercero: no se conoceria la dureza del diamante, si no es, resistiendo á los golpes; no se conoceria la solidez del oro sino pesandolo; la dulzura ó amargura de una cosa sino gustandola; y no se conoceria la pericia militar de un general, y el valor de un soldado, sino combatiendo en los campos de batalla. Así tampoco se conoceria la humildad, la paciencia, la fortaleza y la resignacion de los justos, sino sufriendo trabajos, persecuciones y adversidades. Y así como el general perito y el soldado valiente, no recibirán el premio de estas buenas calidades, sino ejercitandolas en triunfar de los enemigos, así tambien los justos recibirán el premio de sus virtudes, sino ejercitandolas, haciendose superiores á las adversidades, y vencendose á sí mismos y á sus pasiones, que resisten los padecimientos.

Finalmente, Severo: ya es tiempo de que te hable con la sinceridad que me

caracteriza, y con todo el fuego del amor que te profeso. Todos los discursos y razones que hasta aquí he producido, no se dirigen, ni á convenirme á mí mismo de la verdad de que tratámos, porque de ella estoy convencido íntimamente hasta el grado de la mayor certeza, ni tampoco pretendo buscar en esto mi propio bien. Pretendo sí, convencerte á tí de una verdad tan clara y evidente, que solo la niega un hombre, que cerrando los ojos á la luz mas esplendorosa, forma de sus mismas tinieblas un baluarte para defenderse contra las armas poderosas de la razon: y pretendo, en fin, sacarte de las sendas tortuosas del error, que te conducen al término de la mayor desgracia, é introducirte al camino de la verdadera felicidad.

*Sever.* Pues qué zel partido que yo he abrazado es el del error y de las tinieblas, y por efecto de obstinacion cierro el oido á la voz penetrante de la verdad y de la razon? ¿Qué miras, qué interes puedo proponerme en un proceder tan injusto y tan irracional? Si tú defiendes la ecsistencia de Dios por persuasion; yo la niego por convencimiento.

*Clem.* Si tú no te dieras por ofendido, yo

te hablaria con mayor franqueza y claridad.

*Sever.* Estoy muy convencido de los buenos sentimientos de tu corazon para conmigo, y así háblame con toda la ingenuidad que te es propia, persuadido de mi buena disposicion para abrasar la verdad en donde quiera que la conozca.

*Clem.* ¡Ay Severo amado! cuanto me alienan tus espresiones, para que yo te manifieste mi corazon, y para que este se anime de la confianza mas viva, de que algun dia te he de ver reducido al camino de la verdad. Fiado en la libertad que me permites para que te hable ingenuamente, es preciso decirte, que tienes empeño particular en obstinarte y mantener en el ateismo, por las mismas causas que te condujeron á él. Antes de pasar adelante, quisiera que me satisfacieses á una pregunta, con toda la franqueza, que debe caracterizar á un filósofo, que se gloria de ser defensor de la verdad.

*Sever.* Te prometo contestarte francamente.

*Clem.* Dime: ¿tu entendimiento se halla actualmente tan convencido del ateismo, como lo estaba antes de que diésemos principio á nuestra conferencia?

*Sever.* Mi honor::: mi palabra:::

*Clem.* ¿Qué? ¿qué quieres significar con eso?  
No te sorprendas.

*Sever.* Mi honor me obliga á callar; mi palabra me ecsige responderte; y mi animo estrechado por dos extremos contradictorios, se resuelve á contestarte.

*Clem.* Ya te entendido: crees que tu honor quede lastimado confesando la verdad; porque es faltar á la fortaleza propia de un filósofo incrédulo. Esa es una fortaleza aparente, y una cobardía real y efectiva, como te demostraré mas adelante. Mira, que jamás fué honor negar la verdad por capricho y obstinacion; sino, mas bien, una ignominia, aun en un idiota de la plebe. Por tanto, cumple tu palabra, y da gloria á la verdad.

*Sever.* Mucho me estrechas Clemente: es forzoso ceder á tus insinuaciones, y decirte, aunque se resienta mi orgullo filosófico, que á proporcion de lo que nos hemos ido internando en nuestra conferencia, he ido perdiendo grados de convencimiento sobre mi sistema; pero no tanto que no me haya quedado el suficiente para mantenerme en el ateismo. Lo único que has logrado es, escitar en mi espíritu una borrasca

de dudas y de temores, que he conseguido serenar con algunas reflexiones filosóficas, que he llamado en mi auxilio.

*Clem.* Permíteme que te estreche tiernamente entre mis brazos.

*Sever.* Sea enherabuena: pero qué ¿esta demostracion es señal del triunfo que has logrado? que lejos estás de eso. Tengo un carácter demasiadamente firme para perseverar en mi persuacion.

*Clem.* Podria ser el abrazo una señal del triunfo, porque al fin ya está medio conseguido; pero por ahora es una manifestacion de mi complacencia, al oír de tu boca una confesion ingenua; cosa que es muy agena de los ateistas, cuyo caracter es el capricho y la tenacidad; pues aun cuando se les estrecha con razones convincentes, su soberbia les impide darse por vencidos; y solo contestan con el desprecio y el desdén; porque miran á todos los hombres contrarios á su sistema, como una chusma de preocupados, idiotas y bárbaros, segun se esplican en sus escritos y en sus conversaciones; y cada uno de ellos se juzga á sí mismo como un sol de sabiduria, cuyos resplandores son capaces de iluminar al uni-

verso entero. Pero tú me acabas de dar un testimonio de que no eres de ese número, á pesar de esa protesta de la firmeza de tu carácter, para mantenerte en tu sistema: y si tu me escuchas con docilidad las reflexiones que quiero hacerte, y me prometes seguir manifestando con imparcialidad y buena fe los sentimientos de tu corazón, yo me preparo con júbilo á darte otros mil abrazos, por el triunfo completo que espero alcanzar: triunfo en que saliendo tú vencido, tú cantarás la victoria triunfando de tus errores, de tus pasiones y de ti mismo, que es el heroísmo verdadero y glorioso.

*Sever.* Hasme las reflexiones que quisieres, con la ingenuidad que te es propia; asegurandote de nuevo de mi buena disposición para abrazar la verdad, en donde quiera que la conosca.

*Clem.* Severo: fiado en la libertad que me permites, te digo: que tú conoces en donde está la verdad, y que eres atea no de entendimiento sino de voluntad; que es decir, que has abrazado el ateísmo, no por convencimiento, sino por inclinacion; pero una inclinacion forzada y violenta. Voy á manifestártelo en las reflexiones siguientes, para

explicar mi sentir, y satisfacer á la pregunta que me hiciste, de que ¿qué miras, qué intenteres puedes proponerte en haber abrazado el ateísmo, y permanecer en él? Escuchame, y te venceré.

No puedo negar que en los siglos de nuestros padres ha habido incrédulos, y que en el nuestro abundan con mayor exceso; ni tampoco negaré, que ha habido y hay hombres de corazón tan corrompido y obstinado, que sean verdaderos incrédulos: lo que sí intento probar es, que son raros estos hombres que permanecen constantes en la impiedad, y que entre tantos que hacen ostentacion de su incredulidad, acaso no habrá uno sobre cuyo corazón no conserve aun la fe su dominio, y que no tema en su interior al Dios que niega, y de cuyo nombre blasfema con audacia. Esta es la primera razon en que me fundo para asegurar, que la mayor parte de los que se jactan de ser incrédulos, no lo son efectivamente; porque los desordenes y vicios en que los vemos sumergidos, no nacen de su incredulidad, sino que mas bien esta nace de sus desordenes.

Si, Severo: hasta ahora no hemos visto entre tantos hombres que se precian de ser incrédulos, alguno que haya empezado por dudar acerca de las verdades de la religion, y que de las dudas haya caido en los desordenes: todos empiezan por las pasiones, y despues se siguen las dudas, la incredulidad y las blasfemias. Al principio se dejan llevar de los desordenes de la edad y del amor á los placeres infames, y despues de haber andado algun camino, cuando ya están cautivos en el imperio de las pasiones, les parece imposible volver atrás, sacudiendo el yugo de la servidumbre. La luz de la razon natural, su conciencia y la fe, los obligan á abandonar este camino, haciendoles ver la iniquidad de sus obras, y representándoles á un Juez supremo, que observa y cuenta todos sus pasos, y que tiene justicia y poder para castigar en la eternidad con penas terribles todos sus extravios.

Esta consideracion los asusta, los aterra, y los compele á que muden de conducta. Entónces se irritan las pasiones, tocan alarma, y se ponen de parte de ellos contra las reflexiones religiosas, que los quieren atraer á las

sendas de la virtud. La religion amenazandolos con la acervidad de las penas, derrama sobre sus gustos delinquentes el caliz de la amargura; las pasiones acariciandolos con los placeres, quieren consolarlos y fortalecerlos contra sus temores: he aquí á estos hombres vicios constituidos entre dos extremos, sin hallar á qué parte inclinarse. Si siguen el goze de sus deleites, temen las penas preparadas á ellos, y tratan de convertirse á Dios. Se apodera de sú corazon la tristeza y el abatimiento, al ver que tienen que despedirse de sus placeres encantadores: no tienen resolucion para esta despedida: en tales angustias quisieran continuar en sus desordenes, sin el temor de las penas que tanto los molestan y los perturban, y quisieran que lo que enseña la fe sobre estas penas fuese una quimera y una fábula. Entónces el corazon corrompido pide auxilio al entendimiento, á fin de que se persuada de que así es.

De aquí empiezan á nacer las dudas sobre la inmortalidad de la alma, y sobre las penas eternas; pero como en el estado de estas dudas no pue-

den gozar con tranquilidad de los halagos de las pasiones, se empeñan y se afanan en buscar razones para depouer estas dudas, y persuadirse que su alma, como la de los brutos, perece juntamente con su cuerpo. No bastándoles esto para quietarse, solicitan la comunicacion de hombres incrédulos, para que los confirmen en aquellos errores, que pretenden calificar como verdades. Con los discursos capciosos de estos libertinos arrogantes, y con los libros impios que de ellos reciben, se declaran precipitadamente por el partido de la incredulidad; comenzando á negar aquellas verdades de la religion que mas incomodan á las pasiones; y muchos van abanzando á pasos de gigante á sumergirse en el ateismo, y con voz sacrilega y blasfema dicen, *no hay Dios*: pero lo dicen no con el entendimiento, porque de esto estén persuadidos, sino con la voluntad; porque quisieran que no lo hubiera, para entregarse mas libremente á los vicios y desordenes, sin los remordimientos de su conciencia, y sin los temores que infunde al vicioso la creencia de un Dios vengador.

Y así, no hay mayor ignominia para

la incredulidad, que manifestarle su origen. Se atribuye á sí misma falsamente el nombre de ciencia y de luz, siendo así que es hija de la iniquidad y de las tinieblas. No es pues la fuerza de la razon la que reduce á este estado á los falsos incrédulos, sino la flaqueza de un corazon corrompido, que no puede vencer sus infames inclinaciones: una falta de ánimo, que no pudiendo sufrir ni mirar con firmeza las amenazas terribles de la religion contra el vicio, procura deslumbrarse diciendo, que estos son unos temores pueriles y despreciables, hijos de la mala educacion, de la ignorancia y del fanatismo. Estos hombres son semejantes á aquel que caminando de noche sin compañía, amedrentado por los horrores de las tinieblas, canta para animarse á sí mismo: son unos cobardes que ocultan su miedo bajo una falsa ostentacion de valentia.

Confirmo esto con la siguiente observacion. No hay incrédulo, aun de aquellos que mas se jactan de serlo, á quien la muerte repentina de algun compañero, un accidente funesto, una pérdida sensible, un revez de fortuna, una desgracia ruidosa, ó algun gran-

de mal que les amenaza, no mueva á hacer tristes reflexiones acerca de su estado, y á desear vivir arregladamente. Tampoco hay pecador de los de esta especie, que en las circunstancias de la afliccion no busque á los justos para consolarse con ellos, y que no de un paso que haga concebir alguna esperanza de enmienda. No recurre entónces, para consolarse, á los compañeros de su incredulidad; no busca el alivio de su pena en la filosofia del libertinage, que niega á sus secuaces el consuelo y el remedio en el caso de mayor angustia y necesidad: esta filosofia es la religion de los banquetes, de los saraos, de los teatros, de los placeres y del desahogo de las pasiones mas criminales.

Casi todos los incrédulos están discordes y opuestos entre sí sobre los artículos principales de su sistéma. Me seria muy fácil demostrarte esta verdad con los escritos de los mismos incrédulos; y aun debo añadir, que cada uno de ellos vive en unas continuas variedades acerca de los puntos de su incredulidad. Pues si ellos hubieran abrazado esta por verdadero convencimiento en fuerza de la razon natu-

ral, convendrian todos entre sí en lo sustancial de su sistéma, y se mantendria cada uno en su persuasion; porque la razon no puede dictar á muchos ni á uno solo, cosas contradictorias. Pero, aun mas: se observa en cada uno de ellos, que la incredulidad es mas ó menos fuerte, quanto mas ó menos vivas están sus pasiones, de modo que á proporcion de lo que estas se aumentan ó se disminuyen, crece, ó descrece su incredulidad; y que llegando á perder el gusto á los deleites, se lo pierden á la impiedad. Esto sucede especialmente cuando agoviados del peso de las enfermedades, se postran en el lecho del dolor. ¡Ah! en este teatro lastimoso ¡quanto se muda la escena de sus discursos y de sus opiniones, y como se ve desaparecer la decoracion de su aparente fortaleza! Entónces, ¡qué poco trabajo cuesta persuadir aun á los mas pertinaces, que abracen el partido mas seguro, que es el de la religion! Ellos á vista de las puertas de la eternidad que ya se les abren, y de la suerte futura que se les prepara, imploran humildemente los socorros de la iglesia, y claman pidiendo misericordia al

Dios de sus padres, cuyo nombre tanto han blasfemado.

Esta es una observacion que se ha hecho particularmente en aquellos países en que hay mas incrédulos, de manera, que pocos han sido los que han perseverado en su obstinacion, hasta el último momento de su vida; y aun se asegura, que Voltér, patriarca de los impíos, tres veces que se vió en peligro de muerte, pidió un ministro de la iglesia para confesarse: las dos primeras veces lo consiguió; y la última no tuvo efecto por haber impedido la entrada al sacerdote D. Alem- bert, discípulo predilecto de este incrédulo. Yo no defiendo este hecho; pero así corrió la voz por la Francia, y se ha propagado hasta nuestros dias; y yo me acuerdo haberlo leído en la historia de la vida de este libertino impísimo.

Luego si en estos hombres la incredulidad sigue el destino de sus pasiones; se aumenta, y se disminuye con ellas; y cuando estas se adormecen, tiene igual suerte la impiedad, hasta el término de perecer; pues los incrédulos en muchos casos la deponen, y por entrar de nuevo en el camino de

la religion; es una prueba convincente de que las pasiones son la causa de la incredulidad; y de que estos hombres son incrédulos no de entendimiento sino de voluntad; porque desean serlo, porque desean parecerlo, y porque quieren, engañándose á sí mismos, persuadirse de que realmente lo son.

*Sever.* Si las pasiones fueran causa de la incredulidad, es claro, que los que abandonan la religion, serian mas viciosos despues de haberla abandonado que antes. Esto es evidentemente falso; porque entre los incrédulos se observan unas virtudes verdaderamente recomendables.

*Clem.* No me río, Severo, porque no digas que me burlo de tí. Escúchame estas respuestas. Primera: vemos (y yo lo confieso con sentimiento y rubor) que muchísimos cristianos, creyendo que han recibido el ser y otros innumerables beneficios, de la mano bondadosa de Dios; que están obligados á la observancia de su ley, y que tienen destinados premios eternos á la virtud y castigos eternos al vicio, con todo esto, viven tan abandonados á la corriente de las pasiones y de los desordenes, como si nada de esto creyeran. ¿Los

que realmente no lo creen, que nada temen ni esperan para despues de la muerte, y que se persuaden que no hay otra felicidad que la que consiste en los deleites y en el desahogo de las pasiones, estarán adornados de esas virtudes verdaderamente recomendables? Segunda: los incrédulos dan unas definiciones de la virtud tan extravagantes, que lo que dicen de la virtud en nada se parece á la virtud verdadera. Pero aun mas, muchísimos de ellos llevan tan adelante su insolencia y su perversidad, que dicen, que la virtud y el vicio, se distinguen entre sí solo en el nombre. En sus escritos y en sus conversaciones vemos los elogios y la apología de la soberbia, de la fornicación, del adulterio, de la venganza, del horroroso suicidio y de todos los vicios. Vemos que se burlan en tono lastimero y despreciador, de los que viven con arreglo y moderación, tratándolos de fanáticos, preocupados y supersticiosos; y lo que es mas, vemos que ellos se jactan y se glorían del desenfreno de sus pasiones, llamándolas desahogo de unas inclinaciones naturales é inocentes; y con todo esto defiendes que se practican

unas virtudes verdaderamente recomendables, entre esta clase de hombres que acerca de los vicios, con corta diferencia, piensan todos de un mismo modo? Si quisiera yo continuar este asunto, tengo materia para hablar muchos dias. Es preciso abreviar y concluir mi reflexion, en cuya confirmacion te voy á presentar un ejemplar muy poderoso, cuya verdad tú la has de confesar como hombre de bien.

*Sever.* Y ¿cual es?

*Clem.* El que se ve en tí mismo. Mientras viviste con pudor é inocencia, jamas dudaste de la fe. Acuérdate de aquel tiempo feliz, cuando las pasiones no habian inficionado tu corazon. Quanto te representaba la fe de tus padres te parecia augusto y respetable: tu razon se sometia gustoso al yugo de la autoridad de la iglesia: entónces no cuidabas de proponerte dificultades y dudas; pero luego que se mudaron tus costumbres, empezaron tambien á variar tus ideas acerca de la religion; luego las dificultades que se presentan á tu entendimiento, no provienen de la fe, sino de la corrupcion de las costumbres; y la perseverancia en la incredulidad, nace de la repugnancia

que sientes en cumplir las obligaciones que dimanar de la ley divina, y del trabajo que tendrias que poner en enfrenar tus pasiones. De modo que no tengo embarazo en asegurar, que si á los incrédulos se les propusiera, que habian de creer otros mil artículos de fe, por cada mandamiento que se les dispensára, especialmente el sexto, admitirian la propuesta; y casi ninguno de ellos seguiria caminando por las sendas de la incredulidad.

*Sever.* Aquellas primeras impresiones que se hallaban en mí, á favor de la religion, provenian de las preocupaciones de la educacion de la niñez, en la que mis padres me comunicaron las ilusiones y el fanatismo de los siglos de la barbarie y de la idiotéz.

*Clem.* ¡Qué honras, qué gratitud para con unos padres tan amantes y tan bondadosos! Las segundas impresiones que has recibido tan favorables á la impiedad, no han provenido mas que de las preocupaciones de las pasiones y del desorden; y en iguales circunstancias, es mas prudente y seguro seguir las preocupaciones que se formaron en la inocencia, y que inclinan á la virtud, que las que han nacido del seno

de las pasiones, y que incitan solo á la iniquidad y al libertinage.

*Sever.* ¡Ah, Clemente! ¡Ah, Clemente! Cada:::

*Clem.* Severo amado, acaba de proferir lo que empezaste: pero tus suspiros y las lágrimas que se asoman á tus ojos, son el idioma con que tu corazon me anuncia la procsimidad de aquel momento venturoso, destinado por la Providencia para tu triunfo y para mi consuelo. Para proseguir, déjame limpiar el llanto que humedece mis mejillas: él es hijo de mi alegría. ¡O llanto el mas halagueño!

*Sever.* Iba á decir, que cada argumento, ó exclamacion tuya, es una zaeta que penetra mi corazon. Tus discursos serán falsos; pero ellos están revestidos del ropage magestuoso de la verdad. Ellos todo me trastornan; la fortaleza que me inspira la filosofia, no me permite ceder. Mi corazon se halla combatido de afectos contrarios. Tú me has sumergido en un abismo de confusiones. Con esto no lograrás convencerme; pero si conseguirás privarme de la vida ó del juicio.

*Clem.* Yo tengo la mas viva confianza en la misericordia del eterno, de que algun dia has de invocar con veneracion

su santo nombre. Jamas deja sus obras imperfectas; y ha comenzado la de tu conversion y la tiene, (\*) no lo dudes amigo, la tiene de concluir. Interin llega este momento para mí tan deseado, como importante para tí, quiero para cerrar por hoy nuestra conversacion, pedirte una gracia que no podrás negarme, pues precias de filósofo ingenuo y despreocupado.

*Sever.* Concedida desde luego: bien puedes decir cual es.

*Clem.* Que no te empeñes en cerrar los ojos á la luz: es decir, que no te opongas á la verdad, cuando esta se te presente. Ecsamina á tus solas mis racionios; y si te parecen juiciosos, no resistas: abra tu entendimiento la puerta, y hecho esto, ya continuaremos mañana nuestra conversacion.

*Sever.* Te daré gusto, pues es justisima tu propuesta.

---

(\*) Aquí arrebató la muerte al autor: continúa hasta su conclusion el editor.

## ULTIMA CONVERSACION.



*Sever.* ¡Qué noche tan melesta he pasado, y cuan prolongadas me han parecido sus horas! En cumplimiento de mi palabra, meditaba con imparcialidad las reflexiones que me has hecho, ecsaminaba en silencio las verdades que contengan, y, succediéndose unas á otras las ideas, enteramente me quitaron la tranquilidad y el reposo.

*Clem.* Y bien, amigo: ¿qué concepto has formado de ellas? Yo te creo hombre de bien, y por lo mismo espero que no desmentirá el labio el dictámen de tu razon.

*Sever.* Puedo asegurarte, que si tus discursos hasta aquí no me han parecido irresistibles; los he hallado tan fundados y probables, que han hecho estremecer los cimientos vigorosos de mi filosofia. ¿Quién sabe (me decia yo á mis solas) quién sabe si Clemente dirá bien, y yo estaré descaminado? Pasando despues adelante, sosegado el tumulto de mis pasiones repetia: si Dios ecsiste,

su santo nombre. Jamas deja sus obras imperfectas; y ha comenzado la de tu conversion y la tiene, (\*) no lo dudes amigo, la tiene de concluir. Interin llega este momento para mí tan deseado, como importante para tí, quiero para cerrar por hoy nuestra conversacion, pedirte una gracia que no podrás negarme, pues precias de filósofo ingenuo y despreocupado.

*Sever.* Concedida desde luego: bien puedes decir cual es.

*Clem.* Que no te empeñes en cerrar los ojos á la luz: es decir, que no te opongas á la verdad, cuando esta se te presente. Ecsamina á tus solas mis racionios; y si te parecen juiciosos, no resistas: abra tu entendimiento la puerta, y hecho esto, ya continuaremos mañana nuestra conversacion.

*Sever.* Te daré gusto, pues es justisima tu propuesta.

---

(\*) Aquí arrebató la muerte al autor: continúa hasta su conclusion el editor.

## ULTIMA CONVERSACION.



*Sever.* ¡Qué noche tan melesta he pasado, y cuan prolongadas me han parecido sus horas! En cumplimiento de mi palabra, meditaba con imparcialidad las reflexiones que me has hecho, ecsaminaba en silencio las verdades que contengan, y, succediéndose unas á otras las ideas, enteramente me quitaron la tranquilidad y el reposo.

*Clem.* Y bien, amigo: ¿qué concepto has formado de ellas? Yo te creo hombre de bien, y por lo mismo espero que no desmentirá el labio el dictámen de tu razon.

*Sever.* Puedo asegurarte, que si tus discursos hasta aquí no me han parecido irresistibles; los he hallado tan fundados y probables, que han hecho estremecer los cimientos vigorosos de mi filosofia. ¿Quién sabe (me decia yo á mis solas) quién sabe si Clemente dirá bien, y yo estaré descaminado? Pasando despues adelante, sosegado el tumulto de mis pasiones repetia: si Dios ecsiste,

y, como mi amigo lo asegura, me ha colmado de favores y beneficios, sin duda soy yo un inicuo contra ese Dios, soy un perverso y un monstruo de ingratitude. Y ve aquí, que esta multitud de pensamientos, que en el silencio de la noche iban como desarrollándose, desterraron de mis ojos el sueño, y no han producido otro efecto que atormentarme.

*Clem.* Has dado ya el primer paso, Severo; y yo diviso muy cercana tu conversion. No resistas, vuelvo á suplicarte; pues esas dudas que sientes son aldabadas, que una invisible pero misericordiosa mano repite sobre tu corazon. ¿Pues qué, Dios no ha de reclamar lo que es por tantos títulos suyo? Te habrá esperado tanto tiempo, y combinado las circunstancias de tu vida con otra mira que llamarte, y hacer que reconocas á quien antes llamabas tu dulce padre? ¿Has acaso olvidado enteramente aquellas tiernas parábolas de que tu mismo me hacias tantas veces conversacion, ya de la oveja que habiéndose apartado del rebaño, y entregándose á pastos venenosos, al fin la encontró su pastor, y cargándola sobre sus hombros, volvió con ella penetra-

do de gozo: ya de aquel hijo ingrato, que despues de haber dejado á su padre, y mal gastado su caudal, volvió, obligado de la miseria, á su casa, y en vez de reprehension y castigo, halló solamente un padre, que lo esperaba en sus brazos? Pues tú eres tal vez (y pienso no engañarme, Severo) esa perdida oveja, que Dios encuentra, y ese hijo miserable que recibe en su seno. Tú eres.... Pero ¿por qué guardas tanto silencio, y cubres con el pañuelo tu rostro? ¿Por qué....

*Sever.* ¡Ay amado Clemente! no digas mas, y disculpa estas muestras de....

*Clem.* No sofóques tus sentimientos. ¿Qué puede encerrar tu pecho, que no debas descubrir á un verdadero amigo tan interesado en tu bien?

*Sever.* Iba á decir, que no culpes mi debilidad, y estos afectos que no me son deliberados. Yo estaba resuelto, segun las mácsima de mi escuela, á mantenerme inflexible contra tus racionios pero cuando mas confiaba en mi espíritu fuerte, me han hecho traicion las lágrimas de mis ojos.

*Clem.* Y cuando sin poder refrenarlo, así se esplica tu corazon, ¿quieres mayor prue-

ba, Severo, de que él reconoce al Dios que lo crió, y quiere volar ácia él con inclinacion mas irresistible, que aquella con que la pesada piedra baja á su centro? Déjalo pues, no lo detengas: déjalo ir á su criador. ¿Qué te detiene; qué temes? El filósofo ingenuo debe sentir haberse apartado de la verdad; pero jamas debe avergonzarse de abrazarla cuando la descubre. Yo advierto en tu semblante....

*Sever.* Basta repito, amigo: y mi llanto está ya publicando tu victoria. Yo por algun tiempo he podido oponerme á pie firme á tus combates, y quedar mas inmoble que lo está la roca contra las olas mas furiosas; pero cuando menos lo esperaba, me atacas de una manera irresistible; me recuerdas pasages de mi cristiana juventud; y me presentas memorias muy vivas, que con la mayor evidencia me obligan á confesar, que no solamente ecsiste un Dios, sino un Dios infinitamente misericordioso, que como pastor me busca, y me solicita, y como padre me llama, me perdona y me recibe. No hay duda: desde este instante vuelvo á ser todo suyo. Si me sufrió cuando le negaba, ¿qué temo cuando lo confieso?

¡O momento principio de mi felicidad!  
¡O momento escrito con mis lágrimas:  
tú vas á formar la época mas célebre  
de mi vida!

*Clem.* Dame aca esos brazos, Severo: descansa sobre este pecho, donde si lo abres lerás su satisfaccion y alborozo; mas advierte, que no es mia la victoria. No, no digas que te he vencido; he sido únicamente el débil instrumento de que usó Dios; y así el triunfo es de su brazo y de su gracia.

*Sever.* Triunfó: y me prometo que para siempre. En prueba de ello toma, para no verlos mas, esos libros inicuos, inseparables cempañeros míos, causa de mi apostasía y de mi ceguedad. ¡Ah, cuan prudente era mi amable padre, (ojalá todos observáran igual conducta con sus hijos) en no permitirme, que leyese obra alguna, que de antemano no fuese por él cuidadosamente ecsaminada! Pero en aquellos dias de tu ausencia (bien presentes están en mi memoria) dos amigos; hago mal en darles este nombre, dos jóvenes debo decir perversos y demasiado libertinos, con pretesto de mi ilustracion, pusieron en mis manos esas dos obritas de su maldita filosofia, adornadas

con dibujos é imágenes obcenas, que me fueron llevando como por grados, primero al placer de los sentidos hasta la total corrupcion de la voluntad; y despues por las sospechas y las dudas hasta los mas groseros errores del entendimiento.

*Clem.* Ahora, Severo mio, conocerás la verdad de aquellos racionios, con que intenté manifestarte, que los ateos lo son mas bien de voluntad que de entendimiento. Desean desáhogar sus pasiones: y mirando que hay un Dios que lo prohíbe, se empeñan y procuran quitar este Dios, que tanto les estorba, y les acibara sus deleites. De suerte, que aquel *no hay Dios*, equivale en un verdadero analisis á un *no querría que tal Dios hubiese*.

*Sever.* Muy presentes tengo esas y cuantas reflexiones me hiciste, y con las que al fin has conseguido (permítame hablar como quien ya soy por la divina misericordia; y no como quien antes era por mi desgracia) has logrado digo, convencerme y sacárme de mi ceguedad. Agradecido pienso darte el mejor testimonio de mi persuacion. Voy á trasladar al papel tus discursos, y los haré volar por el mundo, á fin de

que produzcan en otros infelices el fruto que produgeron en mí.

*Clem.* El Señor suele valerse de medios muy despreciables en lo humano, para llevar al cabo sus soberanos designios, brillando en esto mismo su poder y sabiduria. A nuestra vez trabajémos y cooperémos todos, los unos plantando, y los otros regando; que llegando el tiempo oportuno, Dios dará el incremento.

*Sever.* Conforme con estas ideas insisto en mi proyecto, y desde luego he de ponerlo por obra. No tendré embarazo en describir los descarríos de mi vida, para que con mi caída eviten otros jóvenes la suya. Estenderé con cuanto órden y claridad pueda tus conversaciones y sábios discursos. Sin temor ni verguenza remitiré estos escritos á mis desgraciados compañeros, desafiando aun á los corifeos del ateismo, pues conozco que ellos no se rinden á la razon; porque no quieren que la luz hiera sus ojos. Esto será un tributo debido; á Dios, deseándo con él presentarle alguna recompensa por tantos favores y beneficios que me ha hecho. Sí, amado Clemente: voy á ser un pregonero de la misericordia de un Dios, cuya ec-

sistencia negué infiel y temerario: y si en otro tiempo todos han visto en mí un cristiano apostata; desde hoy verán (gloria y honor eterno al rey de los siglos) *un ateo verdaderamente arrepentido.*

LAUS DEO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



